

intervalo

ALBUM



10 OBRAS COMPLETAS

de

Héctor Pedro Blomberg • Ken Bald
Josephine Bernard • Duque de Rivas
Cristóbal M. Paz • Ethel Nora Maran
John Dickson Carr • Rose Terry Cooke
S. Viertel y M. Levinns • Alfred Kern

GRATIS

ESTE LIBRO PARA USTED ¡PIDALO!

Estudie un curso y recibirá los materiales prácticos para aprender mejor.

Remita el cupón y le enviaremos GRATIS el libro de 68 páginas en colores "GUIA DE ENSEÑANZA", con los programas de los cursos que enseñamos desde 1923.

Estudiando
podrá triunfar
en su vida.

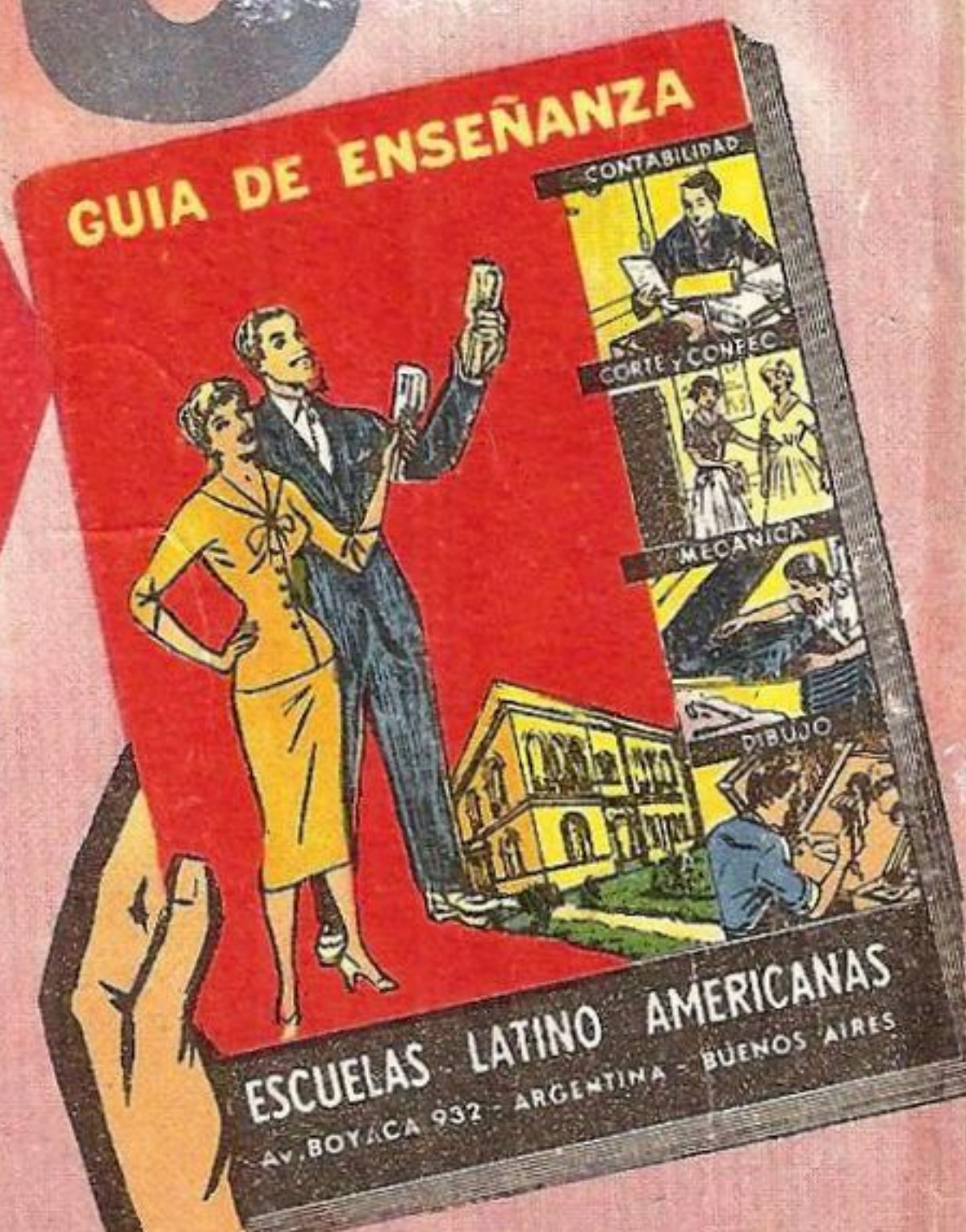
OBSEQUIOS:

- 1) Diccionario Castellano.
- 2) Carnet de Estudiante.
- 3) Banderín de Estudiante

SUCURSALES

ROSARIO: Calle Entre Ríos 1458, Rosario (Santa Fe).

EXTERIOR: Uruguay, Chile, Perú, Bolivia, Colombia, Venezuela, Brasil, Ecuador.



CURSOS QUE ENSEÑAMOS

(por correo)

Tenedor de Libros	Técnico Mecánico
Perito en Contab.	Motores Diesel
Secretario Comercial	Construcciones
Empleado de Comer.	Técnico Electricista
Corresponsal Com.	Téc. Helad. Eléct.
Dibujo Artístico	Corte y Confección
Dibujo Arquitect.	Labores
Caric. o Histor.	Aritmética Comercial
Dibujo Comercial	Taquigrafía
Técnico en Radio	Periodismo
Técnico en Televis.	Armador de Radio
Mecánico de Autos	

... y 40 cursos más.

**ESCUELAS
LATINO AMERICANAS**
Av. BOYACA 932
BUENOS AIRES

**HOY
MISMO
ENVIE
ESTE
CLIPON**

ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
Av. BOYACA 932 - Buenos Aires
ENSEÑANZA POR CORREO

Sírvase enviarme GRATIS el libro "GUIA DE ENSEÑANZA"

NOMBRE _____
DOMICILIO _____
LOCALIDAD _____
CURSO QUE LE INTERESA _____
FLB. INT.

intervalo

ALBUM

sumario

LA BRAVIA DE MONTIEL, por Héctor P. Blomberg

En el más allá, Ramírez estaría junto a su mujer. Si algo lo alegraba era el saber que ninguna mujer lo traicionó, que no hubo ninguna Judith asesina.

4

DOCTOR KILDARE, por Ken Bald

Quiso ayudar a la modelo, pero comprendió que su lugar estaba en el hospital. Pág.

HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz

Sumergido en la rutina oficinesca, había olvidado la vida de los suyos. Ahora la jubilación lo enfrentaba a ese mundo desconocido que debió ser el suyo. Pág.

27

DON ALVARO O LA FUERZA DEL SINO, por D. de Rivas

Apasionado y generoso, sus nobles propósitos se ven, en todo momento, frustrados por el terrible sino que, como un viento irresistible, lo arrebató en alas de la tragedia. Pág.

35

Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION, por J. Bernard

Pudo comprobar cómo el Altísimo velaba por ella. La lección fue dura pero provechosa. Pág.

56

UN HUESPED EN LA CASA por John Dickson Carr

¿Por qué el propio dueño de casa se robaría a sí mismo? Pág.

69

LOS PRISIONEROS DE DIFFERDANGE, por E. N. Maran

La gratitud de los prisioneros de Differdange le hizo experimentar la emoción más grande de su vida. Pág.

80

REINA CRISTINA, por S. Viertel y M. Levinno

El velero aguardaba, mecido por suave oleaje. Unas sombras fueron devoradas por la niebla del mar, las sombras de unos hombres que transportaban el cadáver de un valiente. Pág.

93

EL CLOWN, por Alfred Kern

El no hubiera elegido ese oficio. La vida, sin embargo, lo condujo a él, y cada vuelta del destino lo devolvía a sus tareas circenses. "Clown", siempre "Clown". Pág.

106

DEMASIADO TARDE, por Rose Terry Cooke

Hanna había sido educada en el desprecio del perdón. Charley la amaba, pero ella lo sacrificó a su orgullo puritano. Pág.

118



LA BRAVIA DE MONTIEL

Por HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE ARANCIO

Pancho Ramírez colocaba su espada triunfal en cualquier rincónito litoraleño donde asomara con sus gauchos fieles. Era, por esos duros días del 1820, el gran caudillo dominador. El que había vencido a Artigas, y a otros bravos mentados como López, Balcarce y Correa a quien mandó al patíbulo en Goya.



Un periodista escribió entonces: "Francisco Ramírez es el Holofernes criollo. El supremo invasor; el inflexible sitiador". Se le había ido un poco la mano al escriba, y Ramírez lo felicitó calurosamente.



¿Y quién era ese tal Holofernes, mi amigo?

la historia del general de Nabucodonosor, cerca de setecientos años antes de Cristo-entusiasmó a Pancho Ramírez.

Invasor, sitiador, ¡un bravo!



Solamente le fastidiaba la muerte de Holofernes.

¡Asesinado por una mujer! ¡Que no se diga, mi amigo!

Cosas de la historia antigua, general.



Ramírez olvidó por completo a Holofernes, dedicándose a pensar en Delfina, su mujer. Había sido querido por muchas, pero nunca tanto como por Delfina Ramírez, la morena espigada y gentil; la de la casaca ceñida al talle, la corbata punzó, la pollera de amplio vuelo y las botas charoladas. Su gran amor.

¡Delfina jamás lo traicionaría!

(No te matará una mujer, como a ese caudillo, Pancho. ¡Serás el Holofernes gaucho por muchos años!)



El moruno entrerriano se acomodó la chaquetilla azul, la corbata roja y el poncho en forma de capa. -¡Me voy pa'una inspección, amigo periodista. ¡Hasta otra!

Era de los que exponían el cuero siempre. A la antigua manera.

Cuando quiere algo, lo consigue, aunque salga del entrevero con el cuero a rajaduras.

¡Viva el supremo entrerriano!



¡Que alegría estallaba en el corazón de Delfina al escuchar cálidas voces de los que acompañaban a su marido!

¡Y viva cien veces también nuestra patroncita linda!



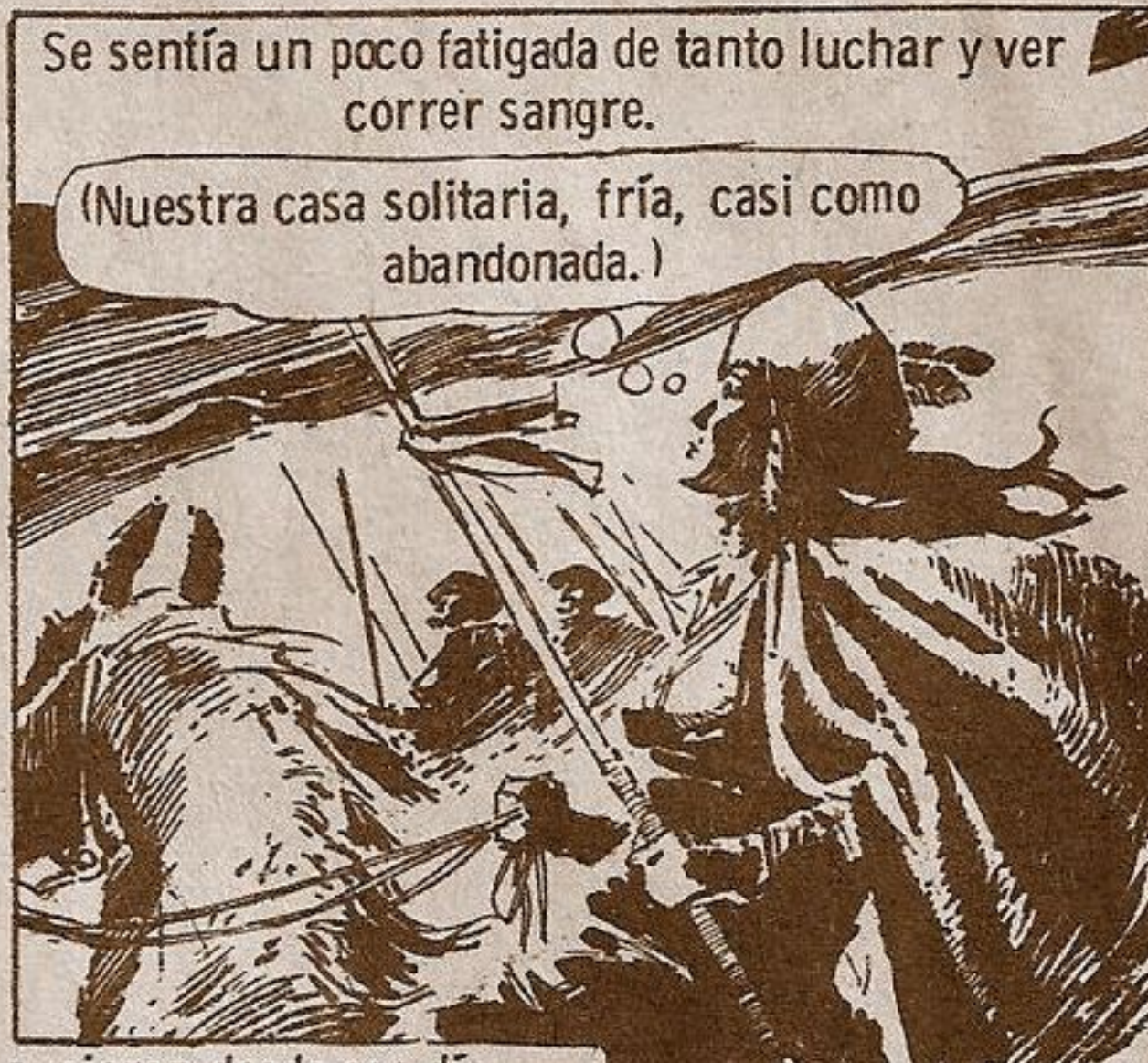
La arrogante mujer de Pancho Ramírez tenía el fuego de las Amazonas gauchas en la mirada, en el cuerpo. Porque "doña Delfina" como la llamaban su pueblo fiel, había nacido bajo el cielo azul de las cuchillas de Montiel, veinte y pico de años antes.

Estaba el Virrey, y había menos peleas que áura.



Se sentía un poco fatigada de tanto luchar y ver correr sangre.

(Nuestra casa solitaria, fría, casi como abandonada.)



Era mujer y hubiera deseado estar entre las cuatro paredes queridas de su casa natal. Con el marido a su lado. Y tal vez lo hijos.

Pero hay que peliar. Y... y... morir. ¡ Dios bendito !



Extraño designio la puso en el camino turbulento del famoso caudillo, surgido en su caballo de combate y en las primeras revueltas luego de 1810, pronunciándose contra los que proclamaban la unión nacional en Entre Ríos, y venciendo en el Saucecito...

... "pa que supieran desde ese día que el nombre e Ramírez se escribía con la punta de las tacuaras".

¡ Viva el General Ramírez !
¡ Vivaaaa !



Se iniciaban las violentas campañas de ese criollo de enormes patillas y firme mirada, armado, -¡ todo un arsenal !- con trabuco, espada y lanza. El, al igual que sus hombres.

Por espacio de lustros, el alma tempestuosa de Francisco Ramírez se agitó en el escenario nacional.

¡ Lo ha desafiado al mismísimo Belgrano !
¡ Es fiero probado !



A su lado, galopando gallardamente, fija en el horizonte la mirada y bajo el chambergo que cubre sus abundantes y hermosos cabellos, Delfina Ramírez, "la patrona".

Se me va a quedar quietecita en este entrevero, Delfina.



La respuesta de ella era el silencio de siempre. Silencio que penetraba en el alma del general. Detrás de Delfina, un fondo de lanzas que acababan por estremecer al bravo guerrero.



Saqueos de Ramírez en la provincia guaraní.



Delfina le siguió día y noche. En Cepeda, en la guerra contra el oriental Artigas, y luego en tierra correntina.

Lucha sin cuartel. Implacable.



¡ No tengo por qué perdonar la vida de mis enemigos ! ¡ Pregúnten a Correa... !

... qué habría hecho de Pancho Ramírez si lo hubiera cazado ! ¡ Al patíbulo con él !



Lo que ordene mi marido, es ley.



El ardiente corazón de Delfina permaneció aparentemente sereno ante los verdugos del correntino vencido.

El idilio entre Francisco y Delfina fue una extensa luna de miel y sangre, transcurrida en medio de las más inciertas campañas...

¡ Un beso de tus labios y mi preocupación se borrará, señora.



... a veces concluidas muy mal para Ramírez.



Lo veo feo, mi jefe, pero si usted ordena el asalto, ya lo estamos asaltando.

Fracasos en Coronda, en Cruz Alta...

¡ El jefe está herido ! ¡ Han herido al general Ramírez !



Delfina Ramírez atendía al bravo caído en su puesto.



¡ Un raspón nomás, mi señora ! ¡ No van a mandar al hoyo a Pancho Ramírez !

¡ Tengo que vivir pa'tomarme una cumplida revancha ! ¿ Sabe, mi señora Delfina ?

Así será, mi general.



El comandante Medina seguía en la brecha; a sangre y fuego.

¡ Es mi brazo derecho, y se lo ha jugau siempre, como cuadra a un bien nacido entrerriano.

De Montiel, como yo.



la fugaz visión de las cuchillas que la vieron nacer, y el recuerdo de cuando tenía quince floridos años, sacaron a Delfina de ese sitio de derrota, arrojándola al pasado.

(Cuando aún no conocía a Francisco, mi amor.)



Por esos días escuchaba las serenatas de Daniel Riojas, un payador hijo de estancieros. No sabía si lo quería, pero el mozo estaba muy firme en sus pretensiones.



¡ Hablemos claro, Delfina ! ¡ Lo quieres a Ramírez !

Ella había hablado con entusiasmo del héroe que crecía, semana a semana. Daniel Riojas odiaba al militar.



¿ Te crees que me asustás con tus palabras, Daniel ?

Cuando Riojas supo de aquel baile donde Delfina y Francisco entuvieron hablando, muy entusiasmados...



¡ Voy a quebrar ese idilio !

Sin abandonar su guitarra ni su canto, Daniel Riojas se pasó al enemigo, haciendo de espía contra Pancho Ramírez. El comandante Medina empezó a seguir los pasos del sospechoso.



¡ Vía saber lo que andás buscando, gallito cantor !

El resultado no halagaría a Daniel Riojas el despechado.

Creo que muy pronto van a separarte la cabeza del cuello, muchacho sonzo!



El hombre desairado era capaz de cualquier cosa. Así lo comprendió el pulpero de Montiel, Ño Zoilo.



¿Andás en algún feo enjuague, Daniel ?

Sólo sé que el cariño e' Delfina era mío.

No se puede decir eso, y menos hablando de una mujer tan joven como Delfina. Mirá, Daniel...



...que los pelotones de jusilamiento de Ramírez están a la orden del día, y vos...



¡ No soy tan sonzo, viejo !

Te he visto con ese gaucho malo, que peliara con López. Ese te va a perder, Daniel Riojas.



¡ Cállese la boca y sírvame una limeta bien llena !

" No se debe traicionar al hombre más grande de nuestra tierra ". murmuró Ño Zoilo, agregando : " Y menos por una pollera ".

Porque no me negarás que ande corre una lágrima criolla, ahí está la ayuda de Pancho Ramírez.



La clarinada rompió el silencio de la tarde. Volvían los jinetes del Holofernes gaucho. Delfina salió de su rancho, emocionada.



¡ Gracias, Virgencita !
¡ Gracias por habérmelo devuelto !

" ¡ Esa mujer va a ser mi desgracia " ! se dijo Riojas viendo a Delfina muy cerca de Ramírez; olvidada de sus palabras de amor; de sus canciones de poco tiempo antes.

Un individuo de extraño aspecto se le acercó.



¿Y, Riojas? ¿Qué sabís de las andanzas del " héroe " ?

Nada, por ahora.

Te espero ande sabís. Y esmerate un poco más, pues hombre. ¿D'esa manera ayudás a la causa?

(¡Será tu causa, mandria!)



¿Qué le importaba a Daniel de López o cualquiera de los enemigos de Ramírez? A Daniel Riojas sólo le interesaba "su causa". La que tenía que ver con Delfina; la amada cada día más imposible.

(Dende que ese Ramírez le llenó el ojo... ¡mala suerte!)



El general abrazaba a dos mujeres: su madre y su novia.

Día llegará en que todos nos estrechemos en la misma Capital de la Confederación.



¡Viva el supremo entrerriano!

Ramírez dialogó durante algunos minutos con el padre Muñoz y en eso estaba cuando Delfina les acercó unos amargos.

Con gusto muy dulzón aunque no tenga azúcar, ¿eh, Pancho?

Sus palabras son sabias, como siempre, padre.



Delfina y Francisco se miraron durante un larguísimo instante.

Tengo el gusto de volver a verla, señorita Delfina.



Aquel bravo en la guerra era todo un caballero ante las damas; o por lo menos así lo demostró ante Delfina. Conversaban, cuando ella vio a Daniel entre los soldados, con su guitarra y su odio.

Delfina le escapó al estanciero, pero cuando Daniel la cercó, le sobraron palabras para insultarlo.



¡No es de hombre lo que hacés, Daniel! ¡Oh, ni siquiera puedo tener un buen recuerdo tuyo!

¡Sos el más sucio traidor que ha dao esta hermosa tierra montielera!



Pegó furiosamente en la cara de Riojas. Con una mano. El enemigo graznó su dolor.

¡Te vas a arrepentir mil veces, Delfina! ¡Yo te lo digo!

¡Traidor! ¡Sucio traidor! ¡Mandria!



Pancho Ramírez tenía un gran olfato para olisquear las dificultades. Apoyó una de sus manos en el brazo de la joven.

¡ Por qué tan pálida ?
¿ Qué le sucede ?



Delfina pretendió esquivar el bulto. No vaya nunca por ese camino, señorita. ¡ Sobre todo si es Francisco Ramírez quien quiere...

... saber de sus cuitas, pa' aliviarla !



No es nada malo, mi general, Sonceras de muchaca sonza.

El hombre advirtió el miedo en las pupilas de esa linda Delfina que empezaba a abrir las puertas de su corazón.

No quiero inspirarle miedo, Delfina. Tuitos los hombres necesitan de un apoyo de mujer, pa' dir adelante.



Sí. Era el principio de la declaración de amor de aquel bravío guerrero de las cuchillas entrerrianas.



En principio ella se negó. Interiormente gritaba : "¡ Francisco, no me hagás sufrir así ! " -Presiento que me quiere, Delfina.

Ella se apretó a él, nombrándolo fervorosamente.

¡ Caramba, caramba !
¡ Tuito lo hace muy ligero este hombre !

Echele áura la culpa a nuestros corazones, padre Muñoz.



Las campanas de la iglesia repicaron un par de días después. Se casaba la atractiva Delfina con el gallardo Ramírez. La fiesta duraría un largo día.



Después, otra vez a la campaña; a la guerra sin cuartel. La visión se hizo roja para Delfina Ramírez. Roja como la sangre de los fieles gauchos que la entregaron por su ideal. Como la misma sangre de Pancho Ramírez, que exhibía sus heridas orgullosamente.

¡ También han volteau al comandante Medina, patrona !



Herido el jefe, su segundo correría -gustoso- idéntica suerte. Trajeron a Medina, y todos se cuadraron a su paso.

¡ Gauchazo lindo ! ¡ Viva el comandante Medina !



Daniel Riojas se le había ido de las manos, y eso ocasionó el revés de ese día infausto. El comandante Medina quiso pagar con su propio dolor, la deuda al jefe. Y anduvo tres leguas con la cabeza partida por un hachazo. ¡ Ramireño hasta la muerte !

Exactamente hasta la muerte, pues el comandante murió, confortado por el Padre Muñoz que no se movió de su lado en muchas horas.



Silencioso, lúgubre, Pancho Ramírez posaría sus pupilas en los despojos de aquel hombre fiel; su segundo, su amigo.

Juiste muy bravo, Honorio Medina.
¡ Nunca te olvidaré !



Las malas noticias no cesaron.

¡ Parte del coronel Galarza, mi general !



Galarza estaba siendo diezmado por fuerzas que respondían a López. El chasque lo explicó en pocas palabras.

¡ Ese coronel Maldonado que es peor que el diablo, mi general !



Ocho heridas mostraba el general de Pancho Ramírez. Por cada herida, un paso más adelante.

¡ Son duros, mi general !

¡ El fuego ablanda el fierro, teniente !



En el Chajá degollaban a los derrotados ramiristas.

¡ En pie, mis valientes ! ¡ Y ni un paso atrás !



No tuvieron más remedio que mandar un chasque, urgentemente. Ramírez lo escuchó en tensión, mientras rechazaba por segunda vez el mate que le tendía un sargento.

(Cuánto se ha torcido hoy tu suerte, Pancho.)



El sol fue apareciendo poco a poco. Un sol tormentoso. La diana era como un revólver de cuchillos en las heridas. A nadie hizo bien. Ni siquiera al Helofernes entrerriano.

¡ Ramayo con cuarenta hombres sale ya mismo pa' El Chajá.



El padre Muñoz le habló de un posible retroceso hasta el Carcarañá. Ramírez quedó pensativo unos minutos, mientras dibujaba en la tierra húmeda un tosco plano. Corrían peligro; era cierto.

Por mí no me importa, pero no quiero que le suceda nada a Delfina.



En ese amanecer, Ramírez vio ponerse su sol de victorias. Y hasta enmudecieron los zorzales que seguían a sus tropas; alegres, como mensajeros de esperanzas.

Mejor sería que te largaras pal Carcaraña, Parcho. ¿Y tu palabra de honor?



Una promesa mía es sagrada, padre Muñoz. Entonces...

Entonces, general Ramírez....



¡ Que no obligo a naides !
¡ El que me siga, bien, y el que no... al diablo !



Más elocuentes que las palabras fueron los gritos de los gauchos, que juraron seguir a su jefe hasta el fin.

¡ Entrerrianos ! ¡ Entrerrianos de ley !
La estrella del general Ramírez aún no se ha apagau, mis valientes !

¡ Nunca ! ¡ Viva el general Ramírez !
¡ Viva la Patria !



Volverían a la pelea, con alma y vida. El sol se ponía en el cielo. Un silencio de crepúsculo empezó a invadir las selvas nativas, donde ya no cantaban los pájaros amigos de esos guerreros criollos.

La dispersión de las lanzas adictas a Ramírez había comenzado, tras la derrota en ese invierno del año veintiuno. Los gauchos de Montiel morían o se doblaban, exhaustos.



Algunos, sin lanza y sin vincha, se hundieron melancólicamente en las cuchillas quietas pero llenas de otros muchos peligros.



¡ Viva el general Ramírez !



A semejanza de los animales que buscan un rincón en la maraña vegetal para morir, algunos bravos de Ramírez se hundieron para siempre en las selvas del litoral, cuya "República de Entre Ríos" entraba también en la agonía.



Mientras tanto, ¿qué pasaba en el alma de Ramírez? Sombrío, trágico, comprendió que el final llegaba. Únicamente consolado por el cariño de la compañera de tantas horas victoriosas.

Su desesperación viril, su angustia, desaparecían brevemente cuando Delfina apoyaba los labios en sus labios, haciendo de ese beso una maravilla, como el beso primero. El que jamás se olvida.



"¡ Francisco que rido !" El acento femenino, dorado, sonaba en los oídos del bravo guerrero como un canto de calandrias nuevas.
"Pero lo cierto es que esos santafesinos te siguen, Pancho."

Una partida de santafesinos, apoyada por traidores como ese Daniel Riojas, vengador insatisfecho, lo seguía de cerca, a todo galope. Ya no están con Ramírez ni Medina, ni Galarza, esos varones que odiaban el descanso; que amaban la guerra, junto al jefe.



Los pocos que están junto a Pancho Ramírez ya no tienen la fe de las horas pasadas; las horas del triunfo. Sin embargo se aprietan formando un haz de voluntades. Un haz que costará mucho romper a pedazos; tal como quisieran esos santafesinos.



¡ A la lucha, mis gauchos ! ¡ Y Dios nos proteja !

De pronto, el galope de Ramírez se sofrenó.



¡ Delfina ! ¡ Delfina !

Ella ha quedado rezagada y a merced del enemigo. Varios se le acercaron. Delfina gritó el nombre amado. Al oírlo, el caudillo hizo girar su caballo en medio del polvo del sendero ensangrentado.



Los ojos inyectados en furor de Francisco Ramírez presenciaron la escena brutal. ¡ Acababan de apresar a Delfina, y ésta se defendía con uñas y dientes !



¡ La arrastran ! ¡ Ah, perros descastaos !

Uno le arrancó la casaca. Otro el chambergó, cuyas plumas rojas y negras se quebraron contra el camino. Los largos y amados cabellos de Delfina Ramírez caían sobre su rostro herido...

... cuando el supremo entre-riano llegó a la carga. Con dos gauchos a cada lado. Todos dispuestos a sucumbir en la faena. Coraje precisaban y mucho. Los santafesinos eran veinte.



¡ Delfina, mi amor, mi vida !

Las manos de Francisco arrebataron a Delfina de entre las manos de sus captores, subiéndola a peso a su alazán.

El romántico guerrador se lanzó al galope nuevamente, cubierto por dos de sus más fieles compañeros de ideales. Uno, pronto alcanzado por un tiro en la frente.



Sudoroso, enloquecido, el alazán de Ramírez trató de poner distancia entre su patrón y la partida. Sin embargo, las balas se han hecho para acortar esas distancias.

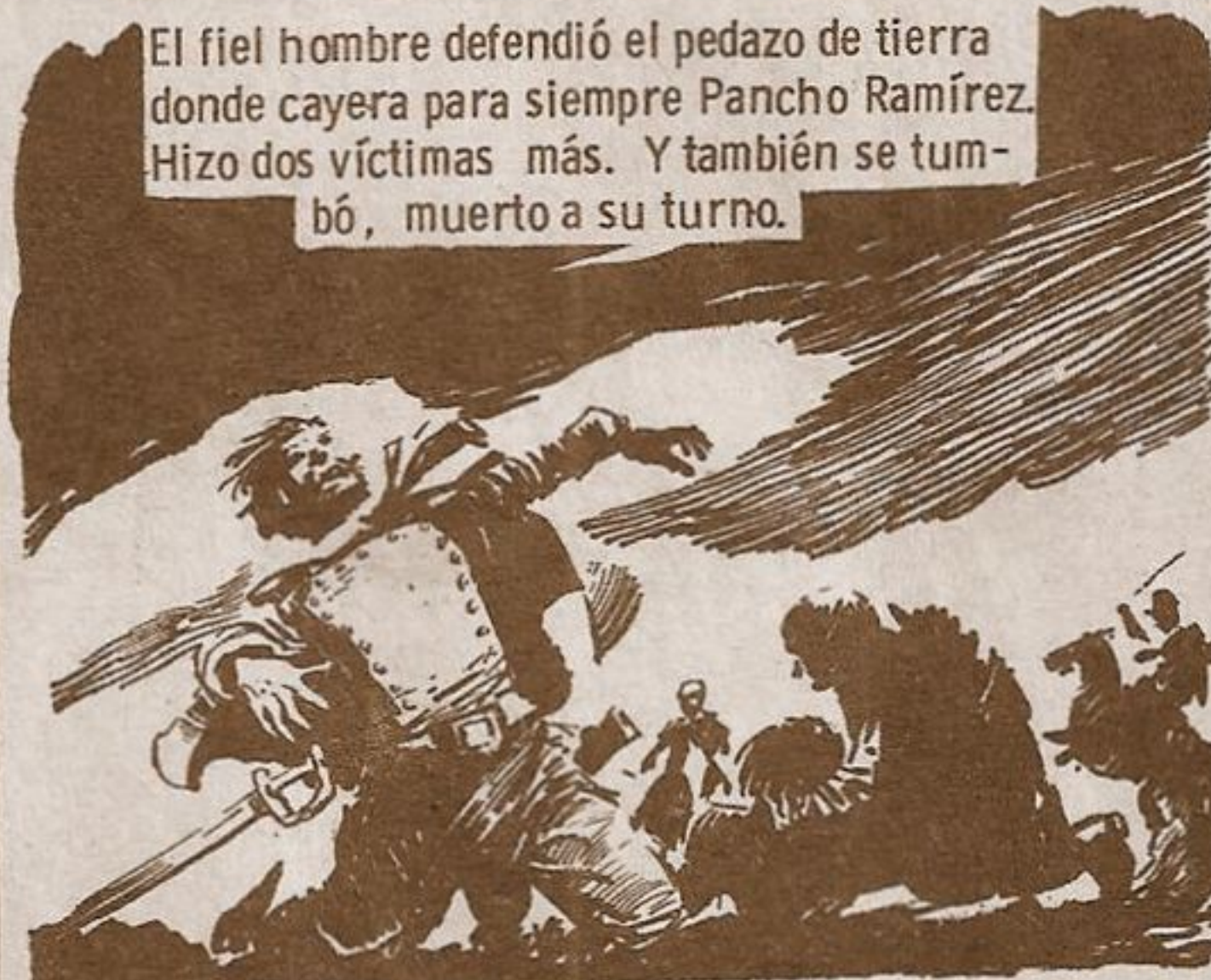


Ella sintió que los brazos de él aflojaban extrañamente. Sintió la llegada de la muerte.

¡ Francisco, alma mía !



El supremo entre-rriano cayó hacia adelante, envuelto en su poncho color sangre que absorbía esa cosa roja y tremenda que brotaba del corazón de un valiente.

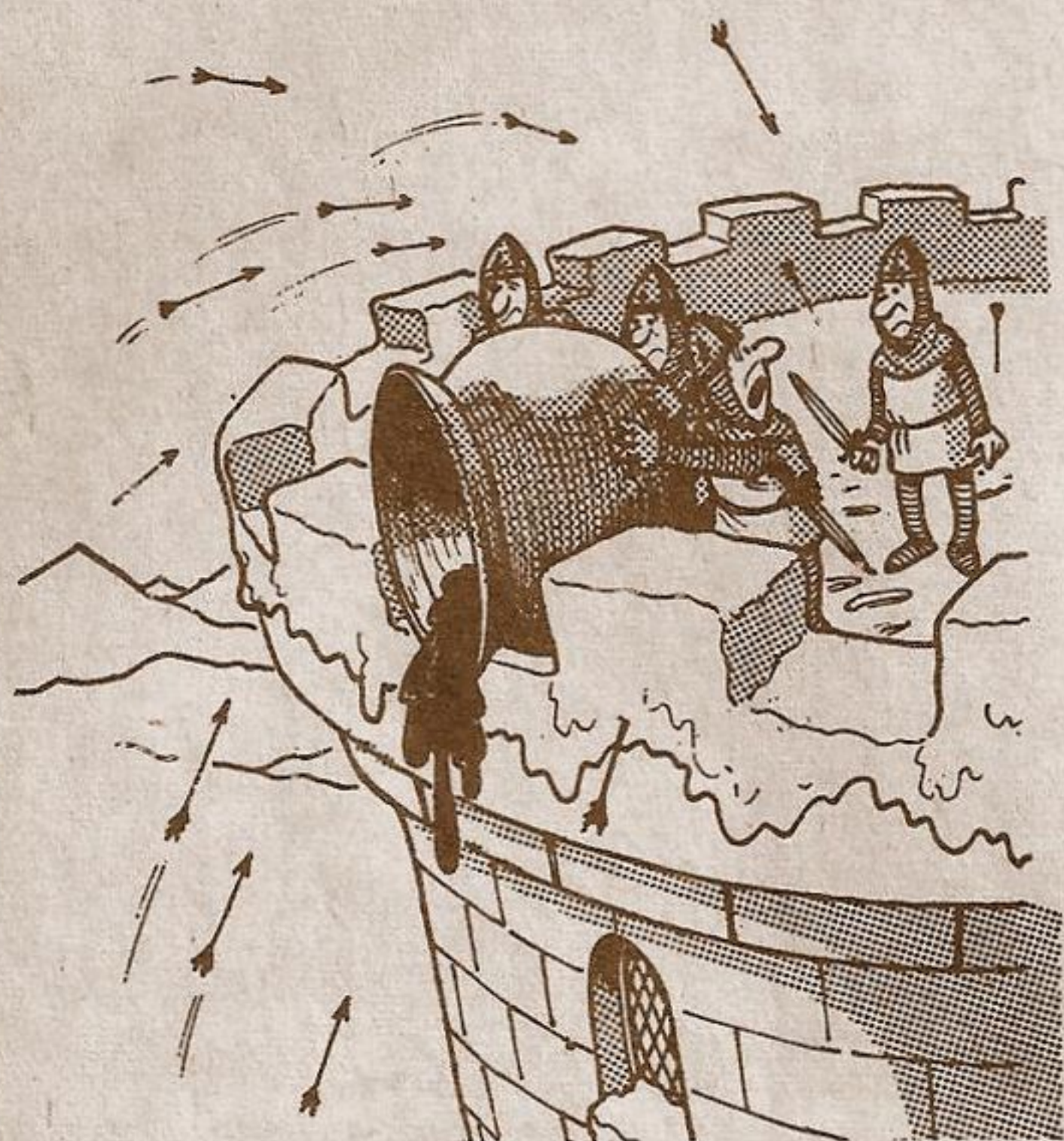


Delfina estaba abrazada al querido finado, y ya podrían matarla que no se movería de su lugar. Y la mataron. Las cabezas de "La patrona y su compañero", cayeron juntas. Diríase que sus labios cárdenos y fríos, se unían hasta en la muerte. Los bellos ojos de Delfina que durante años se iluminaron de amor al contemplar el rostro hirsuto y amado del caudillo, no alcanzaron a leer el salvaje epitafio que un periodista escribiera horas después : " En guerra, hemos cortado la cabeza del Holofernes criollo ". En el Más Allá, Ramírez estaría junto a su mujer. Si algo le alegraba era el saber que en la trágica emergencia de su paso hacia las sombras, ninguna mujer lo traicionó. Que no hubo ninguna Judith asesina, sino más bien una morenita que amaba como Delfina Ramírez lo había sabido hacer.

JUAN ARANCIO

FIN

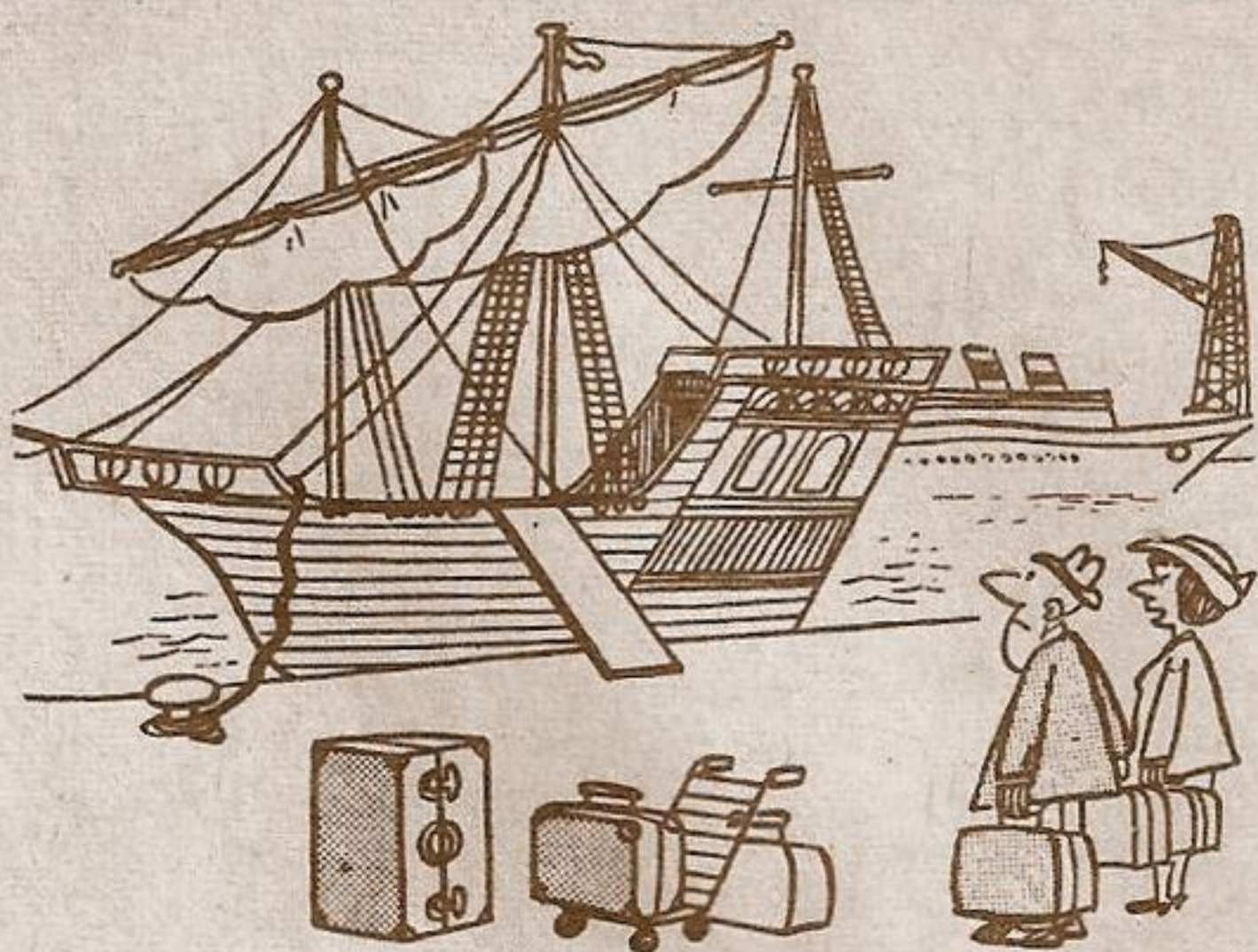
MOMENTO HUMORÍSTICO



-Se nos acabaron las flechas, capitán.
Es por eso que hemos decidido arro-
jar la sopa del ejército.



-Es un jugador muy empecinado. Ha
traído su comida para no perderse
ningún tiro.



-¡ Con razón la Compañía de Nave-
gación se llama: "La Santa María,
La Pinta y la Niña"!



-Mi padre se ha disfrazado de Almi-
rante Nelson para poder vigilarme
a gusto con los catalejos.



-¡ Qué bien voy a quedar con mi pibe!
Hay aquí muchos billetes de mil nue-
vos.

DR. KILDARE

en: LA MODELO

Por KEN BALD

Los amigos del Hospital Blair patrocinan este desfile de modelos, señoras. Como ustedes saben, la recaudación obtenida en este desfile...



...será destinada a financiar la clínica gratuita de que tan orgullosos estamos aquí en nuestro hospital. ¡Y ahora, que empiece el reinado de la moda! En primer término, la señorita Dianne Morgan, con un maravilloso conjunto de otoño.



Observen la soberana simplicidad de líneas de este modelo. ¡Es audacia bajo una apariencia de discreción!



Y ahora, la señorita Penny Pennfield, exhibiendo una asombrosamente original creación de Marnet, de París.



Te toca entrar en escena, Penny.



Bien.

¡Esto es elegancia! Se trata de un traje divino, hecho de una tela que es un estallido de oro. El sombrero es como un halo de ángel.



¡Penny! ¡Qué horror, se ha desmayado!



Minutos después...

¿Cómo se siente, señorita Pennfield?

Adormecida.

Sin duda, tengo el don de la oportunidad para desmayarme en el lugar indicado.



Ahora, todo lo que tenemos que hacer es averiguar por qué se desmayó.

¡Un, dos, tres, cuatro!! Un, dos, tres, cuatro!! Floristas, caminen erguidos!! Proveedores de golosinas, marquen el paso!! Un, dos, tres, cuatro!! Compañía..., alto!

D. D. HALLIWELL

IMPORTADORES DE
GOLOSINAS EXQUISITAS
Montique FLORISTA

THE
Florist

¿Qué le pasa a ese tipo?

Es un chiflado. Pero ¿a quién le importa? No hay duda de que es rico, y menos duda aún de que es muy atractivo.

Señorita Pennfield, usted es modelo, ¿verdad?

Sí. Pero, ¿qué tiene que ver eso con el desmayo que sufrí en ese desfile?

¡Destacamento..., alto!

Nuestras investigaciones preliminares indican que usted sufre de deficiencia nutricional.

-¡Imposible!
¡De lo único que sufre esta encantadora mujer es de mí! Necesita mi constante atención: fuentes rebosantes de la inefable simpatía, la apostura y la amena conversación de Jerry Greenacres.

Joven, salga inmediatamente de este hospital. No sólo está molestando a una paciente, sino que además me molesta a mí.

Créame, señor. Soy hombre de paz y de inagotable fe en su profesión. Depositaré mis ramielletes y me largaré. ¡Pero volveré!

Perdonen a Jerry, caballeros. Es un descocado, pero inofensivo, créame. ¿Decía usted, doctor Kildare?

Decía que su organismo no segrega cierto "factor intrínseco" necesario para la generación de células sanguíneas maduras, y...

Eso ha de tener un nombre que yo pueda entender, como por ejemplo "dolor de rodilla" o...

Tiene un nombre, señorita Pennfield. Se llama anemia perniciosa.

Sí, todos los ramos. Hasta el último pimpollo será enviado a la señorita Penny Pennfield, en el hospital Blair. Y repita la dosis cada día que ella esté encarcelada en esa prisión antiséptica.

Sí, señor Greenacres.



¿Por qué no habrá un idiota rico, complaciente y cariñoso como él, que esté loco por mí?

Si tuvieras el aspecto de Penny Pennfield, quizá hubiera uno.



La anemia perniciosa no significa el fin del mundo, señorita Pennfield. En condiciones adecuadas, y con un tratamiento sostenido, puede ser controlada.



Claro, claro... Todo lo que debo hacer es atiborrarme de comida hasta que me hinche como un sapo. ¿Y después? Pierdo mi trabajo, no puedo comer... y vuelvo al hospital Blair muerta de hambre.



Siéntese y escúcheme, por favor. No vamos a hacerle comer a marcha forzada. Le inyectaremos extracto de hígado, que es rico en ácido fólico y vitamina B-12.

Tengo noticias para usted, doctor: me siento perfectamente bien.



Vendré de vez en cuando para que me inyecte sus vitaminas y ácidos. Mientras tanto, Penny tiene que ganarse la vida.



Estás en manos de charlatanes, preciosa. ¿No es claro que estás en el mejor estado de salud, y que quieren que te quedes aquí para poder contemplar tu arrobadora belleza?

Afuera, por favor. Quiero vestirme. Jerry, ¿me esperas?

Toda la vida..., si eso no lleva mucho tiempo.



Señorita Pennfield, le advierto contra esa desatinada actitud. Le digo que...

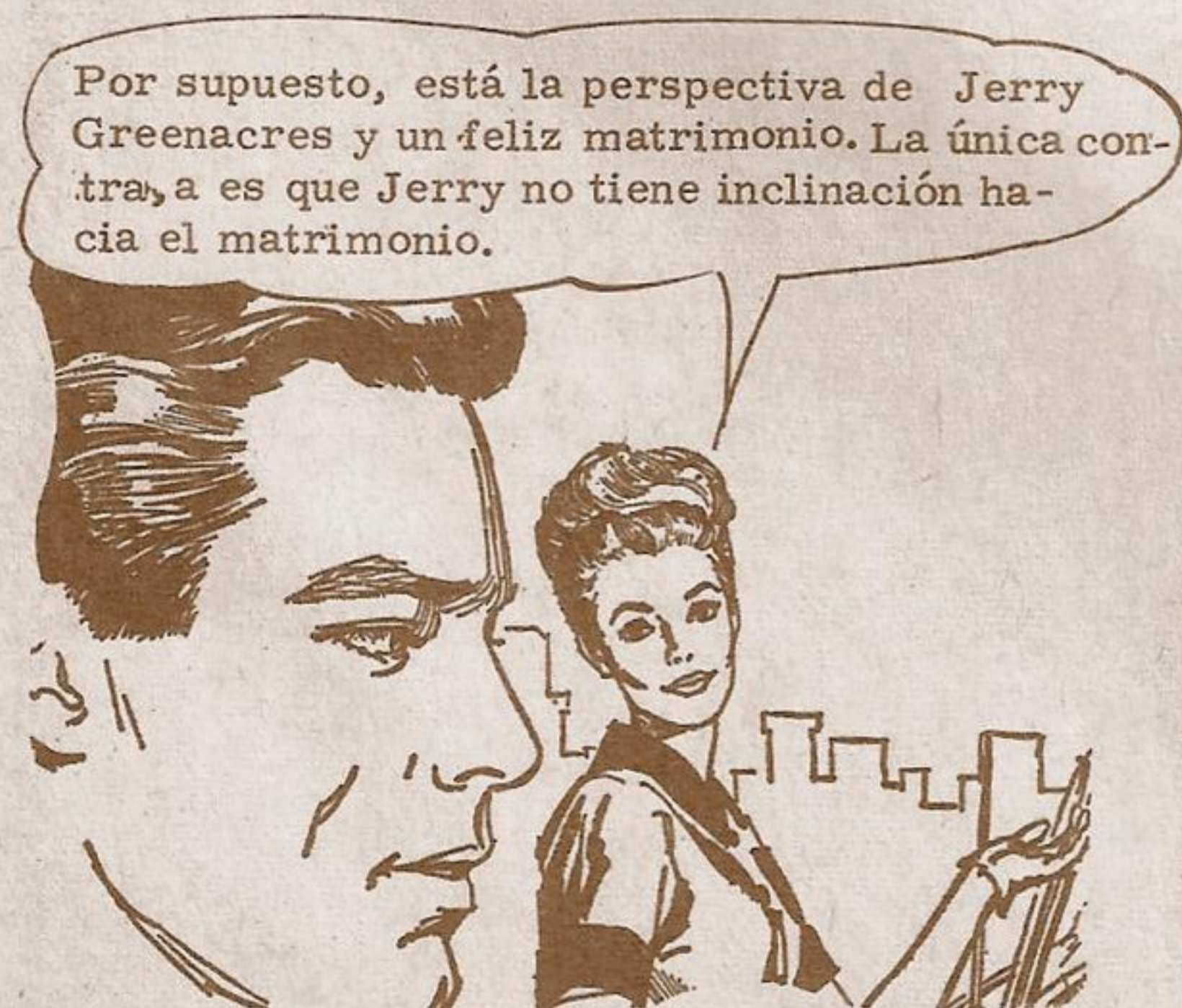
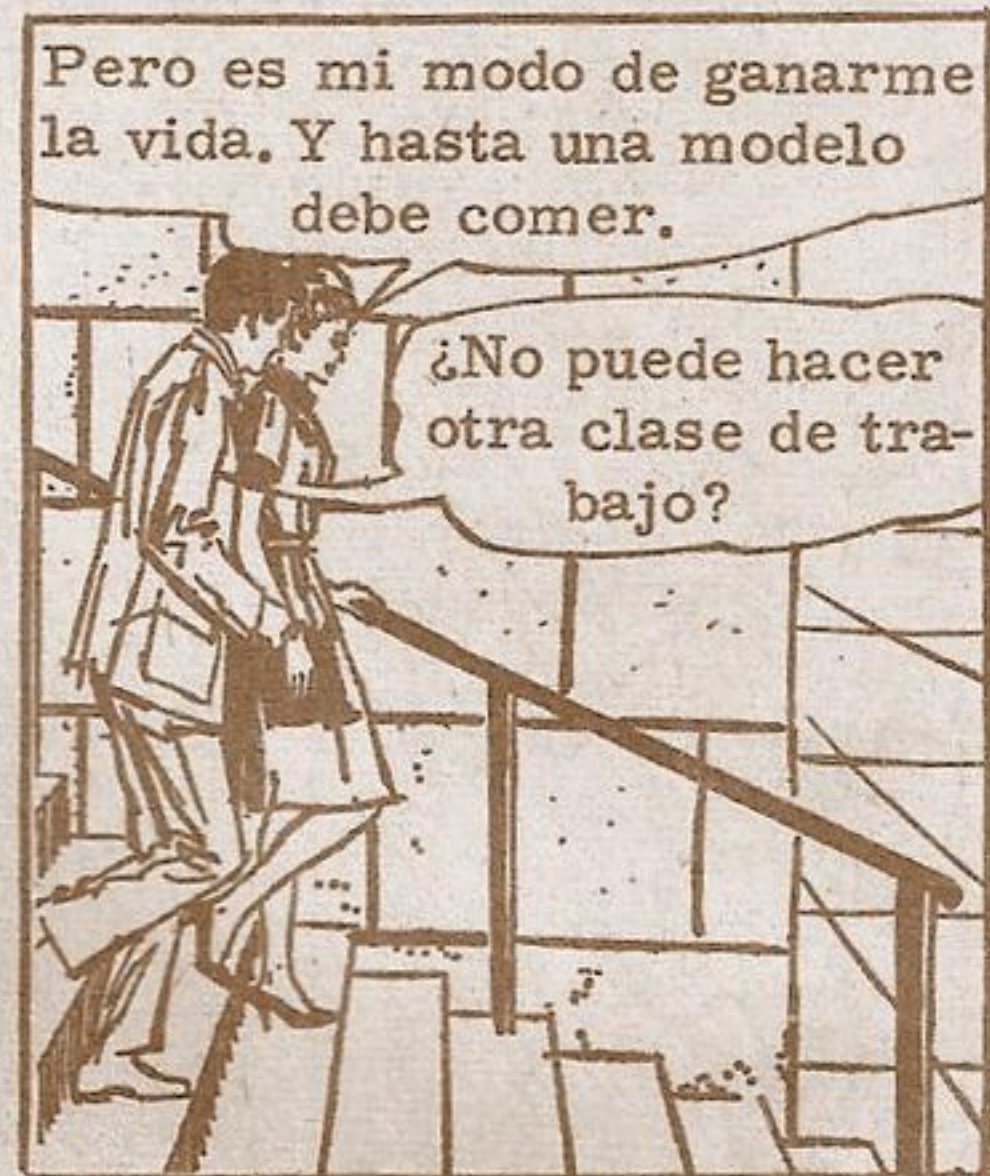
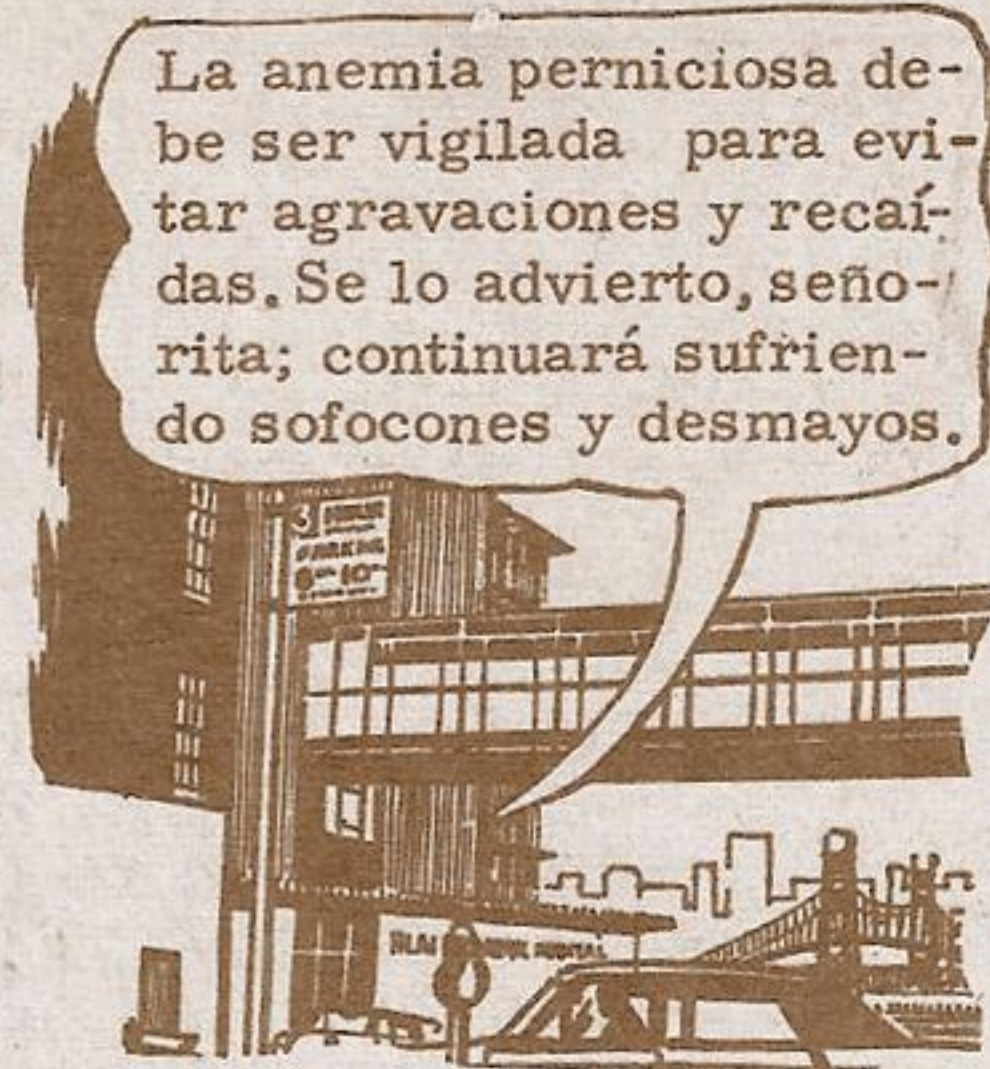
Ella le dice que se haga humo, doctor. Después de todo, es una dama en primer término, y luego una paciente.



¡Ahora escúcheme usted! ¡Si es amigo de esa joven...!

Cálmese, cálmese, doctor, ¿sabe lo que les pasa a los médicos que se sulfuran? El escalpelo se les escurre de la mano y... ¡Paf! ¡Los despiden!





¿Qué te dijeron en el hospital?

Que sufro la enfermedad profesional de las modelos: demasiado trabajo y, muy pocas vitaminas.



Esa es la enfermedad que les sienta a las chicas. A ti te favorece muchísimo. ¿Un beso, preciosa?

No mientras estés manejando, Jerry.



Después de todo, apenas acabo de abandonar el hospital.



¿La señorita Pennfield? Claro que la recuerdo. Sí, ya sé: la modelo con anemia perniciosa... ¿Dónde? ¿Y por qué no viene al hospital?



¡Eh! Usted dijo que era una emergencia. Ciertamente, no lo parece.

Hay emergencias y emergencias, doctor.



No ha vuelto al hospital para que le apliquen las inyecciones.

No tengo tiempo. Ni dinero. Doctor, ¿le puedo pedir un tremendo favor?



Cómo no.

Cada vez que le hablo a Jerry Greenacres sobre el tema prohibido del matrimonio, o estalla en un sudor frío, o lo toma a risa. No sé cuál de las dos cosas es peor.



Y lo pintoresco es que el gran canalla me ama. Pero está demasiado asustado para admitirlo. Si yo se lo digo, no le dará importancia, de modo que...



...le pido que usted le hable. ¿Lo hará...? ¡Por favor!

¿Qué? ¿Quiere que le proponga matrimonio a Greenacres en su nombre?



¿Realmente quiere que le diga a su amiguito que, aunque él no se dé cuenta, está locamente enamorado de usted?

Véalo del siguiente modo, doctor; soy enferma, y usted lo sabe.

Bueno... la terapéutica no se reduce a píldoras, inyecciones y compasión. A veces, doctor, es necesario darle a una chica apoyo moral. Le aseguro que esa curación hace maravillas.

Eso me hará vivir feliz, con mi anemia dominada y mi Jerry Greenacres.

¿Penny Pennfield? Sí, la recuerdo. ¿No es la modelo que sufría de anemia perniciosa, y que olvidó su promesa de venir para que le aplicaran las inyecciones?

La misma, doctor Gillespie.

¿Insiste en que el matrimonio con Jerry Greenacres la curará instantáneamente? ¿Y dice que entonces podrá dejar de trabajar de modelo, hacerse aplicar regularmente las inyecciones y convertir a su hombre en un feliz mortal?

Sí, señor. ¡Y me eligió a mí para que le hable a Greenacres! Por supuesto, me rehusé.

Más tarde...

Todo lo que le dije a Jerry fue que quería que viera a un importante amigo mío. Que el muy bribón se preocupe un rato sobre la verdadera naturaleza de nuestras relaciones. Eso le hará mucho bien.

Pero...

-Un sabio colega nuestro describió una vez al médico ideal. Es el que tiene un conocimiento profundo de los sentimientos humanos, el que es comprensivo y el que se muestra capaz de apreciar los problemas de sus pacientes.

Estoy confundido, preciosa. ¿Tengo que hacer de cuidador, de rival celoso o de viejo amigo de la familia?

¡Soy James Kildare, el médico de Penny.

¿Ah, sí? Bueno, cuando termine de tomarle el pulso, doctor, véame. Tal vez pueda conseguirle otro cliente.

¡Jerry!

Acabo de informarte, señor Greenacres, que el doctor Kildare es mi médico. Supongo que sabes lo que es un médico.



Todo el mundo sabe lo que es un médico. Un médico es un tipo tan susceptible a una chica bonita como lo es cualquier mortal.



¡Y usted, doctor, es un mortal! ¡Mire, carne y hueso! ¡Igual que cualquiera de nosotros!



Pensándolo bien, tú eres mi amiga. Y ahora, si es que ha terminado de estudiar la mente y los modales de este modelo, doctor, me llevaré a este laboratorio ambulante, y nos largaremos.



¿Por qué no toma asiento, Greenacres?

¡También da lecciones sobre modales! Doctor, usted es una triple amenaza: diagnóstica, cura y le roba la chica al tipo que tiene vuelta la espalda.



¿Vienes conmigo, o piensas pasar una tediosa tarde con este matasanos? No lo mires a él; mírame a mí. ¿Me recuerdas? Soy Greenacres, el millonario que está locamente enamorado de ti.



Ya te lo he dicho, grandísimo idiota. Es mi médico y mi amigo. Y si estuviera enamorado de mí, me sentiría, honrada, halagada...



A propósito, ¿qué se propone éste? No me dirás que abandonará la medicina por ti. No me dirás que también está enamorado de ti.



...y dispuesta a aceptar su amor.





(Primero, soñaba despierto con ella. Ahora, es como si Penny ocupara mi mente el día entero.)



(Todo lo que sólo soñar era descubrir una cura infalible contra el resfrío común. ¡Necesitas una inmediata terapéutica, doctor Kildare!)

Doctor Kildare, supongo que..., ¡y esa prisa indecorosa para la dignidad propia de un médico interno...!

Lo siento, señor. Estoy de prisa...

¡Jim!



Es Penny Pennfield, señor.

Si estás huyendo de Penny Pennfield, la paciente, eres una vergüenza para la medicina. Y si procuras escapar de Penny Pennfield la mujer, ¡me confundes!



La cosa es así. Acepté sacarla a Penny a pasear... simplemente para que su amigo se pusiera celoso. Y luego, bueno, Penny dijo que yo le resultaba agradable...



...y repentinamente yo me sentí atraído por ella... Es decir, quise que ella sintiera realmente lo que decía... y todo se volvió confuso en mi mente.

Jim, ¿me vas a decir que te has enamorado de la chica?



No sé diagnosticar los síntomas del amor. Pero, ¿qué significa que uno no pueda dormir..., ni le agrada la comida..., ni preste atención a las palabras de la gente?

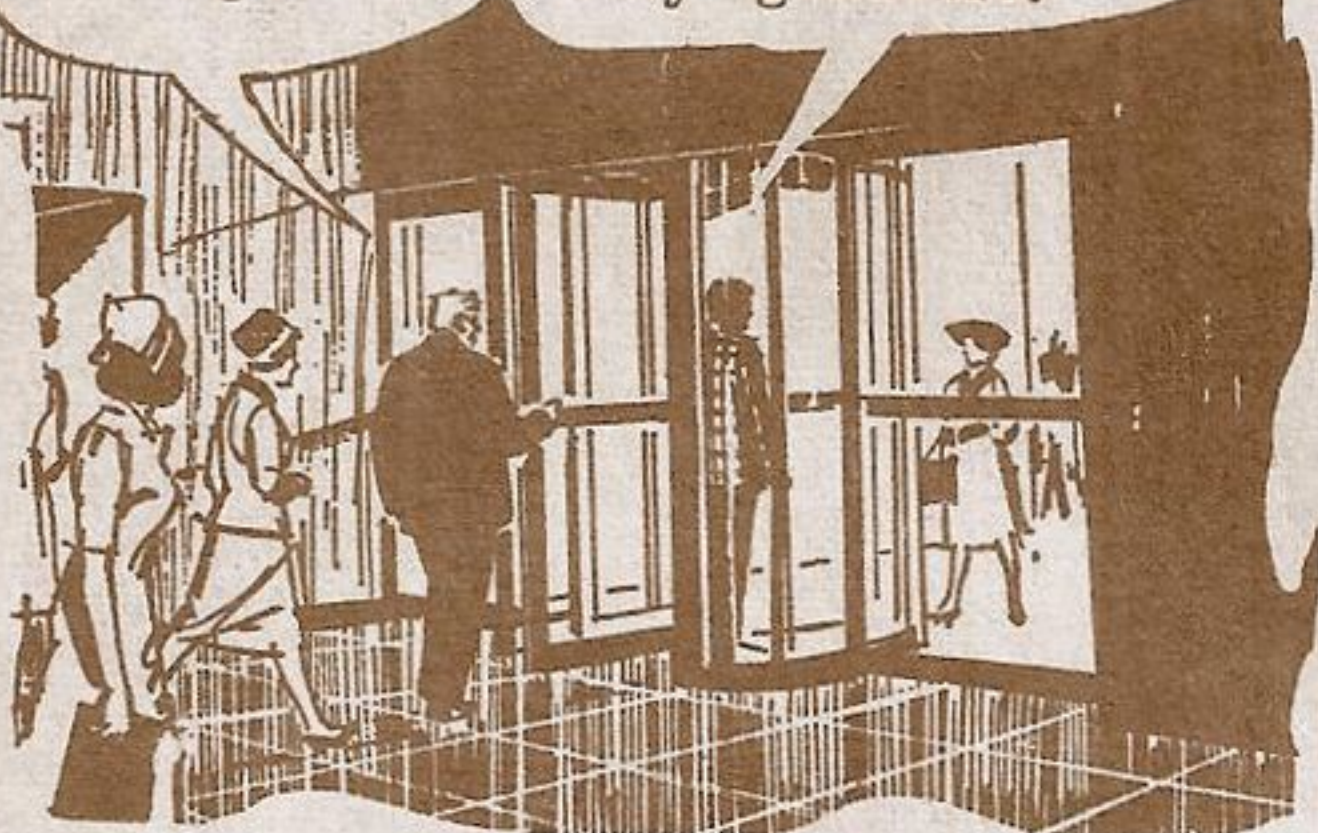


Hipócrates no describió en detalle ese estado patológico, Jim..., pero mi diagnóstico informal es que... estás en peligro.



¡Hola, Jim! ¿Te importa si doy un paseo contigo?

¿Cómo? Oh, no, señor. Pero le advierto que no seré una compañía muy agradable.



¿Aun sufriendo una severa afección de Penny Pennfield?

Diagnóstico correcto, señor. No puedo apartarla de mi mente, de mi trabajo, de mi vida.



Pensé que si caminaba de prisa y una distancia larga, o bien podría olvidarla, o bien me sentiría cansado, lo bastante fatigado como para poder dormir.



Penny es muy hermosa, muy femenina, y evidentemente incapaz de cuidarse a sí misma. Me he preguntado cientos de veces si esto es amor...



...o es compasión. ¿Puede uno enamorarse de una mujer simplemente porque ella lo necesita? No lo creo. Si yo fuera un adolescente, sé que esto sólo podría llamarse amor juvenil. Pero no soy un adolescente.



Mi mundo es muy diferente del de Penny. En realidad, ni siquiera sé cuál es su mundo. No sé lo que piensa, no conozco sus gustos, ignoro lo que lee..., o aún si lee algo.

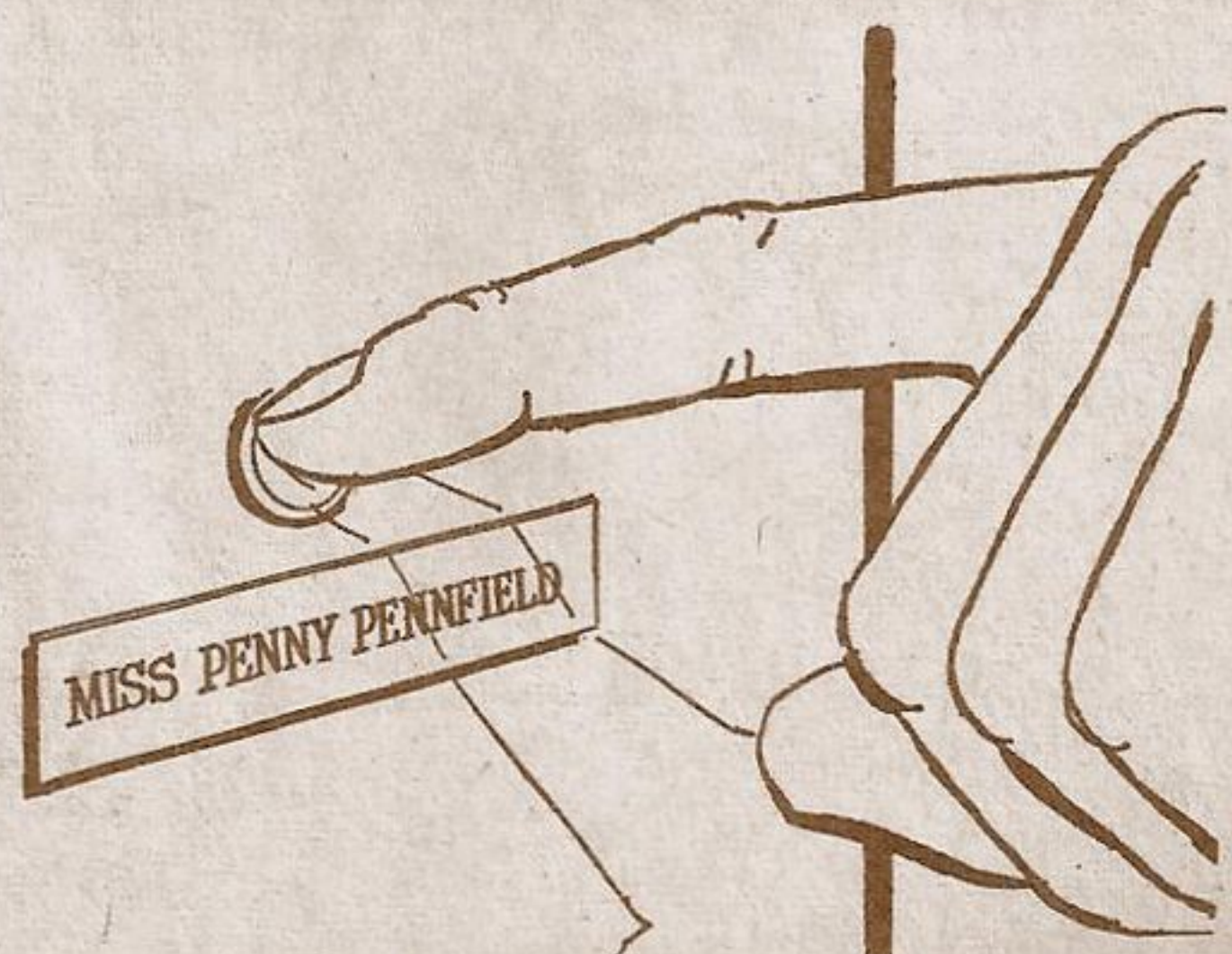
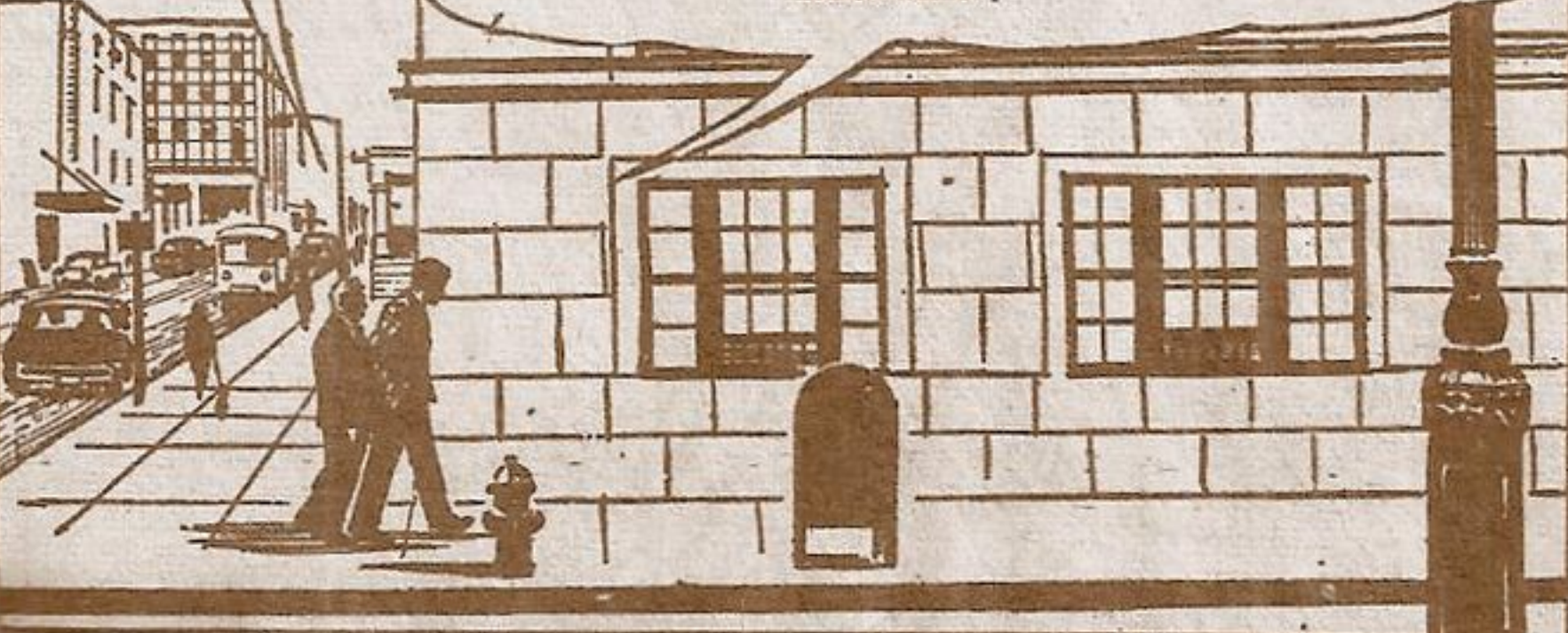


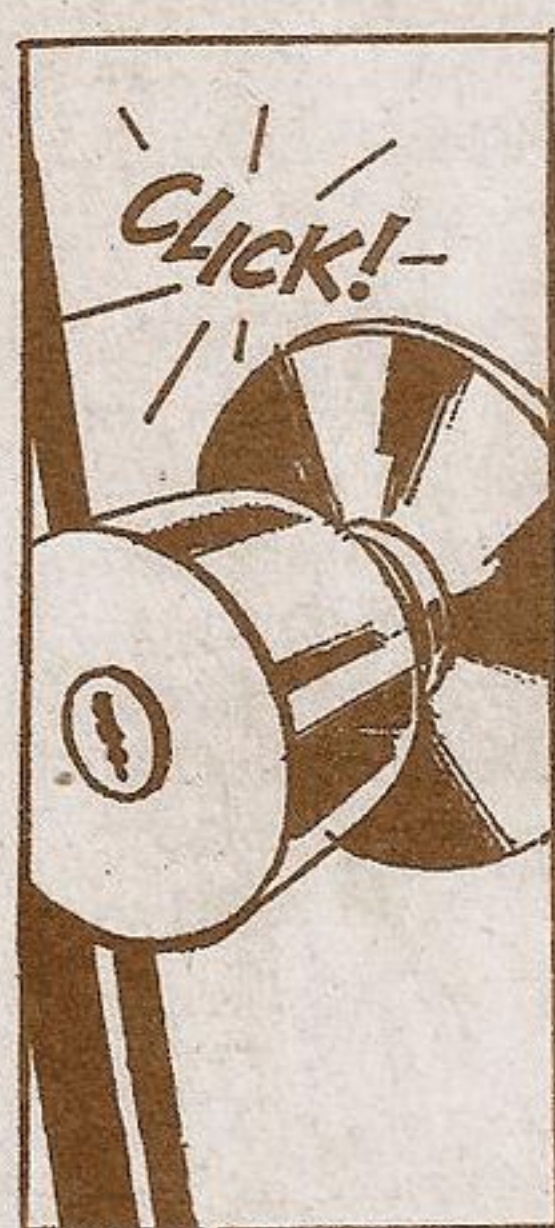
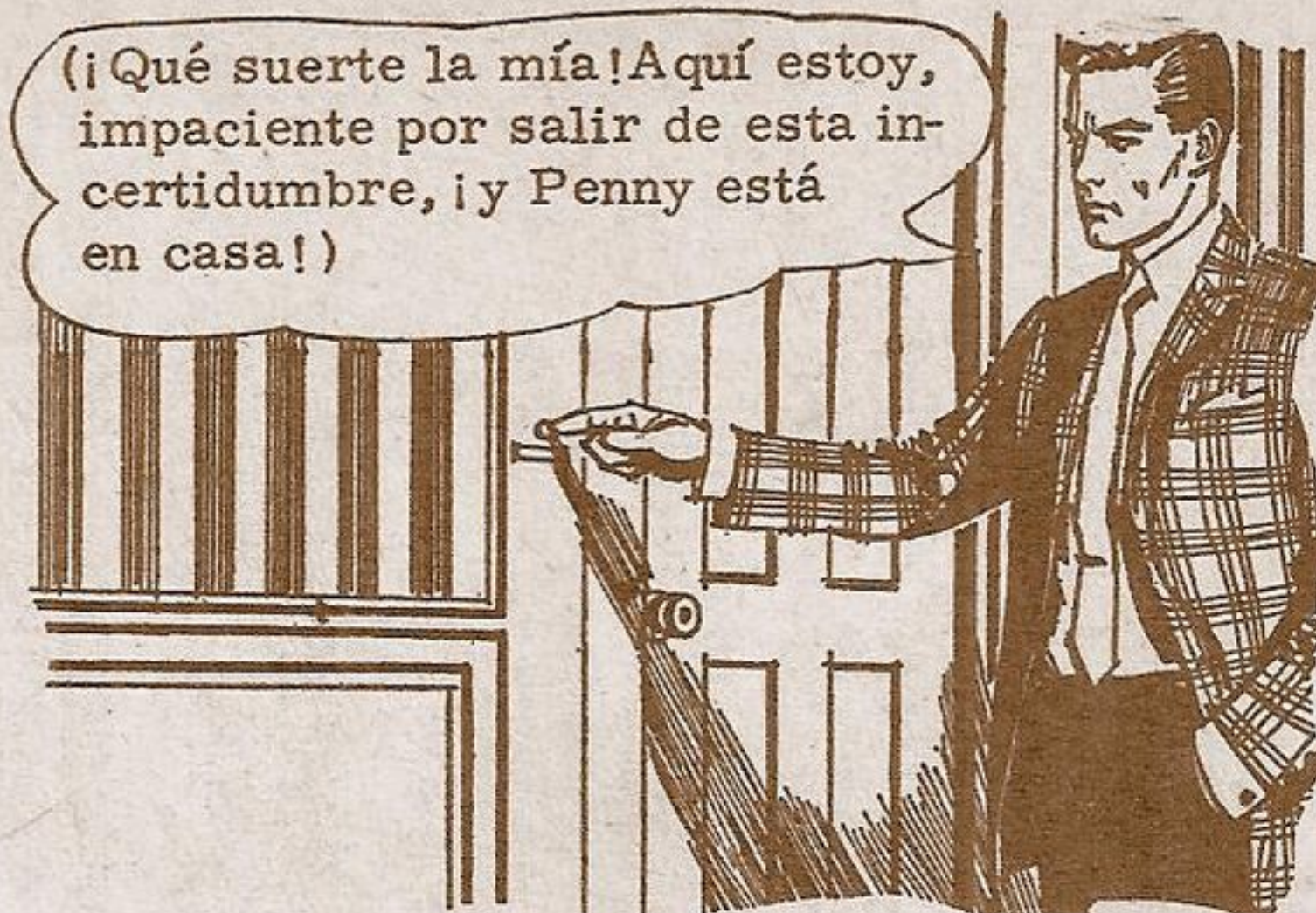
El amor es un asunto muy complejo, Jim. Pero mi presunción es que no amas a esa chica. Sólo estás impresionado por ella. Y confieso que también yo. Es muy atractiva.



Pero si fuera verdadero amor, no tendrías dudas de ello. No habría preguntas sin respuesta. Lo sentirías con claridad, y actuarías en consecuencia.

Entonces, lo único adecuado es decirselo a ella misma. Y pronto. ¡Ahora mismo!





Hola, Penny. No hables. Escúchame con atención. Estoy aquí para mirarte cara a cara... y verme de frente a mí mismo... respecto a ciertos hechos inalterables relacionados con el matrimonio.

Hay un hecho alterable al que me gustaría que usted prestara atención, doctor, y es usted. Usted es alterable, y si no se larga de inmediato...



Jim, la razón por la cual Jerry está bramando es que me ama, no de un modo limitado, o en sus momentos libres...



—¡Lo entiendo muy bien, amiguito! Usted invade una sagrada relación entre dos personas y lo echa a perder todo con sus consejos a la persona supuestamente abandonada. Pues bien: sepa que el amor que Penny y yo nos tenemos no necesita ser salvado por ningún consejo.



...sino de un modo permanente. A esa conclusión ha llegado.

¡Por favor! ¡Díselo! ¡Que este hombre no se quede con la duda!



Dile que te he pedido que seas mi esposa, y que él vino a entrometerse justo en el momento en que me dabas tu respuesta.



¡Jerry! ¡Si no paras de bramar, despertarás a todo el vecindario!

¿Quién está bramando? No hago más que expresar de un modo claro y conciso mi punto de vista, de modo que...



...no quede una pizca, un vestigio de duda en la mente de este hombre sobre mis sentimientos hacia ti y mis sentimientos hacia él.



Y ahora, doctor, ¿alguna pregunta? ¡Hable, no tenga miedo!

Vayamos por partes, por favor. Usted, Jerry Greenacres, le acaba de pedir a Penny Pennfield que sea su legítima esposa, ¿verdad?

Sí. Y en ese momento fue cuando usted apareció.



¿Y tú estabas a punto de contestarle?



Escucha. Sé que soy poco digno de confianza, mentalmente retardado, irresponsable, carente de ambición, haragán, peor...

Todo eso y mucho más, pero te quiero, grandísimo sinvergüenza.



Más tarde...

Me sentía como quien dice destrozado por la duda mientras estaba en camino hacia el departamento de Penny. Durante un par de cuerdas pensé que la amaba..., durante las cuerdas siguientes pensé que no...



...pero cuando la vi en brazos de Jerry..., comprendí cuál era el lugar de Penny. Y también comprendí...



...que éste es el lugar que a mí me corresponde: el hospital Blair.



FIN

UN POCO DE BUEN HUMOR



- Me ocurre una tragedia espantosa, doctor. El visón me produce alergia.



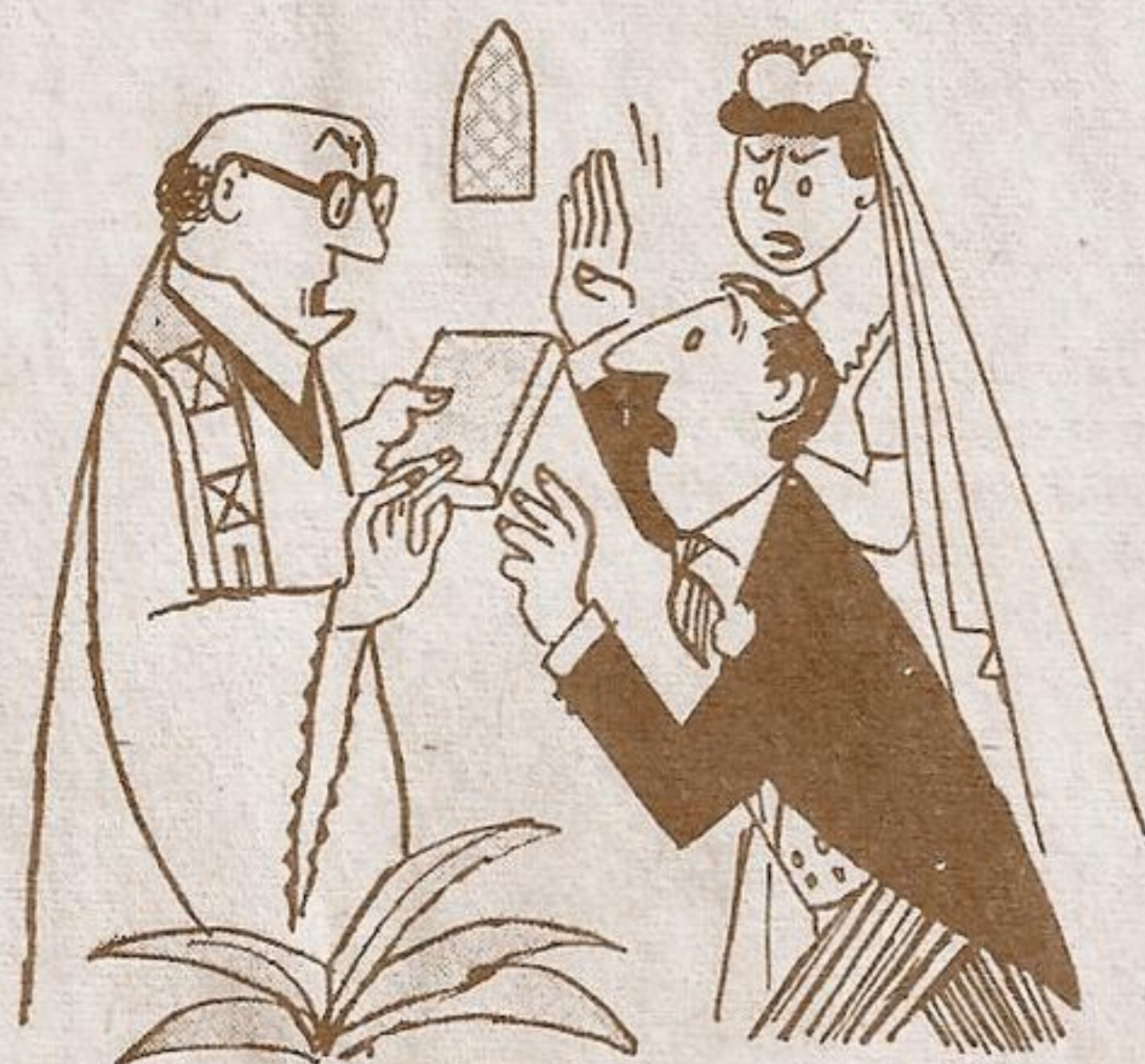
- ¡No te muevas, Haroldo! Dentro de una hora vendrá Jorgito del colegio, y quiero que te vea así.



- ¡ No tomes más ginebra, hermano!
- No te preocupes. A mí se me va como el agua.



-No te voy a dejar ver más películas policiales por televisión de noche.



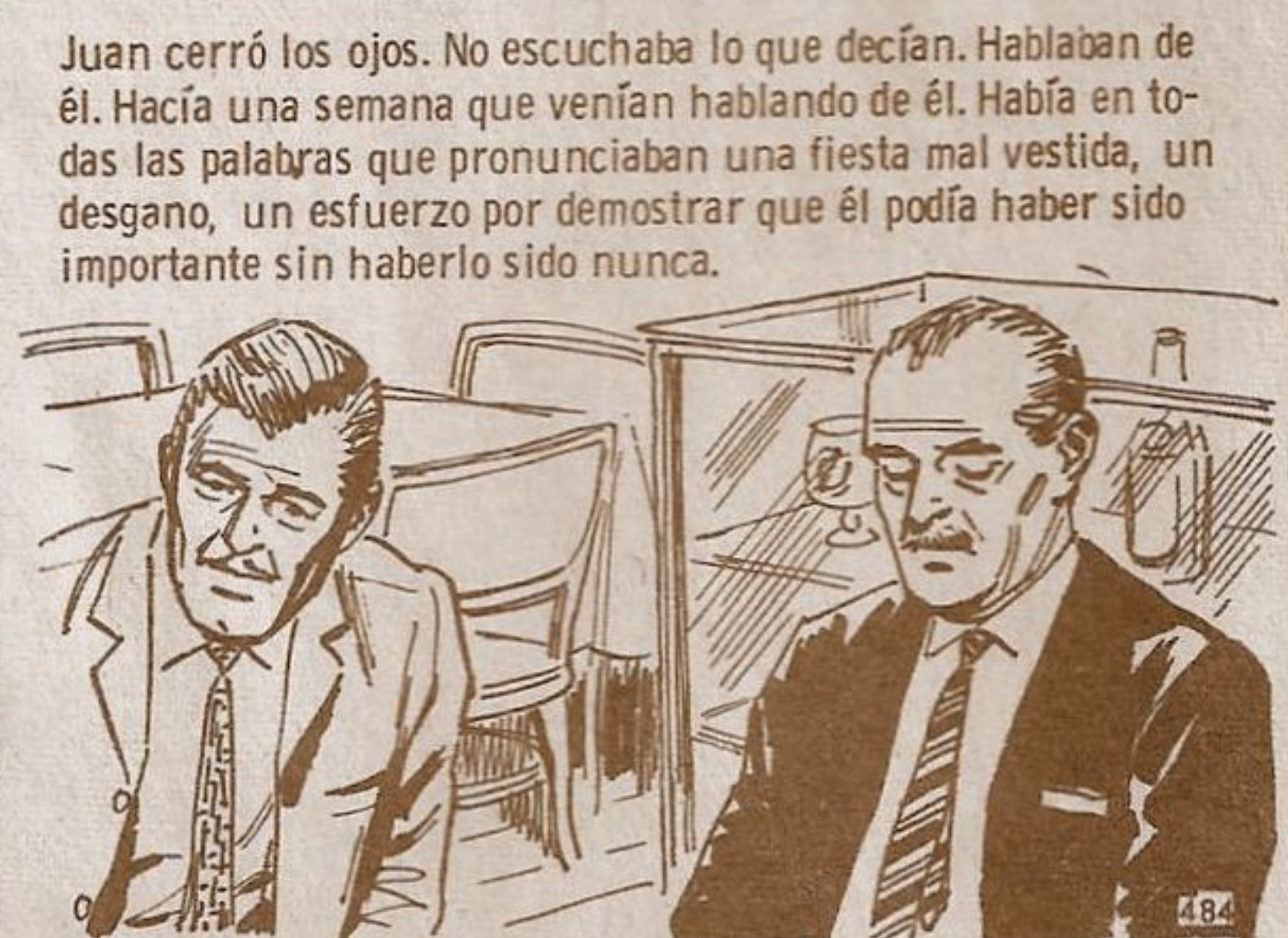
-Que hable ahora, o de lo contrario, que calle para siempre. ¡No, a usted no!

CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias de hombres y mujeres

EL MUNDO PERDIDO

DIBUJOS DE VOGT





El que hablaba ahora era Lorenzo Campos. Nunca habían simpatizado. Lorenzo Campos estaba muy arremado a la jefatura. Tenía que escalar posiciones entregando compañeros de trabajo. Le habían llegado a tener miedo.

Por favor, está bien. Muchas gracias por todo...



Perdone, Martínez. Pero me esperan, por eso me voy. Hoy es viernes, ¿sabe...?



Muchos estaban apurados. Les interesaba poco estar con él. Tenían sus compromisos. Se quedaban los solitarios, aquellos a los que les era igual estar ahí o caminando por Corrientes.



Los miró largamente y volvió a cerrar los ojos. Lo asustaron un poco aquellos rostros cansados, animados estúpidamente por varios vasos de jerez. Pensó en su rostro y en sus manos y temió que fueran tan pálidos como los de ellos.



¿En qué piensas...?

Gloria, creía que no vendrías...



Eran viejos compañeros. Hacía treinta años que estaban en la misma sección. Ella había progresado gracias a una fuerte recomendación política de un tío mendocino, amigo casual de un ministro que hubo.



Se llamaba Gloria Díaz. Era la única persona que, de entre todos esos, lo quería bien. Alguna vez le había llegado a prestar dinero. Fue cuando nació su hijo segundo.



Qué buena fuiste con nosotros...

Somos compañeros. Vivimos más tiempo en la oficina que en casa.



Yo quise hacerte madrina del muchacho.

Tu mujer no quiso. Lo recuerdo siempre. Estabas nervioso y lleno de vergüenza cuando viniste a pedirme que te relevara del compromiso.



Tú sonreíste como siempre. Tus sonrisas me hicieron mucho bien. Mi mujer estaba celosa.

Tenía razón, Juan. Catalina tenía razón de estar celosa. Yo siempre te ame...

Juan calló. Dejó jugar sus dedos alrededor del borde filoso del vaso. Trató de beber pero ya no había más jerez.



Desde ahora estaré todas las horas de todos los días junto a mi familia. ¿Sabré vivir con ellos? ¿Nos entenderemos? ¿No seré yo distinto a como ellos creen que soy?



Volvió el silencio a reunirlos un poco. Gloria miró a Juan Martínez y lo encontró viejo, cansado y triste. Profundamente triste.



Lástima que te hayas enamorado de mí. Tú sabes muy bien cómo respeto a mi esposa, a mis hijos...

Lo sé. Jamás me asustó eso, jamás pensé en no amarte por el amor que sentías por los tuyos...



No creas que soy impertinente. Te respeté siempre y siempre, también, respeté a los tuyos. Para el amor verdadero esas cosas no interesan, porque se vive nada más que dentro del corazón, en su más recóndito y puro secreto. Te lo digo ahora porque presiento que no nos vamos a volver a ver.



Te seguiré amando desde lejos, como antes. Deseo para ti la mejor de las dichas, la más constante de las felicidades.



Eran las once de la noche cuando se despidieron. Casi nadie se acordaba entonces de por qué se habían reunido. Ya estaban en otras cosas. El vino y la angustia los habían llevado a otras cosas.



Juan Martínez se despidió con un "hasta siempre" que quería ser un adiós. No había sido jamás feliz entre ellos, sepultado por sus egosmos minúsculos, por sus rivalidades sin importancia.



Hasta siempre, Gloria.
Y gracias.

Hasta siempre, Juan. Y gracias.
Durante muchos años fuiste lo único que tuve. Te acabo de perder para mis ojos. Estás más que antes en mi alma.



Juan se fue. Miró distraídamente a la gente que caminaba de prisa por llegar a una cita, o al teatro, o al cine. El no tenía apuro. Se sentía raro. No sabía qué hacer con todo ese tiempo libre que tendría a partir de entonces.



El médico le había ordenado retirarse de los empleos. Sus venas se habían endurecido. Su corazón estaba gastado. Había sufrido mucho. El trabajo lo había gastado demasiado pronto. Ahora comenzaban los largos días de la jubilación.



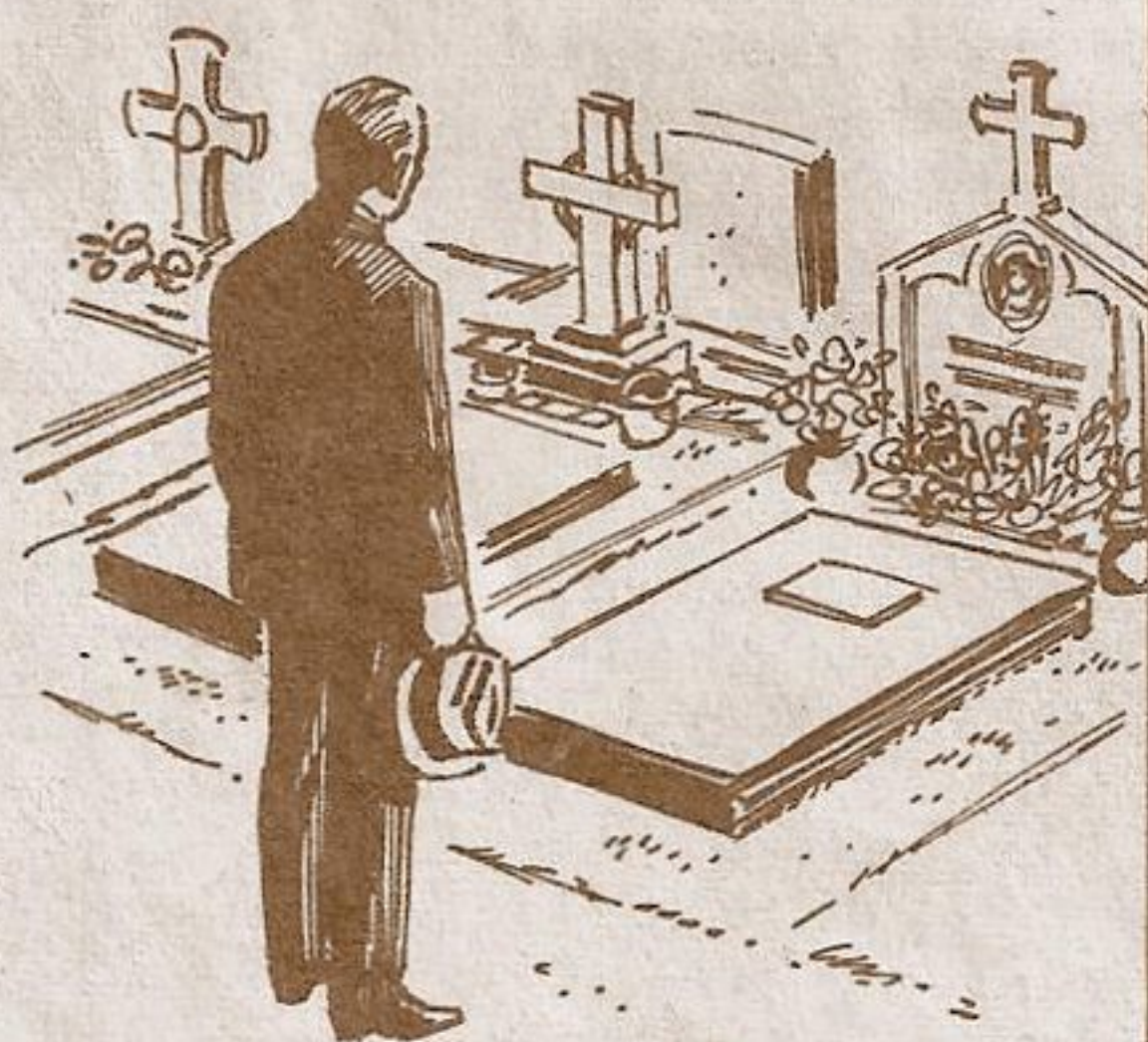
En su primer mañana de jubilado se levantó tarde. Era raro que él se quedase hasta tarde en la cama. No tenía sueño. No había podido dormir en toda la noche. Tenía miedo. Temía enfrentar de pronto a los suyos.



Su mujer, Catalina; su hija, Beba; su hijo, Pablo. Tenía que vivir de ahora para siempre entre ellos. De pronto encontró un buen pretexto para no estar en casa. Iría a visitar la tumba de su hija mayor.



Se había llamado Clara. El la había querido mucho. Había sido su primera hija. Era dulce y callada. Tuvo mala suerte. Murió cuando nació su nieto. No eligieron entonces. El destino dijo que el niño podría vivir, pero la madre, no.



Regresó pasadas las dos de la tarde. No lo habían esperado para almorzar.

Es la costumbre, sabes. Ya nos vamos a acostumbrar a tus nuevos horarios. Nunca antes almorzabas los sábados con nosotros.



Catalina tenía razón. No almorzaba con ellos ni los sábados ni los otros días de la semana. Algunas veces lo hacía los domingos, cuando no lo llamaba ningún rematador amigo para que ayudase en la venta de terrenos repartiendo volantes y buscando posibles compradores entre los transeúntes que cruzaban Plaza Flores.



Pensó, de pronto, en Damián, el hijo de Clara. Su nieto Damián. Ya era un muchachón. Hacía tiempo que no lo veía.



El padre no lo deja venir.



No lo sabía. No sabía que su yerno se había vuelto a casar.

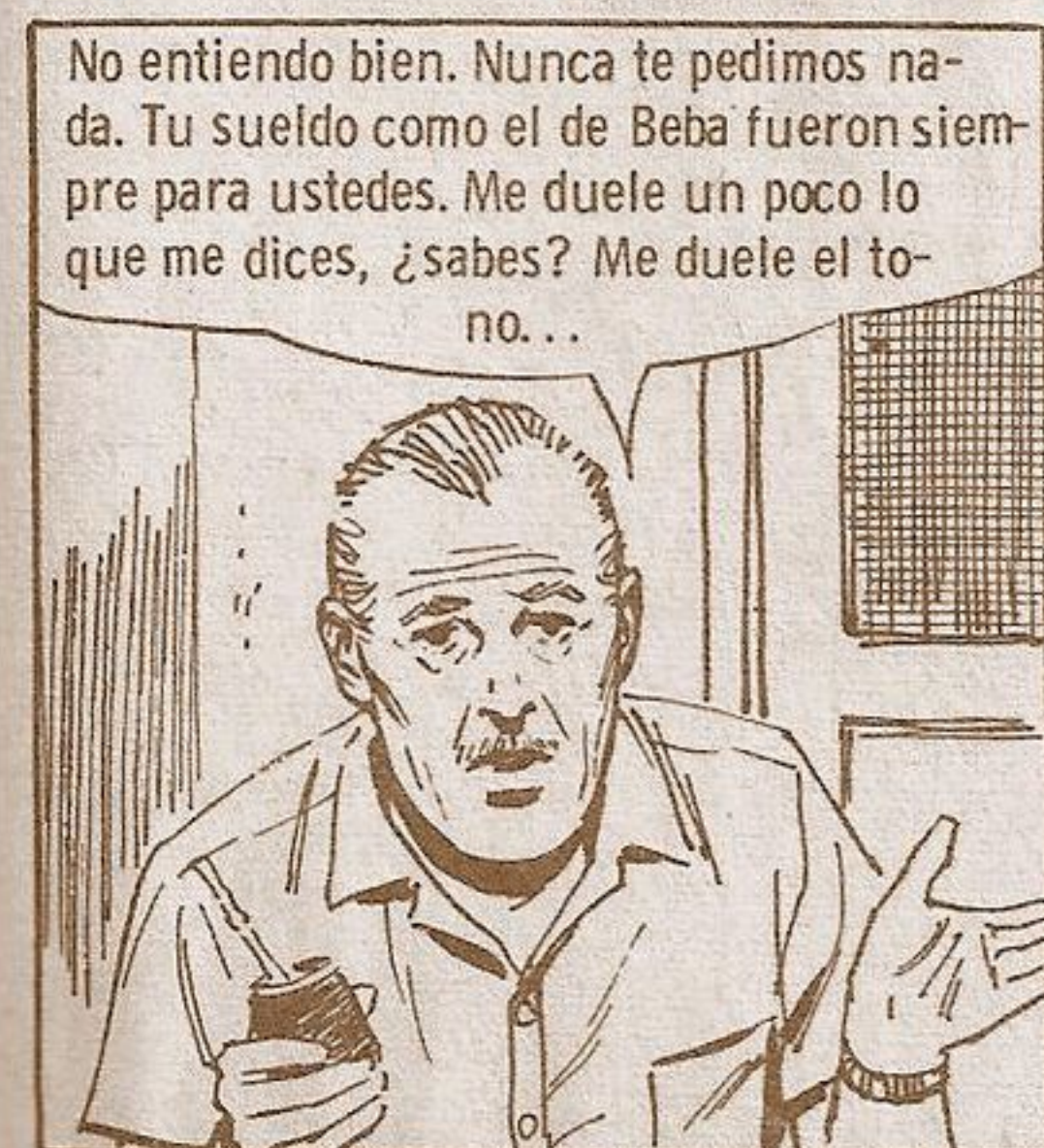
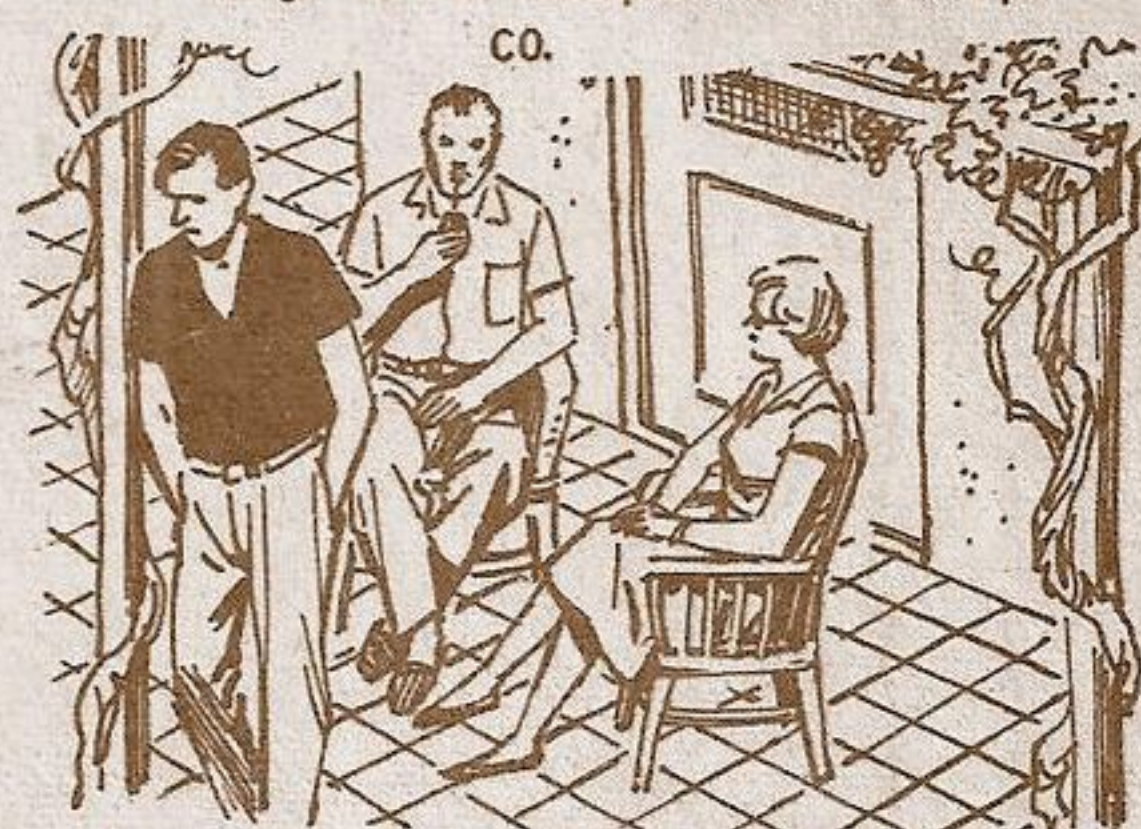
Es un hombre joven. Tiene derecho a rehacer su vida.



Catalina no quiso entender razones. Lo dejó solo en la cocina, terminando de almorzar. Era su primer escollo. El segundo y definitivo se presentó quince días después, un sábado sofocante.



Se habían levantado de dormir la siesta. Estaban tomando mate. Encontró a su hijo Pablo. Siempre había sido un muchacho callado, pero a su silencio de todos los días, agregaba ahora un gesto huraño que lo hería un poco.



No te aflijas, Pablo. Tengo algunos ahorros. Vamos a saber capear el temporal.

Las cosas no son fáciles, Juan. Todo cada día está más caro. Tu jubilación va a ser poca...



¡Ella también tenía miedo! Juan descubría que su esposa tenía miedo a toda esa vida de jubilado que comenzaba a vivir. Se sintió extraño, entre extraños. ¿En dónde estaba el mundo que él había creído construir? ¿Cuándo se había perdido...?



¿Qué te ocurre? Estás pálido.

No me siento bien.

Discúlpame, no quería molestarte con ese dichoso dinero.



Desde entonces se encerró en el más duro de los silencios. Esperaba recuperar su salud para huir.



Transcurrieron varios días. Se enteró por casualidad de que su hija Beba había ganado una beca para perfeccionarse en química y de que viajaría con dos compañeras a Estados Unidos. A él no lo consultaron. Se enteró por una cuñada que se lo comentó.



Se levantó, por fin, y fue a ver a Gloria. Necesitaba conversar con ella. Alguien tenía que orientarlo a través de ese laberinto. Estuvo en la oficina. Algunos lo saludaron con una sonrisa de envidia. El jefe le mandó a decir que, si no tenía nada que hacer, no viniera a molestar.



Juan los miró en forma extraña. Pretendió mirarlos con alegría y en cambio los miró con pena por esa vida de ahora, que sería la de cualquiera de ellos mañana.



Combinó una entrevista con Gloria y se volvieron a encontrar en la confitería de Corrientes y Paraná. Había una penumbra que los ayudaría a hablar. Juan le explicó todo lo que le ocurría.



Soy un extraño para ellos. No puedo compartir sus vidas. Quiero irme, necesito huir. Ya mismo pienso ir a Retiro y tomar cualquier tren para cualquier parte.



Cobardía, eso es cobardía, Juan. La gastada cobardía de la desesperación.

Tú, que me quieres, tienes que ayudarme.





Juan Martínez regresó a su mundo, regresó a conquistar esos seres desconocidos que formaban parte de su familia, su amada familia. Y al llegar se encontró, de pronto, con su hijo Pablo. Ya todoun hombre.



Pablo... quiero conversar contigo. Nunca teníamos tiempo antes.

Me parece magnífico, papá. Voy a llamar a Beba. Necesitamos contarte varias cosas. Mamá está preparando una cena bárbara para esta noche.



Juan Martínez cerró los ojos. Le dolía la felicidad que comenzaba a tener. Y lloró un poco las saladas lágrimas de los hombres que tienen miedo a la soledad.



DON ÁLVARO

O LA FUERZA DEL SINO

Por EL DUQUE DE RIVAS



El duque de Rivas, nacido en Córdoba a finales del siglo XVIII —en 1791—, es una de las más grandes figuras literarias españolas del siglo XIX. Y no sólo descolgó en las letras, sino también en la política y en la diplomacia, llegando a ocupar los más altos cargos del Estado. Luego pasó a Francia, y allí escribe *Don Alvaro*, obra estrenada en Madrid el 22 de marzo de 1835, equivalente en España al *Hernani*, de Víctor Hugo. Con ellas, en uno y otro lado, el romanticismo toma posesión de la escena. El duque de Rivas dio, como canon de la nueva tendencia literaria, esta obra maestra, que hoy ofrecemos a nuestros lectores.

DIBUJOS
de PÉREZ
DEL
CASTILLO
(ADAPTACIÓN)

Todo el ímpetu del romanticismo, su pasión y su amargura, está en esa **fuerza del sino** que lleva a don Alvaro a cometer los mayores crímenes en contra de su deseo y voluntad. Apasionado y generoso, sus nobles propósitos se ven, en todo momento, frustrados por el terrible **sino** que como un viento irresistible lo arrebató en alas de la tragedia. Su alma, por mucho que se esfuerce, no puede luchar contra la fatalidad, que lo arrastra inexorablemente.

La acción da comienzo una tarde del mes de julio, en los alrededores de Sevilla, a la entrada del puente de Triana, junto a un aguaducho, con un letrero que dice **Agua de Tomares**.



Dentro hay un mostrador rústico con grandes cántaros, maceas de flores, vasos y una bandeja con azucarillos; delante, bancos de pino. Al fondo se descubre parte del arrabal de Triana, la huerta de los Remedios con sus altos cipreses, el río y varios barcos en él, con flámulas y gallardetes.



Detrás del mostrador del aguaducho, el Tío Paco, en mangas de camisa; un oficial, de pie, bebiendo un vaso de agua; a su lado, la gitana Preciosilla templando una guitarra; un majo y dos habitantes de Sevilla sentados en los bancos.



A poco llega el señor canónigo. El aguador sirve vasos de agua con panal, Preciosilla rasguea la guitarra y dice la buenaventura; el canónigo elogia la belleza de aquel lugar y la delicia que supone ir allí a beber el agua de Tomares en las tardes de verano... Y al cabo la conversación recae en la corrida de toros habida el día anterior en Sevilla.

No fue la corrida tan buena como la pasada.

Como que ha faltado en ella don Alvaro el Indiano, que a caballo y a pie es el mejor torero que tiene España.

¿Y por qué no se presentaría ayer en la plaza?



Harto tiene que hacer con estarse
llorando el mal fin de sus amores.



¿Pues qué? ¿Lo ha plantado ya la
hija del señor Marqués?...

No. Doña Leonor no lo ha
plantado a él, pero el Mar-
qués la ha trasplantado a
ella.

¿Cómo?



Amigo, el señor Marqués de Calatrava tie-
ne mucho copete y sobrada vanidad para
permitir que un advenedizo sea su yerno.

Si los señores de Sevilla son vani-
dad y pobreza, todo en una pieza,
don Alvaro es digno de ser marido
de una emperadora...



¡Qué gallardo!... ¡Qué formal y qué
generoso!... Hace pocos días que le
dije la buena ventura—y por cierto, no
es buena la que le espera si las rayas
de la mano no mienten—, y me dio una
onza de oro como un sol de mediodía.



¿Y el Marqués de Calatrava no va a
consentir en que don Alvaro se case
con su hija, porque no ha nacido en
Sevilla?... Fuera de Sevilla nacen tam-
bién caballeros.



Fuera de Sevilla nacen también caba-
lleros, sí, señor; pero... ¿lo es don Al-
varo? Sólo sabemos que ha venido de
Indias hace dos meses y que ha traído
dos negros y mucho dinero... Pero
¿quién es?...



Se dicen tantas y tales cosas de él...

Es un sujeto muy misterioso.



Como si surgiera al conjuro de las palabras de quienes están ha-
blando de él, don Alvaro sale embozado en una capa de seda, con
un gran sombrero blanco, botines y espuelas; cruza mirando
con dignidad y melancolía a todos lados, y se va por el puente.
Todos lo observan en silencio.



¿Adónde irá a estas horas?

¿A que va al Aljarafe?



Yo no sé. Pero como estoy siempre
aquí, de día y de noche, veo a todos
los que cruzan es-
te puente... Hace tres días que a me-
dia tarde...



...pasa por él, hacia allá, un
negro con dos caballos y que
don Alvaro pasa a estas horas, y lue-
go, a las cinco de la mañana, vuelve a
pasar hacia acá, siempre a pie, y co-
mo media hora después pasa el negro,
con los mismos caballos llenos de pol-
vo y de sudor...



Esta tarde ya ha pasado el negro, y hoy no llevaba dos caballos, sino tres.



El canónigo se alarma con aquella noticia, y más cuando oye decir a otro de los contertulios que la noche anterior, viniendo de San Juan de Alfarache, pasó a su lado don Alvaro, a caballo, como alma que llevan los demonios, seguido por el negro.

El Marqués tiene una hacienda en Aljarafe, adonde ha llevado a su hija... Pretextando que empieza a hacerse tarde, el canónigo se despide, alejándose rápidamente.

(Sería faltar a la amistad no avisar al instante al Marqués que don Alvaro le ronda la hacienda. Tal vez podamos evitar una desgracia.)



Todavía ajeno en absoluto a ella, pues el aviso de su amigo, el canónigo, aun no le ha llegado, el Marqués de Calatrava da las buenas noches a su hija antes de acostarse. La escena del aguaducho se ha cambiado por la del aposento de doña Leonor: una sala colgada de damasco, con retratos de familia, escudos de armas y los adornos que se estilaban hace dos siglos. Por un balcón abierto se ve un cielo puro, iluminado por la luna, y algunas copas de árboles. En medio de la estancia, una mesa con tapete de damasco y sobre ella vasos chinescos con flores y dos candeleros de plata con velas, únicas luces que alumbrarán la escena. Con el Marqués y su hija está Curra, la criada de Leonor.

Buenas noches, hija mía; que el cielo te haga una santa. ¿Nada me dices? ¿A qué viene esa tristeza? No te aflijas; para Navidad volveremos a Sevilla y traeremos a tus dos hermanos: al capitán y al estudiante.



Y Carlos, de Barcelona, y Alfonso, de Salamanca, te traerán ricos presentes. Debías escribirles para que te obsequiaran con algo que no haya en Sevilla.

Será mejor dejarlo a su gusto.



Si como a usted, señorita, se me diera carta blanca, a don Carlos le pediría alguna bata bonita de Francia, y una cadena con un broche de diamante a don Alfonso.



Las palabras de su padre no logran animar a Leonor, a quien se ve luchar con una secreta aflicción, hasta que, vencida por la ternura del Marqués, se echa en sus brazos con gran desconsuelo.

Basta, padre mío! ¡Padre amado!... basta... Sabes que te adoro. No llores. ¡Qué desvarío! Adiós, mi bien. A dormir. Y el cielo bendiga tus cariñosos extremos.



Se va el Marqués, no sin antes cerrar el balcón para evitar el relente. Leonor, muy abatida y llorosa, se sienta en un sillón. Curra cierra la puerta por donde se ha ido su señor y después abre el balcón.

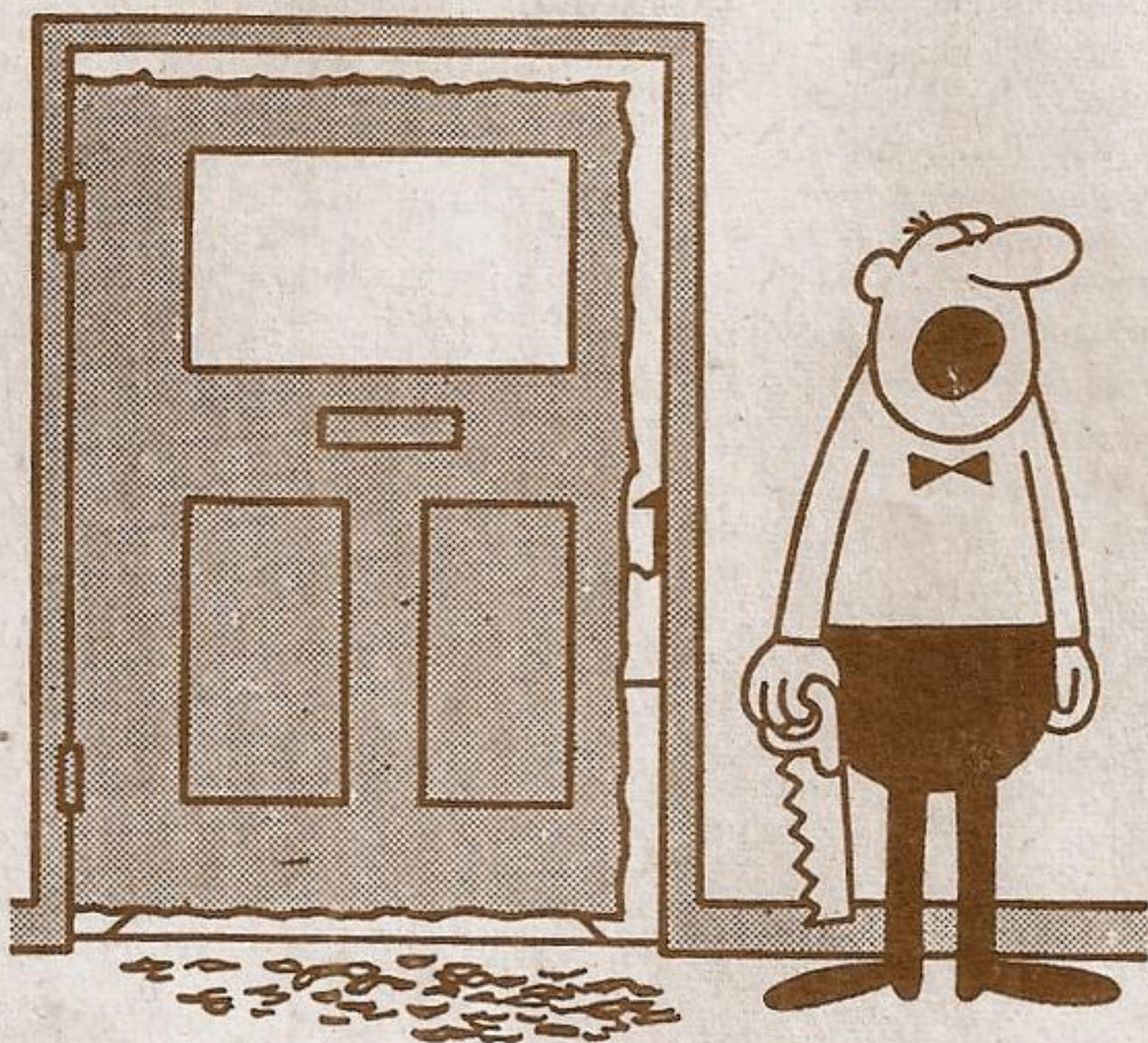
¡Gracias a Dios!... Me temí que se quedase hasta la mañana...



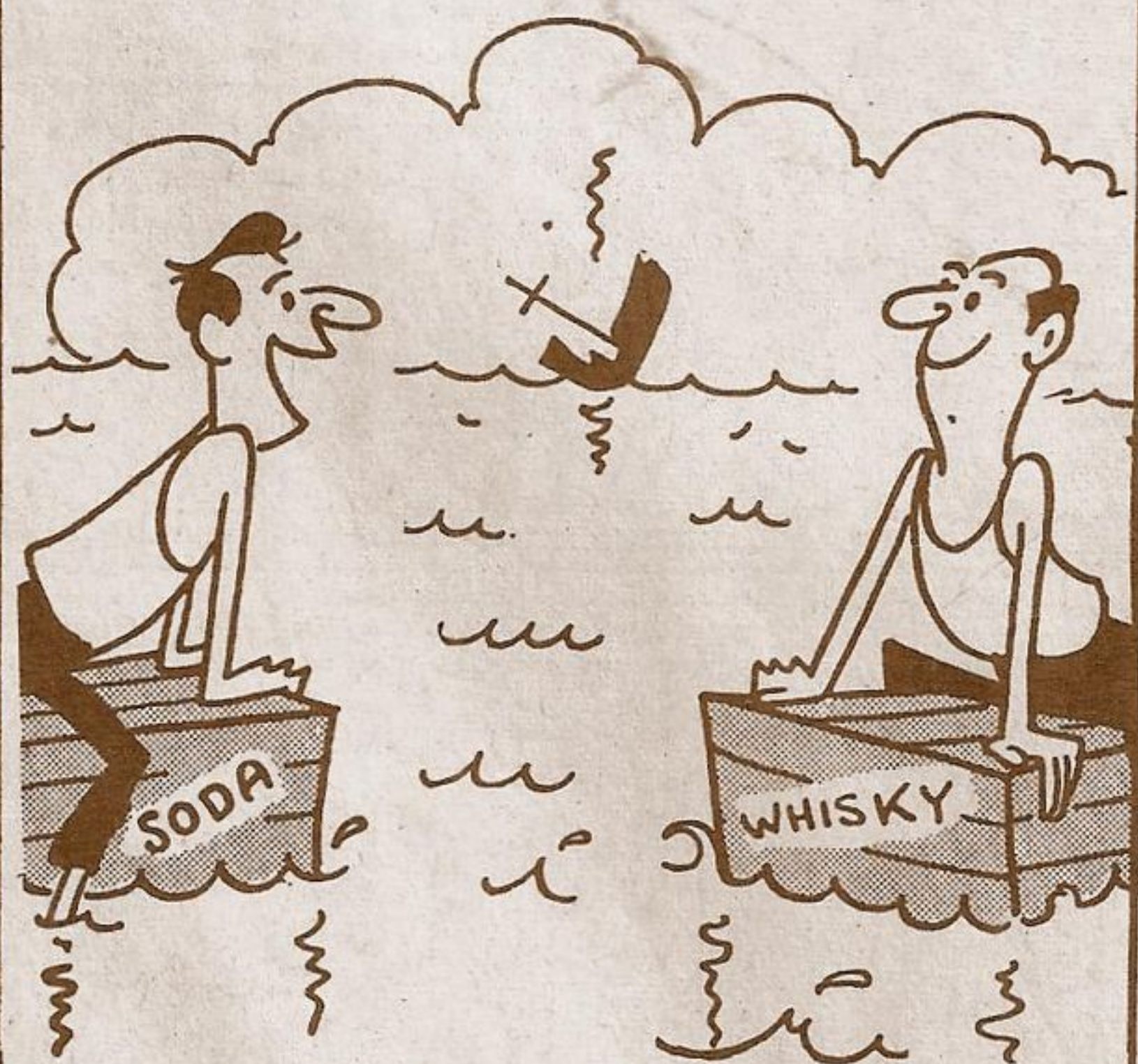
¡Qué listo anduvo en cerrar el balcón!... Presintió que por él vamos a volar. Abrirlo sea lo primero, y lo segundo, cerrar las maletas. Salgan ya de su escondrijo.



AHORA RÍASE



-Ahora la puerta dejará de hacer ruidos.



-¿Me permite hacerle una sugerencia?

Hace Curra lo que dice. Saca unas maletas y ropas, sin que en ello repare doña Leonor, ensimismada, preguntándose una vez más cómo su padre, que muestra por ella tan amoroso desvelo y un cariño tan grande, se opone tan tenazmente a su felicidad, impidiéndole casarse con don Alvaro.

No perdamos tiempo, señorita; venga usted a ayudarme, porque yo sola no puedo.



¡Ay, Curra!... ¡Si vieses cómo tengo el alma!... Si mi padre se queda un sólo instante más, no hubiera resistido... Ya iba a arrojarme a sus pies, y, confundida, aterrada, revelar le mi proyecto...



¡Pues mañana vería usted revolcándose en su sangre, al arrogante, al enamorado, al noble don Alvaro! O arrastrarle como un malhechor, atado, por entre estos olivares, a la cárcel de Sevilla; y allá para Navidades, acaso, en la horca.



Y todo esto, porque el infeliz tuvo la desgracia de veros, y se enamoró, necio, de quien no le corresponde ni tiene resolución bastante para...



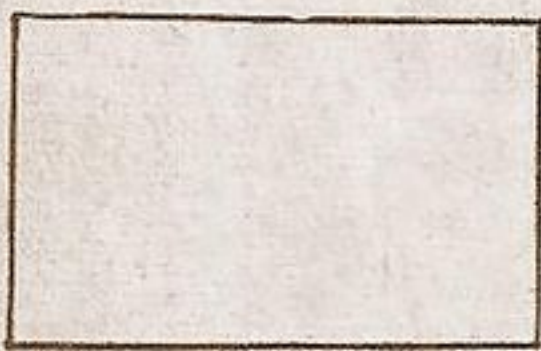
Basta, Curra; no despedaces mi pecho. Sabes que le correspondo. Que por él voy a abandonar mi casa y mi familia, y dejar a mis hermanos y mi padre...

Sola no, que yo soy alguien, y también va Antonio y nunca la abandonaremos. Mañana usted será la esposa del más rico y lindo caballero que puede hallarse en el mundo, y yo la mujer de Antonio, y las dos iremos a ver tierras muy distantes...

No tengo bastante resolución..., lo confieso. Es tan duro el alejarse así de su casa...

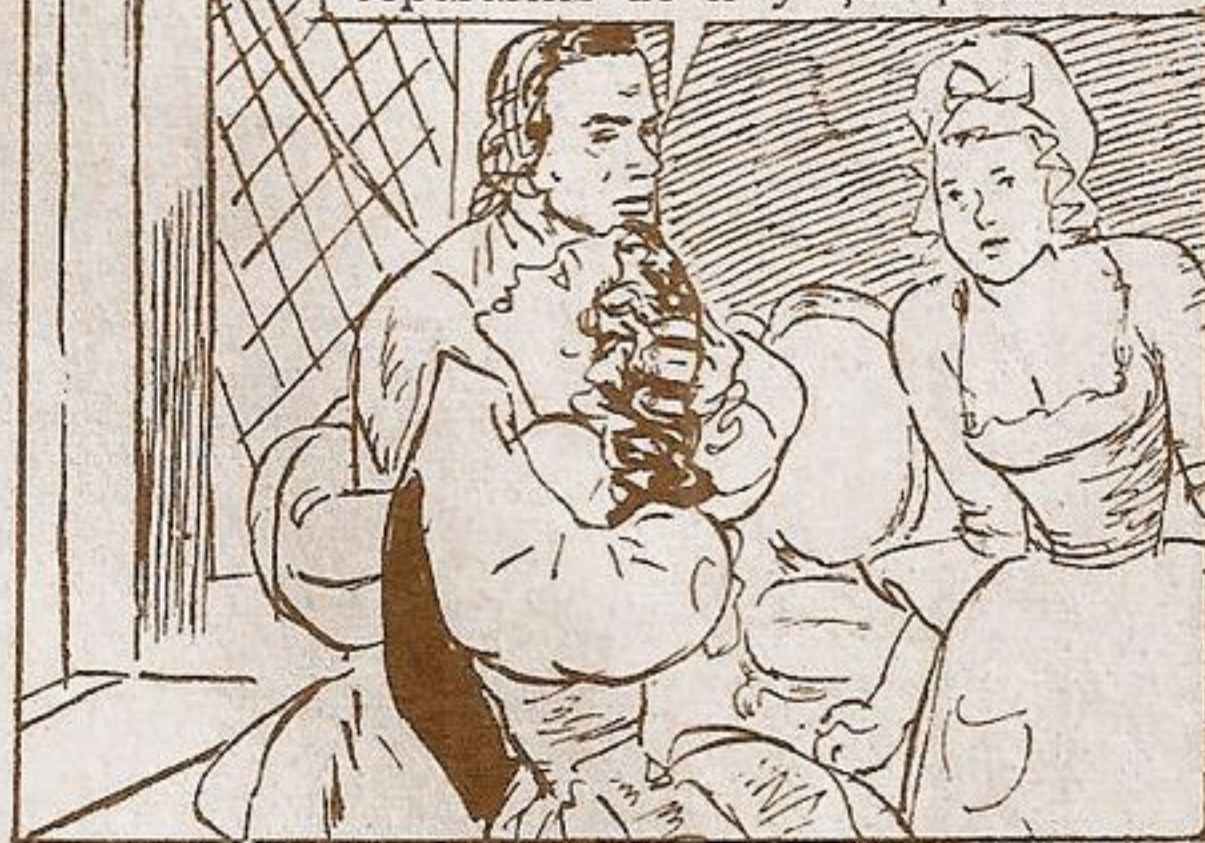


En esta incertidumbre está Leonor, cuando oye afuera, con gran sobresalto, pisadas de caballos, y corre, llena de ansiedad, hacia el balcón. Por él entra don Alvaro. Los dos enamorados se abrazan con vehemencia.



¡Don Alvaro!

Mi bien, mi dios, mi todo. Me ahoga la alegría... Estamos abrazados para no separarnos ya nunca. ¡Oh, sí! La muerte mil veces antes que separarme de ti y que perderte.



Antonio espera las maletas bajo el balcón; las echaré al momento.

Aguarda, Curra, detente.

¡Ay, Dios! ¿No sería mejor, don Alvaro...?



¿Qué, encanto mío? ¿Por qué perder más tiempo?...

En San Juan de Alfarache lo dejé todo preparado con gran secreto. El sacerdote espera en el altar; Dios nos bendicirá desde lo alto. Y cuando el sol, protector de mi encumbrada estirpe, numen eterno en la región indiana, alumbre el nuevo día, seremos ya para siempre el uno del otro.



Dejadlo, os ruego, para mañana.

¿Qué es esto, Leonor? ¿Te falta ahora resolución? ¡Ay de mí, desventurado! ¿Dónde está tu amor y tu firme juramento? ¿A qué obedece tan súbita mudanza?



Es como si me cegaras en el momento en que apuntaba el más risueño día. ¡Pérfida! ¿Acaso te complaces en levantarme hasta el más alto cielo para hundirme después en el infierno?...



No, no, te adoro, don Alvaro... ¡Mi bien!... Vamos, sí, vamos.



¡Oh, mi Leonor!... ¡Mi encanto!... ¡Mi tesoro!... Pero ¿qué es esto? Tu mano está yerta, y blanco tu semblante, como la losa de un sepulcro... ¡Leonor! No permita Dios que por debilidad de un momento sigas mis pasos y seas mi esposa. Renuncio a tu palabra y a tu juramento, si no me amas como te amo yo a ti, si arrepentida...

Mi dulce esposo: con el alma y la vida es tuya tu Leonor. Mi única dicha es seguirte. Vamos, estoy resuelta. Sólo podrá separarnos la muerte.

Vamos, vamos, Leonor; no perdamos ni un instante.



Van hacia el balcón y de repente se ve por él el resplandor de hachones, al mismo tiempo que se oye galopar de caballos, ladridos, y abrir y cerrar puertas.

Estamos descubiertos... Imposible es la fuga...

Mantengamos la serenidad.

La Virgen del Rosario nos valga, y las ánimas benditas...



¡Ay, desdichada de mí!... Don Alvaro, escóndete... aquí..., en mi alcoba...

No, yo no me escondo... No te abandono en tal conflicto. Defenderte y salvarte es mi obligación.



Al decir esto, don Alvaro prepara una pistola, en actitud de suprema resolución. Leonor lo contempla asustadísima.

¿Qué intentas? ¡Ay! Retira esa pistola, que me hiela la sangre... Por Dios, suéltala... ¿La dispararás contra mi buen padre?...

No, no, amor mío... La emplearé en dar fin a mi desventurada vida.



Se abre la puerta con estrépito, y entra el Marqués en bata, con un espadín desnudo en la mano, y detrás de los criados con luces. Leonor se arroja a sus pies.

¡Padre!
¡Padre!

No soy tu padre...; aparta... Y tú, vil advenedizo...

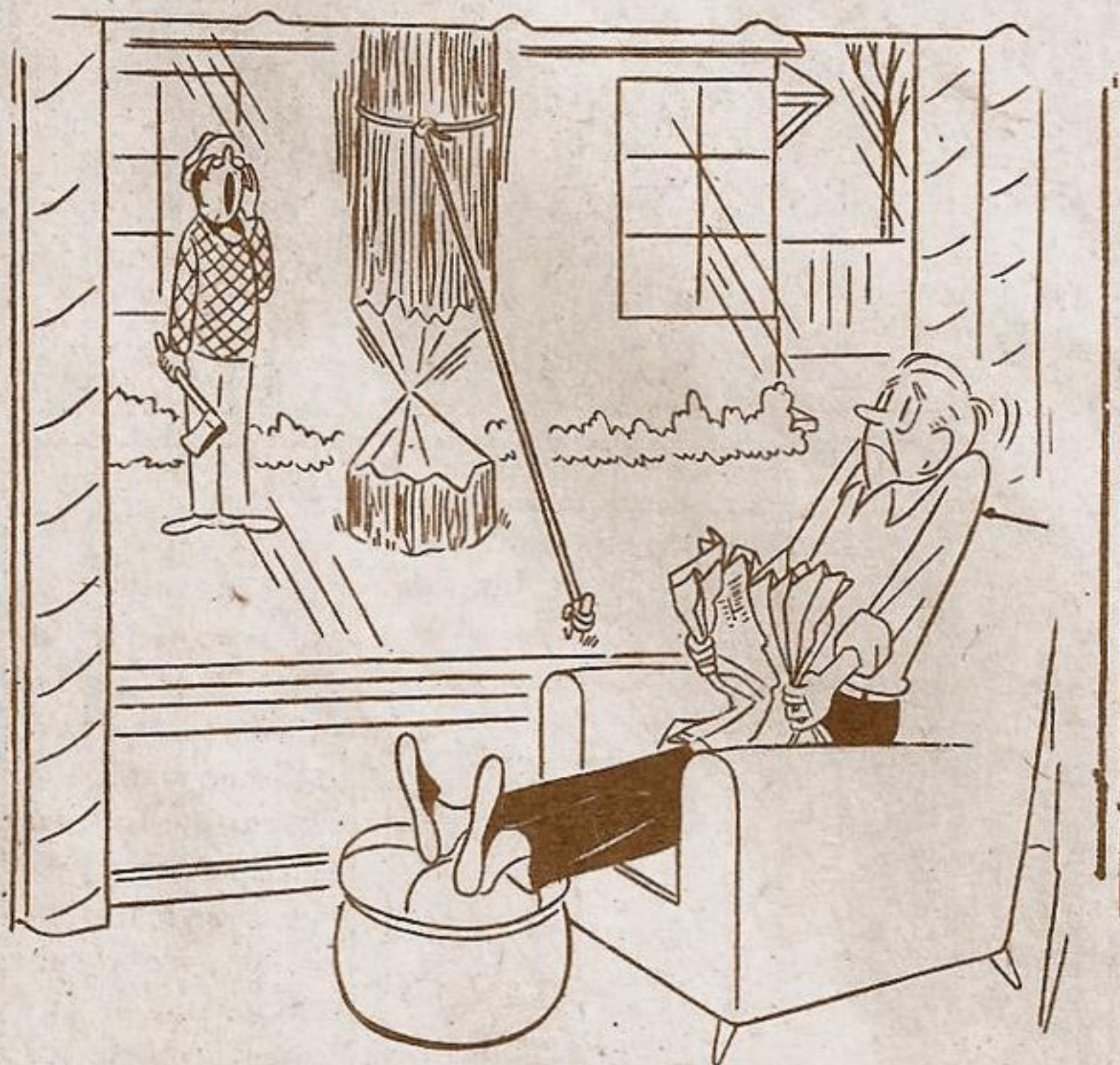
Vuestra hija es inocente... Yo soy el culpable...



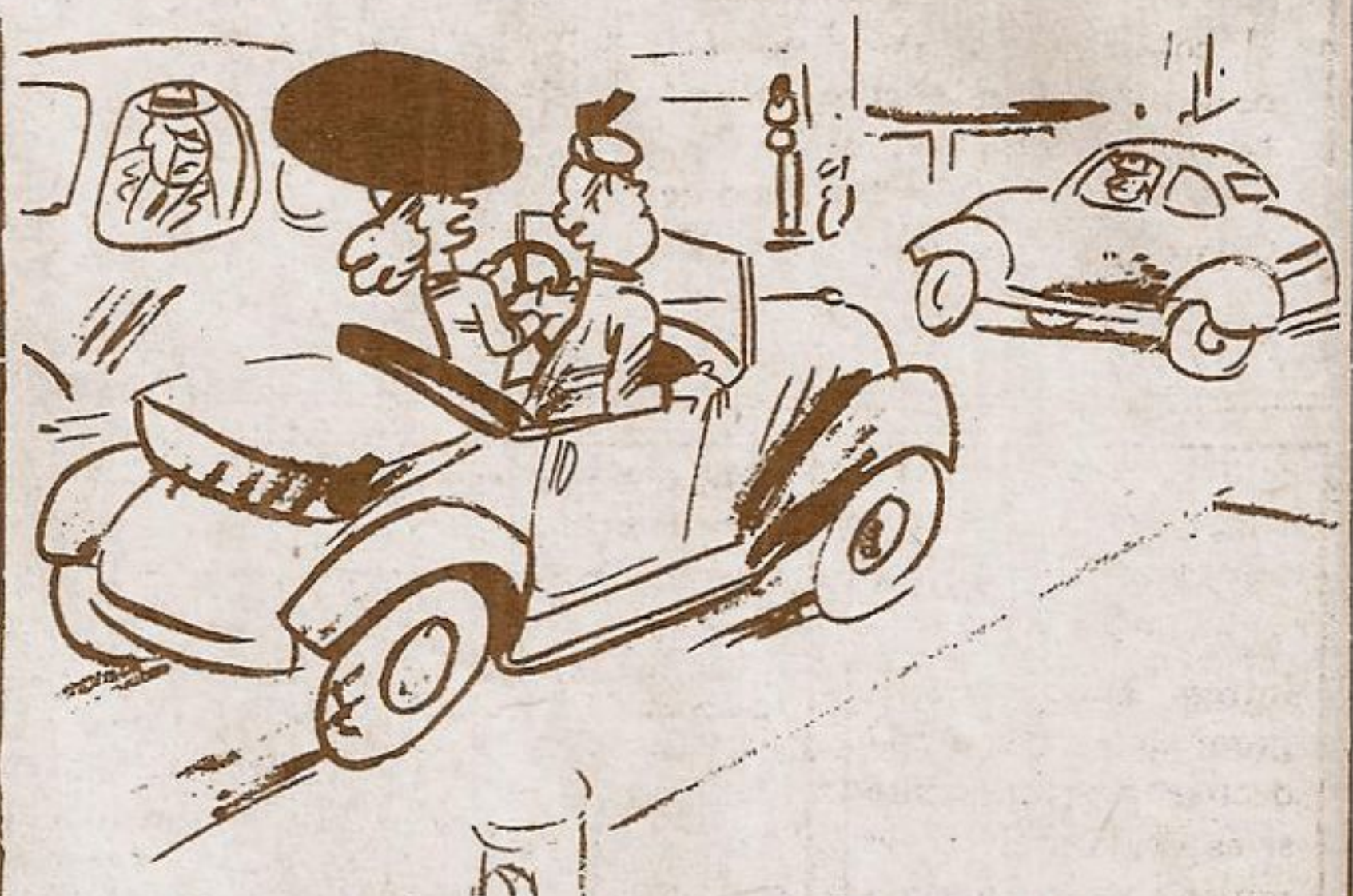
Atravesadme el pecho. Vuestra hija es inocente... Más pura que el aliento de los ángeles que rodean el trono del Altísimo. La sospecha a que puede dar origen mi presencia aquí a tales horas, concluya con mi muerte, salga envolviendo mi cadáver como si fuera mi mortaja. Sí, debo morir..., pero a vuestras manos. Espero resignado el golpe; no lo resistiré; ya me tenéis desarmado.



UN POCO DE ALEGRIA



—¡Cuidado!



—¡Esos conductores! Se quedan esperando que pase algo.



Pone una rodilla en tierra y tira la pistola, que al dar contra el suelo se dispara, hiriendo al Marqués. Este cae moribundo en los brazos de su hija y de sus criados, dando un alarido.



Muerto soy... ¡Ay de mí!...

¡Dios mío!
¡Arma funesta!
¡Noche terrible!



¡Padre! ¡Padre!

Aparta. Sacadme de aquí..., donde muera sin que esta vil me contamine con tal nombre...



¡Padre!...

Yo te maldigo.

Cae Leonor en brazos de don Alvaro, que la arrastra hacia el balcón. Al amparo de la confusión que se ha producido en torno del Marqués, mortalmente herido, logra don Alvaro sacar por allí a Leonor. Huyendo con ella, Alvaro fue a dar al huerto, donde sus fieles criados se habían trabado en terrible lucha con los criados del Marqués, en la que hubo de intervenir. En la obscuridad de la noche se perdieron don Alvaro y Leonor. Se pudo creer que habían logrado huir juntos. Sin embargo, la idea que se tenía de aquel suceso era muy confusa, a juzgar por las palabras de cierto estudiante...



...en un mesón de la villa de Hornachuelos. Es de noche y hay mucha gente reunida a cenar en torno de la mesa. Se comenta la afluencia de forasteros en aquel día, por ser el jubileo de la Porciúncula y estar por allí cerca, en plena sierra, el convento de San Francisco de los Angeles, célebre en toda la región, donde muchos van a confesarse con el Padre Guardián, que tiene fama de santo.



Tema de la conversación, durante la cena, es un viajero que ha llegado ya de noche a la posada, procurando esconder su rostro de todos, y se ha metido en seguida en una habitación, de la que no ha salido para nada.



Intriga a todos su figura, que no sabría decirse exactamente si es de hombre o de mujer, y su aire de misterio. El estudiante, más intrigado que los demás, propone gastar una broma.



Hola, Pepa salerosa, ¿y no has visto tú al escondido?

Por la espalda.

¿Y en qué cuarto está?



En ése...

Pues ya que es lampiño, vamos a pintarle unos bigotes con tizne... Y cuando se despierte por la mañana, reiremos un poco.

Los parroquianos se adhieren a la idea con gran algazara, y hasta se disponen a llevarla en seguida a la práctica, pero les sale al paso el alcalde, que se encuentra entre los allí reunidos.

Señor estudiante, no lo permitiré yo, pues debo proteger a los forasteros que llegan a esta villa, y administrarles justicia, como a los naturales de ella.



Y no fuera malo saber quién es el señor estudiante, de dónde viene y adónde va, pues parece algo alegre...

Si la justicia me lo pregunta de burlas o de veras, no hay inconveniente en decirlo, que aquí se juega limpio.



Y cuenta su historia de este modo: "Soy el bachiller Pereda, graduado por Salamanca, in utroque, y hace ocho años que curso sus escuelas, aunque pobre, con honra. Salí de allí hace más de un año, acompañando a mi amigo y protector, el señor licenciado Vargas, y fuimos a Sevilla a vengar la muerte de su padre, el Marqués de Calatrava, y a indagar el paradero de su hermana, que se escapó con el matador. Pasamos allí algunos meses, donde también estuvo su hermano mayor, el actual Marqués, que es oficial de Guardias."

"Y como no lograron su propósito, se separaron, jurando venganza. Y el licenciado y yo nos fuimos a Córdoba, donde dijeron que estaba la hermana. Pero no la hallamos tampoco, y allí supimos que había muerto en la refriega que armaron los criados del Marqués, la noche de su muerte, con los del robador y asesino, y que éste se había vuelto a América. Con lo que marchamos a Cádiz, donde mi protector, el licenciado Vargas, se ha embarcado para buscar allá al enemigo de su familia. Y yo me vuelvo a mi Universidad, a desquitar el tiempo perdido y a continuar mis estudios; con lo que, y la ayuda de Dios, puede ser que me vea algún día gobernador del Consejo o arzobispo de Sevilla."



Terminada la relación del estudiante, que a todos deja interesados, se disuelve la reunión. Y al quedarse solos el mesonero y la mesonera, es ésta la que, para satisfacer, su curiosidad decide entrar en el cuarto del huésped, a quien ha reconocido, cuando llegó, como a mujer. Que ella entre, para saber si algo necesita, no tiene nada de particular; más aún, es hasta una obligación.

Toma un candil y entra recatadamente en el cuarto que antes señaló la moza, pero su sorpresa es muy grande cuando advierte que no hay nadie allí dentro. Pronto comprueba que la ventana que da al campo está abierta, y como se trata de una ventana baja, no puede haber duda de que por allí se ha escapado la forastera.



Esta no es otra que doña Leonor, que muy fatigada y vestida de hombre, con un gabán de mangas, sombrero gacho y botines, se halla ya frente al convento de los Angeles, que alza su antigua y pobre arquitectura en la ladera de una áspera montaña.



Junto a la entrada, una gran cruz de piedra tosca y corroída por el tiempo, puesta sobre tres gradas que pueden servir de asiento. Una clara luna ilumina hacia un lado del convento precipicios y descubre al frente un profundo valle atravesado por un riacho, en cuya margen se ve a lo lejos la villa de Hornachuelos.

(Al fin llegué... Gracias, Dios mío. Este refugio es el único que puedo tener en el mundo... No me queda en él más asilo que los áridos riscos de esta tierra...)



Se acerca a la portería del convento y tira del cordón de la campana. Se abre la mirilla, y desde adentro habla el hermano Melitón.



Si viene a ganar el jubileo, a las cinco se abrirá la iglesia.
Vaya con Dios: él lo ayude.

Hermano, llamad al Padre Guardián, por caridad. Traigo para su reverencia un recado muy urgente del Padre Cleto, definidor del convento de Córdoba, quien ya le ha escrito sobre el asunto de que vengo a hablarle.



Poco después sale el Padre Guardián. Como Leonor, por su calidad de mujer, no puede entrar en el claustro, hablan sentados al pie de la cruz. Sabe él por el Padre Cleto la tremenda resolución que hasta allí la ha llevado y que no es otra que vivir aislada entre aquellos riscos, como una penitente.

Me informó mi confesor que en este lugar otra desdichada mujer vivió muerta para el siglo. Vengo resuelta a seguir su ejemplo.



Dadme vuestra protección y amparo, para vivir en la gruta donde ella acabó sus días.

No os engañó el Padre Cleto: diez años ha vivido en este yermo una santa penitente, ignorada de los hombres.



En nuestra iglesia se guardan sus restos. La gruta que fue su albergue se halla cerca de ese hondo precipicio. Aun están en ella los humildes utensilios que usó la santa...



Llevadme allá al momento, Padre mío.

¡Oh, doña Leonor de Vargas! Raras veces Dios exige de los mortales tan grandes sacrificios.



El Padre Guardián procura disuadirla de aquella idea, mostrándole toda la gravedad de su propósito, que equivale a vivir enterrada en vida. Pero doña Leonor no desea otra cosa: don Alvaro, aunque inocente, está manchado con la sangre de su padre; ella creía que había muerto la noche aquella de su desgracia, en la refriega con los criados; ahora

sabe que vive, pero nunca más podrá volver a su lado... Sus hermanos sólo desean vengarse de ella y de él... En cuanto a la bondadosa tía que la ha tenido un año oculta en su casa de Córdoba, no es posible abusar de sus bondades sin ponerla en un compromiso...

Mi decisión es inmutable, y la voz del Cielo me dice que la cumpla.

Sea, pues, bajo el amparo de la Virgen soberana.



SIN PALABRAS



Extiende una mano sobre ella, que se arroja a sus plantas, llorando de gratitud. El Padre Guardián la levanta, poniéndola en conocimiento de algunas cosas que le importa saber. Será preciso que avise a la comunidad que la ermita está ocupada, pero nadie más que él sabrá de quién se trata. Y nadie, bajo precepto santo de obediencia, osará aproximarse a más de cien pasos de la ermita, ni transponer la humilde cerca que la separa del mundo. Ni él siquiera volverá a verla. Cada semana le dejará junto a la fuente la escasa provisión, que ella se encargará de recoger. Una pequeña esquila que está sobre la entrada de la gruta, le servirá para llamar, en la ocasión extrema de un gran peligro o en la hora de la muerte.

Bien, ¡oh, Padre! Pues que encontré dónde pueda esconderme a los ojos del mundo, llevadme sin tardanza...

Al punto sea, que ya se avecina la luz del alba. Entre-mos en la iglesia, para que recibáis mi absolución y el pan de vida y de salud eterna, antes de vestir el sayal de San Francisco, que cubrirá vuestro cuerpo en la vida santa y penitente a que con tanta gloria estáis resuelta.



Mientras

doña Leonor se entierra en vida en una ermita de las sierras de Córdoba, don Alvaro se oculta también del mundo. Cambia su nombre y busca la muerte en la guerra. Pero no en América, donde, mal informado, ha ido a buscarlo uno de los hermanos de doña Leonor, el licenciado don Alfonso de Vargas, sino en Italia, donde se lo conoce con el nombre de don Fadrique de Herreros y ostenta el grado de capitán de granaderos del regimiento del Rey.



Una noche, don Alvaro pasea por un bosquecillo cercano al campamento del pueblo de Velettri, donde se encuentran las tropas españolas, sin otra compañía que la de sus atormentados pensamientos, convencido de que doña Leonor ha muerto.

¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡Cuál atormentáis
mi mente!...
¡Noche en que vi de
repente
mis breves dichas
huir!...



¡Oh, qué carga es el vivir!...
Cielos, saciad el furor...
Socórreme, mi Leonor,
gala del suelo andaluz,
que ya eres ángel de luz
junto al trono del Señor.
Mírame desde tu altura,
sin nombre en extraña tierra,
empeñado en una guerra
por ganar mi sepultura.
¿Qué me importa por ventura
que triunfe Carlos o no?
¿Qué tengo de Italia en pro?
¿Qué tengo? ¡Terrible suerte!
Que en ella reina la muerte
y a la muerte busco yo."



Su monólogo es interrumpido por un ruido de espadas. Oye una voz pidiendo socorro, y corre en auxilio de quien lo demanda. Es éste un capitán también del ejército español, que se defiende valerosamente de tres militares que lo acosan. Don Alvaro pelea a su lado, hasta que ponen en fuga a los agresores.

Huyeron... Por fortuna no estáis herido. ¿Quiénes eran?

Os lo diré francamente: fue contienda sobre el juego. Entré, sin pensarlo, en una casa indecente que hay aquí a mano diestra.



Me extraña que un hombre de calidad como lo demuestra vuestro ánimo esforzado, haya entrado en ese lugar, donde se reúne la canalla más soez, borrón de la milicia.

Únicamente mi ignorancia, señor, puede disculparme.



No hace más que diez días que llegué a Italia, y sólo dos que fui al cuartel general. Esta tarde vine al campamento, con una comisión de mi jefe...



...para el reconocimiento de mañana. Y si no fuera por vos, mi carrera hubiese terminado hace un instante. Sepa, pues, mi gratitud, a quién le debo la vida.

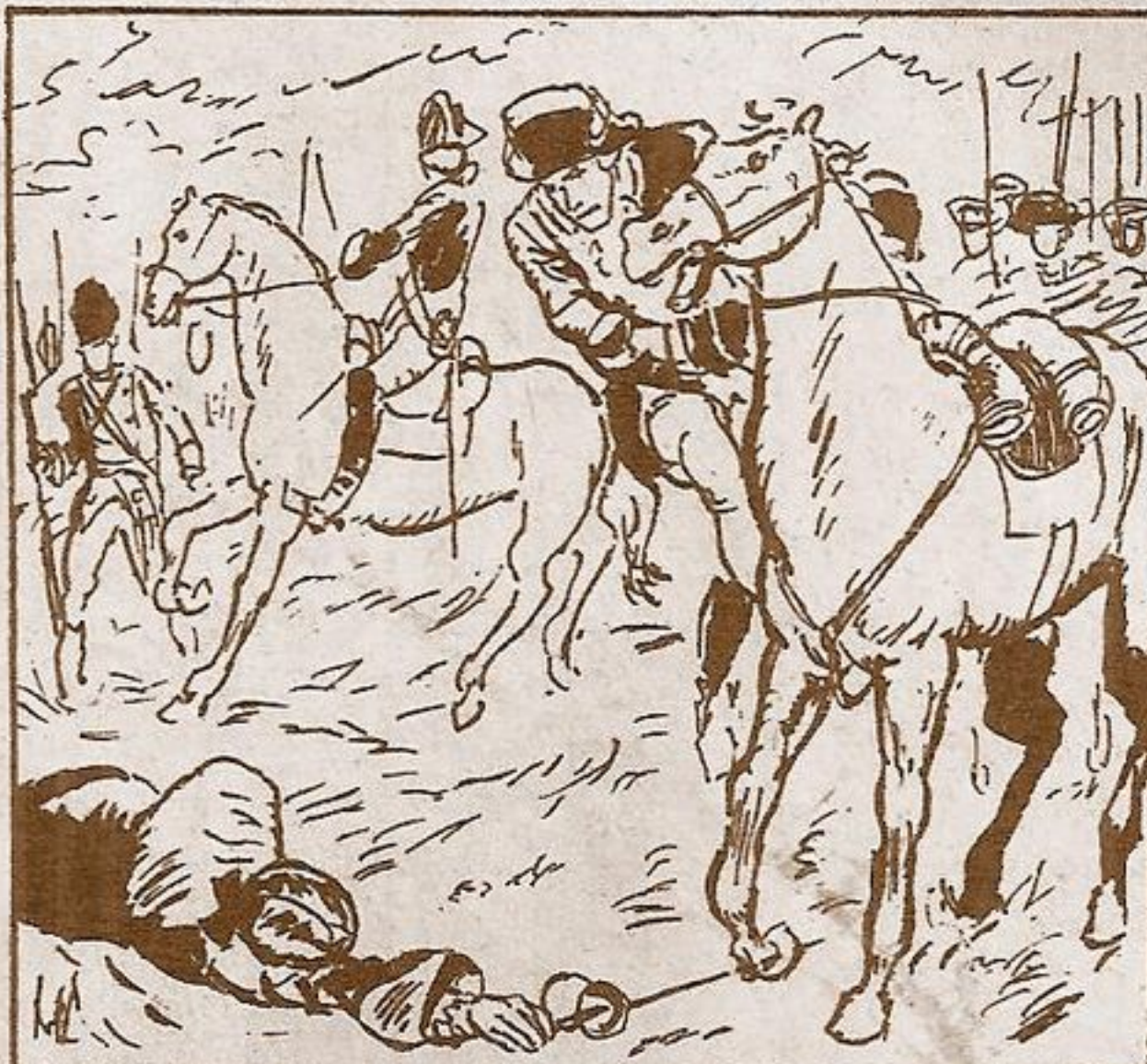


Don Alvaro le da el nombre de don Fadrique de Herreros, con el que oculta su identidad; pero tampoco el otro le da el suyo, sino el de don Félix de Avendaña, con el que encubre su nombre verdadero, que es el de don Carlos de Vargas. De aquel modo, sin saberlo, se encuentran don Alvaro y uno de los hermanos de doña Leonor, que se siente muy satisfecho de poder trabar así amistad con aquel don Fadrique de Herreros, de cuya valentía tantos elogios ha escuchado desde que llegó a Italia.

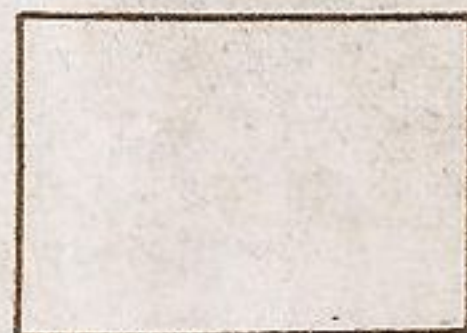
El alba los sorprende hablando amigablemente, y se separan cuando oyen tocar generala por las bandas de tambores, para incorporarse cada uno a su regimiento.



Y en el día que amanece, es el hermano de doña Leonor quien salva la vida a don Alvaro, aunque siguen siendo el uno para el otro, aquél don Félix de Avendaña y éste don Fadrique de Herreros. No se trata esta vez de una pendencia de juego, sino de una acción de guerra. En el combate entablado en los alrededores de Veletri contra los alemanes, don Alvaro cae del caballo, no se sabe si herido o muerto, en una carga al frente de sus granaderos, que se hubieran visto arrollados por los enemigos sin la oportuna intervención de don Carlos con su regimiento, que hace retroceder a los alemanes y rescata personalmente el cuerpo de don Alvaro.



Cuando don Alvaro vuelve en sí se encuentra en una camilla, en el alojamiento de don Carlos. A su lado, este y un cirujano.



¡Qué gran daño me habéis hecho, don Félix, con salvarme de la muerte!



Cobrad ánimo y aliento, noble amigo. Muy pronto, curado y restablecido de vuestras heridas, volveréis a ser la gloria y el norte de los guerreros. Y a vuestras altas hazañas el Rey dará el premio que merecen, adornando vuestro pecho con una rica encomienda de Santiago o Calatrava.

Aquella palabra produce a don Alvaro una tremenda agitación; repitiéndola como en delirio, acaba por desmayarse. Carlos entonces se pregunta qué tendrá de terrible para don Alvaro el nombre de Calatrava, y tiembla ante una sospecha que cruza por su mente.



El cirujano ordena que lo lleven al herido a la alcoba en donde habrá de operarlo, sin pérdida de tiempo. Cuando van a obedecerle, don Alvaro vuelve en sí, y pide hablar a solas con don Félix.

Con esta llavecita, yo os lo ruego, abrid sin testigos. una caja que hallaréis en mi maleta. En ella, en un sobre sellado, hay un legajo: custodiadlo con...



... esmero y, en el momento en que yo expire, echadlos al fuego sin leerlos... Hay en ellos un misterio terrible... ¿Me dais vuestra palabra de caballero de hacerlo así, don Félix?

Os la doy con toda el alma.



Los soldados se llevan la camilla a la habitación inmediata, por donde desaparece también el cirujano. Queda sólo don Carlos, conmovido por el trance en que se encuentra don Alvaro, que...

...para él todavía es don Fadrique, pero al mismo tiempo preocupado. La idea que antes cruzó por su mente, al ver el efecto que le hacía el nombre de Calatrava, es ahora como un rayo de luz que le hace ver en él al causante del deshonor de su sangre, que anda buscando.

Se acerca a la maleta de don Alvaro, la abre precipitadamente y saca la caja de que le ha hablado, poniéndola sobre la mesa. La abre y extrae de ella un legajo sellado.



Ya el legajo tengo aquí.
¿Qué tardo el sello en romper?...



"¡Oh cielos! ¿Qué voy a hacer?
¿Y la palabra que di?
¿Mas si la suerte me da
tan inesperado medio
de dar a mi honor remedio,
el perderlo qué será?
Si a Italia sólo he venido
a buscar al matador
de mi padre y de mi honor,
con nombre y porte fingido,
¿qué importa que el pliego abra,
si lo que vine a buscar
a Italia, voy a encontrar?
Pero no, di mi palabra.

Nadie, nadie aquí lo ve...
¡Cielos! Lo estoy viendo yo.
Mas si él mi vida salvó,
también la suya salvé.
Y si es el infame indiano,
el seductor asesino,
¿no es bueno cualquier camino
por donde venga a mi mano?
Rompo esta cubierta, sí,
pues nadie lo ha de saber...
Mas, cielos, ¿qué voy a hacer?
¿Y la palabra que di?"

Rechaza aquella tentación,
como una vileza indigna de
él, pero...



... sigue buscando en la maleta, en el afán de hallar algún indicio que confirme su sospecha. Por fin encuentra una cajita: la abre, y advierte en ella un retrato que guarda: el retrato de doña Leonor. Ya no duda que el herido es don Alvaro y ahora sólo desea que el cielo le conserve la vida para poder quitársela él.



Vuelve a colocar los papeles y el retrato en la maleta. Sale de la habitación contigua el cirujano, muy contento, trayendo en su mano una bala, que enseña a don Carlos.



Albricias, señor; ya le he sacado la bala, y por fortuna la herida no es tan grave como me pareció al principio.

¿De veras?... Me hacéis feliz. Por ver de nuevo bueno al capitán, tengo, amigo, más interés del que podéis imaginar.

Pronto se le cumple el deseo a don Carlos, pues gracias a su solicitud se ha apresurado el restablecimiento de don Alvaro, sin que éste sospeche la razón de tal extremado interés. Pero el disimulo del hermano de doña Leonor sólo dura hasta que don Alvaro es dado de alta.

Soy don Carlos de Vargas, heredero del título de Marqués de Calatrava, pero que no usaré hasta después de daros la muerte.

Ved que pudiera aconteceros morir sin el título. No evito lances de honor y...



...sabéis que busco la muerte en los mayores riesgos; pero con vos necesito comportarme de otro modo. Y explicaros...



Aunque don Carlos se muestra poco propicio a explicaciones y quiere salir al campo para batirse sin tardanza, don Alvaro lo retiene, deseoso de evitar aquel lance. No quiere omitir esfuerzos para aplacar su furor. Le hace ver cuánto le repugna desnudar el acero con el...

...hombre que le ha inspirado una dulce amistad. Quiere llevar a su convencimiento que él no hirió a su padre, que fue obra del destino, y que ni sedujo ni perdió a su hermana. A los dos pone por testigos de su inocencia, pues que los dos están mirándolo desde el Cielo.

¿Pues qué?... Mi hermana..., Leonor..., ¿cuándo ha muerto?

Aquella noche terrible, en que yo la llevaba exánime, dispuesto a dejarla en un convento, se trabó un combate horrible entre mis...



...fieles criados y los de vuestra casa. No pude salvarla. Caí con tres heridas, y un negro fiel me arrancó de allí, falto de sangre y sin sentido. Mi curación fue larga, y apenas restablecido comencé a indagar la suerte de mi único bien hasta saber que había muerto aquella noche...

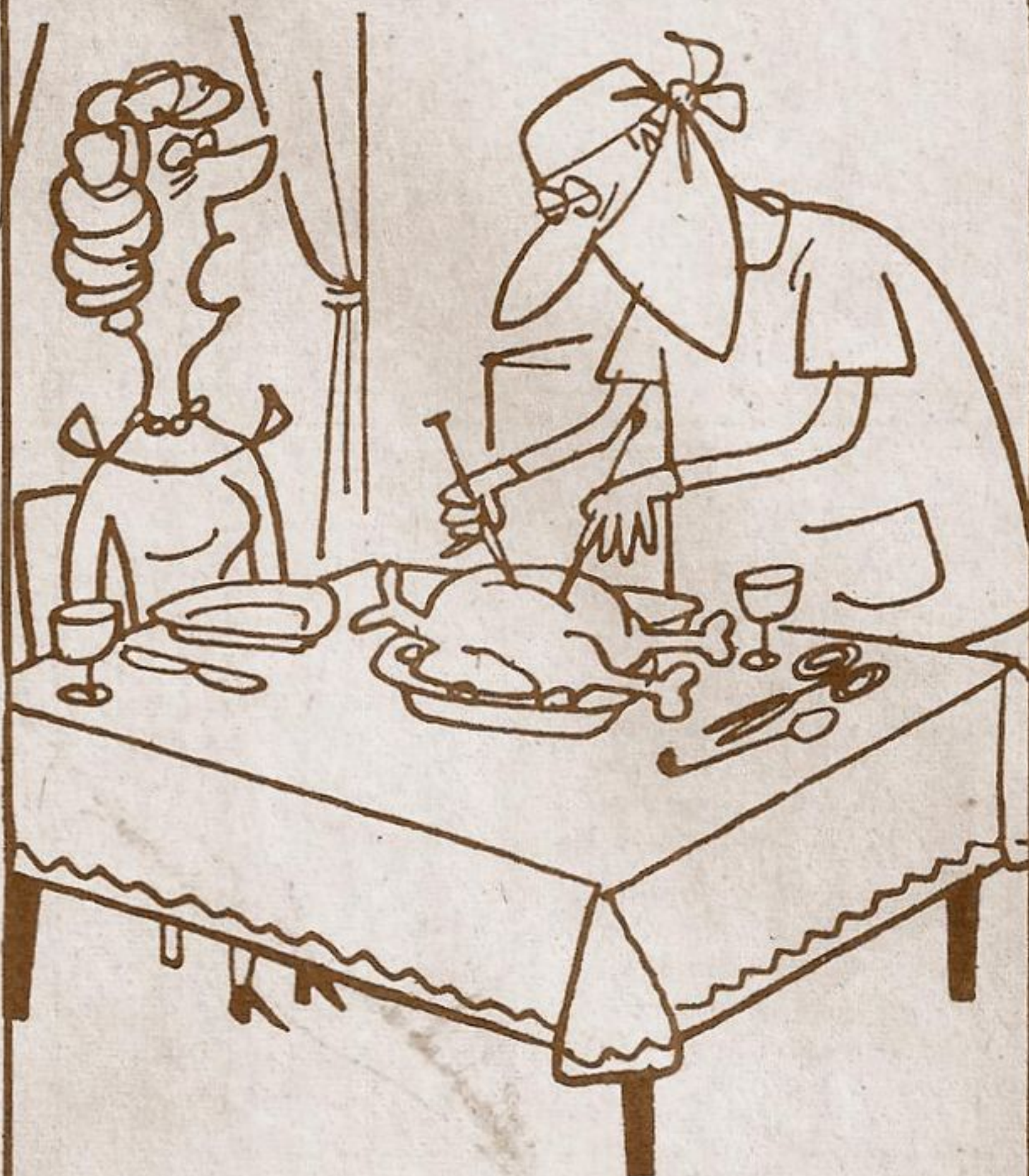


¡Basta! ¿Y os preciáis de caballero después de semejante impostura? Desde aquella funesta noche, mi hermana ha vivido un año en Córdoba con su tía. Hace dos meses que yo fui allí a buscarla y no la hallé. Pero supe que al verme llegar, huyó. Y dejé de perseguirla cuando me enteré de que estabais vos aquí, para venir a vuestro encuentro.

¿Vuestra hermana vive?



A REIR



-¿Hasta en esto necesitas emplear tus conocimientos como cirujano, querido?



-¿Le importaría si lo despediese con un puntapié? Me gustaría impresionar a un vendedor que está allí afuera.

¡Don Carlos, amigo mío, dejadme que os siga llamando así! Vamos juntos a buscarla, y en santo nudo estrechemos la amistad que nos juramos. Yo os aseguro que no os arrepentiréis cuando sepáis lo excelso y puro de mi origen. Al primer grande español no le cedo en jerarquía...



¿Estáis loco, don Alvaro? ¿Qué es lo que habéis pensado? ¿Que yo al matador de mi padre y causante de mi deshonra pudiera llamar hermano? Ruge entre los dos un mar de sangre...



Ni vos, aunque fuerais rey, ni la infame, han de vivir. Mi venganza anhela su muerte después de la vuestra...

Pues no será, vive Dios, que para eso tengo brazo y espada. Vamos pronto.



Al poco rato está la soldadesca y gentes del pueblo en la plaza principal de Veletri, comentando un edicto fijado en una esquina, en el cual el rey Carlos de Nápoles prohíbe los duelos bajo pena de muerte. Pero un nuevo motivo viene a llamar la atención de todos.

Por una de las calles que desembocan en la plaza aparece don Alvaro, sin espada ni sombrero, entre dos granaderos que lo llevan detenido. Seguido por la multitud entra...



...en el cuerpo de guardia, ante el asombro de la gente, que no comprende que vaya preso el militar más valiente, más pundonoroso y más exacto que tiene el ejército. Pronto se sabe la razón: ha sido el primero en quebrantar la nueva ley sobre los desafíos. Pero, lo que no se explican es que el desafío haya sido con el teniente coronel Avena, de quien todos le suponían muy amigo y al que acaba de dejar muerto de una estocada detrás del cuartel.

Sirve de prisión a don Alvaro el cuarto de un oficial de guardia, cuya puerta vigilan dos centinelas.



¡Leonor! ¡Leonor!... Si existes, desdichada, ¡oh, qué golpe te espera,



"cuando la nueva fiera te llegue a donde vives retirada, de que la misma mano, la mano, ¡ay tristes! mía, que te privó de padre y de alegría, acaba de privarte de un hermano! No me espera más suerte, que, como criminal, infame muerte."



Acude a hacerle 'compañía el oficial a cuya custodia está confiado, procurando darle aliento y esperanza. El Consejo de Guerra se reunirá aquella noche, y es posible que su fallo atenúe el rigor de la ley. Y si esto no ocurriera, le hace ver que el ejército lo adora, que desde que lo han detenido aumenta en él la agitación y se amotinaria para libertarlo. Don Alvaro rechaza semejante idea. No quiere deber su cabeza a una rebelión. Se oye en aquel instante un redoble de tambor y algunos tiros. El oficial cree que el desorden ha comenzado. Pero en aquel momento entra presuroso un sargento anunciando lo que ocurre.

¡Los alemanes! El enemigo ha entrado en Veletri. ¡Nos ha sorprendido!



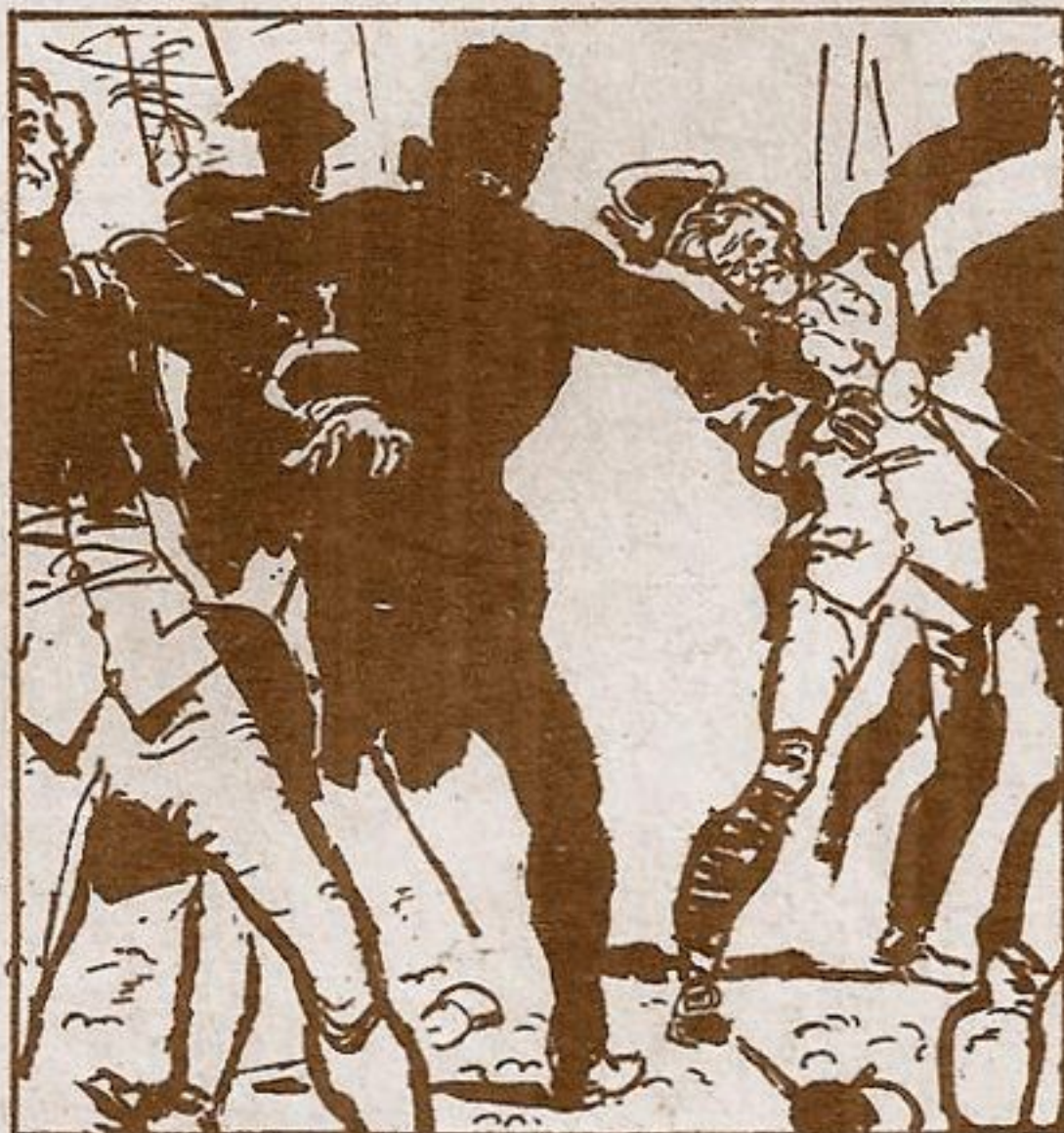
Se oye gran ruido: tiros, confusión y cañonazos. Y voces de "¡A las armas! ¡A las armas!" Sale el oficial un instante y vuelve con la espada desnuda.

Escapad. No puedo guardar más vuestra persona; andan los nuestros y los imperiales mezclados por las calles; arde el palacio del Rey; hay una confusión espantosa; tomad vuestro partido.

Denme una espada. Volaré a la muerte, y si tampoco esta vez la alcanzo, juro a Dios que he de renunciar al mundo para acabar mi vida en un convento.



Tampoco encuentra la muerte, por más que la desea, y se bate como un desesperado, en la espantosa confusión de aquella noche.



Y cumple su juramento buscando soledad y olvido en el convento de los Angeles.



Como en los campos de batalla de Italia se hablaba del heroísmo de don Fadrique de Herreros, en el convento de los Angeles se habla de la santidad del Padre Rafael, que es el nombre que don Alvaro ha tomado en religión. Pasa allí sus días atendiendo al repartimiento de las limosnas, cuidando del altar, haciendo vida de penitente.



Cierto día llama a la puerta del convento un embozado, que con mal talante y peores modos pregunta por el padre Rafael. El herinano que le ha abierto, un tanto asustado, lo deja pasar, y apenas ha anunciado la extraña visita, el recién llegado irrumpe en la celda de don Alvaro.



RINCÓN ALEGRE



-Y lo gracioso es que mi mujer cree que estoy en la oficina haciendo horas extras.

Cierra la puerta por dentro y echa el pestillo. Sólo entonces se desemboza, plantándose frente a don Alvaro, que viste el sayal franciscano.

¿Me conocéis?



¡Oh, Dios! ¿Pueden burlarme mis ojos? La viva imagen del Marqués de Calatrava estoy viendo...

Efectivamente, quien está ante él es el otro hijo del Marqués, don Alfonso, el licenciado, aquel al cual acompañó el estudiante que encontramos en el mesón de Hornachuelos y que marchó a América, creyendo que había ido para allá don Alvaro.

Cinco años hace que recorro el mundo para buscarlos. Y aunque todo fue en balde, el Cielo, por un imprevisto acaso, quiso por fin indicarme el asilo donde...



...sin duda te juzgabas a salvo de mi furor. El mataros inerte fuera indigno de mi linaje. No tenéis armas. Pero yo traigo conmigo dos espadas iguales: elegid la que os agrade.



Al decir esto, dejando a un lado la capa, muestra dos espadas que ocultaba entre los amplios pliegues. Don Alvaro se niega a tomar ninguna, hablándole con gran calma, pero sin orgullo.

Respetad estos hábitos, compadeced mis angustias y perdonad, generoso, ofensas que en realidad no fueron tales.

Vamos, don Alvaro, tomad una de estas dos espadas, que en vano procura vuestra infame cobardía aplazar mi furia.



Si mis palabras no son suficientes para aplacaros, vedme prosternado a vuestras plantas, cual persona alguna me vio jamás.

Un caballero no hace nunca semejante infamia. Bien claro vuestra actitud publica la inmundada mancha que hay en vuestro escudo.



¿Mancha?... ¿Y cuál?... ¿Cuál? Mi escudo es limpio como el sol.

¿Y no lo anubla algo de mulato?; ¿de sangre mezclada, impura?



¡Mentís, mentís, infame! Venga el acero. Mi furia os arrancará la lengua que insulta a mi clara estirpe.



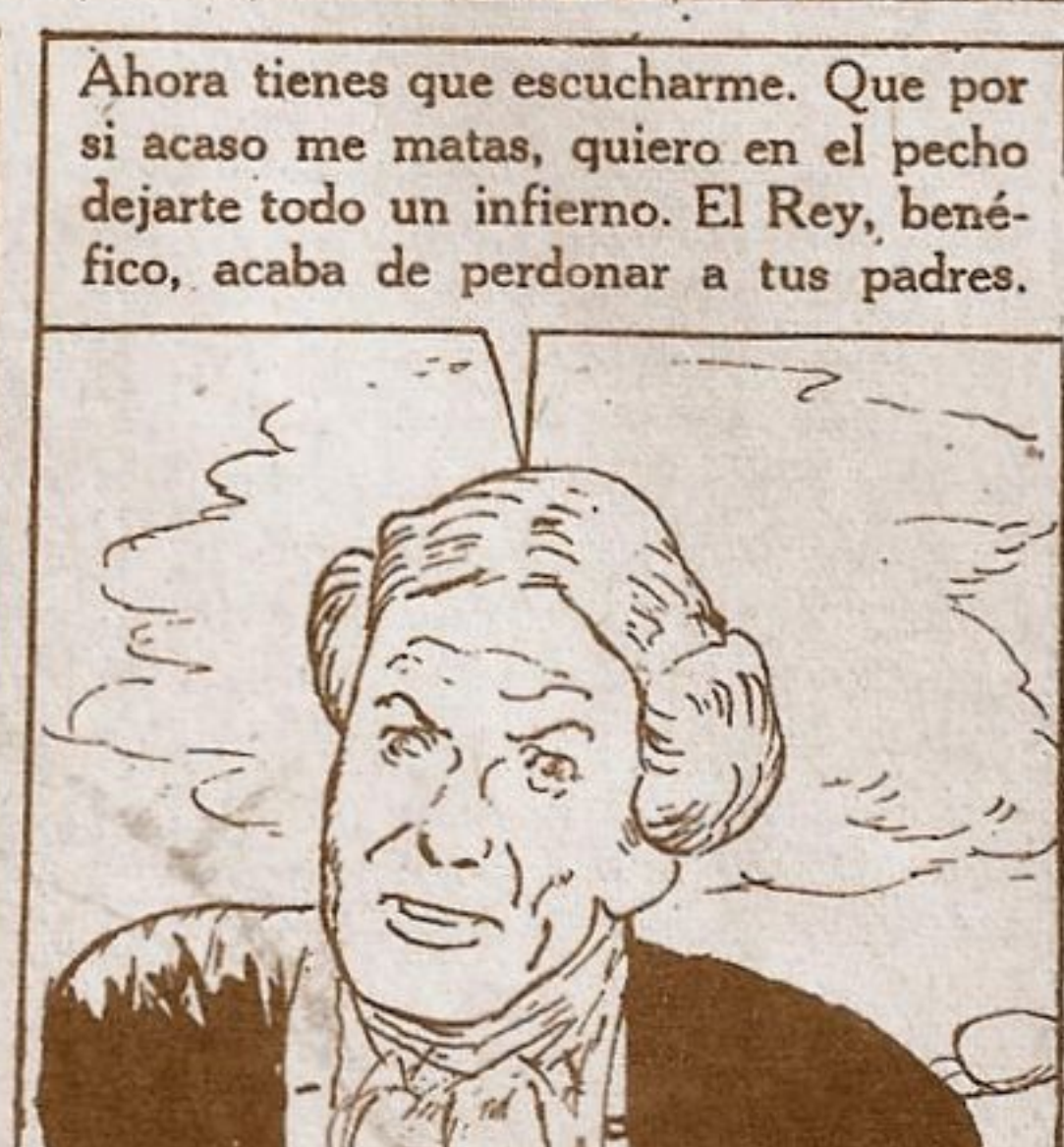
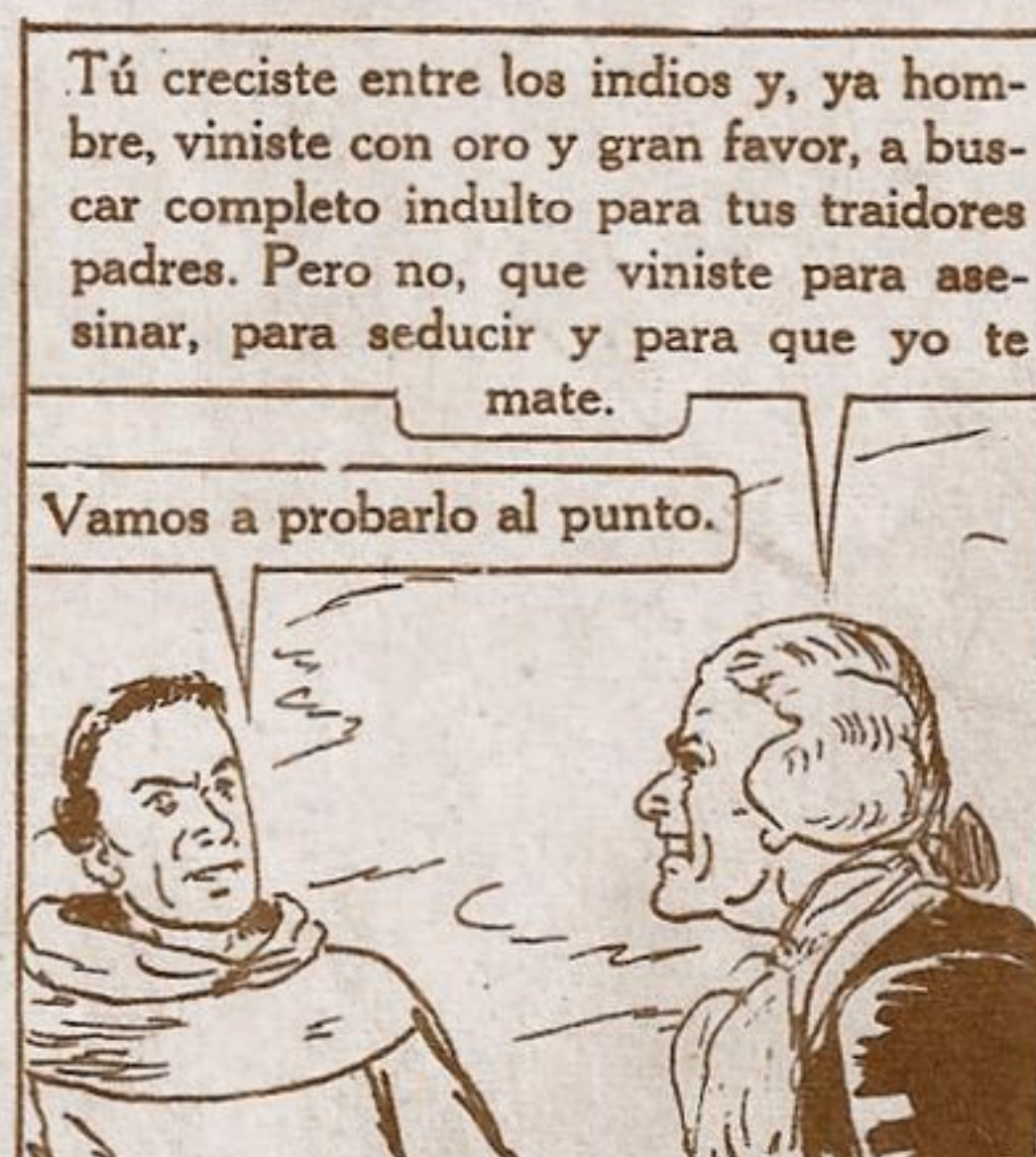
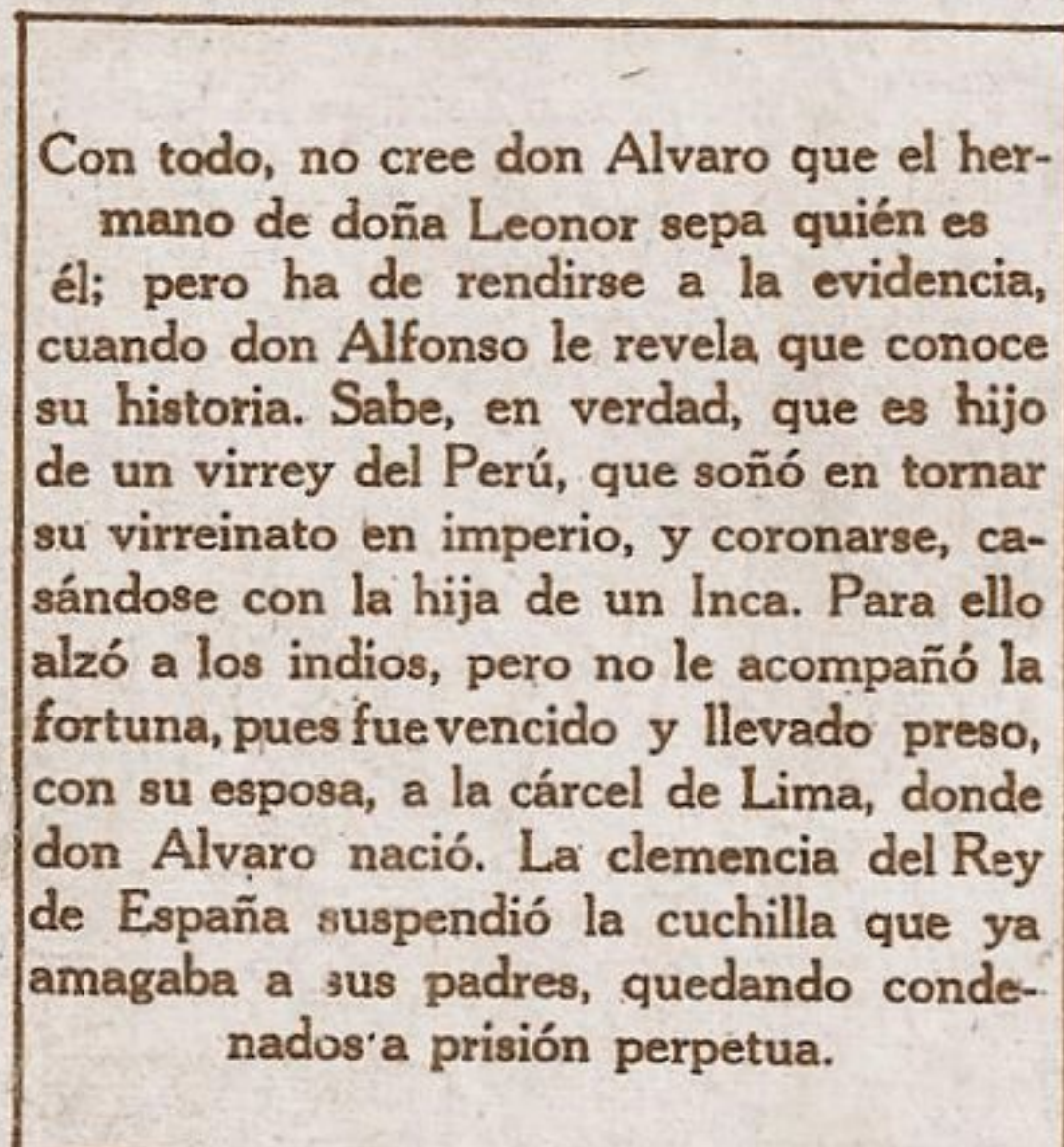
Las palabras de don Alfonso han tocado a don Alvaro en lo más vivo. En ellas se encierra el equívoco que, a modo de fatalidad, lo ha perseguido desde su llegada a España. La acusación que contra él se lanza es infundada, pero, al mismo tiempo, debe conservar el secreto de su origen, si bien no puede tolerar ninguna ofensa que se le haga a este propósito.



Salen del convento como una exhalación, dejando atónito al hermano portero, que les franquea la puerta asustado y que a grandes voces les advierte que no lleguen a la cerca que hay en torno a la cueva del ermitaño, pues quien lo haga queda excomulgado.



Sin escucharle, llegan don Alvaro y don Alfonso hasta un paraje rodeado de riscos inaccesibles, cubierto de maleza y atravesado por un arroyuelo, no lejos de la gruta donde vive doña Leonor.



Aterrado, don Alvaro comprende que él no puede hacerlo, pues en aquellos momentos se considera un réprobo, presa infeliz del demonio. Recuerda que allí cerca vive un santo penitente: él podrá absolver al moribundo. Ciertamente que está prohibido acercarse a la gruta del ermitaño bajo pena de excomunión; pero a él, ¿qué puede importarle ya eso, después de haber roto todos los vínculos y haber hollado todas las obligaciones?



¡Hermano, hermano!

¿Quién se atreve?... ¡Respetad este asilo!

Hermano, es necesario salvar un alma, socorrer a un moribundo... Venid a darle el auxilio espiritual.



No puedo... Imposible... Retiraos.

Como don Alvaro insiste, mostrando el decidido propósito de entrar en la gruta para sacar al ermitaño a viva fuerza si es preciso, éste, que no es otro que doña Leonor, tira del cordón de la campana de alarma, demandando socorro. Inmediatamente después aparece a la entrada de su refugio, vestida con un tosco sayal, los cabellos esparcidos, pálida y desfigurada, en tanto se oye a lo lejos repicar las campanas del convento, como respuesta a la que ella acaba de tocar.



¡Huid, temerario! ¡Temed la ira del cielo!

¡Una mujer!... ¡Qué acento!... ¡Es un espectro!... ¡Imagen adorada!... ¡Leonor!... ¡Leonor!...



Retrocede horrorizado hasta el lugar donde está don Alfonso, que al oír el nombre de su hermana, repetido por don Alvaro, intenta incorporarse, y al reconocerla, exclama: —¡Oh, furia! Ella es... ¡Estaba aquí con su seductor!... ¡Hipócritas!... Luego, al ver que corre hacia don Alvaro, la llama.



¡Leonor!... Ve aquí al último de tu infeliz familia.

¡Cielos!... ¡Hermano mío!... Alfonso...

Leonor se precipita en los brazos de su hermano. Este, en un supremo esfuerzo, saca un puñal y hiere de muerte a Leonor, al mismo tiempo que muere él también.



¡Desdichado!... ¿Qué hiciste?... ¡Leonor! ¿Eras tú?... ¿Tan cerca de mí estabas?... ¡Ay!... Ángel de mi vida... ¡Te hallé, por fin..., sí, te hallé... muerta!



Queda inmóvil. Hay un instante de hondo silencio. Pero de pronto, la tempestad, que encapotando el cielo se anunciaba ya, estalla en truenos y relámpagos, y se oye cantar a lo lejos el Miserere a la Comunidad, que se acerca.



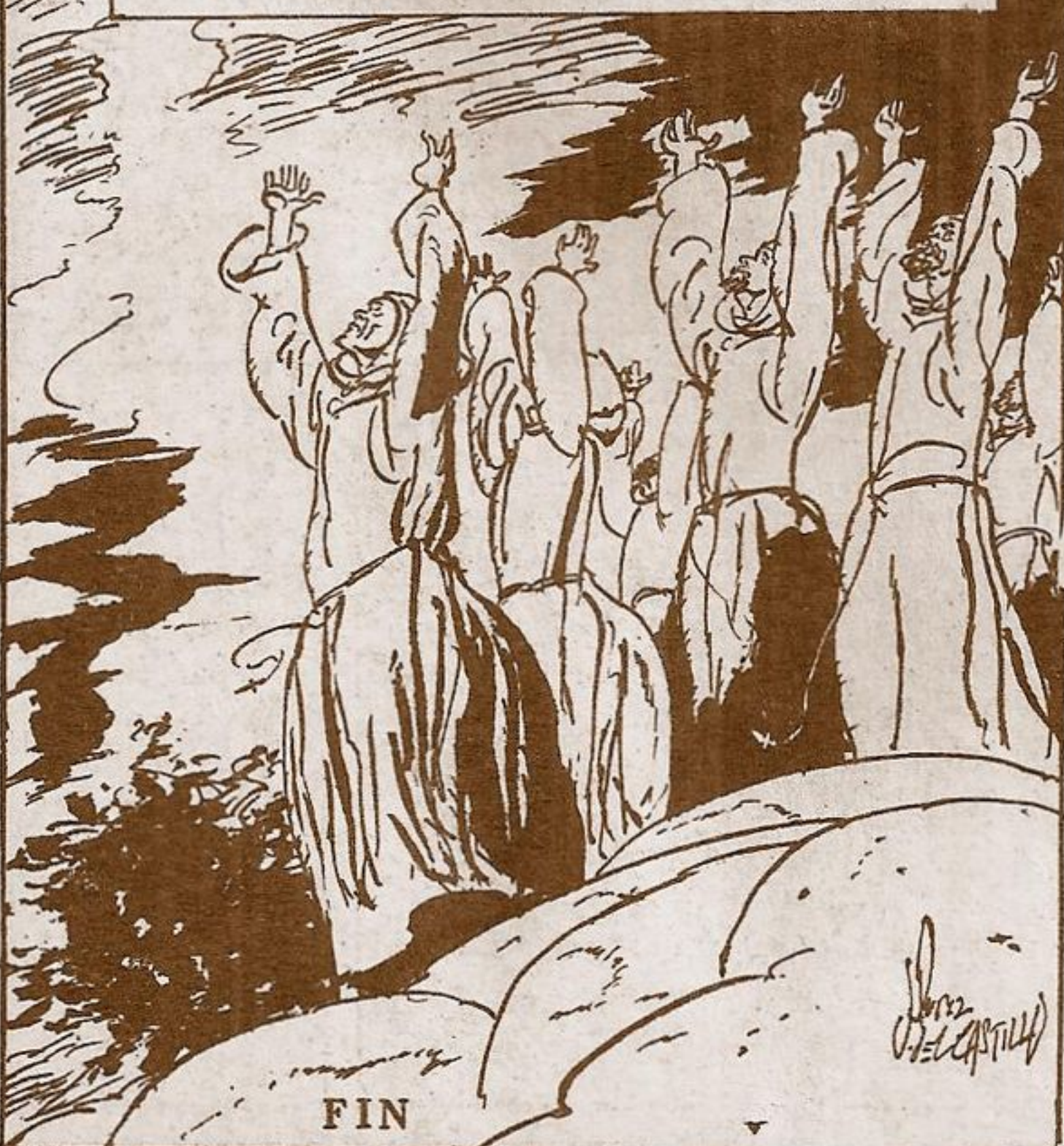
Don Alvaro, como si despertara, huye, trepando por los riscos, en tanto el Padre Guardián, con la Comunidad, llega junto a los cadáveres.



Entre un fragor de truenos y relámpagos, don Alvaro clama en lo alto de un peñón: —¡Infierno, abre tu boca y trágame! ¡Húndase el cielo, perezca la raza humana! ¡Exterminio! ¡Destrucción!... Y se precipita al abismo.



Los frailes alzan los brazos al cielo, exclamando a coro: —¡Misericordia, Señor, misericordia!...

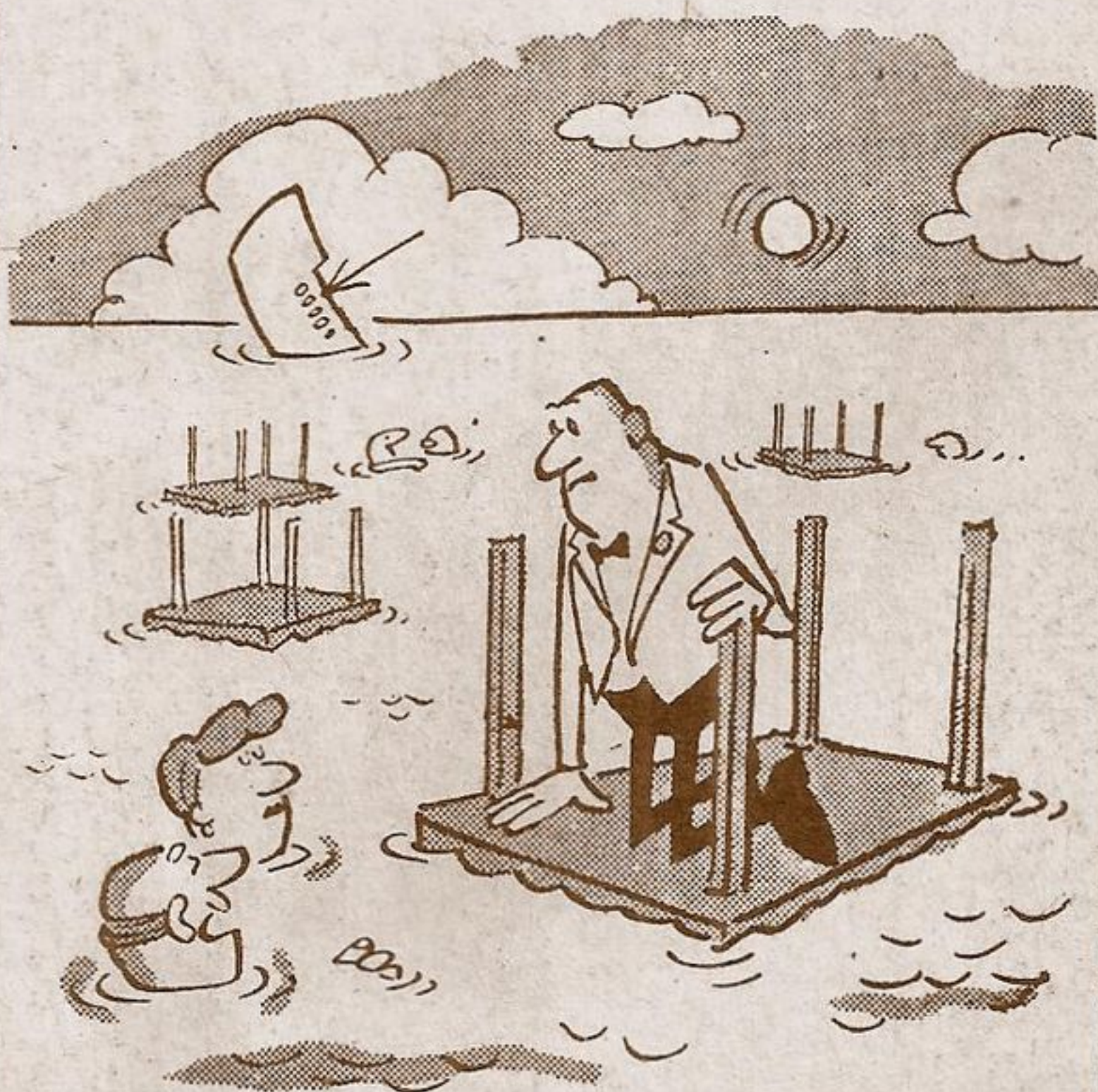


FIN

HUMORADAS

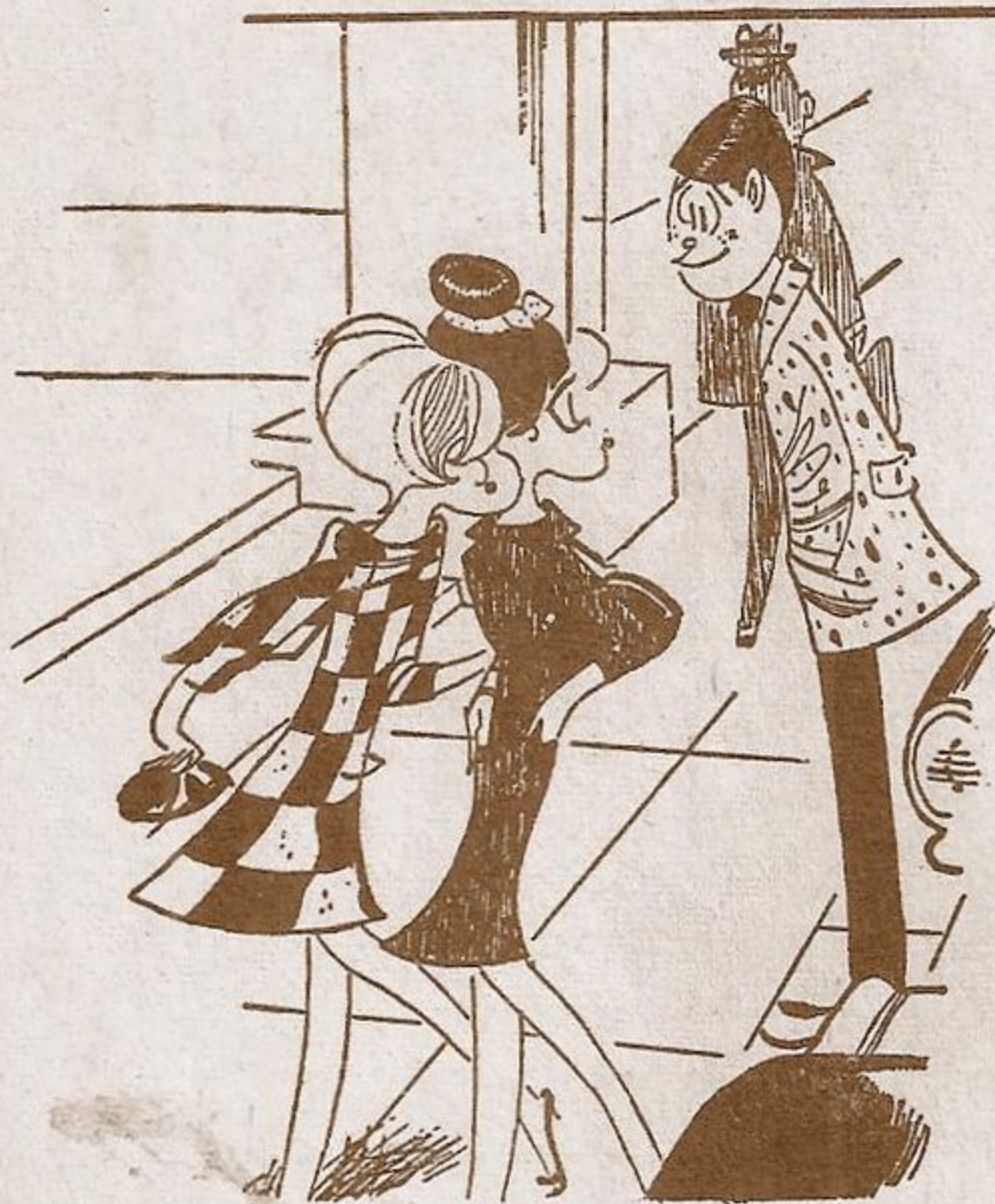


-¿Por qué no eres como los otros hombres que sólo cantan en el baño?



-Una mesa para dos, por favor.

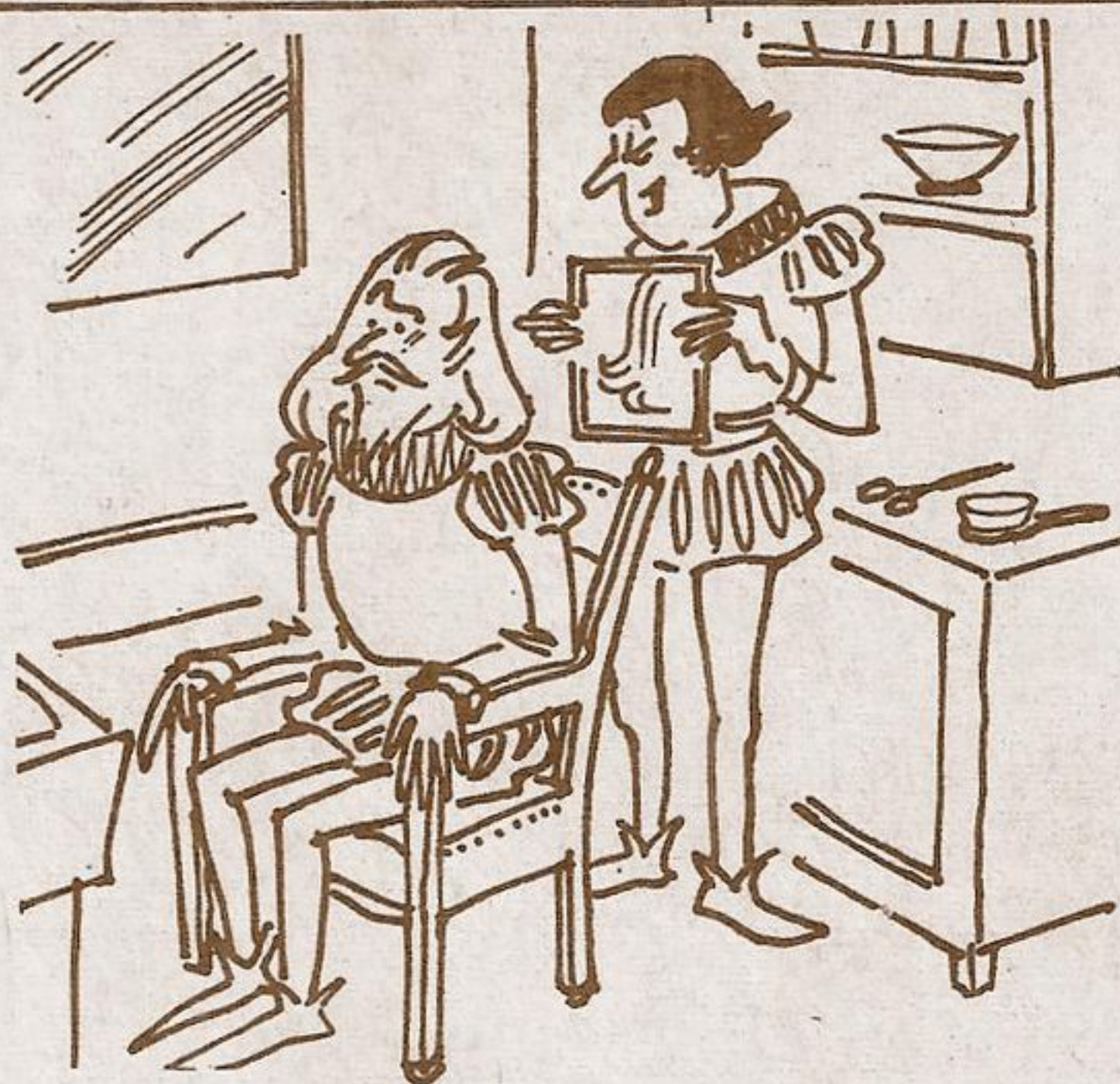
MOMENTO HUMORÍSTICO



-No me siga, joven, o llamaré a mi mamá.



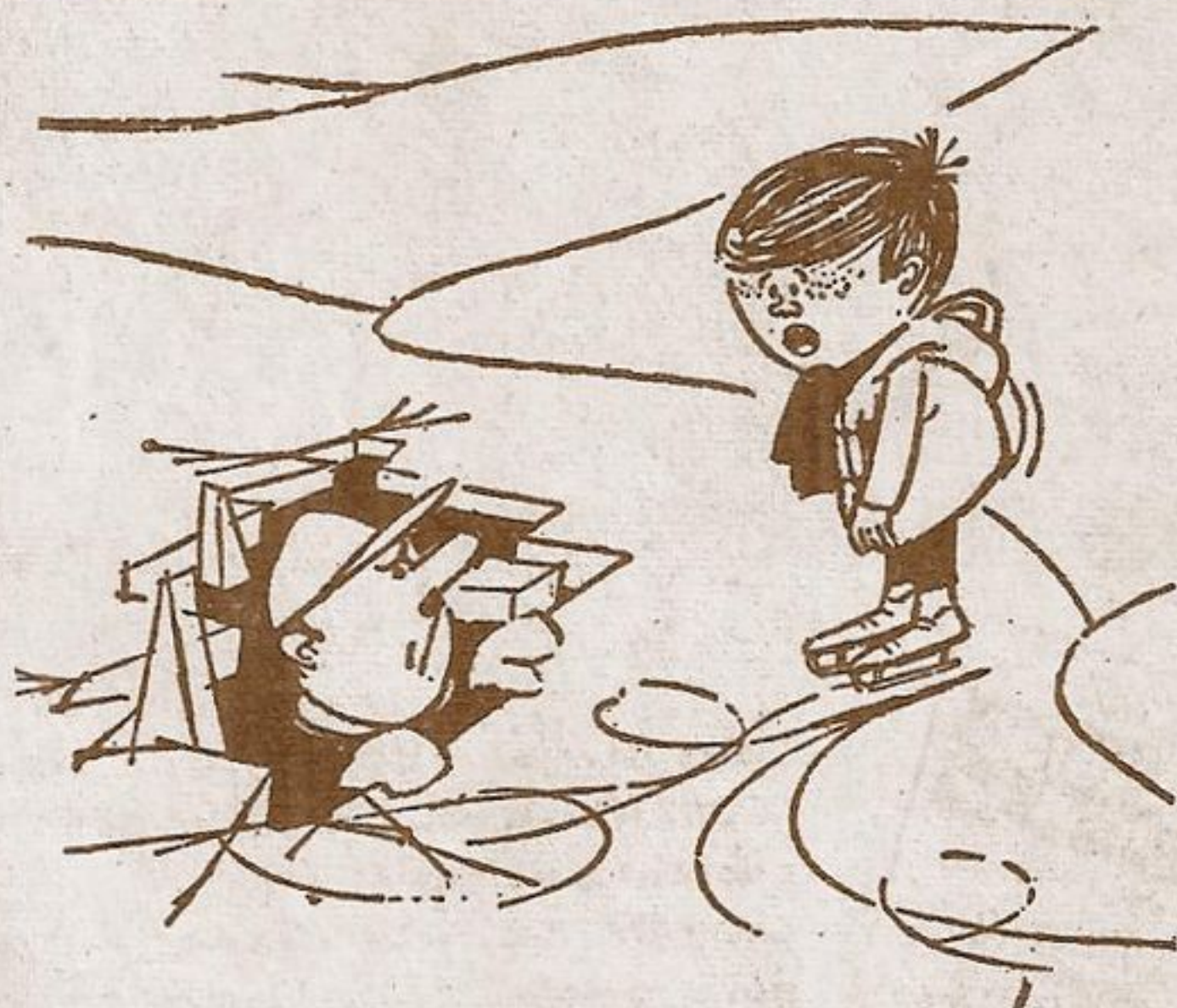
-¿Me habías dicho que te gustaba la tortilla quemada, querido?



-¿Le gusta la melena que le hice, señor barón?



-Le admito que sea pintor, pero no necesita poner la firma aquí también.

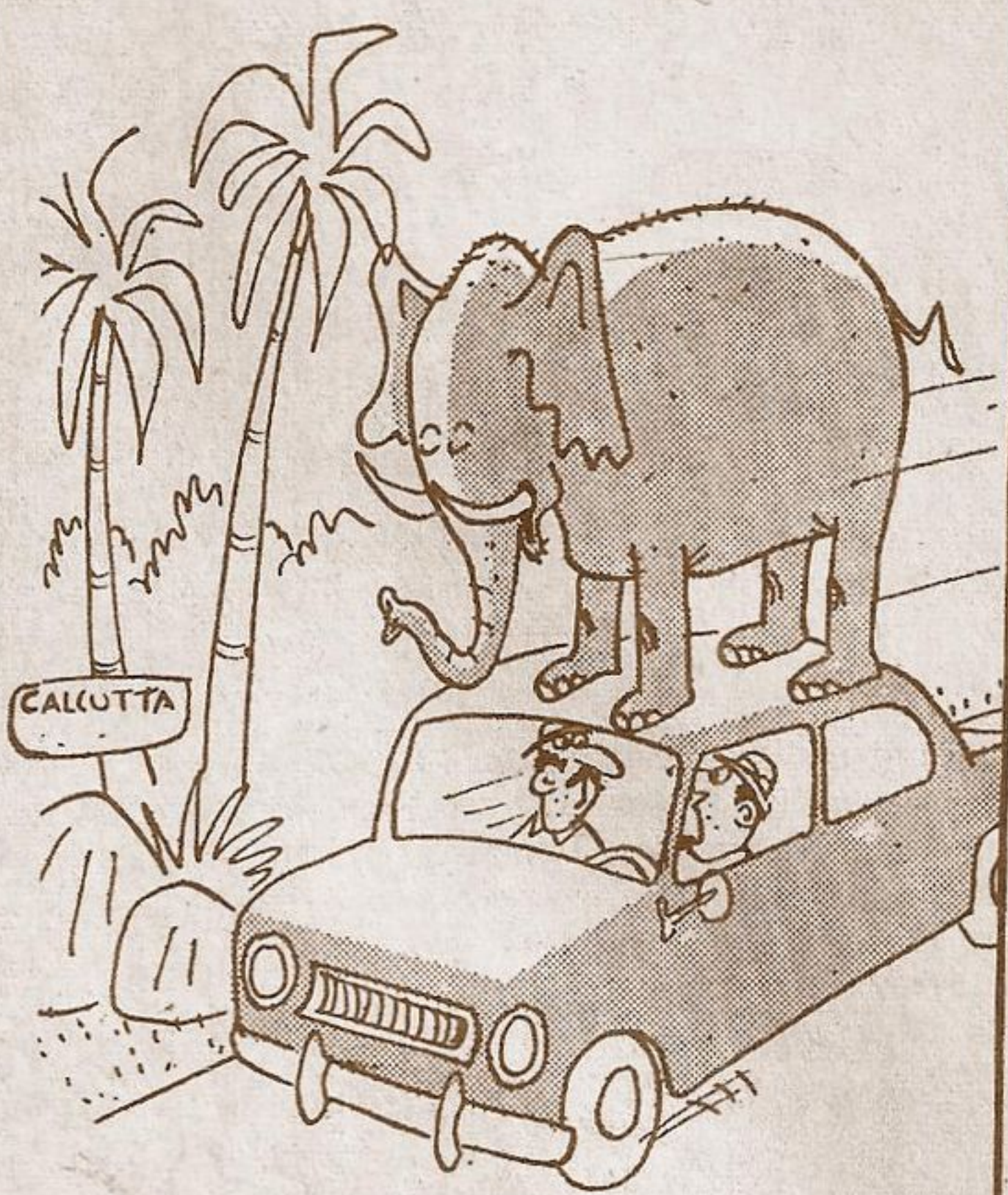


-Vámonos a casa, papá. Tengo los pies helados.

SONRÍA



-El empezó primero, señor.

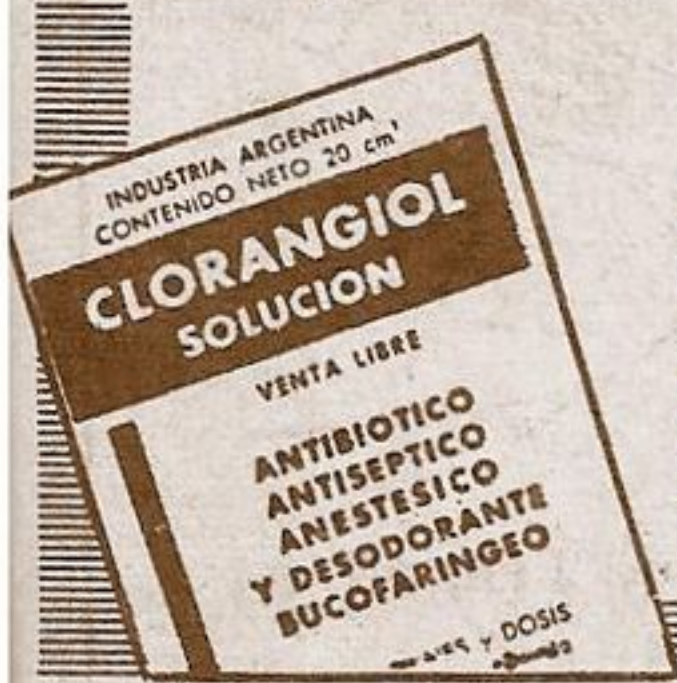


-El auto está muy pesado. Será mejor que lo haga examinar no bien lleguemos a una estación de servicio.

CIRULAXIA

SUAVE LAXANTE

JARABE Y
GRAGEAS



Consulte al odontólogo. Buches con CLORANGIOL SOLUCION antiséptico, desodorante, calmante eficaz. CLORANGIOL SOLUCION, auténtica solución para la salud de su boca y garganta.



Clorangioli
SOLUCION

Y no nos dejes caer en la tentación...

Por JOSEPHINE BERNARD

DIBUJOS DE GARCÍA

Gina vivía sobre ascuas desde que el médico le había dicho que su madre estaba delicada del corazón. El facultativo había insistido particularmente en que era importantísimo que la frágil señora no tuviera sobresaltos ni contrariedades.



¿Contrariedades? ¿Sobresaltos? Jamás se los había dado Gina. Ella no había necesitado saber que su madre era frágil para cuidarla como si fuera un bibelot. ¿Qué más podía hacer? ¿Llevarla a vivir a un departamento más amplio? ¿Ponerle una sirvienta?

(Imposible con lo que gano...)



Así estaban las cosas, cuando cierto atardecer...



Gina no solía permitirse lujos como el de viajar en taxi. Pero se le había hecho tarde en la oficina, y el tránsito estaba atroz. Su madre comenzaría a impacientarse en cuanto ella tardase. Se decidió pues a hacer algo que para ella era un despilfarro.



Pensaba en todo aquello y en lo lindo que sería viajar en taxi cuando vio aquello.

(¡Un portafolios...!
¡Alguien ha dejado olvidado un portafolios!)



Se trataba de un pequeño portafolios, cuyo cuero, azul marino y muy fino, hizo pensar a Gina que quien lo había olvidado allí era una persona pudiente.

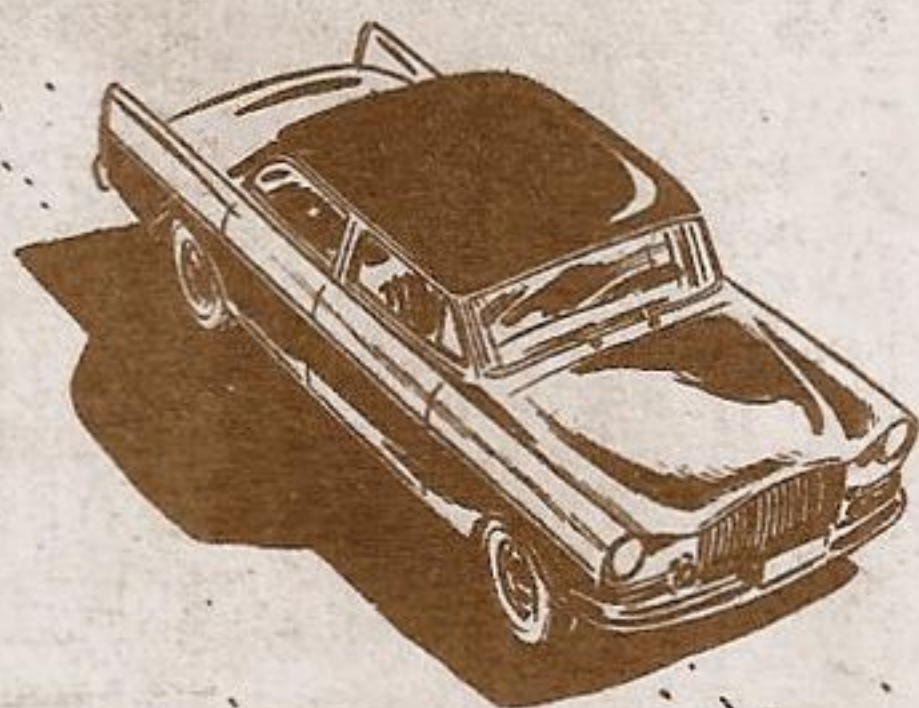
(Un hombre de negocios, seguramente.)



(¿Tendrá dinero?)



Gina jamás había tenido mucho dinero. Sólo su sueldo, que estiraba hasta el máximo para hacerlo llegar a fin de mes y ahorrar algunas liras para gastos extras.



Comenzó a pensar en todas las cosas que podían hacerse con dinero.

(Alquilar un departamento nuevo, alegre, aireado. Ponerle una criada a mi madre.)



El chofer la arrancó de sus pensamientos.

¡Cómo está el tránsito! Al paso que vamos, sería mejor ir a pie. ¿Qué tal si tomamos por la avenida de cintura? Llegaremos mucho antes.



Gina sabía que el viaje sería más largo y le costaría más, no obstante lo cual dijo:

Sí, eso es. Tome la avenida de cintura.

Así no lo hace esperar tanto al novio.



No me espera mi novio sino mi madre que es muy frágil y no quiero que se sobresalte al ver que tardo.

¡Qué casualidad! A mí también me sucede así con mi mujer.



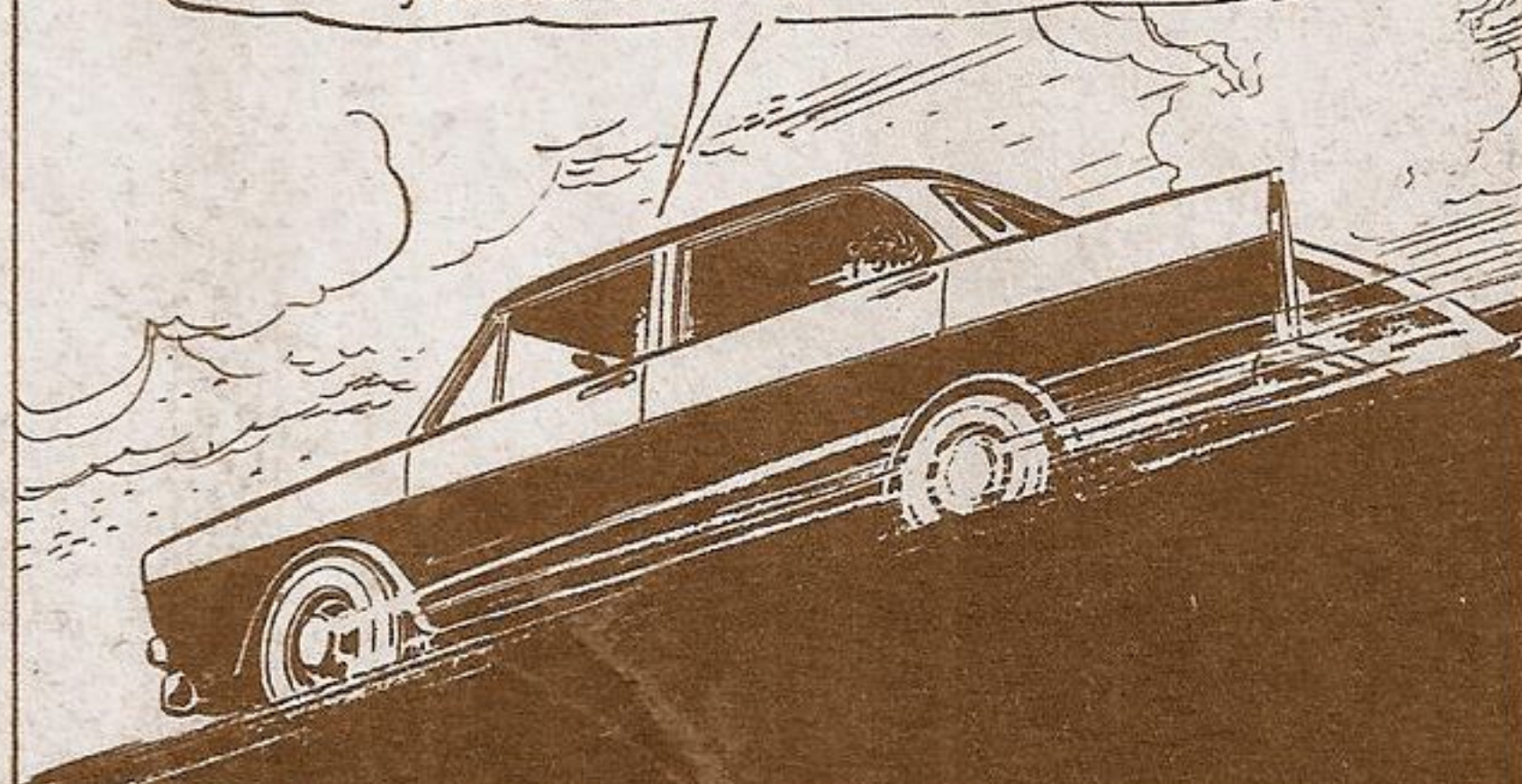
¿Está enferma?

Esperamos un hijo.

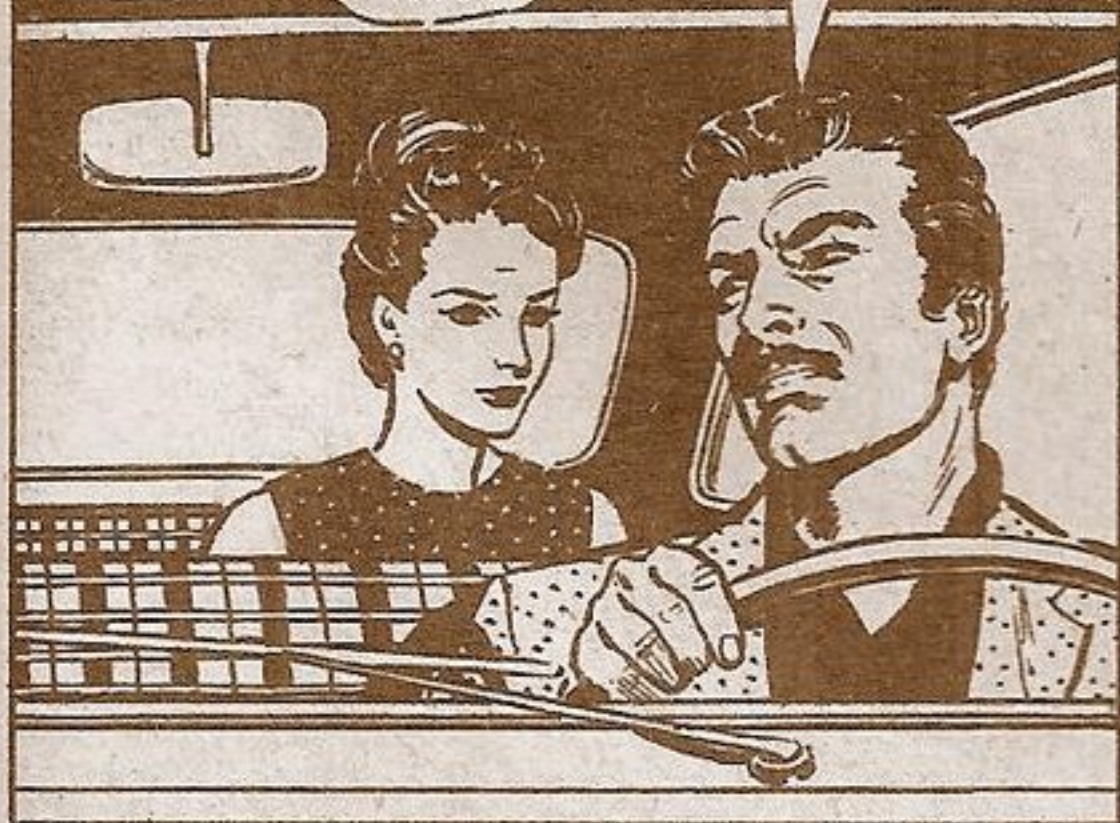


Mientras el taxi corría por la avenida de circunvalación, el chofer le hizo confidencias a Gina.

Hace dos años compramos un terreno en los alrededores y edificamos una casita.



Cuando compramos el terreno nos dijeron que iba a levantarse allí un barrio residencial con plaza, escuela... Nadie levantó una pared, y aquello sigue siendo un páramo.



El chofer siguió hablando, pero Gina ya no lo escuchaba. Gina sostenía una encarnizada lucha con su conciencia, que le gritaba que debía informar al chofer respecto a aquel portafolios. Pero, por primera vez en su vida, Gina no se sentía dispuesta a darle oídos a su conciencia, porque Gina soñaba.

(¡Una casita amplia y alegre para mi madre! Alguien que la ayude y le haga compañía.)



Lentamente deslizó el saquito que tenía en la mano hasta el portafolios azul.

(El chofer no lo ha visto. Si lo hubiera visto, lo habría tomado.)



Fue manipulando lentamente hasta envolverlo. Luego lo colocó sobre su regazo.



Por el espejito retrovisor alcanzó a ver una mirada del chofer.

(Sólo puede ver mis ojos; como yo veo los suyos.)



Dos cuadras antes de llegar miró cuánto marcaba el taxi y preparó el dinero. Sobraba algo.

Quédese con el vuelto.



Entró rápidamente y no quiso utilizar el ascensor.

(Si baja con alguien adentro, podría alcanzar a ver el portafolios.)



Apenas hubo dejado a Gina, Francisco, el chofer del taxi, consultó su reloj.

(Aún podría levantar a alguien más, pero podría hacerse tarde. Vamos a casa.)



Hizo el trayecto mascullando improperios contra quienes venden terrenos prometiendo maravillas que jamás se concretan. Aquella casa, perdida en un páramo, lo tenía a mal traer, pues, no pudiendo dejar sola a su mujer, había tenido que tomar a alguien que le condujera el taxi en horas de la noche, lo cual mermaba mucho sus entradas.



Llegó más temprano que de costumbre.

Suerte que llegaste temprano. Me da tanto miedo estar sola de noche aquí.



Mientras preparaba la cena le dijo:

¿Escuchaste la radio?

No, ¿por qué?



Alguien dejó olvidado en un taxímetro un portafolios con seis millones de liras. Parece que subió a eso de las seis y media en la esquina Donnatello y Víctor Manuel.

¿Dónde dices que subió?



En Donnatello y Víctor Manuel a las seis y media.



El dueño del portafolios y un acompañante subieron a esa hora en ese lugar y luego bajaron a la altura del quinientos de la Avenida Regina. A los pocos minutos...



La mujer no pudo concluir de contarle a su marido todo aquello, porque aquél echó a correr.

¿Adónde vas? ¿Qué te pasa?



Cuando la futura mamá alcanzó a su marido, aquél había abierto las puertas del coche y revisaba el interior del vehículo.

¿Qué estás haciendo?



A la hora y en el lugar que dijiste, subieron dos hombres en mi coche, y los dejé luego al quinientos de la Avenida Regina.



Como poseído por un ataque de locura, Francisco comenzó a levantar los asientos, a arrojarlos fuera del coche, a meter las manos por todos los intersticios.



Una moto se detuvo a corta distancia.

¿Qué te pasa?



Era Carmelo, su socio, que venía en busca del coche. No le dijo una palabra; hizo una señal a Yolanda para que no abriera la boca y siguió buscando.



A la mañana siguiente, la señora Dannuzzi, madre de Gina, hacía lentamente la limpieza cuando llamaron.



Buenos días, señora.

¿Qué desea, señor?

Trabajo en la misma oficina que su señorita hija. Ayer trajo un portafolios que debía llevar hoy; pero lo dejó olvidado.



Ah, sí. Vi el portafolios.



La señora Dannuzzi buscó el portafolios, que encontró entre unas ropas, en el fondo del armario, y se lo entregó a Francisco.

Sin poder contener su ansiedad, Francisco lo abrió, procurando que la buena mujer no lo advirtiera. Comenzó a sacar papeles. Una cédula, varios documentos, pagarés y nada más.



De vuelta de su tarea diaria, Gina aguardaba el ascensor, cuando escuchó algo.

(El timbre del teléfono. Y es el de casa.)



Le extrañó oírlo. Había estado llamando durante todo el día sin que nadie atendiera y se había hecho a la idea de que estaba descompuesto.



Cuando llegó a la puerta de su departamento, el timbre continuaba sonando. Llamó y no le abrieron. Abrió. Entró.



Descolgó el teléfono, cuyo llamado no esperaba. En el otro extremo de la línea una voz masculina le dijo:

¡Por fin, llegó...!



Llamé para que no se moleste en buscar a su madre. Está conmigo.



Si quiere volver a verla, entrégueme lo que sacó del portafolios.



Volveré a llamar de aquí a un rato. Piénselo.



Llamaron a la puerta.

¿Quién es?

Soy yo, José, señorita.

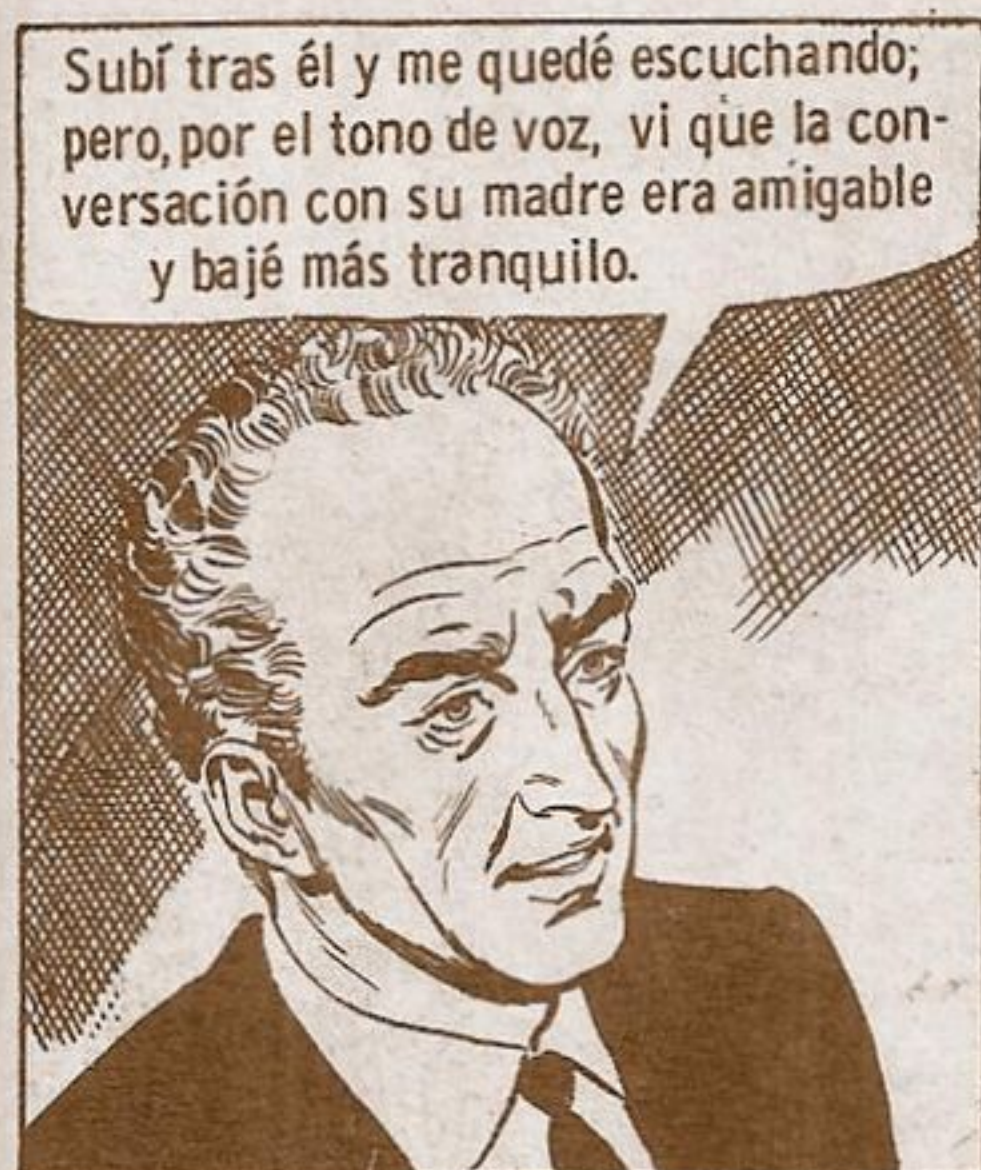


Era el portero.

¿Volvió ya su mamá?

¿Por qué me lo pregunta?







la distante y solitaria casa que tantos problemas parecía haber causado a Francisco Brunetti -el chofer- le había permitido ahora alojar a la señora Dannuzzi, que no entendía por qué la habían llevado allí. Asedió a preguntas a la mujer del chofer.



Dentro del taxi, y mientras Francisco lo hacía circular para no despertar sospechas, Gina dijo por milésima vez que no había dinero alguno en el portafolios. Lo sostuvo. Lo juró.



Usted fue la primera pasajera que levanté luego de dejar al hombre del portafolios.

Ya le dije que el portafolios estaba; que yo pensé que tenía dinero y me lo llevé. Todo eso es cierto. Pero también es cierto que en el portafolios no había una sola lira.



Quizá cayeron en el coche y están en él.

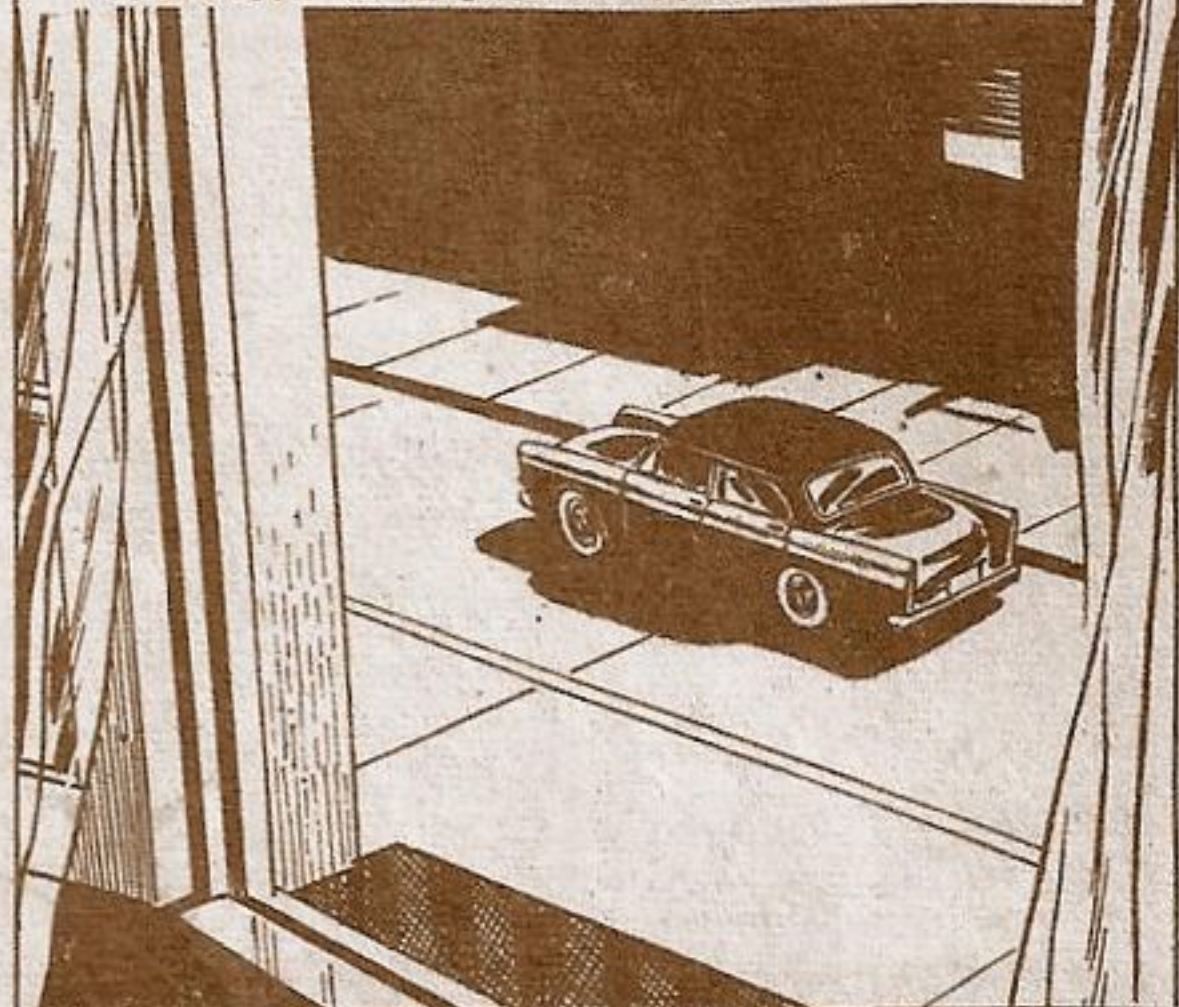
Lo revisé anoche, apenas llegué a mi casa.



Se me habrán caído al bajar del coche, o al subir las escaleras.



Poco después, el coche se detenía a corta distancia de la casa de Gina.



Subieron los dos pisos tratando de no hacer ruido. Francisco recorría cada peldaño con el haz de luz de su linterna.

Aquí no hay nada. Y esto no ha sido barrido desde hace mucho tiempo.



La obligó a entrar en su departamento. Entró tras ella y, sin ningún miramiento, revisó cajones, armarios...



Le digo que no había nada en el portafolios.



¿Dónde están los seis millones? ¿A quién se los dio para que se los guardara?



¿No se los habrá dado a la viejita para que los escondiera?



¿La viejita? ¿Qué viejita?

Su madre.

¡Vamos a conversar los tres!

A Gina le pareció magnífico aquello de conversar los tres. Cualquier cosa le hubiera parecido buena con tal de tener a su madre cerca.

Ya en camino, Francisco le dijo:

No se haga ilusiones de que podrá enterarse dónde vivo. Antes de salir de la ciudad le venderé los ojos.

Pese a tener los ojos vendados, Gina pudo darse cuenta de cuándo dejaban el radio urbano y entraban en una carretera. De vez en cuando se cruzaban con un coche. Otras, alguno que iba en idéntica dirección se les acercaba y pasaba al lado.

(Si gritara pidiendo socorro, ¿me oirían...?)

Como si hubiera podido leer sus pensamientos, Francisco le dijo:

No vaya a complicar las cosas, ¿eh?

Encendió el receptor de su coche. Transmitían una sinfonía, lo que ofendió los oídos de Francisco, que hizo girar el dial hasta tomar un informativo.

"... Sólo se trata de una maniobra fraudulenta..."

... Darío Lipati extrajo sí los seis millones del banco. Pero una exhaustiva investigación evidenció que todo estaba fraguado. No había un solo billete en su portafolios, que abandonó expreso en el taxi, al que subió con un testigo...

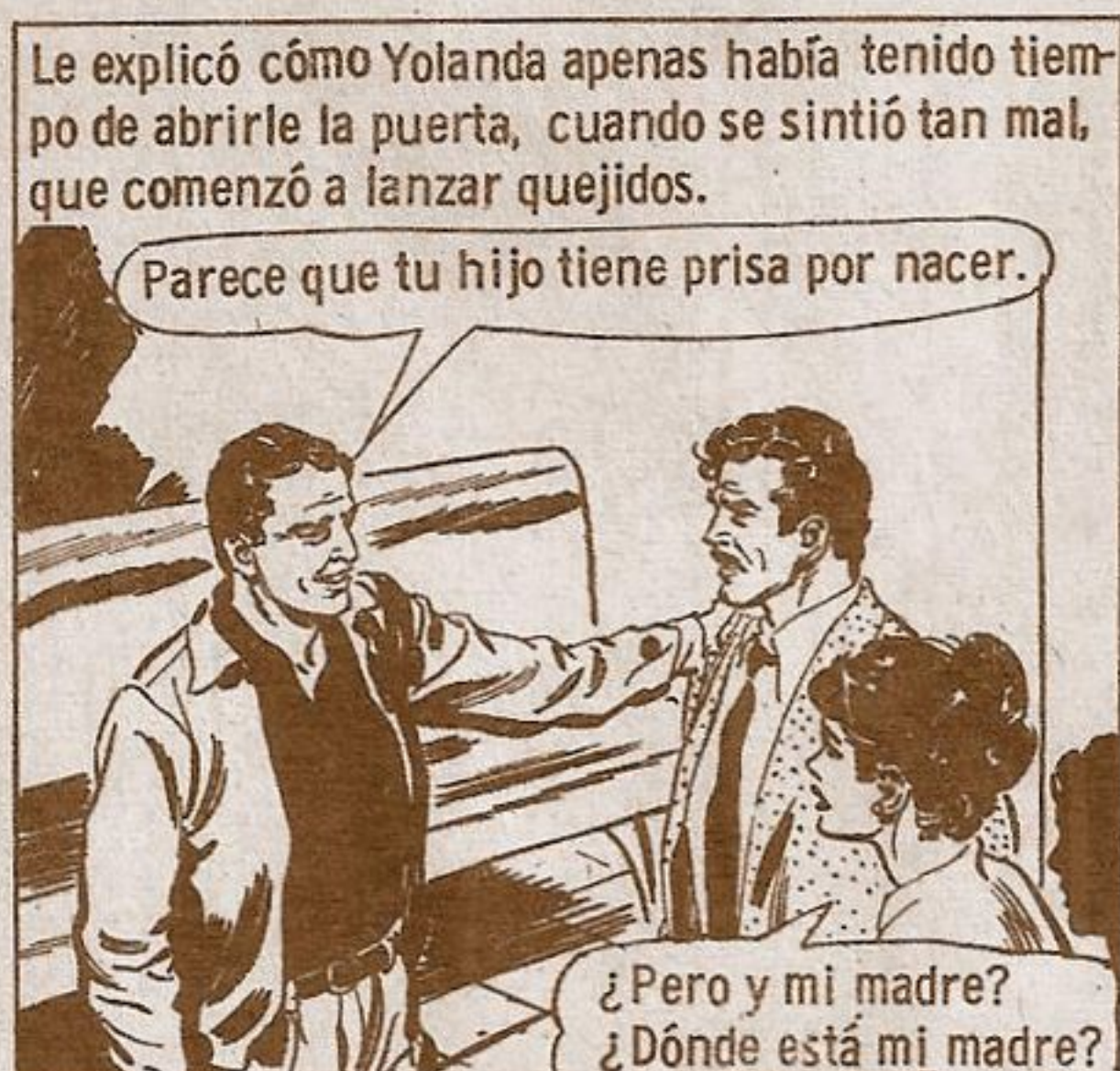
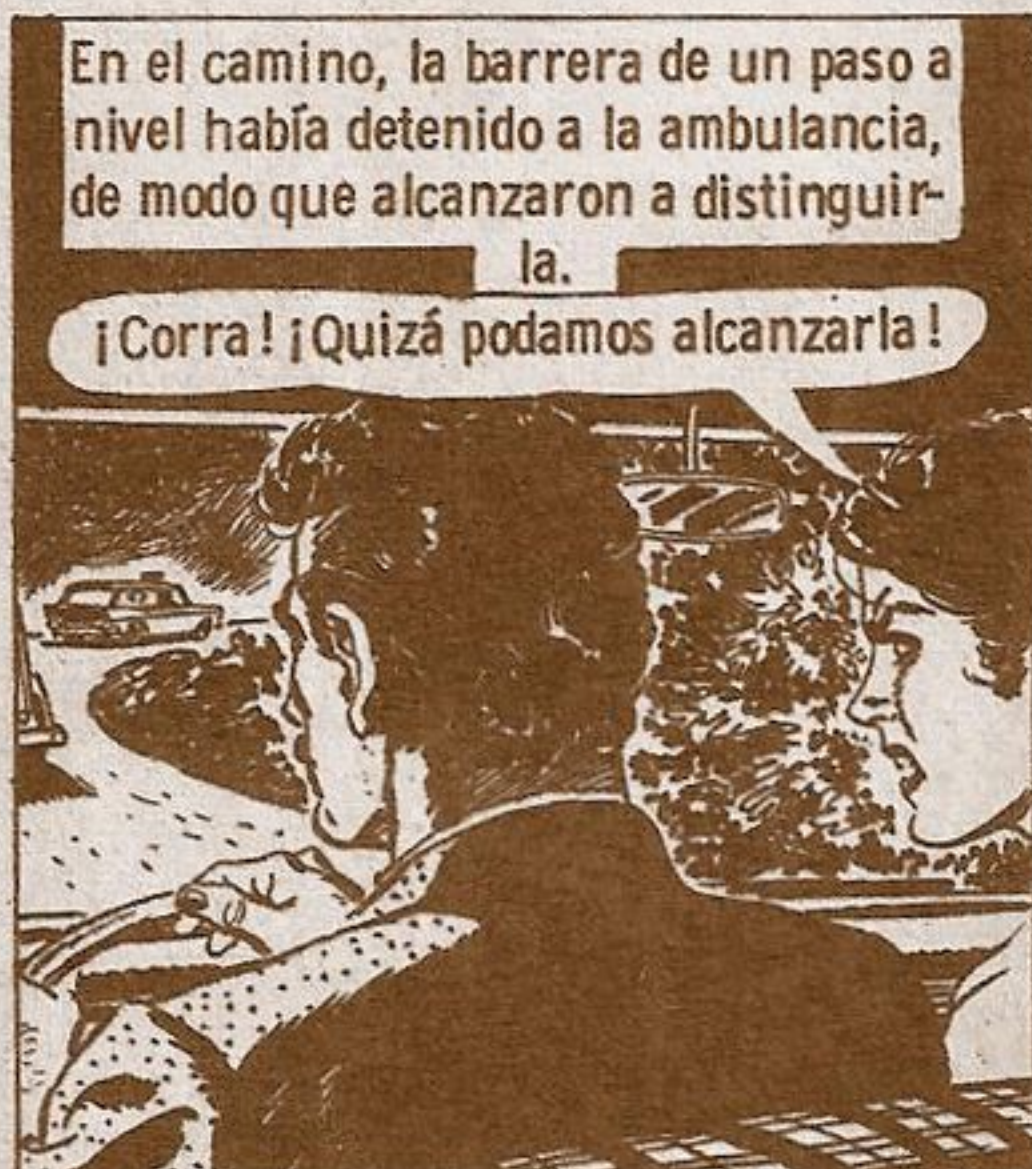
Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

... Este inocente testigo, afirmó que, en efecto, al subir al taxi, Darío Lipati llevaba el portafolios, cuya pérdida advirtió apenas el coche había dado vuelta la esquina pero retenía el dinero, que destinaba a pagar deudas de juego, mientras fraguaba un percalce destinado a obtener una tregua por parte de los otros acreedores..."

Francisco detuvo el coche bruscamente al borde del camino, y Gina, cuyos nervios hicieron eclosión, comenzó a gritar:

¡Le dije! ¡Le dije!





la frágil señora Dannuzzi estaba sentada en uno de los bancos. Un poco confundida aún por todo lo que estaba sucediendo, pero incólume, derecha como un junco.

¡Vaya fortaleza la suya!



Me ayudó a levantar y cargar a Yolanda. Se quedó cuidándola mientras fui a buscar un teléfono.



Gina corrió hacia su madre. La abrazó; la besó.

¿Cómo estás, mamá?

Bien, hija, bien.



Parecía un milagro. La frágil señora Dannuzzi estaba asombrosamente bien. Sorprendida por cuanto sucedía y sin explicarse qué tenían que ver ellas con un portafolios extraviado, pero en disposición de retornar a su casa.



Ante el asombro de todos, preguntó a Carmelo si podía ser útil en la emergencia.

Dicen que el niño aún tardará en nacer.



Usted necesita descansar. Dice mi socio que las lleva a su casa.



Gina iba a decir que no necesitaban taxi, pero mirando a su madre vio que no era verdad. Además no eran muchas las ocasiones que tenía de viajar gratis.

Además, mirando ahora a Francisco, contrito por su mujer, se dijo:

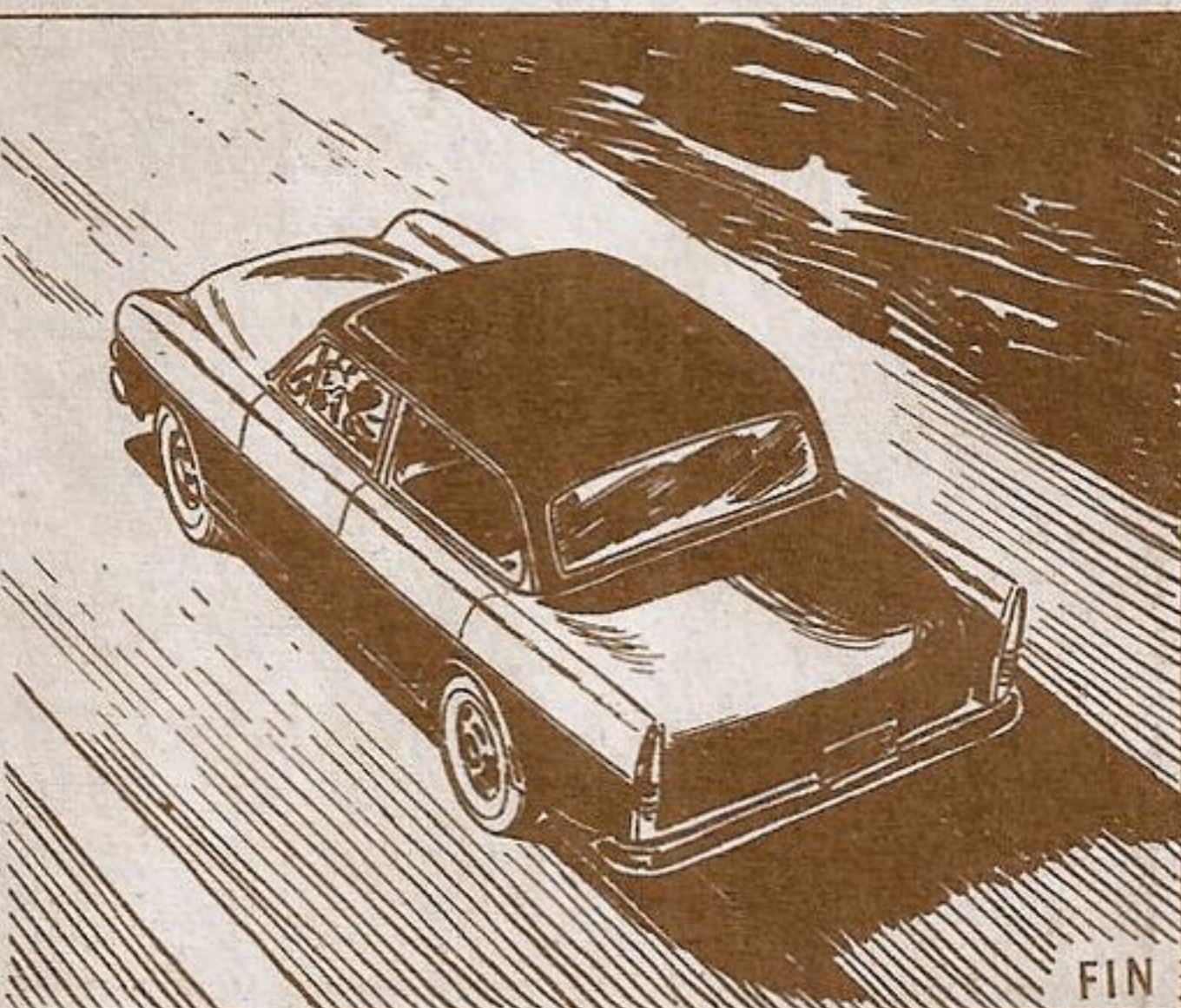
(Después de todo, los dos fuimos víctimas de la misma tentación.)



Hizo el viaje abrazada a su madre, maravillada de su fortaleza, dando gracias al Altísimo por haber velado por ella y prometiéndole que, aunque le pusieran por delante todos los portafolios del mundo, repletos de oro, no estiraría su mano para tomarlos.

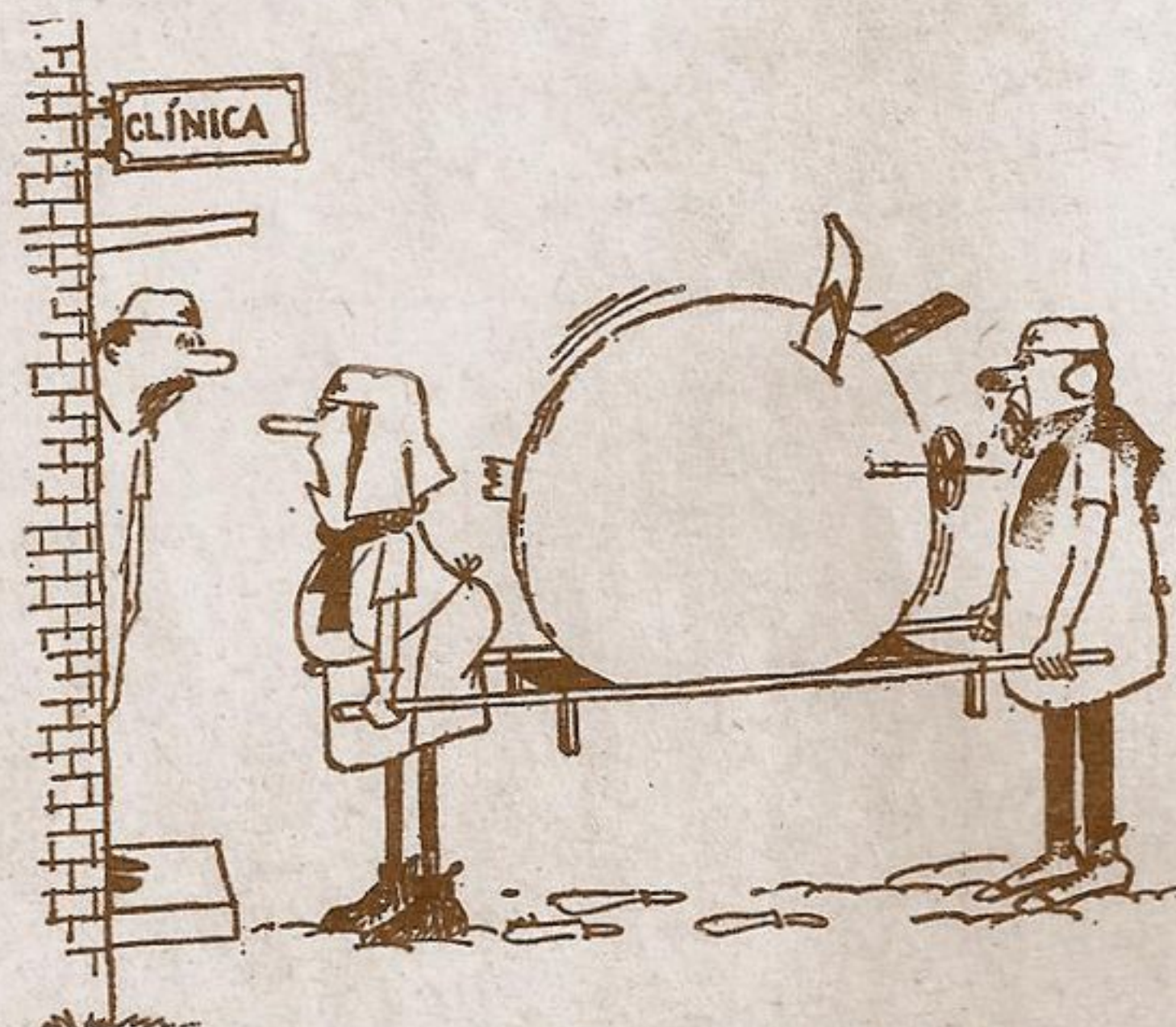


La lección había sido dura pero provechosa. Ahora sabía cuán rica era. Cuán rica había sido siempre. Agradeciendo al Cielo que no le hubiera hecho pagar cara su codicia, estrechó al mayor de sus tesoros contra su pecho.



FIN

UN POCO DE BUEN HUMOR



-No se quede ahí sin hacer nada, doctor. Tenga lista una bañera llena de agua caliente para que este pobre esquiador vuelva a la normalidad.



-Vamos a ver. ¿A causa de qué sufre usted complejos?



-Está bien. Está bien. Sé que se está recuperando muy bien, pero no necesita hacer esta demostración cada vez que vengo a verlo.



-Me lo diseñó especialmente Christian Dior.



-Sí, soy yo. ¿De qué estábamos hablando?

¡GRATIS!

Recibirá GRATIS las primeras lecciones. Señale el curso que le interesa. Enseñamos por correo desde 1915.

- Contabilidad Moderna. Simplificada (con Balance Mensual e Inventario al Día, etc.)
- Impuesto a los réditos, etc.
- Mecánico Electricista de Autos.
- Constructor • Sastre • Dibujante • Corte y Confección.

Envíe hoy su nombre y dirección a:

1965 - AÑO DE NUESTRAS BODAS DE ORO

Envíe hoy su nombre y dirección a:

ESCUELAS AMERICANAS

AV. MONTES DE OCA 636

BUENOS AIRES

Nombre _____

Calle y No _____

Localidad _____ Prov. _____

23

UN HUÉSPED EN LA CASA

Por JOHN DICKSON CARR

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE ÁVILA

Marcus Hunt, el dueño de casa, acompañó hasta la puerta a los dos huéspedes, que no iban a pasar la noche en Cranleigh Court.



Luego, volvió al salón principal. Sobre una mesa de juego estaban ordenadas, en pilas blancas, rojas y negras, las fichas de póker.



¿Jugamos otra mano?

No resultaría. Sólo somos tres.

Derek Henderson tomó un mazo de naipes entre sus largos dedos, lo dividió en dos grupos, haciendo que se mezclaran con la habilidad de un truco mágico.

Me sorprende que puedas disfrutar con algo tan plebeyo como los juegos de cartas.



Me gusta conocer el carácter de las personas, y los naipes me ayudan a hacerlo.

El dueño de casa contempló a sus dos invitados. Arthur Rolfe, comerciante de arte, y Derek Henderson, crítico de arte. Luego, sin proponérselo, clavó los ojos en sus maravillosos cuadros.

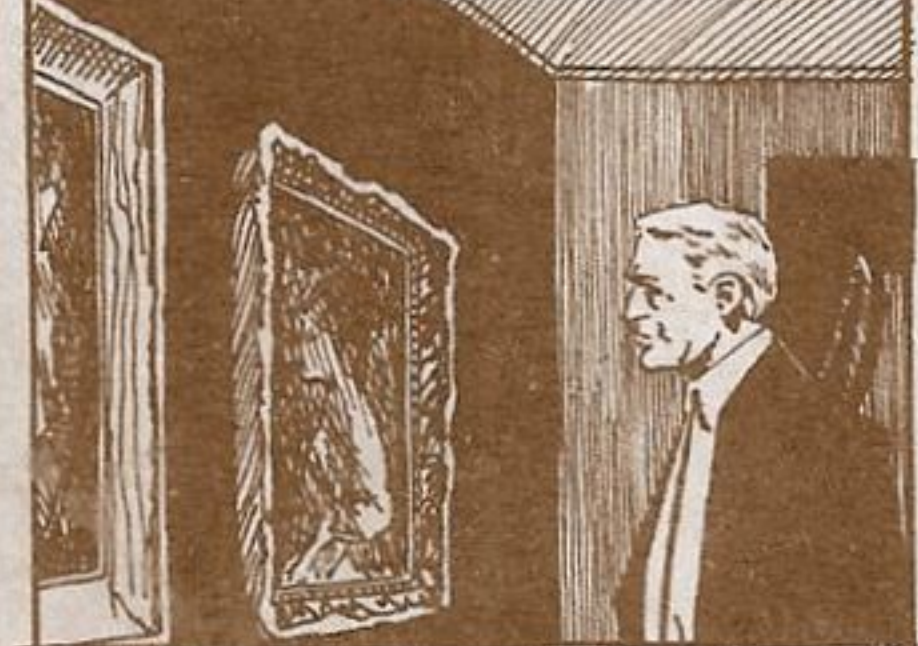


¿Podrías leer mi carácter, por ejemplo?



¡Encantado!

No frecuentemente se encuentran en una habitación de una casa de campo dos Rembrandt y un Van Dyck. Había una especie de provocación en la presencia de esas pinturas.



Displícitamente fue poniendo cinco cartas boca arriba. Eran un par de cinco, y la última un as.

Henderson se quedó mirándolo durante unos segundos.

Ahora, eres tú el que me sorprende, amigo Marcus. ¿No te importa que te hable con franqueza?



Siempre te había considerado el coloso de los negocios, el audaz, el hombre que siempre arriesga. Pero, aquí dice que no lo eres.



¡Gracias a tus cartas ahora sé cómo soy!

Con presteza y habilidad Henderson dio vuelta otros cinco naipes.

¡Ajá...! Otra sorpresa es el señor Rolfe. El es el hombre que, en las circunstancias apropiadas, tomaría el riesgo mayor.



Dudo que eso sea cierto. Cualquier persona que corriera riesgos exagerados en mi profesión tendría sus dificultades.

Por ejemplo, yo sería lo bastante prudente como para no tener tres obras de arte por un valor de cincuenta mil libras colgadas en un salón del piso bajo, sin protección y con puertas y ventanas dando a la terraza.



¡Caramba! Supongamos que un ladrón...

¡Condenado!

Desde que Henderson comenzó a leer las cartas, una atmósfera de tensión se había venido formando.



Marcus Hunt estaba mondando una manzana con un afilado cuchillo.

Por poco haces que me corte un dedo. ¿Qué es lo que te pasa?

¡El as! Es la segunda vez que sale en cinco minutos.



El crítico de arte miró admirativamente hacia la pared en donde colgaba "La anciana con cofia" de Rembrandt; la expresión de sus ojos cambió cuando clavó la mirada en los ventanales que se abrían a la terraza.

No es cosa mía, es tu casa, tu colección y tu responsabilidad. Pero, ese tipo Cutler, ¿qué sabes de él?

Es un amigo de mi sobrina Harriet; lo conocí en Londres y me pidió que lo invitara.



No tiene sentido lo que dices, y mucho menos lo que estás pensando. Cutler es un buen muchacho.

¡Silencio! ¡Escuchen!

El ruido que oyeron venía de la terraza, y no volvió a repetirse.



Y no se repitió, porque la persona que lo hizo, una sorprendida y disgustada joven, corrió ágilmente hasta el lado de la terraza. Lew Cutler, que había visto toda la escena, dudó un momento antes de seguirla.



Harriet Davis, bañada por la luz de la luna, que hacía resaltar aún más su belleza, hizo un ademán, invitando a Cutler para que se acercara.



El muchacho pudo notar la agitación que dominaba a Harriet.

¿Por qué dijo una mentira?

¿Quién?



-Mi tío Marcus. Dijo que yo ya te conocía y que te invité a venir aquí, y tú bien sabes que recién te conocí este fin de semana.

¿Quieres contestarme una pregunta?

Si puedo...



¿Eres, por casualidad, ladrón?

Para ser sincero, ¿quieres decirme por qué me lo preguntas?



La joven había hecho la pregunta con tanta sencillez como si le hubiera preguntado si era médico o abogado.

Esta casa siempre estuvo protegida por alarmas contra robo, pero la semana pasada fueron retiradas. Y las pinturas fueron llevadas al salón de abajo.



Esto casi equivale a decir que mi tío quiere que le roben los cuadros.



Tal vez lo quiera. Suponte que una de esas famosas pinturas sea falsa.

Harriet lo interrumpió con firmeza.

No. Todas son auténticas; yo también había pensado en esa posibilidad.



Entonces puedo citarte muchos casos en que las personas están ansiosas de que las roben cuando se asegura algo por más de su valor.

Ese podría haber sido el motivo, pero resulta que ninguna de las pinturas está asegurada. Mi tío dice que es gastar dinero inútilmente. No lo comprendo, como tampoco comprendo por qué estoy diciendo todo esto a un extraño.



¿Sabes lo que creo? Que tío Marcus se está volviendo loco.

¿Tanto así? No lo creo.



El reloj de la iglesia cercana dio las once y media, silenciando por un momento los mil pequeños sonidos de la noche. Harriet volvió a hablar en voz baja e insegura.



Pero, si no está loco, ¿por qué procede de esa manera?

En menos de cuatro horas lo iban a saber. El ladrón recién actuó cerca de las dos y media de la mañana. Primeramente fumó varios cigarrillos en los matorrales que daban a la terraza.



Cuando el reloj de la iglesia dio la hora, esperó unos minutos más, y luego se deslizó a través de la terraza hasta los ventanales del salón principal.



Un vientecillo helado comenzó a soplar. El hombre lanzó una ojeada por encima del hombro; si alguien lo hubiera estado observando, muy poco hubiese visto de su rostro.



Se dirigió a una de las puertas ventanas y empezó a trabajar con sus herramientas. Hizo una abertura en el cristal, junto al picaporte. El vidrio crujió al ceder. Durante unos segundos el ladrón se quedó completamente inmóvil, escuchando.



El ladrón sabía con exactitud lo que buscaba. Encendió una linterna.



(No temas: te trataré con cuidado.)



Sin duda era un ladrón imprudente; carecía de ese sexto sentido imprescindible en esa clase de tareas. No sintió la presencia de otra persona en el cuarto.



Lew Cutler fue despertado por un ruido amortiguado, como de objetos de metal que caen al suelo.



Saltó de la cama y se puso las pantuflas y la bata tan pronto como escuchó el primer ruido que llegaba desde abajo.



(¡Me temo que finalmente haya llegado el famoso ladrón!)

Al llegar al hall sintió una corriente de aire. alguna puerta o ventana debía estar abierta. Casi corriendo se dirigió hasta el salón.



(Tengo un mal presentimiento...)

Pero llegó demasiado tarde. Encendió todas las luces. Allí estaba el ladrón. Yacía en el suelo inmóvil, y a juzgar por las manchas de sangre en su sweater y pantalón, nunca más volvería a moverse.



¡Ya sucedió!
¿Qué ha pasado?

La tela de "La anciana con cofia" estaba semiaplastada por el cuerpo del ladrón.

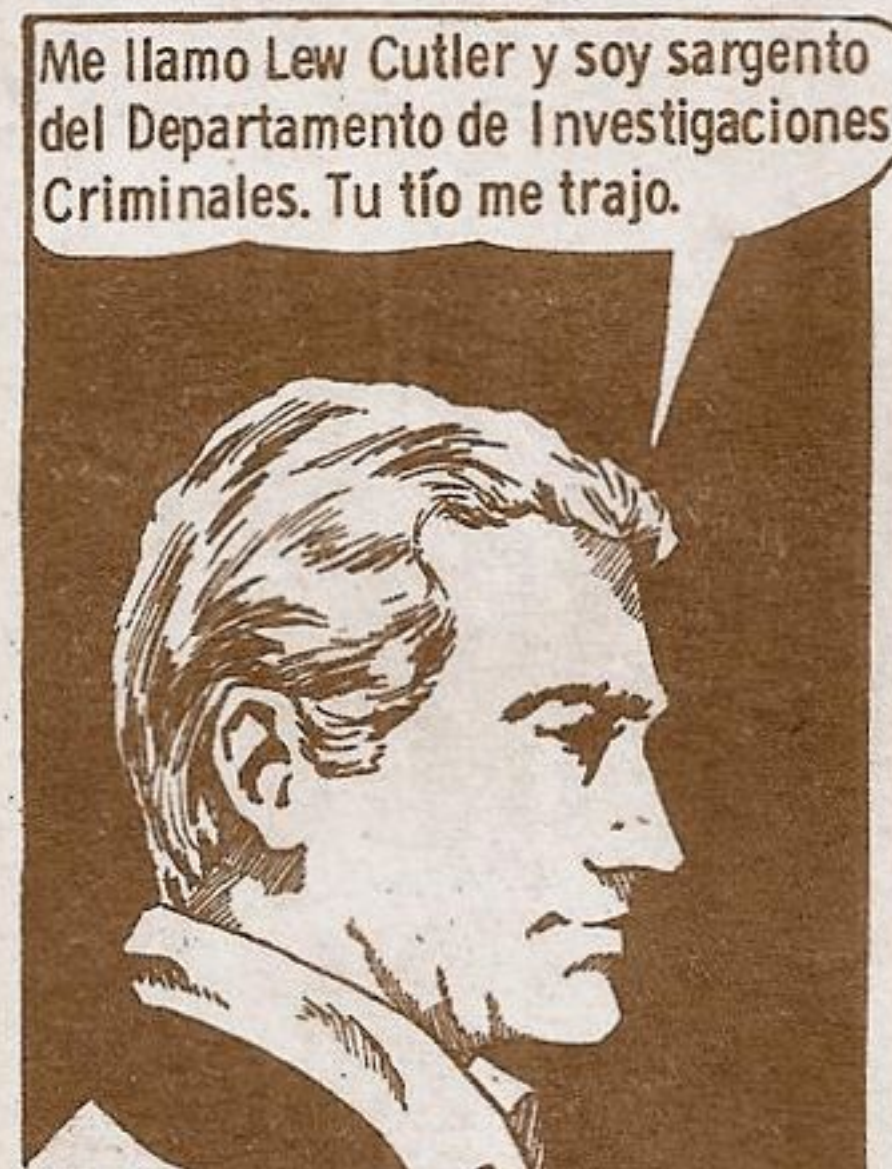
Cutler se inclinó para examinar todo de cerca.

(Por las manchas de sangre debe haber sido apuñalado en el pecho con el cuchillo para fruta.)



Al oír una voz a su lado dio un respingo.





Por un instante Rolfe no dijo nada. Se llevó la mano al pecho, por debajo de su bata, como si le doliera algo y abrió muy grandes los ojos.

¿Asesinado? ¿El ladrón fue asesinado?



Sí, eso fue lo que dije.

Pero, ¿por qué? Lo mataría algún cómplice. ¿Quién era el ladrón?



Eso es lo que me propongo saber.

Harriet Davis estaba parada a la entrada del salón, mirando con los ojos llenos de lágrimas el cuerpo que yacía junto a una mesa.

Le va a sacar la máscara, ¿verdad?



El sargento de policía se inclinó junto al cadáver, y le quitó la máscara. El ladrón era Marcus Hunt, apuñalado en el corazón cuando intentaba robar su propia casa.

(¡Esto era lo que me temía!)



Al día siguiente, un hermoso día de sol, el sargento Cutler fue a ver al doctor Gideon Fell y le explicó todo lo ocurrido.



Como ve, señor, este caso no tiene pies ni cabeza.

El superintendente sugirió que yo echara un vistazo por allí. La policía local ya se hizo cargo del caso, ¿verdad?

¿Por qué desea alguien robar su propia casa?



¡No, no, no! No se obsesione con eso. No se hipnotice así. Busquemos otros caminos.

Por ejemplo, la joven hizo una pregunta interesante. Si Hunt no quiso decir a la policía para qué necesitaba un detective en su casa, ¿cómo es que ésta consintió en mandarlo a usted?



Porque pensaron que Hunt iba a simular un robo para cobrar el seguro de los cuadros. Es una estratagema muy vieja: usar a la policía para alejar sospechas.

El joven sargento vaciló antes de seguir.

Hoy supe y comprobé que ninguna de esas condenadas pinturas está asegurada. No puede ser una broma. Todos los preparativos fueron muy elaborados: ropas viejas sin marcas de sastretería o lavadero, guantes y máscara, herramientas de ratero...



Luego sus movimientos, fumó unos cuantos cigarrillos al piede lateraza, localizamos sus huellas, y..., bueno, ¡usted ya lo sabe!

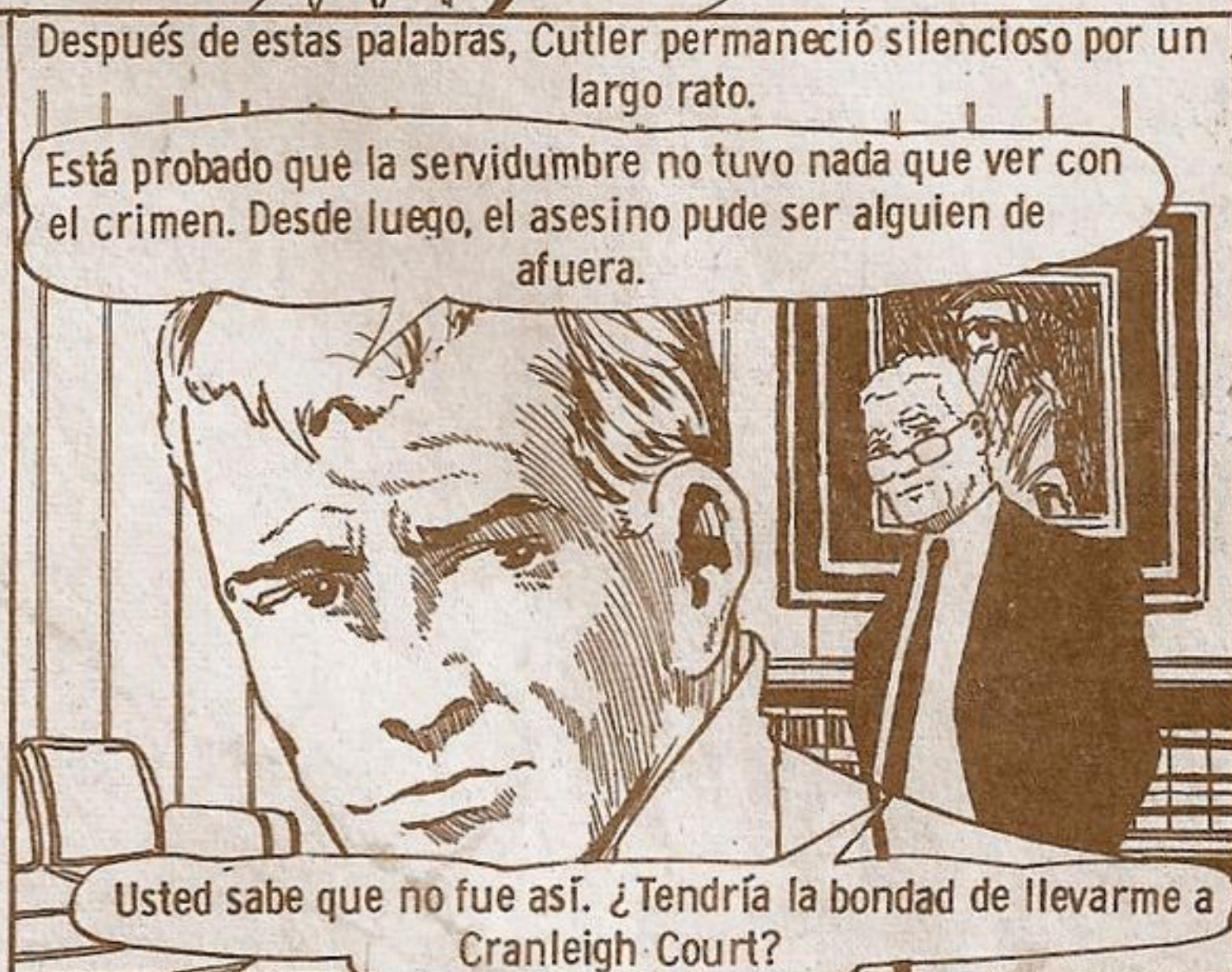
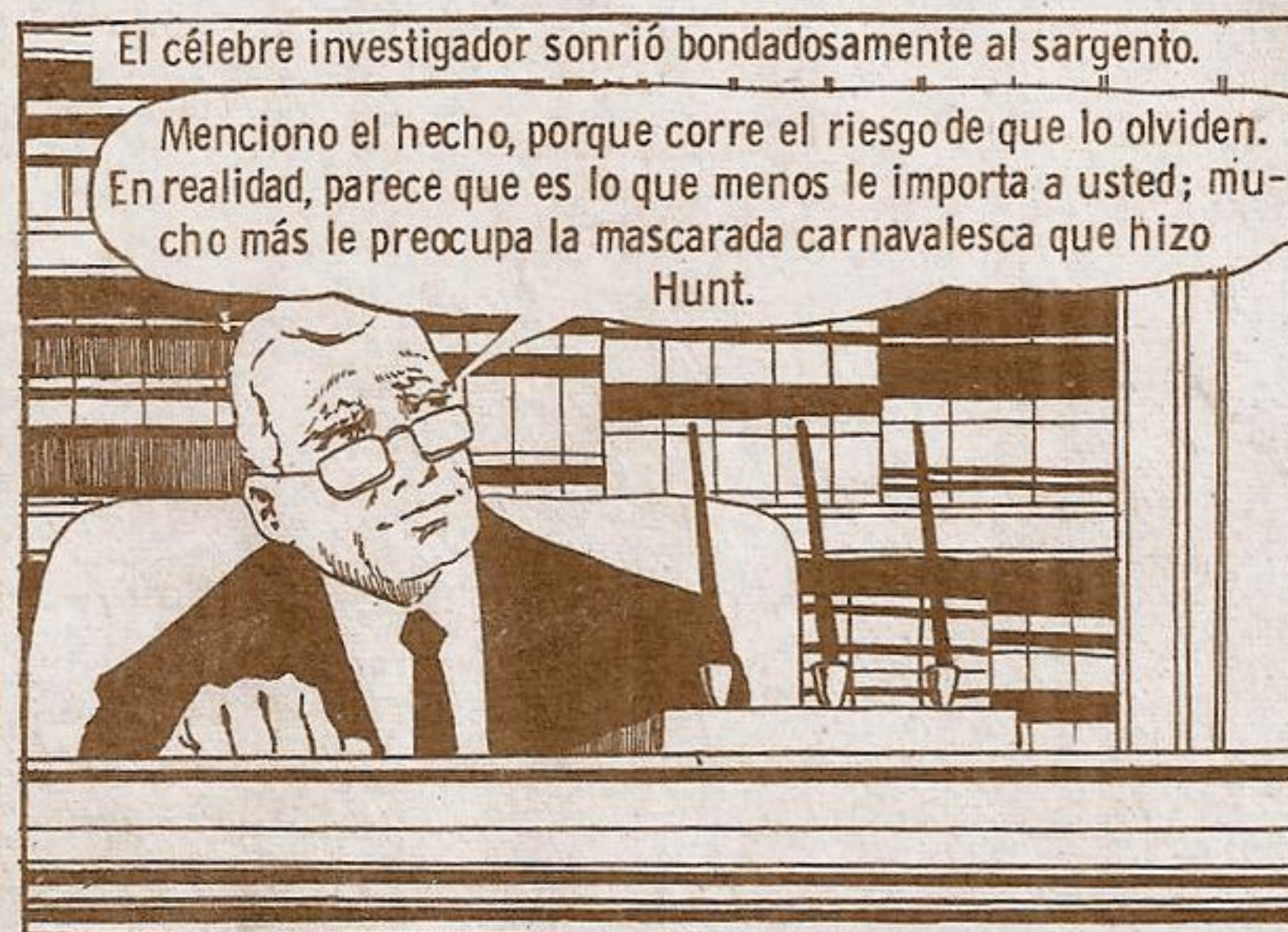


Así es. Pero lo más intrigante es: ¿por qué tuvieron que matarlo?

¿Hay algún indicio?



No. Según el médico forense, Marcus Hunt murió de una puñalada directa en el corazón. La herida era muy fina; costó hallarla. Posiblemente fue hecha con el cuchillo para iruta.



Creo conocerla desde el momento en que tuve la oportunidad de verlos a todos ustedes.



El tono de su voz se hizo ligero, intrascendente.



¿Una súplica? ¿Qué clase de súplica?

El inspector de policía vendrá pronto. A pedido mío va a hacerles a ustedes una súplica. Confío en que nadie se negará.



Gideon Fell, parpadeando, miró hacia la piscina que refulgía a la luz del sol.



Hoy es un día verdaderamente caluroso. El inspector les va a sugerir que todos ustedes vayan a nadar.

Las palabras del doctor Fell desconcertaron a su auditorio. Indudablemente no podía tratarse de una broma.

Mientras tanto, permítanme llamar su atención hacia algo que ha sido dejado de lado. Señor Henderson, ¿qué sabe sobre heridas en el corazón, causadas por una hoja de acero tan delgada como una oblea?



¿Como la herida de Hunt? No sé nada.



Prácticamente no hay hemorragia externa. Pero...



El médico dijo que son heridas difíciles de hallar. La víctima muere casi inmediatamente y los bordes de la herida se juntan.

Entonces, ¿cómo fue que el difunto señor Hunt tenía tanta sangre en el sweater y también los pantalones salpicados?



Nadie respondió a la pregunta del famoso investigador.

Porque Hunt no sangró. Su sangre jamás manchó sus ropas.



Pero... ¡Usted mismo las vio manchadas!

No lo interrumpen. Déjenlo que siga delirando.



Fell continuó sin inmutarse.

Desde luego que éste es sólo un punto de vista. Y contesta la pregunta que todos se han venido haciendo: ¿Por qué el sensitivo señor Hunt se vistió con esas ropas y se puso a jugar al ladrón? La respuesta es corta: él no hizo eso.



Aparentemente las reacciones de los que lo rodeaban lo tenían sin cuidado.

Debo aclarar que Marcus Hunt estaba tendiendo una trampa para el ladrón verdadero. El creía que cierta persona podría tratar de robarle sus pinturas.



Probablemente sabía que dicha persona ya había intentado hacerlo en otras casas de campo, tratando que el robo apareciera como hecho desde el exterior.



El ladrón, un pobre tonto, no vio la celada. Siendo un huésped de la casa, esperó hasta cerca de las tres de la madrugada y se disfrazó de ladrón; luego actuó como si viniera de la calle.



"Más tarde cayó en la trampa. Justamente cuando enrollaba el Rembrandt, lo oyó. Allí estaba Hunt, en pijama y bata, mirándolo."



"Claro que hubo pelea. El ladrón tomó el cuchillo para fruta y se defendió. Durante la lucha se hizo un tajo superficial en el pecho. Finalmente mató a Hunt de una puñalada en el corazón!"



Luego, en la quietud de la casa, a la luz de la linterna, el asesino vio su ropa manchada con la sangre de su propia herida.



¿Cómo se librará de esa ropa? Sabe que no puede destruirla o esconderla, porque la policía examinará todo.

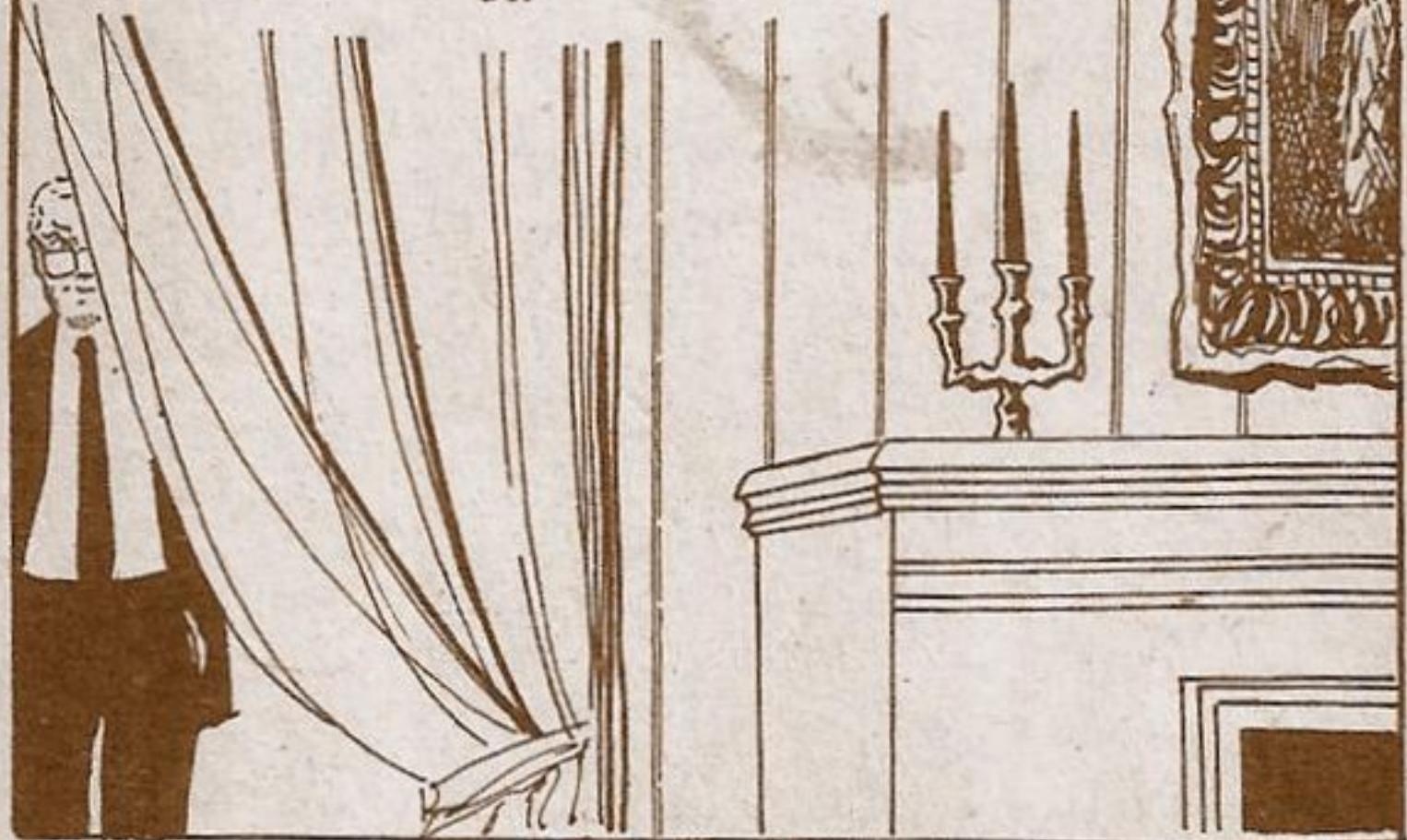


Sólo hay una cosa que puede hacer.

Cambiar su ropa por la de mi tío.



Un pesado silencio descendió sobre todos los presentes. Gideon Fell lanzó una mirada admirativa a Harriet; luego con un gruñido continuó hablando.



-El asesino vistió el cadáver con sus ropas manchadas; previamente hizo una incisión con el cuchillo en el swéter y camisa. Después se puso el pijama y la bata de Hunt.



Pero, una vez que hizo esto, tenía que hacerlos creer que la pelea había sido en ese momento y...



Una vez más Harriet Davis terminó su pensamiento.

Y para conseguirlo causó un gran ruido, poniendo una sobre otra las piezas de plata y empujándolas al suelo. Luego subió rápidamente las escaleras.



Exacto, señorita. El ladrón nunca pudo ser Marcus Hunt. Sus huellas digitales se encontraron por todas partes, y sabemos bien que el ladrón llevaba guantes.

El investigador Fell lanzó un profundo suspiro y comenzó a conversar con el inspector, pero su charla podía ser oída por todos.



Siempre es fácil vendar una herida, pero es muy difícil ocultarla en traje de baño.

Se oyeron ruidos de pasos en el parque cerca de la terraza. Todos quedaron callados, esperando. Finalmente apareció el inspector de policía, despidiendo vapor dentro de su abotonado uniforme, acompañado por dos agentes.

¡Ah! ¡Vienen a ver el "concurso" de natación!



Los dedos de Harriet apretaron el brazo de Lew Cutler en un gesto instintivo.

¡Pero, doctor Fell, no pudo ser alguien alt...!



No pudo ser un individuo alto, ni delgado, como por ejemplo el señor Henderson. Ni tampoco una persona bajita y esbelta como usted.

Sólo hay una persona, que es precisamente de la misma estatura y grosor de Hunt, y que, por lo tanto, pudo ponerle sus propias ropas sin despertar sospechas.



Es la misma persona, que, aunque vendó su herida, instintivamente se lleva la mano al pecho para protegerse.



Arthur Rolfe estaba sentado tranquilamente, con su mano todavía puesta sobre el pecho. Su cara estaba pálida a pesar del fuerte sol, pero sus ojos permanecían inescrutables.



Los policías colocaron las esposas a Rolfe, comerciante de arte, que había asesinado a su amigo Marcus Hunt cuando lo sorprendió, mientras intentaba robarle sus valiosas pinturas.



Antes que los policías lo llevaran, Arthur Rolfe habló como si lo hiciera para sí mismo.



Debí tomar en cuenta la advertencia de Henderson. El me dijo que yo tomaría el riesgo mayor.



FIN

Los prisioneros de Differdange

Por ETHEL NORA MARÁN

DIBUJOS DE D. HAUPT

La acción en la primavera de 1940, en Differdange, ciudad de Luxemburgo, zona neutral pero que fue invadida por los alemanes, después de terminada la guerra en Polonia.

Rayaba el alba de un hermoso día de mayo de 1940. Obreros de la ciudad de Differdange, en Luxemburgo, se dirigían a su trabajo, cuando el estruendo de muchos aviones, les hizo levantar la vista al cielo.



De los aviones descendían puntos negros: ¡paracaidistas!

Son los alemanes. ¡Es imposible!

No puede ser. ¡Luxemburgo es neutral!

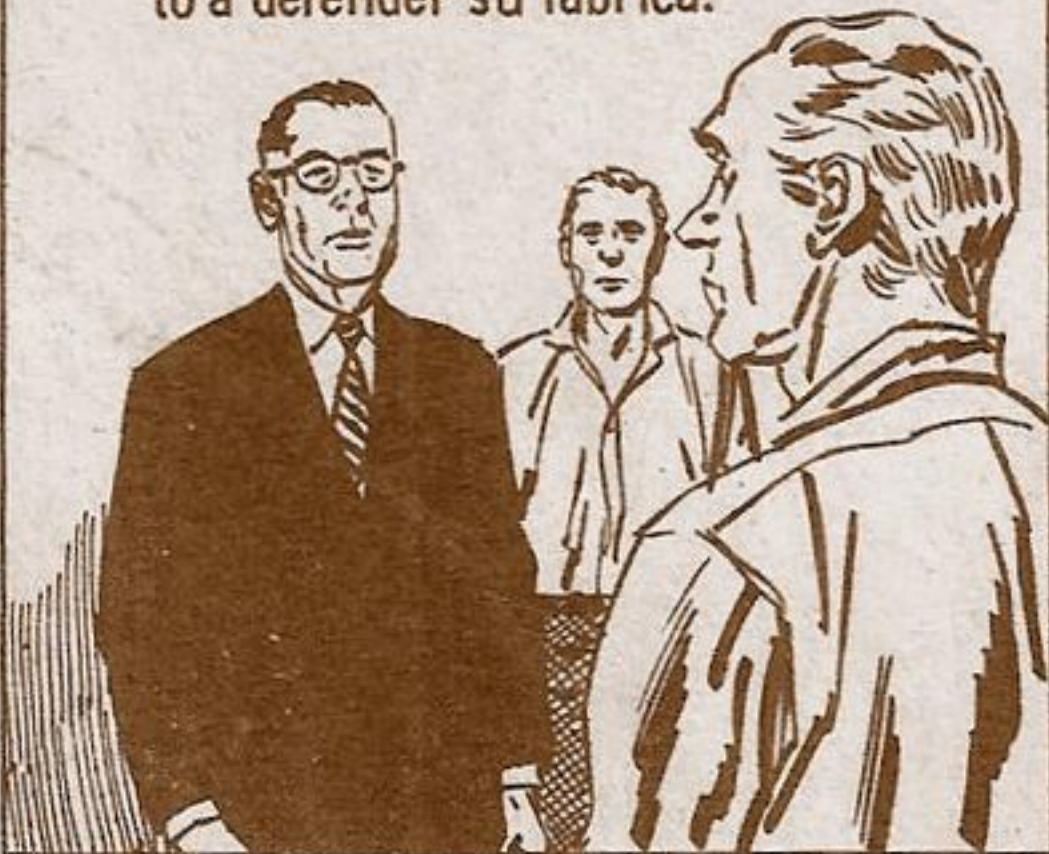


En efecto, los ejércitos alemanes y franceses luchaban a lo largo de la línea Maginot: Differdange se encontraba entre unos y otros, pero como habían permanecido neutrales, nunca creyeron que pudieran invadirlos. Sin embargo, estaban los alemanes.

Pronto llegaron también los franceses. Columnas de caballería salieron de la Línea Maginot y ocuparon Luxemburgo. Cuando se dispararon los primeros tiros, los caminos que salían de Differdange estaban atestados de fugitivos.



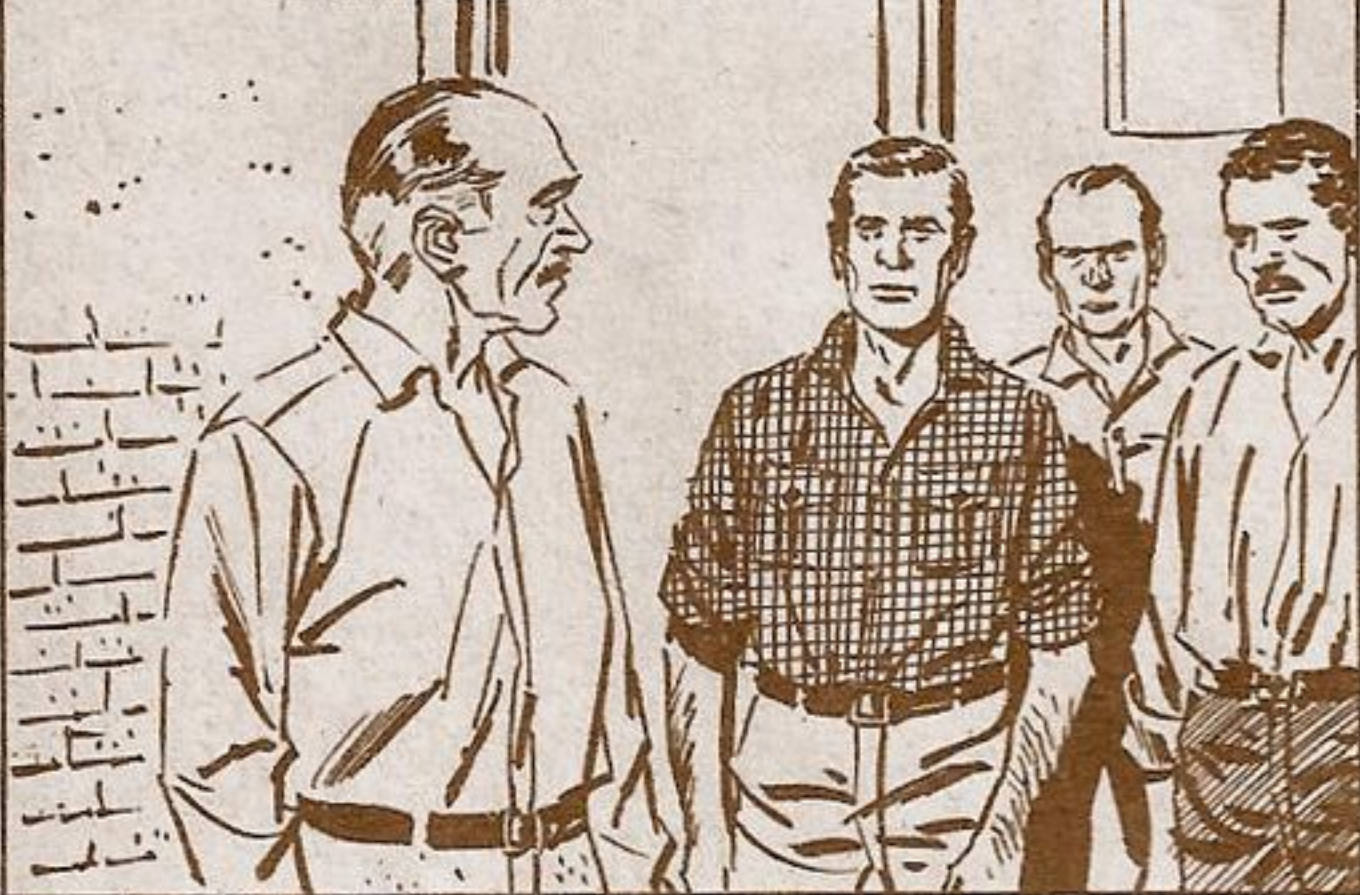
En las funciones de acero ADIR, trabajaban 4.000 de los 15.00 habitantes de la pequeña ciudad. La fábrica cerró, pero uno de los gerentes reunió a cuarenta obreros que eran a la vez de brigada de incendios, y les exhortó a defender su fábrica.



Están en libertad de irse, pero piensen que pueden caer bombas en la fábrica y provocar incendios. ¿No hay ninguno que se anime a quedarse?



El capataz, Weiler, hombre de 50 años, dio un paso al frente: -Me quedaré. Muchachos, se volvió a sus compañeros: Debemos cuidar nuestra industria. -Se ofrecieron catorce voluntarios.



También se ofreció Nicolás, joven camillero de la enfermería, que estaba presente con su esposa.

Pero, Nicolás, tú eres recién casado. ¿Qué dirá tu mujer?

Ana es muy valiente. Quizá quiera quedarse con nosotros.



Se adelantó entonces Kremer, otro joven obrero: -No es posible que una mujer nos dé el ejemplo. ¿Quién más quiere quedarse?



-Lo siento, Nicolás, pero me parece que no es conveniente que se quede tu mujer. Puede ser peligroso, dijo el gerente. Se oyó una tímida voz femenina.



Ana. ¡Yo hablé por ti, pues sabía que eras valiente. Señor gerente, en realidad necesitamos a alguien que nos haga la comida...



Mientras los voluntarios se dispersaban, los esposos sonrieron.



Se refugiaron todos en el sótano antiaéreo, debajo de las oficinas. A través de los espesos muros, se oía el fragor de la batalla. La batalla duró dos días. Luego, los franceses retiraron sus tropas y los paracaidistas alemanes volvieron en un verdadero diluvio.



También hasta la fábrica llegó un destacamento de tanques. Uno oficial alemán interrogó a los obreros:



Bueno, pueden quedarse, siempre que colaboren con nosotros. Pueden limpiar escombros y enterrar a los muertos. Pero nada de ayudar a los franceses.



Los alemanes los trataron con benevolencia. Pero 15 días después un cambio súbito. Los franceses bombardearon terriblemente desde la línea Maginot. Con misteriosa puntería las granadas dieron en los parques alemanes de municiones y en los tanques camuflados.



Un capitán alemán recordó a los bomberos...

Es evidente que hay traidores. Alguien les ha pasado el dato a los franceses. ¿No serán aquellos bomberos de la fábrica?



Esa noche, el refugio fue visitado por una patrulla de policía militar alemana:

¡Arriba todos! ¡Se acabó el sueño!

¿Qué pasa?

Parece que entre ustedes hay un traidor. ¿Quién duerme es esa pieza?

Entre nosotros no hay traidores, Herr. Respondo de esta gente. Allí duerme la señora Walters.

Sin contestar, los soldados entraron en la piecita contigua y obligaron a levantarse a la aterrorizada Ana y a su esposo. Con equipos detectores examinaron la instalación eléctrica del local, en busca de algo que hubiera servido para hacer señales.



-Está bien, no se ha encontrado nada. Dejaré en la fábrica centinelas. Pero tengan mucho cuidado. No se pueden mover sin permiso. La patrulla se alejó en medio de la consternación de los obreros.

¿Por qué habrán sospechado de nosotros? Bueno, se habrán convencido de que no hay nada raro.

Nicolás, tengo miedo de que vuelvan.

Sospechan porque nos hemos quedado en la fábrica. Ahora no nos dejarán tranquilos. Nosotros sabemos que somos inocentes, pero les asombra que los franceses acierten en sus depósitos de armas.

El bombardeo continuó y tres días después reapareció la policía militar. Un teniente ordenó: -Salgan a la calle y formen fila. Luego marchen de a dos en dos hasta donde se lo indique.



Los bomberos caminaron escoltados hasta un lugar donde un pelotón excavaba una fosa grande.

Dios mío. ¡Esta fosa es grande como para contener 18 cuerpos!

Nos llevan como rehenes. Querrán aterrorizarnos para que alguno confiese.



Ana y Nicolás se estrecharon las manos, mientras se les ordenaba hacer alto. Los habló un teniente con una cicatriz de duelista en la frente.

Creemos que uno o más de ustedes han hecho señales al enemigo que le permitieron dirigir el fuego. Si el culpable no confiesa, todos serán fusilados.



Los prisioneros fueron encerrados bajo llave en un garage de tres metros por cuatro. El suelo estaba húmedo y apenas entraba luz por una ventana. Kramer miró los rostros angustiados de sus compañeros y expresó el pensar de todos.



Sabemos que todos somos inocentes. No habrá manera de convencerlos. ¡Si pudiéramos escapar de aquí!

Pobrecita. ¡Yo te he arrastrado a esto!



Weiler preguntó: ¿Tiene alguno algo que decir sobre la acusación que nos hacen?

Nadie respondió, pero se oyeron algunos gemidos histéricos. La voz de Weiler se alzó sobre los gritos:



Tengan serenidad. Solamente podemos salir de esta situación si hacemos causa común y damos la cara como hombres. Ana dejó de llorar:

Sí, nuestra inocencia terminará por imponerse.



Las horas pasaron lentamente. Al fin el teniente abrió la puerta. Están los culpables dispuestos a confesar. Le respondió el silencio. Muy bien. La ejecución se cumplirá dentro de una hora.



El teniente hizo una seña a un cabo joven, de unos treinta años: Cabo Punzel-ordenó-Hágase cargo de estos hombres hasta su ejecución. Sáuelos de dos en dos. Ya tienen cavada la fosa.

Bien, mi teniente.



La puerta se cerró y un sin fin de ideas encontradas agitaron al cabo:

(Estos pobres hombres... parecen inocentes... Y en último caso, han defendido lo suyo. Eran neutrales...)



la preocupación del cabo aumentaba.

(Pero una orden hay que cumplirla. Sin embargo, esa gente, y esa mujer que lloraba. La llaman Ana, como mi pobre Anny. ¿Qué hará ahora?)



Recordó el suave rostro de su mujer, que estaría lejos, en Baviera. ¿Por qué estaba él tan lejos, interviniendo en esa guerra sangrienta, en esa lucha que cada vez entendía menos? Tal vez todo había comenzado hacía tiempo, en la década del 20 al 30.



En aquellos años, la inflación casi había destruido a la clase media alemana y la familia Punzel marchaba cuesta abajo. Los jóvenes vivían en plena frustración y desesperanza. El jovencito Johann Punzel vio y oyó a Hitler y se sintió arrastrado.



Entró en el Partido Nazi sin entender muy bien el fin de aquello. Consiguió un empleo burocrático en las oficinas del partido y cuando estalló la guerra, ya estaba casado con una hermosa joven, Anny, con la que tenía dos hijitos.



Punzel recordó:

(Sí, después vino la guerra. Llegué a cabo... y ahora tengo que acabar con esa gente...)



El llanto de la mujer llegó otra vez a sus oídos.

("Esa" Ana sigue llorando, y la mía quizá también llora ahora. Por qué esta guerra, Dios mío?)



Trató de ubicarse a sí mismo, con desesperación. Pero el llanto que se filtraba a través de las paredes le impedía pensar con claridad.

(¡Oh, no puedo soportarlo! Haré algo. Trataré de hablar con el teniente Keleh.)

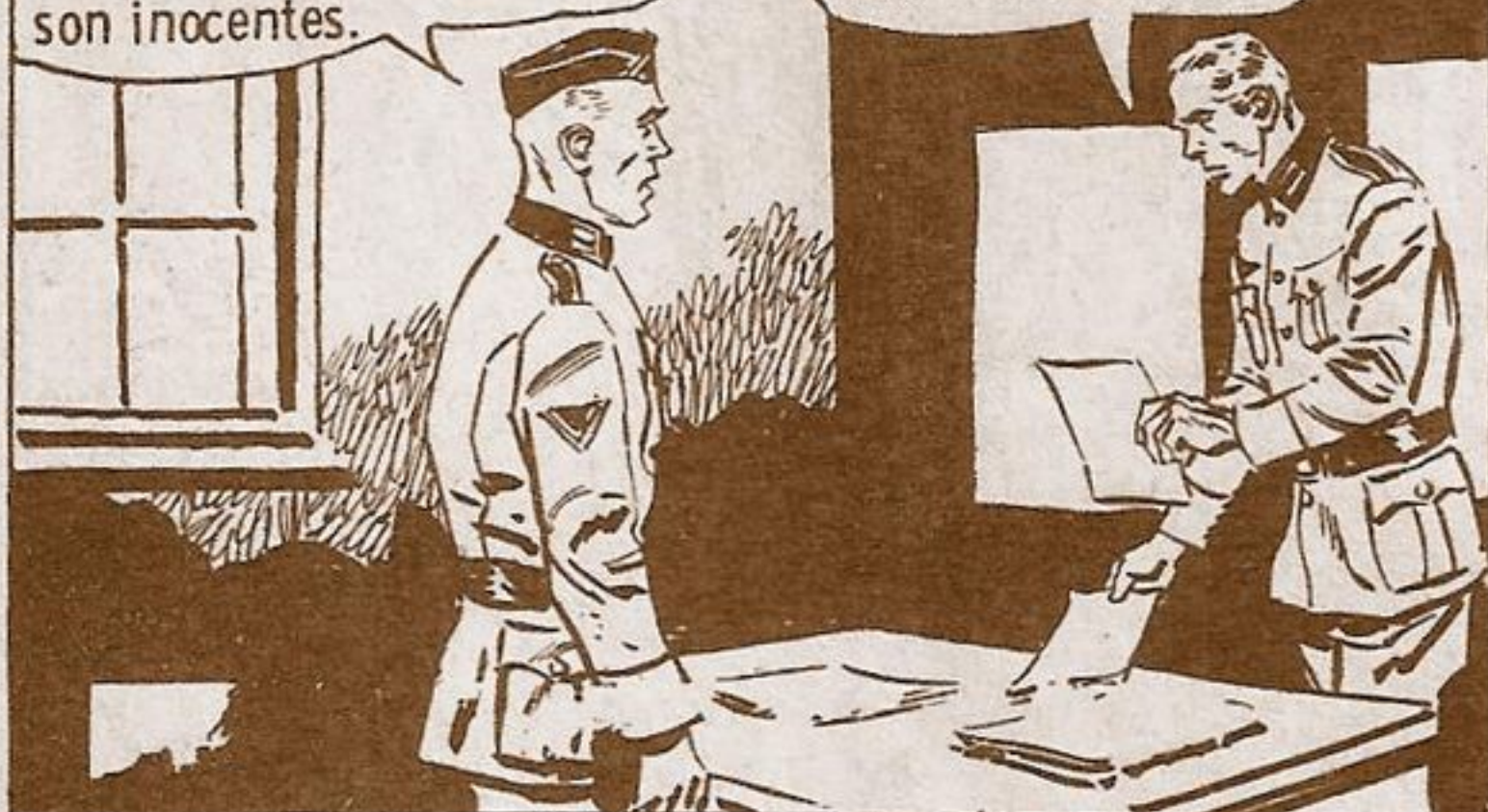


Una idea había brotado en su desesperación: no dejaría morir a aquella gente. Habló con el ayudante del regimiento.

En el cuartel...

Teniente, quería pedirle por los bomberos condenados. Tengo la certidumbre de que son inocentes.

Este asunto corresponde al juzgado militar. Pase por allí y vea lo que hay por sobre la sentencia.



Punzel siguió sus tentativas en el juzgado militar: -Capitán, quería hablarle de los condenados. ¿No se podría suspender la sentencia?

No hay pruebas contra ellos. El capitán bostezó. Ante la sorpresa de Punzel dijo: -Vuelva dentro de una hora; estudiaré el caso.



Punzel volvió a ver a los prisioneros con una esperanza. -Van a reconsiderar el caso, quizá...

Somos inocentes, cabo. ¿No pueden volver a registrar nuestro refugio? ¡Nuestras vidas dependen de eso!



Punzel tuvo una idea:

El capitán habló de la sentencia contra aquellos hombres. No nombró a la mujer. Señora, puede usted irse.

No, jamás dejaré a Nicolás. ¡Quiero correr su suerte!



Nicolás la habló con firmeza:

Ana, hasta ahora has compartido todo, pero desde este momento no podrá ser. Te pido que te marches. Nosotros nos salvaremos de alguna manera.

Me voy porque tú me lo pides. ¡Pero te esperaré siempre, Nicolás!



El cabo llevó a la joven de un brazo hasta un camión del ejército que iba a Luxemburgo. Nadie preguntó por ella.

(Me parece que estuviera salvando a mi Ana. Quizá alguien la ayude como yo a esta muchacha.)



Después volvió al juzgado militar:

¡Ah, cabo Punzel! Se ha aplazado la ejecución 24 horas. Pero si se reanuda el bombardeo francés, habrá que fusilarlos.



El cabo saludó y salió cada vez más desesperado.

(Por lo menos haré algo por ellos.)
Que trasladen a los condenados al almacén grande y que les lleven café y alimentos de la cantina.



Punzel durmió mal aquella noche, pendiente de que se reanudase el bombardeo francés... que supondría la muerte inmediata de los presos. De todos modos, si esto no sucedía, iban a morir al día siguiente, a menos que él tomase alguna determinación...



Terrible fue la noche para los presos. Pensaban en sus seres queridos: Nicolás miraba un pequeño retrato de Ana. Una incierta esperanza lo alentaba; aquel cabo se había compadecido de su mujer y creía en la inocencia de todos. ¿No podría hacer algo?



A la mañana siguiente...

¿Tienen algo que decir?

Una vez más, pedir misericordia. ¡Somos inocentes!



Punzel salió con paso rápido. "Veré en el juzgado militar si está el teniente," se dijo. Un soldado lo recibió:



El teniente y el capitán han ido a desayunar.

Con aire sombrío pero decidido, regresó al lugar que servía de prisión:

(Me jugaré el todo por el todo. Quizá esto signifique mi muerte, pero no puedo cargar con estas vidas inocentes en mi conciencia.)



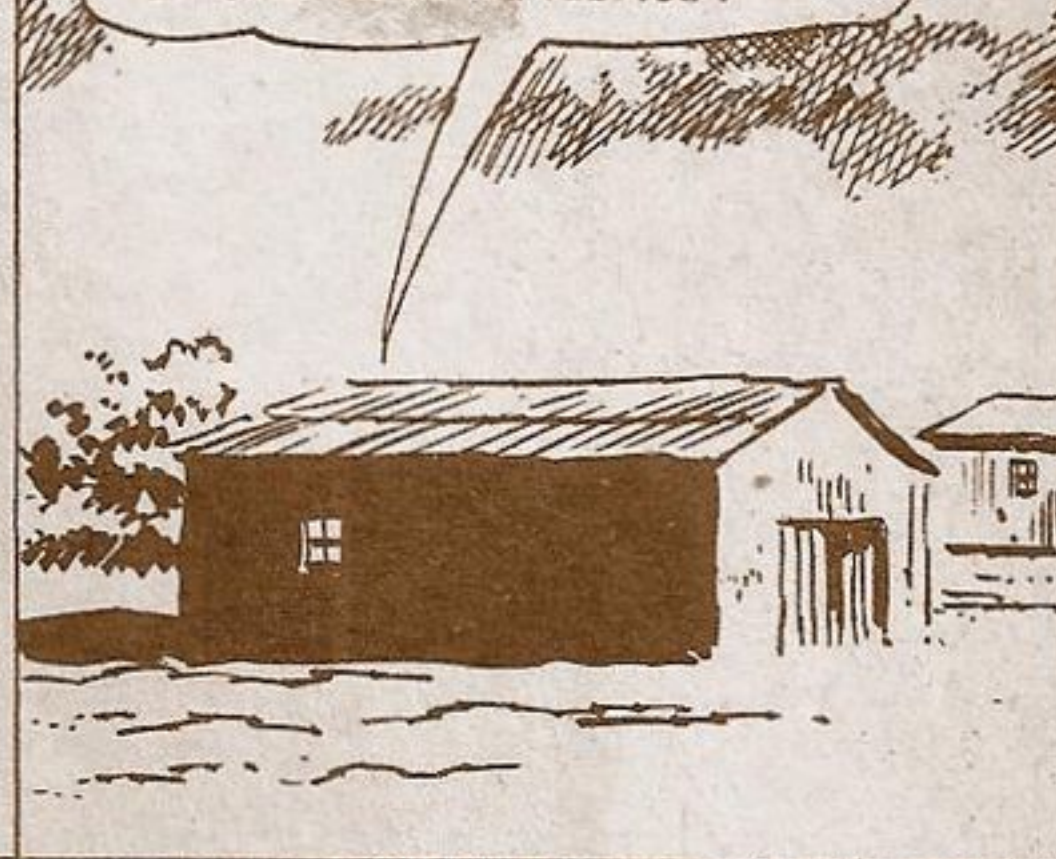
Miró a todos lados:

(No hay soldados cerca. Entraré...)



Se dirigió a los desesperados obreros:

¿Alguno de ustedes puede sacar un camión de su fábrica?



Todos los miraron pasmados, pero Kramer reaccionó:

Yo puedo hacerlo.



Bueno, venga conmigo y traigámoslo rápido.

Los presos quedaron asombrados.

¿Será que querrá ayudarnos a escapar?

No nos ilusionemos. A lo mejor, lo requieren.



Minutos después estaban de regreso. Punzel entró de nuevo en la improvisada cárcel:

Están ustedes en libertad. Todos ustedes. ¡Huyan a prisa en este camión y que Dios los proteja!



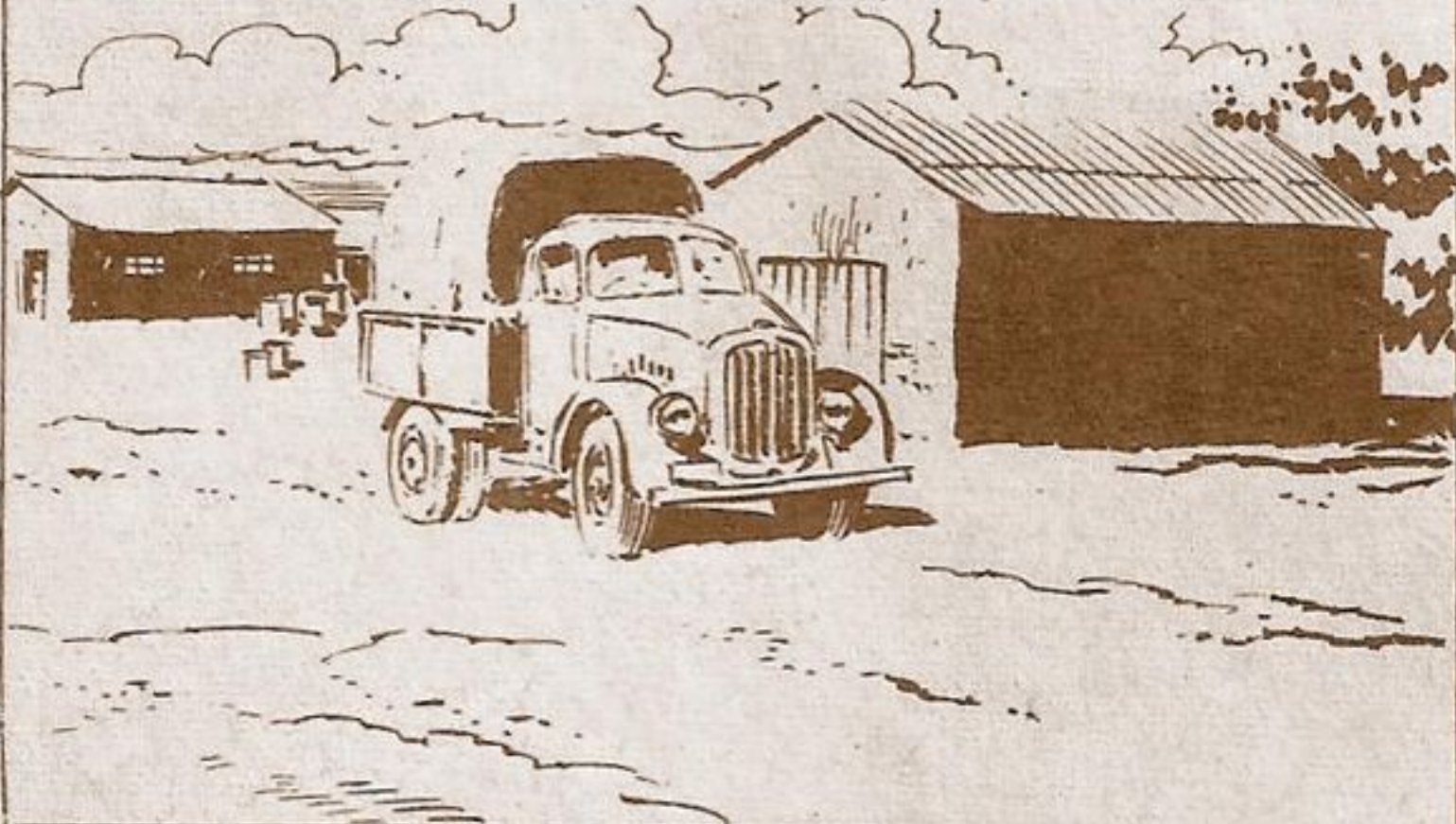
Al principio hubo un silencio de aturrido asombro. Luego estalló una algarabía de risas y sollozos.

¡Que Dios los bendiga, cabo! ¡Jamás podremos olvidarlo!



Todos los presos quisieron estrechar la mano de Punzel y darle sus relojes y el dinero que tenían. El suboficial rechazó todo y les urgió que se marcharan.

No armen ruido-dijo-suban al camión y alejense cuanto antes.



El que hablaba se interrumpió ahogado por la emoción. Nicolás intervino: -Le agradezco en nombre mío y de Ana. Guarde mi reloj como recuerdo. Otro sacó su billetera:

Tome todo el dinero que tengo. Y será poco para pagarle.



Déjeme estrechar su mano. Lo que ha hecho honra a su país y a todos los hombres.

Salieron sigilosamente. No había soldados en los contornos. Kramer, que iba a manejar el camión, le preguntó: -Díganos por lo menos su nombre.

Soy el cabo Punzel, y mi número del ejército es 105275. Adiós y buena suerte.



El camión partió hacia la ciudad de Luxemburgo. De vuelta en su puesto, Punzel se echó a temblar como acometido de fiebre. Lo había hecho le parecía increíble. Estaba seguro de ser descubierto, y eso significaba su muerte. No había escapatoria.



Se detuvo de golpe. Uno de sus soldados lo miraba con ironía: -Cabo, le comunico que los presos han huído.

¿Co... cómo puede haber sido?



-Nadie ha visto nada. Es decir... bueno, mi cabo, yo creo que ha sido justo y lo felicito. Eran inocentes. Punzel respiró aliviado.



¿Alguien más lo sabe?

lo saben varios. Pero no tema, diremos que no hemos visto ni oído nada.



Punzel se alejó. Ahora lo felicitaban pero cuando llegara el piquete para la ejecución, alguno lo denunciaría para eludir responsabilidades.

En ese momento arribó un jeep con varios oficiales. Bajó un teniente:

Prepárese, cabo. Orden del Comando General. El regimiento 330 tiene que avanzar sin demora hacia la Maginot. Parta con su gente.



Una enorme conmoción se produjo en el campamento. Todos, oficiales, soldados, corrían cumpliendo órdenes. En la confusión que la marcha produjo, nadie se acordó de preguntar a Punzel por los condenados. Milagrosamente el cabo se había salvado.



En tanto, el camión con que corría su carrera con la muerte, los bomberos de Differdange, se deslizaba ahora por un camino de tierra, por medio del cual contaban evitar las principales carreteras que conducían a Luxemburgo, seguramente vigiladas...



...por patrullas alemanas. A media tarde, se desencadenó una lluvia torrencial e inesperada.

Estos caminos de tierra se ponen intransitables por el fango que se forma.

Tal vez sea mejor así. La lluvia hará disminuir las patrullas.



La lluvia siguió cayendo con violencia. El camión se detuvo... -Se ha encajado en un bache lleno de barro. ¿Qué haremos? -Creo que lo mejor será ocultarse en aquel monte hasta que llegue la noche.



El grupo se refugió en un bosquecillo. -Mas tarde podremos intentar llegar a Luxemburgo. Allí todos tenemos parientes o amigos que nos darán refugio.

(Ana querida, volveré a verte.)



La noche cerró y la cortina de lluvia siguió cayendo. -Creo que podemos ir saliendo. La lluvia va a ser nuestra aliada-dijo Walter. Empapados y temblando de frío, empezaron sin embargo a sonreír.

Bueno, creo que nos hemos salvado.



En efecto, la lluvia y la oscuridad parecían guardarles la retirada. Ya estaban lejos de Differdange y no había rastros de patrullas. Mientras caminaban bajo la lluvia, un mismo pensamiento les rondaba. Weiler lo formuló en alta voz.



-Me estaba acordando del alemancito. No sé cómo podrá arreglárselas para no ir frente a un piquete de fusilamiento, Kramer. -En eso mismo estaba yo pensando. ¡Qué valiente resultó el rubiecito! Le debemos la vida...



No terminó la frase, pero quería decir: "Y quizá haya pagado con la suya..." Ya no habrían de dejar de pensar en el valiente y generoso oficial y lamentar la suerte que seguramente correría. Se asombraban de no encontrar ninguna patrulla. Así llegaron...



...a las cercanías de Luxemburgo.

Entraremos por separado. Así despertaremos menos sospechas.



¡Habían llegado! Pero, en lugar de experimentar la alegría de la salvación, sólo tenían pena al pensar en la suerte que habría corrido su salvador.

Nada sabrían de él por mucho tiempo. En Luxemburgo se enteraron de que habían sido perseguidos por la repentina marcha de las tropas a la línea Maginot. Fue pasando el tiempo, y el fantasma de la guerra quedó atrás, con su cortejo de miserias y hambre.



Punzel se había salvado milagrosamente, pues en medio del combate nadie preguntó por los bomberos de Differdange. La contienda terminó sin otra desobediencia de parte del cabo, y éste ascendió a subteniente.

La vida era muy dura después de la guerra y no conseguía un puesto durable. Sentado en la plaza de Pressig, su pueblo natal, pensaba en su mala suerte: "Me han despedido también de la tienda. No hay trabajo. Cómo se lo diré a Anny?"



Al fin, se levantó sin ganas. Demoró en llegar a su hogar, para no dar a su mujer la mala noticia. Encontró a Anny pálida y desencajada.

¿Qué pasa, Anny? ¿Ocurre algo?



Querido, acaba de llegar una notificación. Serás sometido a un tribunal militar, por tu afiliación al partido nazi.

Punzel se desplomó en una silla. Su despido se convirtió en un suceso sin importancia. Bien sabía que el hecho de haber militado desde muy joven en el nazismo y su título de suboficial, eran motivos suficientes para ser juzgado como criminal de guerra.



-No preguntarán si me limité a cumplir órdenes o si obré por mi voluntad. Igual será para mí la pena de muerte. Anny se arrojó en sus brazos, llorando.

¡Querido mío, es injusto. ¡No puede ser!



Durante toda la noche se abismaron en angustiosos pensamientos. De pronto, Anny recordó algo:



Oye: si un militar, de cualquier grado ha llevado a cabo durante el conflicto un acto humanitario, tendría un atenuante durante el proceso, ¿verdad?

Un acto humanitario que salvara vidas... Sí, se le tendría en cuenta...



El episodio olvidado afloró en su mente. Anny insistió: -Una vez me contaste algo de los bomberos de Differdange, a los que salvaste de una ejecución segura...

Punzel se levantó con el rostro transfigurado por la esperanza. Poco después, escribía una carta a la Dirección de Minas de Differdange, diciendo cual era su actual situación y lo que había hecho en el asunto de los obreros condenados.



La enviaré mañana a primera hora. Si hay alguien allí que pueda prestar testimonio de lo que afirmo, todo esto pasará de un disgusto sin consecuencias.



En tanto, los obreros fugitivos había vuelto a sus empleos en la fundición de acero. Kremer había ascendido a secretario del departamento de correspondencia. Un día se acercó a Nicolás con una carta en las manos.



-¡Cómo olvidarlo! Mi mujer lo recuerda todos los días en sus oraciones y también mis pequeños, contestó. Nicolás ya tenía tres hermosos hijos.



Tendremos que hacer algo en seguida. Avisa a los demás. ¡Qué alegría va a tener el viejo Weiler!



La nota, concebida con los términos más conceptuosos para Punzel, significó su absolución. También recibió una carta, que leyó a su esposa. -Me escriben los bomberos de Differdange, Ana. Nos invitan a reunirnos con ellos. Han preparado un homenaje.



En efecto, los ex condenados a muerte habían construido un fondo para agasajos, haciendo lo mismo la dirección de la fundición. Los Punzel llegaron a Differdange y vivieron tres semanas de feliz deslumbramiento, en medio de una fiesta interminable.



Todos estaban emocionados. Kramer alargó a Punzel un reloj de oro con la inscripción: "En agradecimiento por la ayuda." Punzel la leyó con los ojos velados por las lágrimas y recordó los momentos que precedieron a libertar a los prisioneros; los sentimientos encontrados que había experimentado y cómo el valor y la solidaridad...



En un momento de la fiesta, Kramer avanzó hacia Punzel y habló: -En nombre de los que fueron tus prisioneros, y de los cuales pudiendo ser verdugo, preferiste ser salvador, te obsequio este recuerdo, Johan Punzel.



En la fiesta de recepción, las dos Anas fueron presentadas: -Esta señora me recordó a ti por su nombre, y entonces supe que no podría ser que se cumpliera la sentencia.



Las dos mujeres se miraron con simpatía y se dedicaron a hablar de sus hijos.



...habían triunfado y permitido que de su acción resultara la salvación de aquellas vidas. La gratitud de los prisioneros de Differdange le hizo experimentar la emoción más grande de su existencia y la felicidad más plena que puede alcanzar un hombre.

FIN

EL CANCER

Recientemente, un Comité del Real Colegio de Médicos de Inglaterra informó que "Es el fumador de cigarrillos quien enferma de cáncer al pulmón. En realidad, aquellos que fuman de veinticinco a treinta cigarrillos por día tienen treinta veces más probabilidades de morir de esta enfermedad que quien no fuma".

El retorno de este tema a un puesto de pública prominencia hace necesario revisar las evidencias científicas sobre la relación entre el fumar cigarrillos y el cáncer al pulmón.

Probablemente uno de los más llamativos fenómenos sanitarios de los últimos veinte años ha sido el marcado incremento en la mortalidad por cáncer al pulmón. En 1930, el promedio de muertos por la citada dolencia fue de 3,8 por 100.000 en los Estados Unidos; en 1956, se elevó a 31 por 100.000 y más de veintinueve mil norteamericanos murieron de cáncer al pulmón durante ese año.

no hay tratamiento efectivo

La situación es aún más grave cuando nos damos cuenta que el tratamiento médico actualmente a nuestro alcance no es muy efectivo: sólo de un cinco a un diez por ciento de las personas que tienen cáncer al pulmón sobreviven cinco años al diagnóstico.

Un incremento tan marcado en un período tan corto es muy probablemente el resultado de la introducción de uno o más agentes productores de la dolencia en el medio ambiente del hombre. Al intentar descubrir los posibles agentes ignotos, fue natural estudiar los inhalantes tales como el humo de tabaco.

En 1939, se informó acerca de los resultados de la primera de una serie de estudios retrospectivos. En este estudio, los hábitos de fumadores enfermos de cáncer al pulmón fueron comparados con los de aquellos individuos sanos que fueron seleccionados como control. Se encontró que entre los enfermos había una mayor proporción de fumadores de cigarrillos. Desde entonces, se ha informado respecto a unos treinta estudios similares con resultados esenciales iguales.

Una reciente investigación demostró que un noventa y dos por ciento de los enfermos de cáncer al pulmón eran fumadores de cigarrillos, com-

parado con un setenta y tres por ciento de los controles; un cincuenta y tres por ciento fumaba excesivamente, mientras que en los controles había un veintitrés por ciento. Varios de estos estudios se refirieron a mujeres enfermas, con resultados similares a los establecidos entre los hombres.

En los Estados Unidos y en Gran Bretaña, tres unidades independientes de investigación interrogaron a grupos de personas con respecto a sus hábitos como fumadores y luego siguieron a los grupos durante varios años para determinar las proporciones de mortalidad y las causas de los decesos.

el fumar y la proporción de muertes

En uno de tales estudios, realizado por la Sociedad Norteamericana contra el Cáncer, se controló durante cuarenta y cuatro meses a ciento ochenta y siete mil setecientos ochenta y tres hombres blancos cuya edad oscilaba entre los cincuenta y los sesenta y nueve años. Entre aquellos que nunca fumaron cigarrillos el promedio de mortalidad por cáncer al pulmón fue de 12,8 por 100.000 años-hombre, comparado con un promedio de 127,2 entre aquellos que sí habían fumado.

Así mismo el promedio de mortalidad aumentaba al aumentar el número de cigarrillos fumados, mientras que los ex fumadores tenían un promedio muy inferior. En general, estos estudios han sido consistentes al indicar que los fumadores de cigarrillos sufrieron diez veces más cantidad de muertes por cáncer al pulmón que los no fumadores.



lo que se sabe acerca de Y LOS CIGARRILLOS

por ABRAHAM L. LILIENFELD

Las dos explicaciones principales que deben ser consideradas son: (1) El fumar cigarrillos "causa" el cáncer al pulmón (el término "causa" es usado aquí en un sentido pragmático. Debemos decir que una "causa" es un determinado factor que, si es eliminado, tendría como consecuencia una disminución en la frecuencia de una dolencia particular); (2) La asociación es indirecta y es resultado de la existencia de un factor desconocido común que hace que la gente fume y enferme de cáncer pulmonar. A esta explicación se suele referir algunas veces como a la "auto-selección" o la hipótesis "constitucional"

¿cuál hipótesis?

El debate sobre la relación entre el fumar cigarrillos y el cáncer al pulmón consiste esencialmente en intentos de discriminar entre estas dos hipótesis. ¿Cuáles son los datos a nuestra disposición en apoyo de cada una?

El primer acceso al problema —y el ideal ya que los resultados serían definitivos— sería llevar a cabo experimentos con grupos de población. Teóricamente, esto podría realizarse en dos formas:

Establecer un grupo experimental de fumadores y un grupo de control que no fumaría, asignándose los participantes al azar a cada grupo. Tal experimento debería iniciarse con grupos de niños en edad escolar y dichos grupos seguidos durante un número de años para determinar la mortalidad por cáncer al pulmón.

Una prueba de este tipo es casi irrealizable, aunque es la única que podría convencer a algunos investigadores de una interpretación causal.

otras formas de encarar el problema

Se podría también preparar un experimento bien controlado para verificar si el dejar de fumar tiene como consecuencia una disminución en la proporción de fallecimientos por cáncer pulmonar. En este caso se comenzaría con un grupo de fumadores de cigarrillos, refiriéndolo a otro grupo experimental que dejaría de fumar

y a un grupo de control.

Se seguiría a estos grupos durante un número de años para determinar la proporción de muertos. Aquí también la posibilidad de realizar satisfactoriamente el experimento es muy pequeña.

El segundo método general es tratar de producir cáncer al pulmón en animales con humo de cigarrillo y determinar los mecanismos biofísicos a través de los cuales el humo produce el cáncer. Hasta el día de la fecha los intentos de este tipo no han dado resultados.

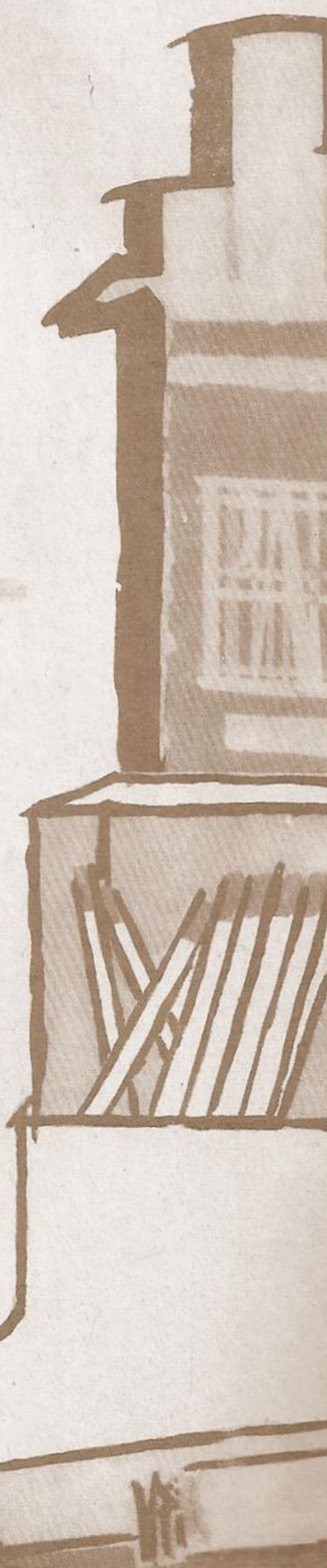
Sin embargo ha sido posible producir cáncer pulmonar en un perro mediante la aplicación local de alquitrán de tabaco en la membrana mucosa de los bronquios. También varios investigadores han producido cáncer de la piel en ratones, después de repetidas aplicaciones de la misma sustancia. Mientras que se podría poner en duda la validez de las generalizaciones basadas en los resultados obtenidos en la piel de los ratones, que es muy diferente del pulmón humano, los resultados son significativos, ya que indican la presencia de un agente productor del cáncer (carcinogénico) en el alquitrán de tabaco.

Relacionados con esta forma experimental de encarar el problema hay estudios que demostraron la existencia de un notable incremento en los cambios celulares, del tipo que se considera generalmente como revelador de una etapa primaria en el desarrollo de un cáncer, en el árbol traqueobronquial de los fumadores de cigarrillos, comparados con los de quienes no fuman. El resultado de estos estudios fortifica claramente la hipótesis causal.

El tercer enfoque del problema es epidemiológico. Ciertos tipos de estudios epidemiológicos pueden brindar datos en apoyo de dos teorías del cáncer. Podemos considerar tres tipos de estudios.

hábitos o susceptibilidad

En el primer tipo, se determina inicialmente la distribución del cáncer pulmonar entre la población, de acuerdo a características tales como edad, sexo y raza. Luego se determina la distribución de la frecuencia del hábito de fumar usando las mismas características de la población.



los hechos reales tras los confusos y a menudo contradictorios relatos referentes a la relación entre el fumar y el cáncer

Finalmente, las dos distribuciones son comparadas.

Esencialmente, este enfoque intenta determinar si las variaciones en la distribución del cáncer pulmonar en la población pueden ser explicadas sobre la base de las variaciones en la distribución del hábito de fumar.

el perfil del fumador

En tales estudios, debe tenerse en cuenta que cualesquiera diferencias halladas entre los fumadores de cigarrillos y los no fumadores deben ser por lo menos tan grandes como el grado de asociación entre el hábito de fumar y el cáncer al pulmón.

Por otra parte, cuanto mayores similitudes haya entre fumadores y no fumadores, habrá menos posibilidades de que la asociación sea meramente indirecta.

Varios estudios han señalado diferencias entre los fumadores y los no fumadores. Los fumadores de cigarrillos consumen más alcohol, más café negro, cambian de trabajo con mayor frecuencia, realizan más actividades atléticas, y responden en forma muy diferente a un cuestionario emocional.

Sin embargo, ninguna de estas relaciones marca un grado de diferencia entre fumadores y no fumadores suficientemente grande como para tener razonable importancia en la asociación entre la costumbre de fumar y el cáncer pulmonar. Hasta el presente los resultados de estos estudios disminuyen la plausibilidad de la teoría de la asociación indirecta.

El tratar de descubrir otros agentes del medio ambiente es un tercer tipo de enfoque. Aún si se acepta la asociación casual, ello no significa que el fumar es el único agente; los no fumadores enferman también de cáncer al pulmón.

Algunos estudios incriminan definitivamente a ciertos tipos de exposiciones laborales, tales como las de la industria del cromado. Hay una incidencia en aumento de cáncer pulmonar en relación a la disminución del status socioeconómico. Varios estudios abonan la certeza de esta relación.

objeciones estadísticas

Reuniendo todas las evidencias, parece ser que la hipótesis causal tiene muchas probabilidades de ser verídica. A pesar de las evidencias, sin embargo, han surgido las objeciones.

Si la costumbre de fumar cigarrillos produce cáncer pulmonar como resultado de una sustancia carcinogénica presente en el tabaco, sería

dable de esperar que el riesgo de enfermar fuese mayor entre quienes inhalan el humo que entre los que no lo hacen. En un estudio retrospectivo efectuado por Doll y Hill no se observaron diferencias.

Mas en tres estudios más recientes se ha informado sobre un mayor peligro para los inhaladores, y no resulta claro el por qué los resultados de Doll y Hill difieren de los otros. El peso de las presentes evidencias parecería indicar un mayor peligro para los inhaladores.

Otra objeción levantada contra la hipótesis causal es la de que no todos los fumadores de cigarrillos desarrollan cáncer al pulmón. En realidad el peligro de morir de esta enfermedad es de uno a diez, aproximadamente, en quienes fuman excesivamente.

diferencias sexuales

Pero no todos aquellos que ingieren agua o alimentos contaminados desarrollan enfermedades. En las industrias donde existe exposición a diversos agentes tóxicos, no todos los expuestos sufren enfermedades causadas por dichos agentes. Hay factores que influyen en la susceptibilidad de un individuo a los mismos.

Sólo en unas pocas dolencias tenemos información suficiente como para definir, medir o determinar el grado de susceptibilidad. El control de una enfermedad no necesita esperar evidencias de esta clase.

Las diferencias sexuales tienen una posible importancia en el problema de la susceptibilidad al cáncer pulmonar: los hombres corren un riesgo mucho mayor que las mujeres. Las opiniones varían entre si la diferencia puede ser explicada por las variaciones en los hábitos de fumar—incluyendo la inhalación—o si hay características constitucionales en las mujeres que disminuyen su susceptibilidad.

Una de las objeciones más frecuentes a la hipótesis causal es que la relación estadística entre el fumar y el cáncer pulmonar no es específica. Esto está basado en la observación de que el fumar cigarrillos está relacionado no sólo con el cáncer al pulmón, sino también con la bronquitis crónica, el cáncer al esófago, las úlceras pépticas y las dolencias que atacan al corazón y la coronaria.

relación significativa

Sin embargo, la relación entre la costumbre de fumar cigarrillos y el cáncer al pulmón es grande. Los fumadores tienen diez veces más probabilidades de morir de cáncer pulmonar que los no fumadores, 3,3 veces más probabilidades de adquirir

bronquitis crónica, 2,8 veces más de sufrir de úlceras pépticas y 1,6 veces más de adolecer de enfermedades crónicas al corazón.

Debemos también considerar que el tabaco, una sustancia compleja, puede muy bien contener agentes de importancia en muchas enfermedades. No hay una necesidad biológica de que un agente cause solamente una enfermedad.

Hay quienes creen que una explicación causativa no es aceptable por cuanto en estos momentos no conocemos las "causas" del cáncer. Parece ser que por "causas" se entienden todos los detallados mecanismos, en términos de bioquímica o biofísica, que aún no se conocen suficientemente como para comprender cómo una célula normal se transforma en una célula cancerosa.

Sin embargo, nadie duda que la exposición a diversas anilinas es una causa del cáncer a la vejiga y que los trabajadores de la industria del cromado corren más riesgo de desarrollar cáncer pulmonar. La falta de un conocimiento completo de los mecanismos celulares no ha impedido la aplicación de medidas preventivas para disminuir el riesgo del cáncer en esas situaciones.

La decisión referente a la cantidad y tipo de evidencias necesarias para probar una interpretación causal depende del punto de vista de la persona que debe tomarla.

certidumbre y salud pública

Un científico de laboratorio sin responsabilidad directa por la salud del pueblo puede desear tantas evidencias como para poder decir que su interpretación causal es correcta en un noventa y nueve por ciento; quiere estar absolutamente seguro.

Por otra parte, las autoridades quizás no necesiten pruebas absolutas antes de adoptar medidas preventivas. En este caso, una certeza del cincuenta y cinco por ciento puede brindar base suficiente para la acción de prevención.

Las autoridades ya han revisado las evidencias y creen que es razonable interpretarlas como indicativas de que el hábito de fumar cigarrillos es un factor mayor en el incremento del cáncer pulmonar.

Los mejores medios de control de esta enfermedad dependen probablemente de los resultados de investigaciones más profundas para aislar, remover o contrarrestar los componentes dañinos del tabaco.

Reina Cristina

Por S. VIERTEL y M. LEVINNO

DIBUJOS DE VOGT



Una de las máximas interpretaciones de GRETA GARBO para la M-G-M. La acompañan en este film, John Gilbert y Lewis Stone.

Suecia, el país del Norte de Europa que ocupa la parte oriental de la península escandinava, volvía a hallarse en guerra.

(¡La ambición los empuja al desastre!)



Buner de Oxenstier prefería a su rígido y helado país en la calma de esos tiempos de quietud y arte que ya quedaban muy atrás.

(El tío Gustavo Adolfo tiene sed de victorias. ¡Pobre Suecia!)



Volvían a agitarse los dramáticos problemas bélicos. Corría el otoño del 1632 cuando el rey de Suecia lanzó a sus hombres a la guerra.



Buner de Oxenstier, convaleciente de una grave afección pulmonar, decidió prestar ayuda a su patria, rezando por su buena suerte.

Entrégale este recado al arzobispo.



El brioso aunque ya no joven arzobispo Torrence se acercó al lecho del enfermo.

Siento una enorme felicidad al veros.



Agitado el pecho del príncipe, no cesó de hablar sobre la situación de su patria.

Se dirigen hacia Lutzen... a morir, a traer más duelo...



El arzobispo logró calmar al impetuoso como enfermo Buner de Oxenstier.

Pensad que Suecia os necesita, príncipe. También la pequeña Cristina.



Movió la cabeza con pesadumbre el príncipe Oxenstier.

¡Si su padre... llegara a morir!



De morir Gustavo Adolfo I, sería Cristina la reina de Suecia.

¡Una reina de seis años de edad!



Ajena a las enormes responsabilidades que tenía, Cristina jugaba a solas con el ama Ebba.

¿Por qué lloras? ¡Anda, reanudaremos el juego!



Buenas noticias llegaban de Lutzen. Pero el llanto del ama tenía un grave motivo.

(¿Quién se lo dirá a Cristina?)



Gustavo Adolfo I, llamado El Grande, vencía en su batalla...



... cuando fue herido de suma gravedad. No creo que pase de esta noche. ¡Sería terrible para la moral de las tropas!



Alguien había partido hacia el castillo de Orebro con la triste noticia.

(¡Y esa pobrecita niña que tanto quería a su padre!)



El coronel Aage, alto y fuerte como un roble, era uno de los hombres de confianza de la casa real. La pequeña Cristina simpatizaba mucho con él.

Imitad esas voces del bosque, coronel Aage.



"Si el rey muere, nuestra pobrecilla verá concluida su infancia", se decía el recio militar sueco, mientras el caballo volaba en demanda del castillo de los reyes.

(¡Todos tendremos que apretar filas junto a ella!)



Hacía, mentalmente, un balance de los amigos de Cristina,

(El príncipe Oxenstier, el general Wilfredo y el señor arzobispo.)



Pero lo asustaba un poco saber que el príncipe Carlos podría estar entre los enemigos de Cristina.

(¡Ése adolescente desdenoso y de mala entraña!)



Carlos estaba recibiendo educación militar, lo que lo hacía peligroso para los ideales de paz y progreso sostenidos por los amigos del príncipe Oxenstier. El coronel Aage veía acercarse un tiempo muy duro para Suecia si es que el bravo Gustavo Adolfo "El Grande" moría.



Buner de Oxenstier dejó caer sus brazos sobre las ricas sábanas, cuando Aage le refirió lo sucedido en Lutzen.

¡Aun venciendo en la batalla, qué pobre victoria!



El enfermo hizo un enorme esfuerzo abandonando el lecho. Se vistió con la mayor rapidez que le permitían sus menguadas fuerzas.



Oxenstier, apoyándose en el coronel Aage, llegó hasta el castillo real.



El ama Ebba supo la noticia conteniendo un grito. Luego, Oxenstier y el coronel estuvieron un largo rato con la pequeña Cristina.



Buner de Oxenstier sintió que las piernas le flaqueaban.



Por lo bajo, el coronel Aage musitó: -¡No vuelva a intentarlo si no quiere privar a Cristina de su enorme ayuda, príncipe!



las fuerzas de la princesa Cristina se unieron rápidamente al saberse en Stokolm la infausta nueva: el rey había muerto en Lutzen. Y el pueblo no pudo exteriorizar su alegría por la victoria de armas.



Junto al rey había caído para siempre el valeroso general Wilfredo. Una baja de consideración para las huestes fieles a Cristina.



Y así sucedió en el reino de Suecia a mediados de 1633.



Y desde ese día, Buner de Oxenstier-felizmente recuperada su salud-fue el hombre que no descansó apoyando a la niña reina...



...mientras el ejército pasaba por un período de calma bélica a órdenes del general Aage. El príncipe Carlos tuvo que reservar sus ansias de enviar a su patria a los campos de batalla.



Carlos y sus amigos conspiraron cuanto pudieron contra el reinado de Cristina. Uno había en particular-Oliver de Magnus-que habría sido capaz de traicionarse a sí mismo. Era muy buen mozo y ambicioso...



...y en cuanto comprendió que Cristina tenía a su alrededor gente de inquebrantable entereza, sugirió al príncipe Carlos que dejaran sus conspiraciones para más adelante.

(¡Terminaremos en el cadalso, y yo quiero vivir!)



Oliver de Magnus se apartó del príncipe Carlos para llevar a cabo un plan personal de mayor aliento.

(¿Por qué no hacerse simpático entre los allegados a Cristina?)

Magnus anhelaba apoderarse del tierno corazón de la joven reina.

Espero que os haya gustado esa pieza de arte, majestad.



El tiempo había transcurrido, y a la pequeña Cristina sucedió una adolescente de rostro suave y melancólico. Amaba las letras y las artes.

Mi madre os enviará desde Malmoe una riquísima caja hecha por las manos incomparables de Cellini.



Cristina era pura, no tenía el menor asomo de picardía para descubrir el sutil juego de ese elegante y falso Oliver de Magnus.

Hasta mañana, si es que permitís que os visite.



No tardarían en intervenir la preocupada Ebba y el general Aage.

¡Le pondré los puntos que ese jovencito precisa y me pide!



El general impidió desde ese día las visitas de Magnus. Buner de Oxenstier pensó en sacar del país a ese joven ambicioso.

¡Bien dicho, príncipe! ¡Es falso amigo de la casa!



Contra su voluntad, Magnus fue enviado como embajador a España. En la corte de Felipe IV, el duque sueco hizo gran propaganda en favor de su joven reina, destacando que ella sentía profundo amor por España.

¿Suecia amiga de España? ¿Qué noticia?



En verdad que las relaciones entre ambos países-separados por enormes distancias territoriales y espirituales-no eran muy buenas por esos tiempos. El mismo príncipe Carlos anhelaba hacer la guerra a España. El apuesto y nada tonto duque don Antonio de Gaudares hizo pasar un sofocón al propagandista de Cristina.



Insisto en declararos el verdadero cariño de mi reina...

las palabras de Magnus eran interesadas, ya que todo lo que realizaba ese ambicioso señor era así, pero en verdad Cristina de Suecia admiraba al país de Velázquez y Calderón de la Barca.

¿Los últimos dramas escritos por Calderón? ¡Magnífico, mi amable Buner de Oxenstier!



El haber conseguido uno de los flamantes cuadros del notable Velázquez fue otra inmensa alegría para la fina y romántica Cristina.

Es bueno que en España sepan cómo los quiere nuestra reina.



Oliver de Magnus enviaba cálidas cartas desde España. Sabía que eso iba a hacer muy feliz a la mujer que ambicionaba como esposa.

Haced que Oliver de Magnus regrese.



Oxenstier consideró peligroso el regreso del falso individuo, pero nada dijo a la reina. ¡Ya se encargaría de seguirle los pasos al otrora compañero de reuniones secretas de los adictos al príncipe Carlos!



El príncipe Carlos mantenía vivo su espíritu bélico. Había cobrado intenso odio a España desde el momento en que supo que Cristina amaba a la hidalga tierra ibérica.

Nuestro momento llegará, caballeros.



El general Aage tenía a su fiel policía muy atenta y despierta

Los adictos al príncipe Carlos se reunieron esta noche.

Vamos a ver qué es lo que planean ahora.



Aage conversó extensamente con Cristina. La joven reina escuchó la larga exposición del fiel militar.

Debemos hacer el gusto a mi pariente Carlos.



¡No entiendo, majestad! ¿Piensa declarar la guerra a España?

Cristina sonrió con algún misterio.

Enviemos al belicoso Carlos a calmar a las salvajes tribus finlandesas.



¡A Carlos con todos sus amigos de conspiraciones! ¿No aman la guerra? ¡Pues a complacerlos!

¡Admiro su sentido de la estrategia, majestad!



Soy hija de Gustavo Adolfo "El Grande", general Aage.

¡Y digna sucesora del inolvidable monarca!



El príncipe Carlos abandonó Suecia en 1646, cuando Cristina cumplía sus magníficos veinte años. Por esos días, regresó de España el duque de Magnus.

Me siento dichoso al entregaros esta tela del insigne Velázquez.

Es un obsequio que mucho estimo, duque de Magnus.



Oliver de Magnus iniciaría una sutil ofensiva contra el corazón de la reina. Un corazón que aún no había conocido el amor. Pero fracasaría.

(¿A quién quiere esta extraña mujer, fuera de sus espejos?)



Se comentaba mucho el misterioso proceder de Cristina, que, aunque rodeada por elegantes y agradables caballeros, demostraba no inclinarse por ninguno.

Continúe hablándome de música, de libros, embajador.



D'Alué, embajador de Francia, comprendió que debía sacrificar al enamorado en beneficio del amigo. El corazón de la reina era inexpugnable. Y fue uno de los mejores amigos de Cristina de Suecia.



El príncipe Carlos regresó muy prestigiado por varias victorias en el norte del país.

(¡Caramba! ¡Es una bellísima mujer!)

Cristina fue como un estallido ante las pupilas del otoñal Carlos.

(¡Nada podrá oponerse a mis deseos de hacerla mi esposa!)



Sin embargo, el guerrero sufriría su primera amarga derrota.

¿Se niega a casarse conmigo?

la reina tiene muy fuerte personalidad, señor.





Oliver de Magnus, con su nuevopuesto de Ministro del Tesoro, insistía, tratando de volcar a su favor los sentimientos de Cristina. Indudablemente era uno de los hombres más apuestos, más gallardos del reino.

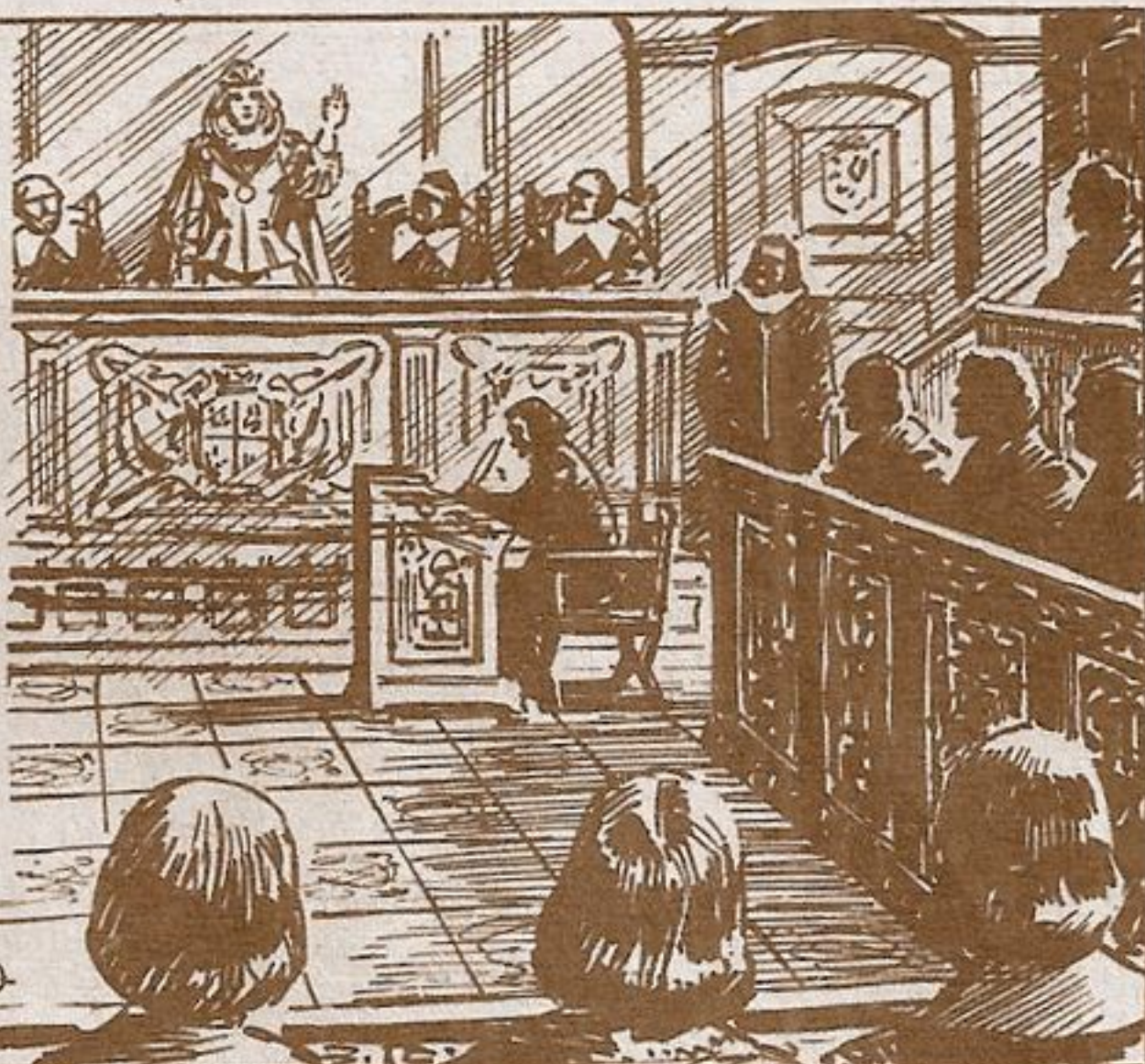
...compartido ese sano deseo por el pacífico Buner de Oxenstier y por el ya anciano general Aage.

Me preocupa la pasión del príncipe Carlos.

Carlos sucumbirá envuelto en sus diabólicas pasiones.



Los que querían ver a Suecia como una fuerza bélica en constante accionar, anhelaban la victoria de Carlos sobre el corazón de Cristina. Se confiaba en ese enlace, y en continuar las guerras. Una mañana de enero, Cristina anunció sus propósitos de paz.



Enfurecido, Carlos reanudó sus intrigas, creyendo hallar campo propicio entre los adictos a la reina, también decepcionados por el obstinado celibato de la joven.

(Ponte al lado del príncipe, amigo mío, o tu cabeza peligrará.)



A solas la reina se reía de esos señores gallardos que la rodeaban, intentando esclavizar su corazón de mujer. Cristina prefería proteger a los bellos de espíritu: los poetas, los artistas en general...



Notando que la reina lo desdén, puede volver a intentar un complot contra Cristina.

Si descubrimos algo así, general, el príncipe va a arrepentirse.



Pasados esos primeros instantes, de alegría para algunos y de decepción para otros, la hermosa Cristina agregó: -Advierto además que novoya casarme... momentáneamente.

Soy muy joven aún. Espero que sabréis apreciar mi opinión.



Eran días angustiosos para la nación, mientras el invierno golpeaba rudamente el palacio de Orebro, a varias millas de Stokolm. Cristina se levantó esa mañana, abrió la ventana de su aposento, y la nieve cayó en sus manos con suavidad.

(la naturaleza es mi amiga.)



Lavó su hermoso rostro con los blancos y helados vellones de nieve. Se sentía dichosa a pesar de las habladurías, de los rostros hoscós.



(Jamás perderé la amistad de mis queridos Oxenstier, Aage y Ebba.)

La joven tomaba su desayuno cuando Oxenstier llegó con la nueva.



¿Quién es ese-supongo-caballeresco, encantador y anciano señor?

El retrato de don Antonio de Gaudares y Villanzos satisfizo a Cristina.

¿No son exagerados esos elogios al duque español, mi querido Buner de Oxenstier?



Un príncipe envejecido y enfermo, un anciano y férreo militar y una mujer de pueblo sensible y fiel. Los tres seres que más gravitaban en la existencia de la reina Cristina de Suecia. Y ella, muy dichosa.



Está al llegar el nuevo embajador de España, Cristina.

El duque Antonio era un ser excepcional. Militar, deportista y poeta, su descripción produjo una extraña sonrisa en el rostro de Cristina.

(¿Y cómo será su humor, a todo esto?)



Ideó una verdadera travesura. Cuando supo por el general Aage que el embajador de España se hallaba en tierras de Suecia y se dirigía al palacio real, Cristina abandonó Örebro antes del anochecer. Cabalgando ágilmente se dirigió a Stokholm.



En mitad del camino se desató recia tormenta. El dueño de la posada "Del Reno" entregó poco después la llave de una de las habitaciones superiores a un jovencuelo de aspecto aristocrático que le pidió albergue, ignorando que el "jovencuelo" era la misma reina Cristina, ataviada con ropas masculinas.



(¿Esa voz será la del embajador?)

Sabía que don Antonio de Gaudares había decidido pernoctar en esa posada, eludiendo la tormenta. Escuchó atentamente el canto de ese hombre, pero luego supo que no era el embajador.



¡Ahora el señor duque!
¡Sí, hazlo pasar como tú sabes, Antonio!

El español cantaba también, y por cierto que bellas canciones de amor. De esa manera se durmió Cristina en esa noche de travesura imperial. Despertó, heridos sus bellos ojos por un rayo de luz.



(¡Dios mío! ¿Habrán continuado viaje?)

Bajó a la enorme sala de la posada. Allí estaba el embajador y sus hombres. La impresión que Cristina recibió iba a perdurar por varios minutos.



El duque era alto, moreno y de una gallardía de novela.

Un gesto brusco de Cristina, y el ancho sombrero se apartó un poco, dejando ver los cabellos femeninos "del jovencuelo". Ella se apresuró a enmendar el error, muy rojas sus mejillas.

¡Ja, ja, ja! No se aflija usted, que no he de descubrirla.

Soy... soy la duquesa de Oxens-tier.



Supo aprovechar Cristina la ocasión para hablarle. El español conocía el sueco, y simpatizó con ese lindo adolescente de la tierra que pisaba por primera vez en su vida.

Bien, cuéntame algo más de esa soltera, muchachito.



- ¿Y cuál es su problema, señora duquesa? - dijo por lo bajo el español, muy divertido por el suceso, agregando - Si puedo hacer algo por usted.

Quieren casarme con un hombre que detesto. Soy independiente, y por lo mismo, dueña de mi corazón.



¡Mil felicitaciones!



A pesar del ambiente gracioso en que se desenvolvía el diálogo, Antonio de Gaudares y Villanzos no dejaba de reconocer que esa joven era muy atractiva, lamentando tener que ir a desarrollar su misión entre los protocolos de la corte de Suecia. La desconocida le habló mal de Cristina, advirtiéndole que era ...

... áspera y absorbente. Pidió al embajador datos sobre la pintura y el teatro en España. Y el hombre supo ser amplio y claro. Cuando Antonio tuvo que reanudar su interrumpido viaje besó la mano de quien él creía era la duquesa de Oxens-tier. Y se despidió con cierta pena.



Dios la ampare y guíe, hermosa doncella. ¡Hasta otra ocasión!



¡Hasta siempre, distinguido señor!

Cuando los españoles reanudaron la marcha, Cristina saltó sobre su caballo y, por otro camino, retornó al palacio de Orebro. Ese, sin duda, había sido uno de los días más hermosos de su existencia.

(Eres hermosa. ¡Dios quiera guiarte, joven amiga!)



El dulce impacto estaba en el corazón de Cristina. Desde el momento en que volvió a palacio, esperó con nerviosidad la presentación del embajador de España.



Don Antonio de Gaudares y Villanzos abrió muy grandes sus ojos y exclamó: "¡Grandísima pillá!", para sus adentros, al enfrentarse con esa hermosa criatura vestida de oro y blanco: la mismísima reina Cristina.



Fue una brillante y nerviosa presentación del duque Antonio. Y la corte iba a saber desde ese momento que el dueño del corazón de la reina había llegado desde España.



El intrigante correría tras la reina y el embajador en cuanto ocasión se le presentara. Y luego informaría al cada vez más enardecido Carlos.

(¡Si ese señor cree que va a reirse de nosotros!)



Pasados esos primeros momentos de sorpresa, el duque de Villanzos reaccionó ante la joven reina con su simpatía de costumbre -hombre ducho en cuestiones del corazón-, no tardó en captar lo que sucedía en el interior de su distinguidísima amiga. Dieron extensos paseos por los poéticos bosques...



...de las afueras del palacio, siempre seguidos por la indignación, estimulada por el ministro Magnus y los adictos al príncipe Carlos.

¡Se besan! ¡Esto es más de lo que podemos soportar!



Stokholm era un hervidero de pasiones, volcadas por Carlos contra España. El amor de Cristina le brindaba la oportunidad tan esperada. ¡La haría abdicar, y luego declarar la guerra a Felipe IV! Corrió por la nación una fantástica historia:

El embajador de España ha hechizado a nuestra reina. ¡Arrojémoslo de Suecia!



La indignación cruzó calles, campos y ciudades de las islas.

¡Guerra a España! ¡Matad a ese hechicero español!



Vanos fueron los esfuerzos de Buner de Oxenstier y el general Aage. El ejército ya no respondía a su jefe. Oxenstier, tras un dramático cambio de palabras con Cristina, se sintió enfermo.

Mi querido Buner, jamás hubiera querido una situación así.

Y... no creo... que... ahora tenga remedio... pequeña...



El arzobispo Torrence, el embajador D'Alués y los auténticos amigos de la reina llegaron a la conclusión de que el reino iba hacia una guerra inevitable, empujada por el príncipe Carlos, pero más que nada por la imposibilidad de lograr el corazón de Cristina, entregado al embajador de España, su primer y único amor.



Aage llegó aquella mañana de febrero con las ropas cubiertas de nieve.

Tengo todo preparado para que el duque de Gaudares abandone Suecia. ¡Hoy, o nunca!

¡Ayúdela, general...!



El anciano Aage comprendió que ese magnífico caballero concluía lentamente su camino por la Tierra. Suspiró y se dispuso hablar con la reina. Cristina mostró su integridad de gran mujer en ese duro día de tan graves decisiones. ¡Tan breve había sido su sueño de amor! Antonio debía salir esa misma mañana.



¿Y ella? Aún tenía que decir algo a ese traidor Parlamento que volcaba las armas contra el país que más estimaba, luego de Suecia. La escena de la despedida con el amado fue muy breve.

En Kalmar nos reuniremos. Yo ya no seré la reina.

¡Sigues reinando en mi corazón más allá de la muerte!



Se abrazaron y besaron. El anciano general Aage esperaba, con la vista fija en el suelo. Instantes después, Cristina quedaba a solas con sus pensamientos, nunca tan severos y lúgubres como ese día.



Alzó el bonito rostro, tratando de que el espejo le devolviera un semblante dignificado por la decisión que era su orgullo y no su vergüenza.



Mientras el carruaje de la reina se dirigía al edificio del Parlamento, soldados al mando de Oliver de Magnus acababan de partir tras la huellas del embajador don Antonio de Gaudares y Villanzos.



(¡El príncipe Carlos va a agradecerme!)

¿Qué idea trabajaba en el cerebro del desechado Magnus? Sus hombres, y él mismo iban fuertemente armados tras los pasos del español y los que amparaban su salida de Suecia.



La reina Cristina dirigió un histórico mensaje al Parlamento, abdicando después, entre la consternación de sus fieles adictos. Monumental, bella y serena, la reina se erguía por sobre sus súbditos.



Concluido aquel mensaje que dejaba a Suecia sin reina, y con el nuevo horror de la guerra a la vista, Cristina volvió a Orebro, donde la fiel Ebba la aguardaba con el carruaje pronto.



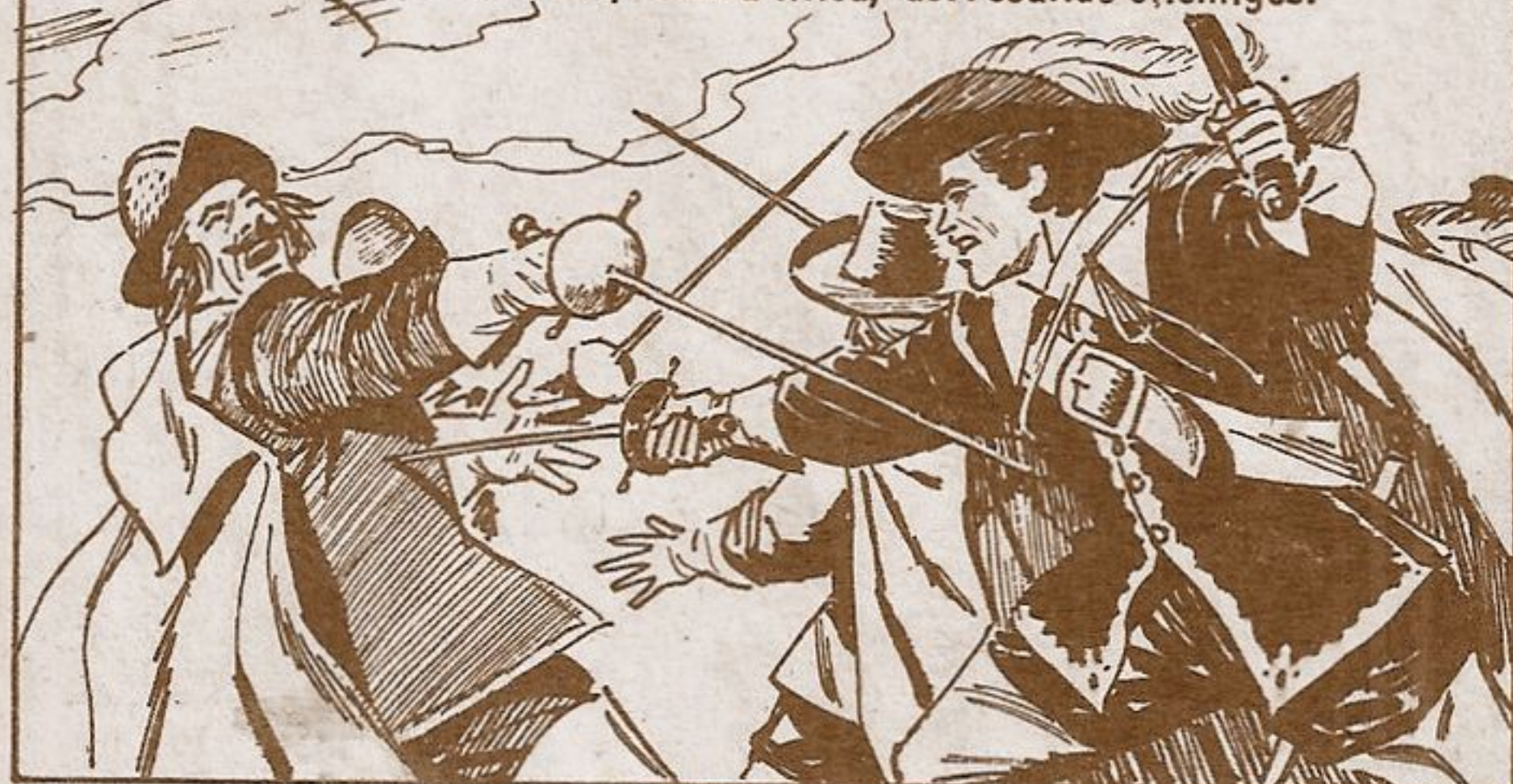
La mente de la enamorada estaba junto al Báltico, donde el duque Antonio estaría esperándola. ¡Al fin el amor, y un viaje a la querida y distante España!



En Kalmar, junto al mar, un grupo de hombres luchaba a muerte contra los que querían impedir un vergonzoso asesinato.



Los soldados del general Aage y los sicarios de Oliver de Magnus pelearon sin darse tregua. Don Antonio de Gaudares y Villanzos, maestro con las armas, se hallaba en primera línea, derrocando enemigos.



Entretanto, el carruaje que transportaba a Cristina iba acercándose velozmente al mar, a Kalmar, su cita con su gran sueño de amor.

(¡Esos hombres muertos!)



El ama había visto la macabra escena. Nadie en pie de esos bravíos guerreros. Solamente unos pocos hombres humildes atendiéndolos: los marinos que aguardaban a Cristina y el duque para llevarlos a España.

¡No pudimos impedirlo, majestad!
¡Todo ha sido tan rápido! ¡Qué enorme desgracia!



Los ojos espantados de Cristina veían toda esa sangre derramada, todo ese horror que ahuyentaba sus más sutiles sueños de dicha. Llamó al amado-caído frente a Oliver de Magnus, que había muerto con el corazón traspasado y le respondió un hilo de voz masculina.



Allí sobre suelo sueco, el elegante duque desfallecía.

Esta vez... me... tocó... perder... amor... mío...



Abrazándolo, besándolo, Cristina alcanzó a decirle: «Prometí llegar contigo a España, y lo haré, bien mío.» La póstuma sonrisa del hombre fue la confirmación del deseo real.



El velero aguardaba, mecido por suave oleaje. Unas sombras fueron devoradas por la niebla del mar. Las sombras de unos hombres transportando el cadáver de un valiente. La sombra de una bella mujer, acompañando los restos de su primero y único amor.



FIN

DE BUEN HUMOR



-Es hora de que llegaras a casa. ¿Dónde has estado toda la noche?



-No te olvides que mañana es cuando debes ir a hacer el test en lo del sicólogo, Elena.



-No entiendo por qué mi esposo me puso la cacerola de sombrero. ¿A caso no le habrán gustado los tallarines?



-Me parece que usted está parado sobre el plato de papas fritas.



-Pareces distinta sin cartera, querida.

SEA UD. INGENIERO EN RADIO TELEVISION



ESTUDIO GRATUITO Y EMPLEO

A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DE TODO EL PAIS Y DEL EXTERIOR, APRENDIENDO EN SU DOMICILIO
INSCRIPCIONES LIMITADAS

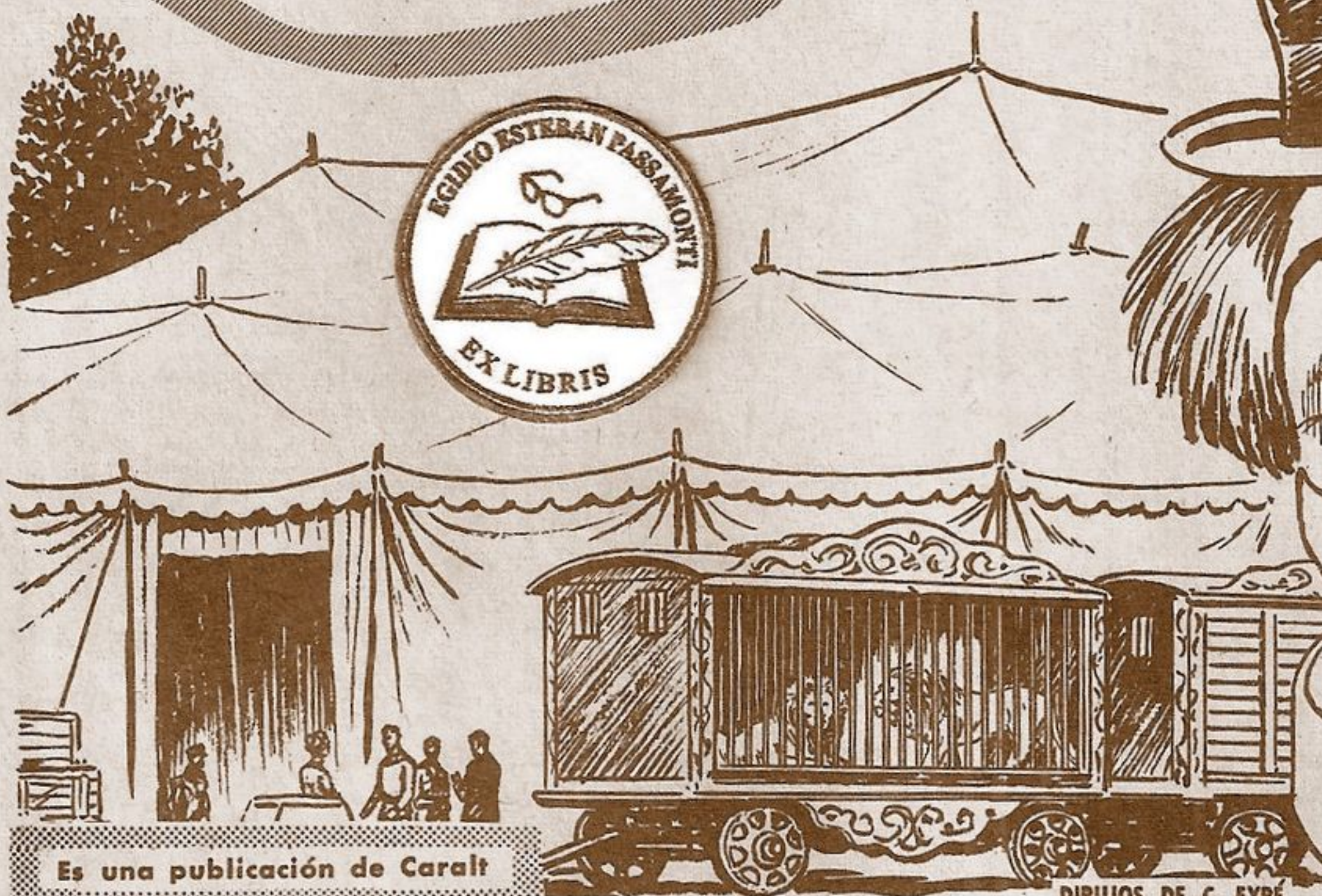
CURSOS de DIFUSION TECNICA:
MATEMATICAS SUPERIORES para RADIO y TV
TELEVISION ACUMULADORES ELECTRICOS

Escriba, enviando sus datos personales, a
"UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS"
SECCION ELECTRONICA

CASILLA DE CORREO N° 1790
BUENOS AIRES

el clown

Por ALFRED KERN



Es una publicación de Caralt

DIBUJOS DE C. EYRÉ



En la escuela fui el hazmerreir de los compañeros. Estaba yo destinado a ser el payaso.

Mi madre era pobre y viuda. Vivíamos en las afueras de Basilea, un barrio triste, de los más humildes. En cierta primavera llegó el circo Schwander.



Me sentí irresistiblemente atraído. La música del organillo interpretaba piezas marciales todas las tardes de cinco a ocho.



Fui un espectador maravillado, ansioso de espectáculos salvajes y exóticos. Me fascinó un fakir que tragaba fuego y la mujer encerrada en el ataúd de cristal.



Llamé. Iba a decidirse mi destino. La puerta se abrió y vi a una mujer.



Soy la directora.

Me hizo pasar. Fascinado, tomé asiento frente a ella; era hermosa, fuerte, de mirar imperioso.

El circo atrae a los jóvenes. ¿Qué sabes hacer tú?

Nada.



Cuando el público se marchaba, aquella noche, me dirigí a un mozo del circo, preguntándole dónde estaba el director. El coche 103, el tercero a mano izquierda.



Martha Schwander -era su nombre- sonrió y luego dijo: - No te contrataré por ahora; dentro de quince días el circo estará en Friburgo; si todavía quieres trabajar aquí, nos reuniremos en esa ciudad.

Será para mí un honor entrar a su servicio, señora.



En Mahlberg alcancé al convoy. Cuando la directora me vio.

¡Pobre! No hay trabajo.



La miré con expresión desafiante. ¿Qué edad tendría? Quizá treinta años. Pero su maquillaje la hacía parecer mayor. Salí del coche decidido a volver.



En casa ayudé a mi madre a apilar leña, a limpiar los cristales. No pensaba decirle que me iba... quién sabe hasta cuándo y que quizá volviera famoso. La besé antes de que fuera a dormir. Y esa noche hui.



Yo hubiera hecho cualquier cosa, acarrear agua, dar su ración a los animales. La mujer comenzó a comer uvas sentada en su convoy sin mirarme. Un hombre llamado Franz hablaba con ella. ¿Sería de mí?



Y el señor Franz en su delgadez tan elegante y su mesura al hablar me pareció buen mozo y distinguido. Al salir del coche, Franz me vio y asomó a sus ojos grises y bellos una mirada compasiva. Fue él quien me procuró albergue en el circo y me trajo unos bocadillos.



Me dieron un traje azul con botones dorados para que retirase la jaula vacía. Asistía a las representaciones acomodando a los espectadores.



Era algo hermoso de ver. La 'troupe' de los chinos, formada por el padre y tres hijos, se veía soberbia en la arena. Franz era un 'clown' maravilloso, irreconocible bajo sus colores brillantes.



Los trapezistas, integrados por la familia Zimmer. Edwige, la linda chica, se lanzaba de un extremo a otro con perfecta simetría. Los secretos del circo eran los ensayos. Los chinos hacían girar los discos incansablemente.



Franz estaba ehamorado de la hermosa directora, eso era bien claro. Pero ella solamente le demostraba una ternura de hermana menor traviesa. Me daba pena Franz tan serio y pensativo, cuando contemplaba a Martha.



Tenía yo poco más de veinte años y consideré que mi vida en el circo era inútil. Decidí consolidar mi moral imitando a Alberto, el trape-cista.



Zimmer padre me ayudó a subir a la cuerda y me condujo, sosteniéndome sobre la cuerda floja por los fondillos del pantalón. Me caí varias veces. El fakir me enseñó a acostarme sobre los cascotes de botellas. Pronto fui capaz de recorrer cinco metros sobre la cuerda.



Hasta que caí de mala manera y tuve entonces que realizar otros menesteres menos artísticos: transportar los trapecios y los pedestales para ensayar.



Recuerdo la Nochebuena que pasó el circo en la ciudad de Colonia, las dos torres de la catedral, la noche clarísima. Ocupábamos sillas en torno a una mesa colmada de frutas, de pasteles, de sangría y limonada.



Mi exaltación fue en aumento, y volví a mis días de colegial: me convertí en el fakir, en el cascaneques, en el payaso Franz. Me sentí marioneta sin alma y me dejé caer al suelo.



¡ Pero este muchacho es un gran payaso !



Pregunté al levantarme :
- ¿ Se me permite imitar a la directora ?- Y lo hice, fingiendo fumar como ella o elegir las uvas de su infaltable racimo.
- Dame un abrazo, Augusto. Vales más de lo que pensaba.

Al día siguiente Franz me preguntó mi edad. Supo que había estudiado en la escuela de comercio, que era huérfano de padre, que me gustaba mucho leer.



No intentes el alambre ni el trapecio. Harás algo mejor.

Martha dio su beneplácito, y aquel día almorzamos en un hotel muy elegante. Desde entonces todos los días me entrené bajo la dirección de Franz. Me gustaban sobre todo los ejercicios con la bicicleta del "clown". Debí montar a caballo, caer sobre la colchoneta bajo los consejos del fakir.



La directora decía con gracioso desdén :
- No sabe hacer nada.- Franz me estimulaba con su bondadosa mirada. Era mi tutor, mi guía, un tanto filósofo.



Porque rodábamos de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad. Un día, en Riga...

A ver, Augusto, entra en la jaula de los osos polares.



Cuando apareció el primero, con su balanceo cadencioso, experimenté un terror tan irresistible, que Franz me ordenó salir un instante :

Nunca podrás ser un domador, muchacho.



Tenía yo amor propio. Cuando miraba a Edwige, tan linda y audaz, hubiera deseado ejercitar en el trapecio los saltos peligrosos. Si pudiera al menos dejarme caer sobre la red. Una tarde tomé la escalera de nudos y...



Baja inmediatamente, Augusto, Te vas a matar. Te ordeno que bajes...



Continué gateando. Edwige y su hermano Albert me ofrecieron la mano para ayudarme a subir a la pasarela, sostenida entre dos barras. El personal del circo se había agrupado a un extremo de la pista. Veía los sombreros de los "clowns", el color de las mallas, los brazos puestos en jarra...



Edwige, al soltar mi mano, dijo: - No corres ningún peligro, pero procura caer de espaldas. - Salté y caí en la red sin lastimarme. No conseguía ponerme en pie. Todo el circo reía a más no poder.

Abajo, Franz me dio una bofetada. - ¿Tienes veinte años o eres un chico?



Luego me llevó a tomar cerveza y me dijo que mi ascenso al trapecio y mi caída habían sido un éxito de payaso.



¡ Cuánto quise a aquel hombre taciturno y bueno ! A veces su mutismo me impresionaba. Recuerdo cuando me invitó a visitar una mina. Fue como bajar a los infiernos, y vimos hombres de torso desnudo, que manejaban largos hurgones, introduciéndolos en hornos profundos.



A veces, cuando él miraba a Martha, yo adivinaba en los nobles ojos de Franz un tormento desconocido. ¡ Qué contraste con su cara de "clown" avanzando por la pista, imitando con las manos figuras extravagantes !



Cuando supo que yo tenía madre, me exigió que le diera noticias mías desde los pueblos o ciudades que recorría el circo. Era en verdad un hombre raro. Una mañana me llevó a una vieja iglesia y se mantuvo rezando con la frente inclinada.



Franz aquella vez se quedó unos días en Hamburgo, y Martha me trató con desdén. Yo había querido ser quien la presentara en su ataúd de cristal, pero...

No sirves para nada. Eres incapaz de actuar en el circo.



¡Pues me voy ahora mismo!

Ante la expresión de asombro que vi en la hermosa cara de la directora, me pareció de pronto que era mucho más joven de lo que hasta entonces la consideré. ¿Tendría diez años más que yo? Quizá menos. Pareció desconcertada cuando insistí:

- Me marchó.



De pronto ella me miró, y aquella mirada me confería fe, confianza, sin que yo pudiera saber adónde me orientaba. Luego, dijo, acariciando las cuentas de su collar de ámbar:

- Puedes ir lejos, muchacho.



Tomaremos una taza de té; enciende el samovar.

Creo que desplegó ante mi inexperiencia todo el ardid de una Circe. Mientras la veía sonreírme, halagarme, pensé en Edwige, allá arriba en su trapecio, ligera como un ángel, tan diferente. Y creo que si dije que me quedaba fue por la muchacha.



En aquel tiempo el espectáculo alcanzó inusitado brillo. Martha entraba en la pista como una estrella de primera magnitud, vestida a la turca, con largas bombachas de raso verde y el corselete brillante de joyas. Saltaba, ágil, y su baile arrancaba gritos de admiración a los espectadores.



Como una reina parecía caer muerta en medio de su esplendor; entonces aparecía el fakir, con el torso aceitado y desnudo, la rodilla en tierra, e intentaba despertar a la mujer, lanzando con la boca llamadas de petróleo; y lograba resucitarla como reanimada por el genio del fuego.

La muchedumbre, al descender los travesaños, rompía como en olas. La mirada de Martha continuaba buscándome, tierna, sumisa. Advertí que Franz se daba cuenta, Franz, el enamorado sin suerte de nuestra directora. Le vi tornarse sombrío; una tarde se detuvo frente a la jaula de los cachorros de león y me dijo:



¡Muéstrame de lo que eres capaz!
¡Entra en esa jaula; toma la fusta!



Entré, presa de terrible tensión, manteniendo la fusta horizontal, conteniendo a las cuatro fieras. Oí que decían afuera: - Franz se ha vuelto loco. - De pronto me sentí tomado por la cintura, y Franz estaba a mi lado; me empujó afuera.



Sólo sirves para ser payaso. Y es lo que serás, y de los buenos.

No hubo otra alternativa. Me puse un cuello duro con las puntas rotas, una pechera enorme, un chaqué tan corto que dejaba ver mi camisa a cuadros y unos pantalones negros, arrugados como un acordeón. Me pegué un bigotito distinguido y una peluca de tan tupido cabello, que me cubría las orejas como dos alas de cuervo.



Mi sombrero de copa bostezaba como una lata de conservas abierta. Camuflé la voz y, cuando entré en la pista, sentí que... había nacido para eso. Hubiera querido cantar, gritar, saltar y reírme a carcajadas.



Me vestí de Romeo azul, de Hércules, con una piel fabulosa, de Orfeo, con trajes apolillados.

(Nací para "clown")



Franz opinó con su amable gravedad: -Se te ha liberado de algo que debías expresar. Basta de ensayos. Anda a pasear junto al río, a divertirte. -Albert, el trapecista, me dijo aquella noche en el jardín de la cerveza: -Todo el circo sabe que Martha te ama; es la primera vez que pasa. ¿Qué piensas tú?

Yo pensé que Martha amaba a Franz.



Eso no; él la amó siempre. Era un señor, un señor raro y bohemio, que había abandonado todo antes de encontrarla, pero después que la conoció la ha seguido a todas partes. Y la quiere sin esperanzas.



¡Qué extraña resulta la vida! Era quizá veinte años mayor que Martha y yo diez años menor. ¿Cómo se daban esas cosas? Me sentía pesoso, confuso. Sin embargo, actué cada vez mejor.



Una tarde, en horas de descanso, quise andar sobre la cuerda y caí. Desperté en el hospital con la cabeza vendada y el cuerpo dolorido. Franz estaba junto a mí y me dijo, tomándome la mano: -Vamos, muchacho, ánimo; dentro de poco te convertirás en nuestro mejor "clown."



Franz dijo a Martha que en poco tiempo su circo sería el más importante de Europa, y él no se equivocaba nunca. Así resultó. El admiraba a nuestra directora porque poseía la fe y eso era imprescindible. Recorrimos los más grandes países hasta que estalló la guerra.



Nuestro personal -checos, alemanes, húngaros- se preguntaba cómo alcanzaría su país para reunirse con sus familias. Al caer la noche, nuestro largo convoy rodante parecía una luciérnaga fosforescente. Martha daba galletas secas a la "troupe" y los amonestaba a todos.

Admiré su temple; había adelgazado y parecía más bella, más humana. Daba de comer a los animales, empuñaba escobas y baldes, y cebaba el fuego de las hogueras. Franz desapareció de nuestro circo dos días después de haber cumplido yo veintiocho años. Fue entonces cuando consentí a mi alma que amase a Martha.



En Baviera y en la primavera de 1923, cuando Martha enfermó, decidí pedirle que se casara conmigo. Al mismo tiempo pintamos de nuevo nuestros carromatos, reparamos las lonas y dimos forma a una nueva y fulgurante caravana.



Nuestra boda fue sencilla; mi mujer me pareció muy bella; yo la amaba con admiración y gratitud. Compartí a su lado la dirección del gran circo. Triunfamos y me sentí lleno de orgullo.

Escaneado en Córdoba - Argentina

Comprobaba las cuentas y miraba el porvenir con seguridad. Mi correspondencia atravesaba el Atlántico. Soñaba contratar una tribu de Africa. Nuestro agente nos proponía una familia de sioux, un tragador de sables, a Carlo, el gran ciclista aéreo, Ingrid, primera bailarina, un encanto de criatura, fina, dulce. Esta...



...nos abandonó porque su marido, trape-cista, bebía mucho, y ella deseaba salvar su hogar, en el que ya florecía una niña de dos años. Recuerdo que le supliqué: -No te vayas, Ingrid, tienes un porvenir de gloria en este circo.

Prefiero la salvación de mi casa, Augusto.



A veces me enviaba una tarjeta desde la aldea donde vivía. Martha manifestó celos por aquella amistad. Pero Martha nunca supo que yo la amé mucho más de lo que es posible imaginarse ni de lo que ella misma sospechó.



Martha era el gran circo Schwander, y mi vida esencial estaba en ese medio. Además, ¡era tan buena! Recuerdo sus donaciones para la Cruz Roja y para la Sociedad Protectora de Animales. ¡Pobrecita! Era una amiga de los pájaros.

París, Madrid, Lisboa. La vida era hermosa. Actué en el Olympia de Londres, en ocasión de las fiestas de Navidad. A veces me daba pena no ser padre, sobre todo cuando alguna de nuestras artistas nos pedía que sacáramos de pila a un niño.



¡Eramos tan ricos, tan gloriosos! Fue duro el contraste cuando encontramos a Franz en Alemania, pobre, envejecido. Mi corazón fue hacia él. Martha le quiso dar un puñado de billetes: -Toma, compra cuanto te haga falta.

Me basta veros, abrazaros.



Padebí íntimamente al decirle que Martha y yo nos habíamos casado ocho años antes. Vi su mirada, pero, según me dijo, estaba triste por el mundo, no por sus penas personales: -A mi edad, muchacho, uno se contenta con ver la felicidad de los demás.



Franz volvió al circo y trajo su acuario, que estaba artísticamente iluminado. Ayudaba en la administración. Muy a menudo, lo encontraba leyendo, mientras oía radio o meditaba.

Comencé a padecer angustias nerviosas, y Franz me dijo: -El mal de los que consiguen demasiadas cosas, Augusto. No confíes; la vida no da nada gratis y pronto va a exigirte que pagues.



He trabajado mucho; hemos ido de un lugar a otro como nómades.

Martha tenía cuatrocientos carromatos de lujo, joyas de reina, cuentas en los bancos de Europa y seguía siendo hermosa. Todavía se acostaba como una hurí dentro del ataúd de cristal, y la ovacionaban.



Por eso creí que Franz trataba de asustarme cuando me dijo: -Tu mujer visita al médico en secreto. Como conozco su orgullo, adivino que está enferma. No la dejes sola.- Y me apretó la mano.



Cuando Martha debió internarse me di cuenta de mi ineptitud para manejar aquella enorme maquinaria del circo. Franz me dijo: -La extravagancia de tus continuas adquisiciones artísticas va a costarte muy cara.

Has comprado con un cheque una porcelana rota.



Llevaba frutas y orquídeas a mi mujer enferma. Durante su enfermedad contraté a los sioux y a unos cowboys americanos a precio de oro. Y organicé un fastuoso festival en Ostende, que agotó nuestras reservas y nos dejó endeudados. Franz me dijo: -Acabas de dar un salto mortal, querido 'Clown'!



Martha volvió de la clínica muy delgada y muy pálida. Mucho debía quererme cuando, al enterarse de nuestra bancarrota, se limitó a decir: -Esto se acabó. Alquilamos un pisito y compramos una biblioteca.

Fue entonces cuando nos sorprendió la nueva, la terrible guerra; vivíamos en Berlín. Y al cabo de un tiempo debimos descender a los refugios. Franz nos daba sus tarjetas de aprovisionamiento y conseguía té y cigarrillos para Martha.



Mientras me decía: -Payaso, eres más cobarde que toda esa pobre gente.- Yo era un payaso vestido de civil en aquel Berlín de 1942. Franz acompañaba a Martha cuando yo salía a tomar aire fresco.

Y era bueno y fuerte, porque, mientras yo huía, ya que el rostro de Martha me inspiraba horror en su patente y avanzada destrucción, él, que sin duda la había amado con el espíritu, permanecía a su lado.



Una tarde traje a mi mujer un puñado de ciruelas secas y se me oprimió el corazón cuando la oí decir: -Cómelas tú; yo ya no puedo soportar nada... - Me eché a llorar, y me consoló: -No te preocupes; hemos sido felices, y toda función debe terminar.



Quisiera ir a una clínica y no ser una carga para ti.

Aludía a algo muy penoso: cuando la sirena daba su alarma, recogíamos nuestras colchonetas para refugiarnos en el sótano. Martha ya no podía bajar.

Esto acabará conmigo.



Se negó un día a bajar. La tomé en brazos, y mi corazón se apretó al comprobar cuánto había adelgazado. Ya no pertenecía casi a este mundo. Pero reprimía su dolor y su miedo, representando hasta el final la comedia de su entereza.



Franz me dijo una noche: -Feliz de tí, Augusto. Lograste el amor de una mujer excepcional, una mujer en la cual vivía la niña que nació en Viena hace muchos años, que luchó sola y perdió todo, luego de haberlo poseído.



Yo la he querido mucho, no sabes cuánto.

Un día fui convocado para los servicios de defensa pasiva. Me movilizaron para trabajar en los escombros y en la construcción de refugios antiaéreos. Era un trabajo muy penoso, pero me sentí aliviado. Poder trabajar, cansarme, olvidar.



Un día regresaba a mi casa con el deseo de decir a Martha cuánto la quería. Cuando llegué me detuve al oír la voz de Franz:

-Oye, Martha, todo está intacto. No tengas miedo, te rodea una música interpretada sin cuerdas, sin arcos. Recuerda, Martha, que entre nuestro planeta y el sol hay ángeles que nos protegen.



Mis ojos se llenaron de lágrimas; en el rostro de mi mujer la blancura de la muerte se animaba con una sonrisa ante las palabras del que representaba para ella el último acto de un poema sublime: -Si sufres, es porque un Arcángel te oprime y va a enseñarte a volar. Eso no es fácil.

Era una especie de salmodia para una cuna, y a su arrullo la vi dormirse para siempre. Entonces Franz me vio, y nos abrazamos.

Su materia descansa, y el alma se ha liberado.



Sabía rezar-porque se puso de rodillas-aquel hombre extraño, al que yo había querido como a un padre y del que aprendiera la ficción, la mueca, la máscara. Los dos lloramos, pronunciando varias veces aquel nombre amado.



Tras las numerosas gestiones a que obligaba la guerra, entramos a mi mujer. Y en marzo de 1944 nuestra casa entera se derrumbó. Estábamos como de costumbre en el refugio; durante cerca de cuarenta minutos el mundo se vio sacudido como por un terremoto. -¡Franz está allá arriba! ¡Se había empeñado en ir a reunir para mí unos recuerdos de Martha!



Vi la escalera retorcida, los escalones cubiertos de escombros, oí el crujido que hacía estallar el agua de las mangas al tropezar con el metal candente y rompí en sollozos, uniendo los dos nombres: Martha, Franz.



El Berlín de la paz recordaba al de la guerra. Encontré un modestísimo empleo. Hasta que un día sucedió un milagro. Alguien que había reconocido en mí al 'clown' Augusto me contrataba para una función benéfica.

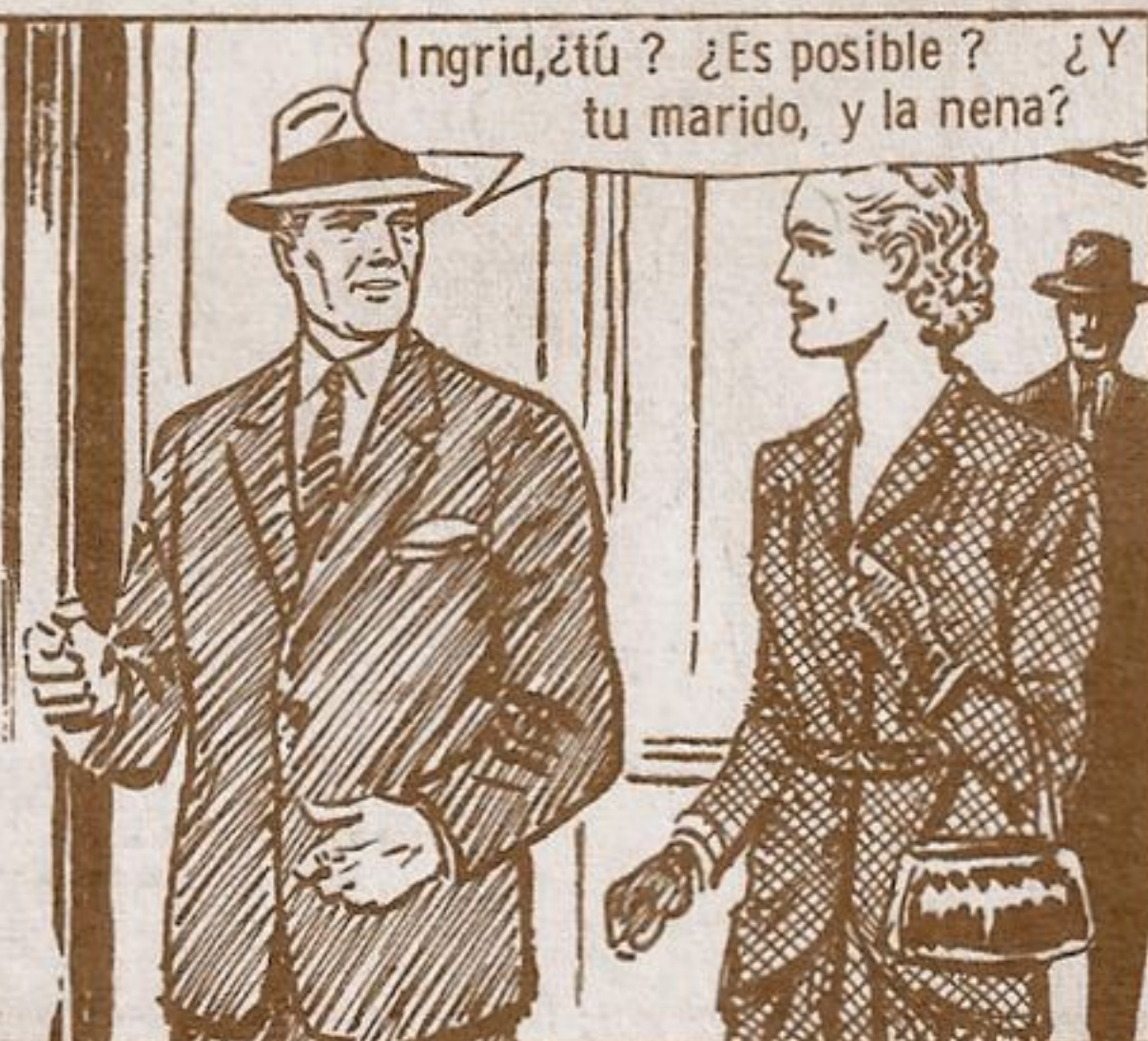


Fue un éxito, sobre todo cuando el llanto verdadero agarró mi garganta y, abriendo la boca, grité al público que llenaba a sala: -Señores, tengo... hi... po... -Me vivaron. El director me pagó con esplendidez.

¡Sus amigos organizaron esta velada para que usted recobre su puesto!



Pensé en Martha, en Franz, en todos los amigos dispersos o muertos. -Está usted pálido, Augusto- me dijeron. Y pedí salir a la calle para respirar aire puro. De pronto, me sentí asido por la manga y, al volverme...



Ingrid, ¿tú? ¿Es posible? ¿Y tu marido, y la nena?

El silencio de ella me impresionó cruelmente. Se apoyó en mi brazo.

Vamos a tomar una taza de café.



Pedí también coñac. Adentro había música, una dulce música que me hizo pensar en los desaparecidos. Ingrid me miraba atentamente. Nos separamos, citándonos para el día siguiente. Por la mañana los diarios se referían con grandes elogios al retorno de un 'clown' famoso.



Ingrid me esperaba en la estación de Anhalt. Le llevaba la noticia de algunas propuestas muy interesantes para actuar de nuevo en circos internacionales.

Ingrid me tomó la mano: -Usted sabe que voy a decirle que sí. Mi marido murió y también mi niña; eso lo vio usted en mi expresión, ¿verdad?

Conozco mucho de rostros. Me pasé la vida estudiándolos.



Y luego besé sus manos y la compadecí por la muerte de aquellos seres por los cuales había luchado tanto. Nuestro viaje de bodas terminó dos meses más tarde en los Vosgos.

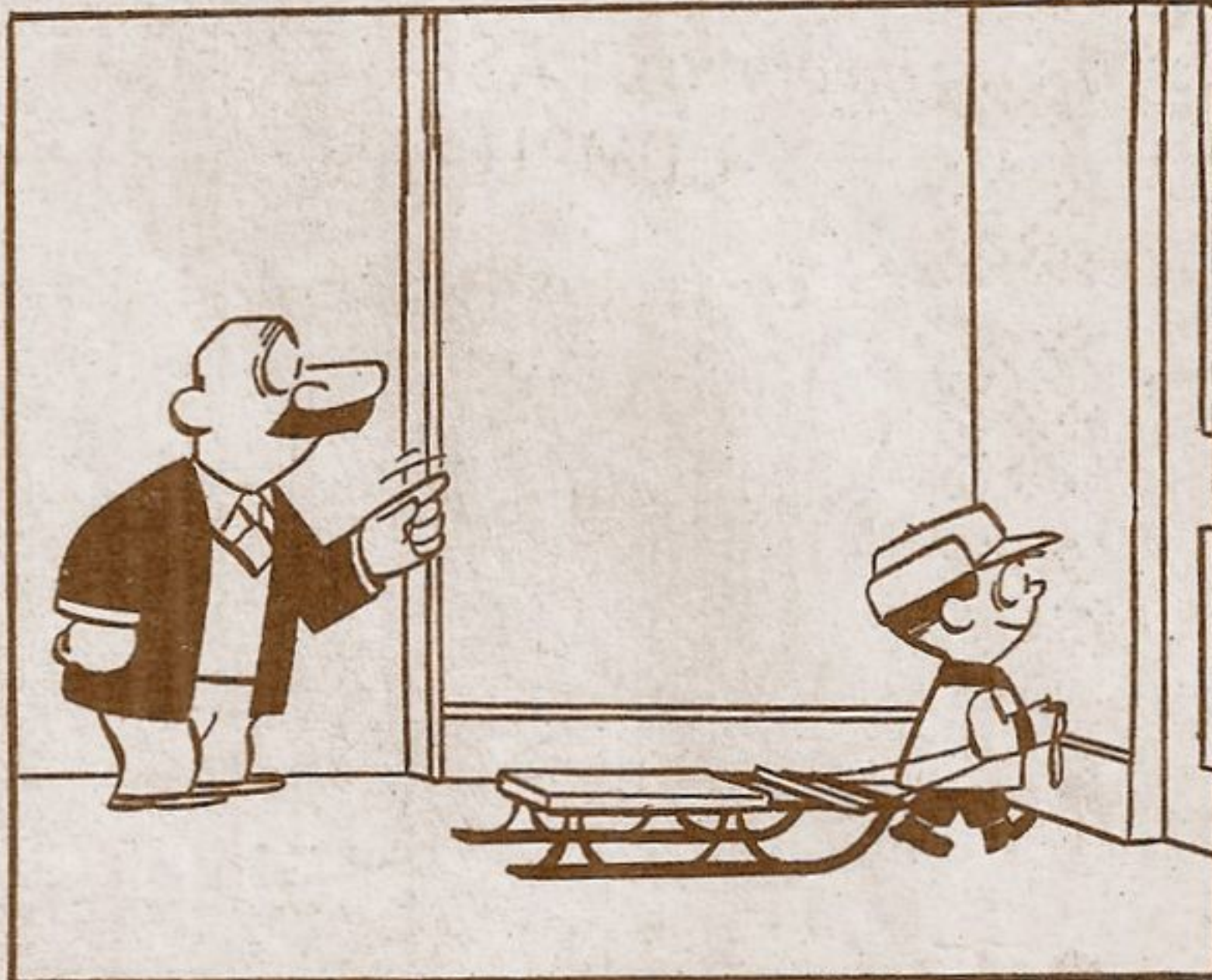
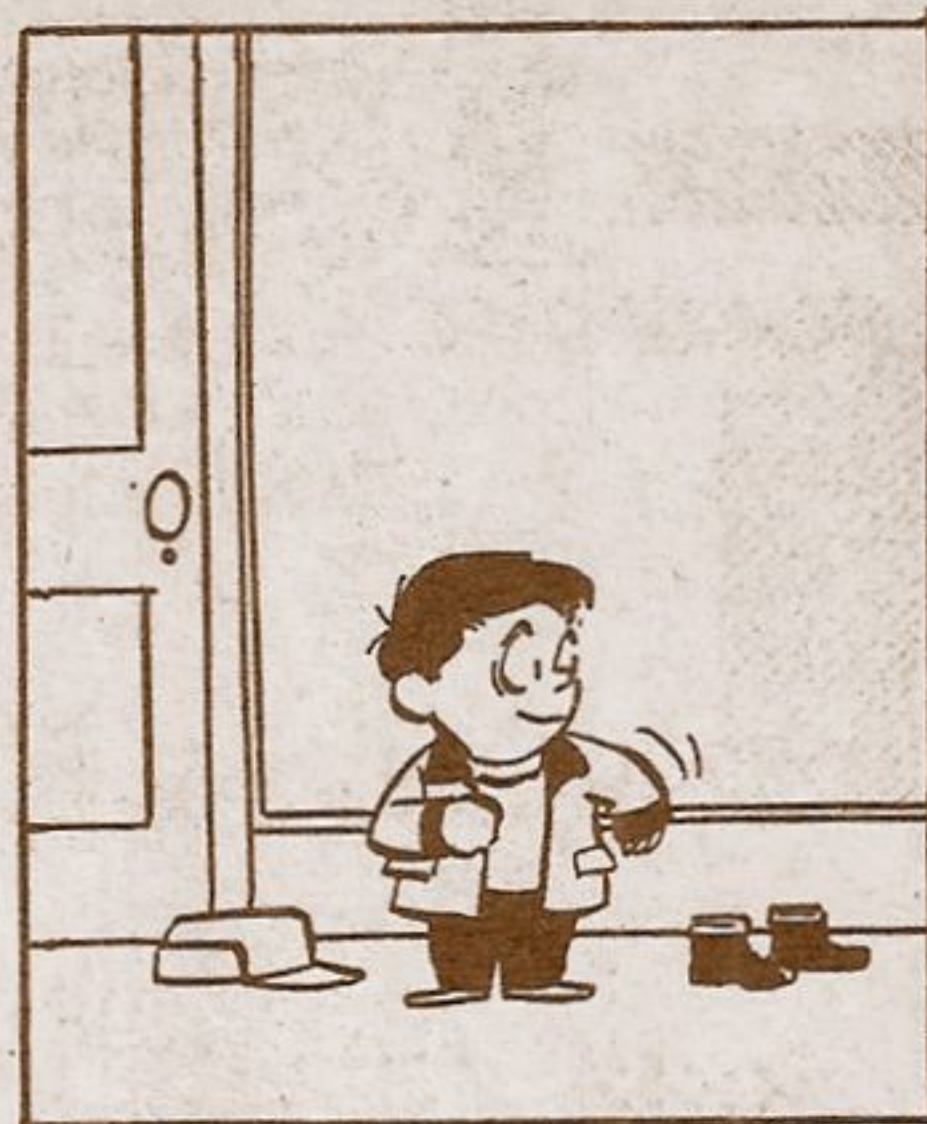
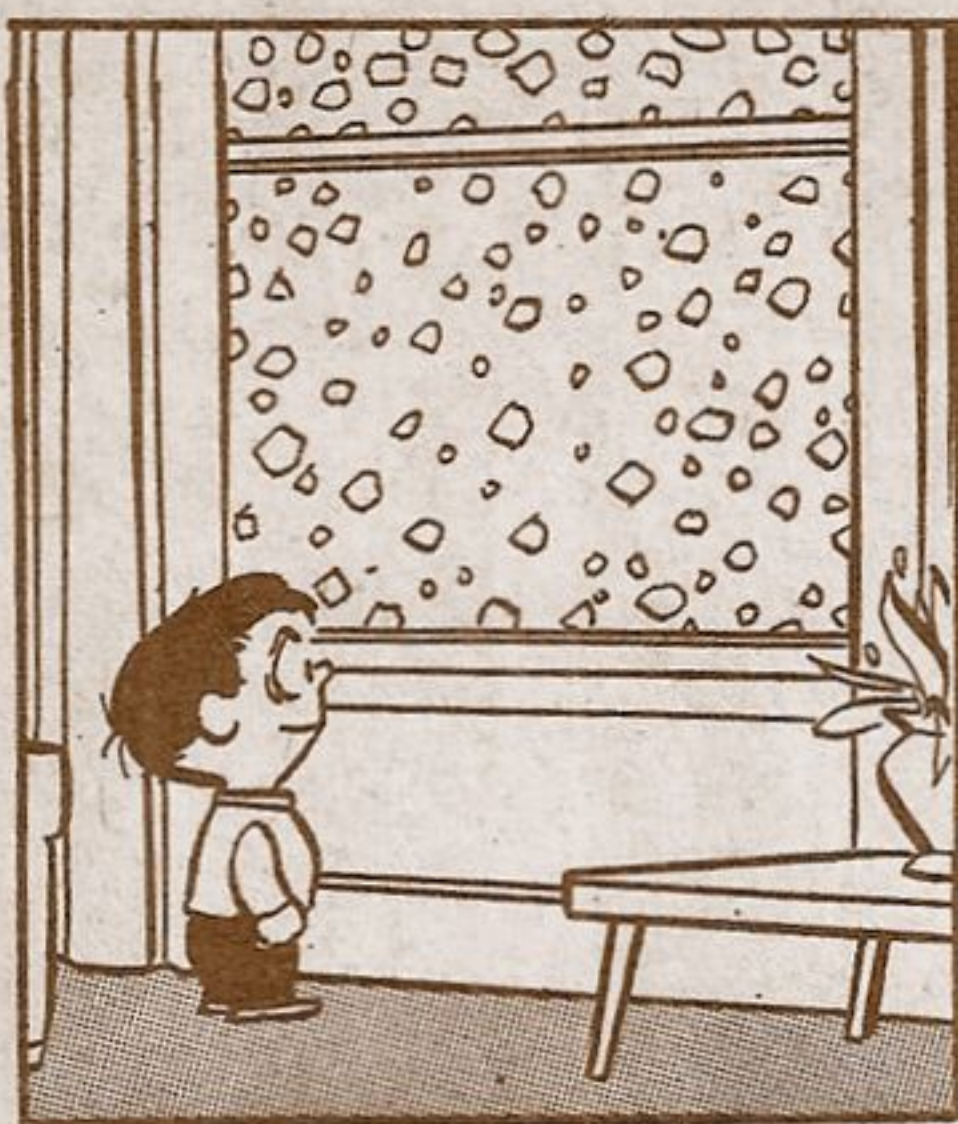
Me gusta oír música junto a mi amada Ingrid; para un payaso es maravilloso escuchar melodías infinitas cuando se abandonan los prismáticos.



Recuerdo que Franz me decía: la esperanza es un bien indestructible.

F I N

Juan Cepillo



fantasía

SIEMPRE EN SU NUEVO Y SENSACIONAL
FORMATO GIGANTE

¡EXTRAORDINARIA
SELECCION DE
AVENTURAS GRAFICAS
COMPLETAS!

Un centenar de páginas plenas de
interés y emoción
y
Secciones humorísticas



- La luna roja
- La muerte de un rebelde
- Una clave para el rencor
- Un bravo domado
- Alamo Jim en Pueblo Bravo.
- Cabo Savino en Indio Amigo
- Tug Transom
- Peripecias de Juan Cepillo

El inquilino estaba temblando de pies a cabeza. Nick alzó su arma hacia él.

¡Si llegas a gritar comerás plomo!



fantasía

DEMASIADO TARDE

POR
Rose Terry Cooke

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE COTIGNOLA

Los relatos de la escritora norteamericana Rose Terry Cooke (1827-1892) figuran hoy entre los obras clásicas de aquel país que hicieron posible la gran literatura que habría de enorgullecerlo después. Un agudo sentido de la realidad y una piedad penetrante, convirtieron a Rose Terry Cooke en la cronista fiel de Nueva Inglaterra, especialmente de la vida áspera y dura de sus granjas, aquellas granjas del siglo pasado que constituían el germen de la grandeza actual de Estados Unidos. A todo ello supo unir un vigoroso sentido novelesco, por lo cual sus relatos serán leídos siempre con profundo interés.

En una de esas perdidas aldeas de Nueva Inglaterra que anonadan al forastero por su soledad, estaba la granja de David Blair. Todavía puede vérsela, con su techo inclinado, una gran chimenea en el medio y sus tejas pintadas de rojo. David Blair era un hombre huraño, piadoso y trabajador. Su mujer, silenciosa y sufrida como él, tenía fama de ordenada, limpia y hacendosa. Con estas cualidades, no era extraño que la pareja lograra hacer prosperar rápidamente su granja, cuya...



...riqueza creciente no logró jamás aventar la terrible seriedad que se respiraba en ella. David Blair imponía ese rigor, esa disciplina, pues todo lo demás era para él pecado y maldición del infierno. Su mujer lo secundaba devotamente, en verdad siempre algo atemorizada, y David Blair era feliz, a su modo, y lo fue más aún cuando nació la pequeña Hannah. Pero no permitió que esa alegría alterara sus hábitos. Tanto él como su esposa, eran incapaces de comprender...

...el encanto que una criatura trae consigo al llegar al mundo. De modo que cuando, poco antes de empezar a andar, Hannah hizo alguna monada y su mujer la festejó, llena de orgullo...



¡Mujer, cuidado con los ídolos! ¡No hay que engrer a la pequeña, sino inculcarle el temor a Dios!

Thankful, la mujer de Blair, obedeció bien pronto y cerró su corazón. Así Hannah creció sin mimos, sin caricias, y desde que tuvo uso de razón aprendió a asimilar las enseñanzas de su padre. La intranquencia de carácter, la dureza, la implacable condena de todos los que han errado, se arraigaron en su corazón. Fue una planta regada sin cesar por las prédicas de su padre, y era una planta sin flor. Al menos, no brotaba en ella la flor del perdón.

Fue así como Hannah creció y se hizo mujer. Alta, delgada, su figura erguida y siempre alerta sólo agradaba por la limpieza de sus ropas. Sin embargo, sus rasgos eran finos y su cutis terso. Sus ojos azules y brillantes, y su mirada severa, pero hermosa. Además, era la hija única de David Blair, cuya granja ocupaba las elevadas planicies de esta aldea de Wingfield. No era extraño que los mozos del lugar se interesaran bastante en ella, aunque de lejos, pues...



...la temían. La mestiza Moli Thunder, sirvienta de los Blair, era asediada en la feria por los jóvenes, que le preguntaban sobre su amita. La mestiza decía:



¡Es sagaz, sagaz como una india! ¡Ah, no le haría frente, no! Prefiero que me reprenda el pastor y no ella.

Los jóvenes reían, pues conocían que el pastor Day era implacable, y la mestiza Moll solía excederse en la bebida. Y todos sabían que los Blair no perdonaban el menor pecado. Recordaban también, con cierto temeroso respeto, las tertulias que solían realizarse en casa de los Blair. En realidad, ningún joven se había animado a cortejar a Hannah, y el que lo había intentado había sido detenido al instante por la fría mirada de esos ojos azules. Llegó así el año en que el viejo Gid Mayhew, dueño de la principal tienda de Wingfield, anunció...



...muy solemnemente, en una de las tertulias de los Blair, que su hijo Charley regresaría de Boston. Todos lo escuchaban parsimoniosamente.



Ha estado diez años en un almacén. Ahora él se hará cargo de la tienda...

El viejo Blair gruñó. Los jóvenes estaban de pie. Hannah, rodeada de sus amigas, oía en silencio.



¡Boston, Boston! ¡Cuántas oportunidades de perdición habrá tenido allí tu hijo, viejo Gid!

¡Oh, oh! ¡Es apuesto, sí, y alegre! Pero ¡Charley es bueno! ¡No, no! ¡La alegría sana no es pecado, viejo Blair!...



Todos entendieron que se acercaba una de esas disputas frecuentes entre estos dos hombres, cada uno piadoso, pero a su modo, pues así solía ocurrir cuando empezaban a llamarse recíprocamente "viejo". Hannah impidió que la discusión se desarrollara, diciendo, con su fría voz de siempre, que nada había que discutir sobre Boston, pues era poco menos que una ciudad condenada. Y cuando alguien quiso replicar, miró fríamente a su interlocutor y se alejó a un ángulo del salón.



La tertulia terminó ese día como otras veces, con alivio para los visitantes y también para los anfitriones. Esa noche, en la mesa, se habló del hijo de Gid Mayhew. Hannah escuchó a su padre...



No me gusta ese Charley. ¿Qué cosas habrá hecho en Boston? ¡No me gusta!

Entonces, sorprendentemente, Tankful Blair, aunque con una vocilla tímida, se permitió disentir con su marido.

¿Por qué prejuizar, David? ¡De niño era muy buen chico! ¡Charley era muy bueno de niño!



Dos pares de ojos se posaron fríamente sobre la desdichada Thankful, anonadándola. Los de su marido y los de su hija. Hannah, por su parte, no dejaba de estar sorprendida, bajo su severidad, de la rebelión que se había permitido su madre. En realidad, desde niña sabía que era un



ser débil. La quería, pero más como a una hija que como a su madre. No volvió a hablarse de Charley Wingfield, y...

...cuando un día la mestiza Moll empezó a parlotear, mientras servía el almuerzo, sobre la reciente llegada a Wingfield de Charley, se la hizo callar sin más trámite. Empero, estaba escrito que la franca alegría de Charley, de quien se decía que había renovado ya totalmente la anticuada tienda de su padre, remozándola, debería enfrentarse con la gran seriedad de Hannah. En la próxima tertulia que ofrecieron los Blair...



...se hizo presente el propio Charley. Entró en la sala, muy desenvuelto, y se inclinó, sonriendo, ante Thankful.



Estimada señora, espero que me reconozca. Mi padre me encarga que dé a usted sus saludos...

Blair, Hannah, y la misma Thankful, debían de estar preguntándose con qué derecho la vieja Moll había hecho pasar al joven sin avisarles. Los demás asistentes contemplaban la escena, algo divertidos. Las maneras del recién llegado no coincidían con las que se veían obligados a mantener allí. Era Charley un chico mozo, fresco y apuesto, muy simpático, y no parecía advertir el silencio preñado de censuras con que lo miraban Blair y su hija.



Aproximándose al dueño de casa, extendió la mano y añadió...



Es un placer para mí saludarlo, señor Blair. Mi padre lamenta no haber venido, pues se halla enfermo.

¿Enfermo el viejo Gid? ¡Si es fuerte como un roble!



Desgraciadamente es así, señor Blair. Pero la señorita...

Y el joven se volvió, lo más campante, mientras todas las muchachas y jóvenes lo observaban casi con envidia, hacia Hannah...



La señorita es Hannah, ¿verdad? ¿Es que no te acuerdas de mí, Hannah?

Había hecho su pregunta con toda naturalidad. En efecto, de niño había alternado con ella algunas veces —muy pocas, pues Hannah no jugaba como las otras niñas en la calle—. El insólito tuteo de Charley hizo prever una explosión. Y sin embargo, no pasó nada. Lo único, que Hannah, con gran disgusto para ella misma, se sonrojó. Pero atinó a responder, lentamente: —Sí, me acuerdo de usted, señor Mayhew. Y subrayó la palabra usted.



Poco después, Charley empezó a narrar hechos y cosas de Boston, y aun de la política nacional. Blair tuvo que admitir, muy pronto, que Charley tenía mucha gracia para contar las cosas. Más aún, ocurrió algo increíble. En un momento dado, el viejo Blair, ante una graciosa ocurrencia de Charley, soltó la carcajada, que reprimió al instante. Pero ya esa carcajada había quedado vibrando en el aire, y todos dedujeron que Charley había ganado su primera batalla.



Esta victoria se afirmó en las sucesivas tertulias. Pronto fue la misma Hannah la que sonrió. Thankful estaba en la gloria, y sin duda veía en Charley a un vengador. Pasó así ese invierno, y a comienzo de la primavera ya no quedaba ningún joven en Wingfield que pensara en conseguir la mano y la dote de Hannah. Charley había quedado dueño del campo, y nadie soñaba siquiera en competir con él. El viejo Blair ya no se tomaba el trabajo de reprimir sus carcajadas.

Sin embargo, Hannah seguía comportándose con frialdad y distancia. Una tarde, Charley, aprovechando un momento en que había quedado a solas con la joven en el jardín...



Yo no sé qué pensar de usted, Hannah. A veces imagino que me odia.

Hannah no pareció asombrarse. Enarcó las cejas, en el gesto de fría altivez que le era habitual...

Esa es una palabra grave, señor Mayhew... Odiar... ¿Sabe usted lo que es odiar?



¡Oh, no! Pero ¿podría saberlo! Sin embargo, me equivoco. Yo sé que usted no puede odiarme.



Charley había respondido sonriendo. Hannah se volvió hacia él, clavándole una aguda mirada...

¿Qué trata de insinuar usted? ¿Acaso se cree estimado por mí, señor Mayhew?

No. Creo que no es usted capaz de odiar. El odio es una pasión. ¡Como tampoco es capaz de amar!



Hannah sostuvo un instante su mirada, pero no respondió. Al momento, Charley musitó algunas palabras de excusa y se retiró. Hannah se quedó mirándolo, mientras se alejaba, y esa noche, antes de dormirse, estuvo largo tiempo pensando en lo que le dijera Charley. Poco después ocurrió la muerte del viejo Gid. Blair lo sintió mucho. Charley pareció muy afectado, y durante varios días anduvo cabizbajo y silencioso. Había heredado una bonita fortuna, pero...



...era visible que hubiese cambiado veinte fortunas como ésta con tal de haber conservado con vida a su anciano padre. No asistió a las reuniones de los Blair, lo que fue atribuido al luto. Mas tampoco se lo veía por ninguna parte. Pasaba las horas solo en su tienda, vigilando a sus empleados, o bien en el gran caserón paterno, atendido únicamente por su vieja sirvienta. Thankful Blair dijo un día que debían visitar al muchacho...



...para tratar de arrancarlo de su aislamiento y melancolía. Blair asintió, y dijo que él se encargaría de eso. Llegó a la tienda cuando ya cerraban. Charley lo hizo pasar a su despacho. Y cuando Blair empezó a hablar de resignación...



No soy desdichado solamente por la muerte de mi padre, señor Blair. Hay algo más que me oprime y me angustia.

Blair abrió los ojos: ¡Algo más! —exclamó—. ¿Qué puede ser eso? ¡Eres rico, joven, apuesto! Todos te reconocemos inteligencia y valor. ¿Qué puede faltarte? Charley sonrió.



Si a un hombre le falta el amor de la mujer que ama, querido señor Blair, le falta todo.

Y, como cediendo a un impetuoso impulso confidencial, Charley dijo a este amigo de su padre que no tenía otro sueño en el mundo que merecer el amor de esa criatura elegida por su corazón. Criatura que, sin embargo, era dura y fría y no lo amaba, que no lo amaría nunca. Una sospecha de la verdad cruzó por el espíritu del viejo Blair, y, no sin cierta complacencia, advirtió que esa sospecha no le desagradaba. Mirando fijamente a Charley, exclamó:

—¿Dime quién es esa niña, Charley! Quizá pueda ayudarte. —Usted ya lo sabe, señor Blair —contestó Charley, mirando al suelo.



Primero fue un simple capricho, conmover a quien parecía de piedra...

“Luego, nada más que el propósito de acceder a los deseos de mi padre, a quien complacía la idea de una unión entre esa joven, el mejor partido de Wingfield, y a la vez hija de su mejor amigo... ¿Comprende usted, señor Blair? Más tarde fue un profundo sentimiento, cada vez más profundo, una obsesión, un amor como jamás puede sentirse dos veces en la vida. Pero ¡la piedra no se conmovió, y, en cambio, el corazón que quería ablandarla se partió en mil pedazos!”



La expresión del desdichado Charley reflejaba un sufrimiento profundo. Blair se levantó, carraspeó y, al fin, puso una mano en el hombro de Charley.



Hijo mío, moldeé de ese modo el carácter de mi hija. Pero después, ese carácter dominó al mío... ¿Comprendes?

Te doy mi consentimiento, pero no puedo prometerte nada. Sé que ella hará sólo su voluntad. Pero ¡le hablaré, Charley! Y ella decidirá. ¡Espera mis noticias!



El viejo Blair se encasquetó el sombrero, como si hubiera montado repentinamente en cólera, y se alejó. Charley sintió una especie de miedo súbito mortal, y corrió tras él, llamándolo...



¡Señor Blair!...
¡Señor Blair!...

Pero Blair no le oyó, y lo vio alejarse, en la calleja que empezaba ya a sumirse en las sombras de la noche. Fue una noche de angustia la que pasó el enamorado Charley, en la soledad de su cuarto. Logró dormirse cuando el Sol ya despuntaba en el horizonte. Por la mañana, su vieja sirvienta golpeó su puerta. Y cuando Charley, medio dormido, respondió, oyó que la sirvienta no le anunciaba como siempre el desayuno, sino un mensaje del señor Blair.



Jamás nadie se vistió más a prisa que Charley. No había terminado aún de hacerlo cuando abrió la puerta y arrebató de las manos de su sirvienta el papel. Lo leyó, y, de pronto, asombrada, la vieja sirvienta vio que, como si se hubiera vuelto loco, la tomaba de pronto entre sus brazos y se ponía a bailar con ella.



Aterrada ante tal explosión de alegría, la vieja logró zafarse de los brazos de Charley.

¡Señor, señorito! ¿Qué le ocurre, por Dios?



¡Ella me quiere, Katty! ¡Me quiere! ¡Me invitan a almorzar a casa del señor Blair!...

No resultó nada extraño, pues, que esa misma tarde todo Wingfield supiera que el apuesto Charley Mayhew, el mejor partido de la zona, se había puesto de novio con la bonita pero adusta señorita Blair, también el mejor partido del lugar. En efecto, Blair había comunicado a Charley que, enterada de sus pretensiones, Hannah había accedido a ellas, y que se lo invitaba a almorzar para iniciar así su entrada oficial en la casa como novio de la joven.



Pero aun cuando fue aceptado, Charley no tuvo jamás la evidencia de una real reciprocidad en su amor. En modo alguno Hannah modificó su austera actitud, y muchas veces Charley sufrió por lo que consideraba frialdad. Se equivocaba, sin embargo. Hannah ocultaba, porque creía que era en ella un deber, una pasión tan profunda, quizá, como la de Charley. Hacía tiempo que lo amaba, y cuando su padre le habló, apenas si pudo dominar un absurdo deseo de echarse a llorar de alegría.



Pero era pecado exteriorizar tales sentimientos, y los contuvo. Nada en el mundo tenía sin embargo valor para ella como no estuviera asociado al recuerdo de Charley. Su presencia parecía llenar todo su ser de una profunda plenitud, y su ausencia creaba en su corazón un vacío que la hacía sentirse desasosegada e inquieta. En suma: estaba totalmente enamorada de él. Pero Charley no llegó a advertirlo, tan grande era el dominio que esta muchacha tenía sobre sí misma.



Por su parte, Thankful Blair se sentía sumamente feliz por este noviazgo de su hija, y había volcado sobre Charley todos sus instintos maternos. Ayudaba con ahinco a su hija, por la que sentía una profunda admiración, y que día tras día cosía, bordaba y preparaba las colchas, las sábanas, las fundas para almohadas y la mantelería. De esta manera transcurrió ese verano y el invierno, y las bodas se fijaron para cuando cesara el luto que Charley guardaba por su padre.

Esta fecha caía para mayo, y mayo llegó. Pero la vieja Molly murmuraba para sí misma, en la cocina. Thankful le oyó, un día...



¡Hannah desafía al demonio! Se casa en mayo, y mayo da mala suerte al que se casa. ¡Lo dice Molly, que lo sabe!...

Thankful tembló. Como todas las mujeres era supersticiosa, y además, la vieja Moll, desde que nació, era una verdadera bruja. Todo el mundo lo sabía. Mas al contemplar el rostro puro, despejado y resuelto de su hija, los temores supersticiosos se esfumaron por completo. Juzgó que, aun con todo, Hannah se hallaba muy por encima del "viejo Satán". La fecha de las bodas había sido fijada para el último miércoles de ese mes. Y ese miércoles llegó.



Hannah resolvió dar rienda suelta a su corazón por primera vez en su vida. Le parecía que de otro modo no podría soportar esa plenitud, esa grandeza. De mañana, mientras ultimaba los preparativos, se echó a cantar, feliz, y...



...Thankful, desde la cocina, donde preparaba las tortas, reía dichosa, al escucharla. La boda era para después del té, y no se había invitado a casi nadie, pues Charley no tenía parientes, y las amigas de Hannah eran muy escasas. Después del almuerzo, Hannah dijo que quería retirarse a descansar hasta la hora de la boda. David Blair no vio ningún inconveniente en aprovechar esas horas para arar una parcela de tierra, y se fue, asegurando que regresaría antes de la llegada del pastor y del novio.



Thankful se dirigió a la cocina. En su alcoba, Hannah soñaba despierta, sentada frente a la ventana. De pronto vio una sombra ante ella, y casi al mismo tiempo alguien arrojó una carta. Se puso de pie, aterrada, como...

...si ese objeto hubiera sido un reptil. La carta cayó al suelo. Hannah la miró y se inclinó a recogerla. Fue todo tan rápido, que no atinó a asomarse para ver quién la había arrojado. Contempló la letra del sobre, extrañada, y...



...rasgándolo, extrajo un papel que leyó al momento. En seguida volvió a brillar en sus ojos aquella antigua y fiera mirada de acero. Y a medida que concluía la lectura, desaparecía de su rostro toda señal de vida, de luz y amor...



Thankful seguía en ese momento preparando sus tortas, en la cocina, ayudada por Moll. Conversaba, mientras colocaba los muñequitos de dulce. Entonces oyó un ruido a sus espaldas, y se volvió. Hannah estaba allí, rígida. Llevaba aún esa carta en la mano...

¡Hannah!...
¿Qué tienes?



Hannah fijó los ojos en su madre. De pronto fue hacia el fuego y arrojó allí la carta. Se volvió. El corazón de Thankful profetizaba horrores en su pecho.



Madre, recibirá usted a Charley. Le dirá que no quiero volver a verlo.

Thankful abrió la boca. Quedó un instante así, como si le hubieran arrebatado el aire de los pulmones. Al fin, balbuceó:



¡Hija, hija!... ¡No entiendo! ¿Qué has dicho?

Que cuando Charley Mayhew venga, tiene usted que recibirlo y decirle que no me casaré con él.



Thankful vaciló. Jamás había oído palabras más atrozmente claras ni precisas. No, no soñaba. Hannah había dicho eso. Se acercó a su hija, temblando...

Hannah... ¿Cómo puedo decirle eso? ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?



No te importa eso, madre. Sólo te importa que debes decirle que no me casaré con él.

Las lágrimas afloraron al fin a los ojos de la desdichada Thankful. La vieja Moll, desde un rincón, miraba con los ojos muy abiertos. — ¡No es posible, Hannah! — gritó Thankful—. ¡Piensa lo que dices! Pero los labios finos y rígidos de Hannah volvieron a dejar caer las fatídicas palabras: — No me casaré con él. Entonces, Thankful empezó a retorcerse las manos, y a afirmar que no podría decirle eso a Charley, que el joven se mataría. — ¡Espera un momento, hija — clamaba, incoherente—, y piensa! Todo está preparado, la...



...boda anunciada, el pastor por llegar. ¿Por qué obras así? Yo no puedo, Hannah. ¡No, no puedo hablarle! ¿Cómo se lo diría? ¿Cómo lo va tomar él? ¡Por Dios, querida, debes decírselo tú misma! Yo no puedo. Y no se lo diré. ¡No, no, no se lo diré! Un cansancio mortal extendióse por el rostro gris e inmóvil de Hannah, con una inmovilidad semejante a la que produce la muerte. Pero los lamentos de su madre sólo lograron arrancar de sus labios una frase dura y seca: — ¡No le hablaré!



Al momento, dio media vuelta y subió rápidamente la estrecha escalera que conducía a su alcoba. Su madre, paralizada por el terror y el desconcierto, pudo oír, en el denso silencio que durante un instante se había enseñoreado de la casa, el ruido de la llave en el cuarto de Hannah, al girar la cerradura. Luego el de la ventana, al cerrarse. Y luego... nada. Otra vez ese silencio, aplastándose como una mordaza sobre la casa íntegra.

Thankful estuvo así, inmóvil, como si ella también formara parte de ese silencio, durante un instante. Luego, se volvió. Sabía que había que preparar el té, y empezó a hacerlo. Moll, sin decir palabra, encendió la lumbre. Thankful hacía su trabajo maquinalmente, como una automática. Por primera vez en su vida pensó en la muerte. Deseaba que llegara David. Aunque era durísimo decirle todo. Pero deseaba que llegara.



Hervía ya el agua del té cuando oyó el ruido de los bueyes en el establo, y poco después los pasos de su esposo. Cuando David entró, no tuvo que preguntar nada para saber que algo terrible ocurría. Acercándose a Thankful...

¿Y Hannah?... ¿Qué le ha ocurrido a Hannah?



¡Pregúntale, por favor, pregúntale! ¡No quiere casarse con Charley!

La voz de Thankful llegaba hasta David como un eco, más que como una voz. Pensó que todo esto era una pesadilla. Que de un momento a otro despertaría. En esa pesadilla, subió las escaleras y golpeó en la puerta de Hannah. La puerta se entreabrió. Hannah vio un rostro seco, envejecido.

Hannah, me ha contado tu madre... Dime... ¿por qué?



No puedo decírselo, padre.

David tragó saliva. No sabía si era saliva o lágrimas. No tenía más que ver los ojos de Hannah para saber que ninguna fuerza en el mundo modificaría su actitud. Logró susurrar...

Tienes que decírselo tú a Charley.

No se lo diré. No lo veré.



Hannah hablaba sin expresión, con una calma absorta, como quien repite una lección horrible después de haber sufrido torturas para aprenderla. David Blair no acertaba a hablar. Y entonces, suavemente, tal como se había abierto, volvió a cerrarse la puerta, borrando de su vista la figura de Hannah. Bajó las escaleras. Thankful lo aguardaba allí.



David recuperó el habla al llegar junto a ella. — Es inútil — dijo. Y de pronto, como si encontrara un escape a su cólera...

¡Habla tú a Charley! ¡Esto es cosa de mujeres!...



Y, sin añadir palabra, cruzó el salón a trancos y se fue. Thankful quedó sola, esperando. El gran reloj holandés daba sus segundos, imperturbable. Estaba aún de pie, junto a la escalera, cuando llegó el novio. Thankful cruzó el salón y abrió la puerta. Charley llegaba rebosante de alegría, ufano y feliz en su traje nuevo. Pero al ver el rostro de la señora Blair su...



...rostro cambió. Una informe aprensión se apoderó de él

¡Por Dios, señora!...
¿Qué ocurre?



Thankful sostuvo un momento su mirada. Al fin, rompiendo en llanto, abrió los brazos y estrechó contra su pecho a ese muchacho al que ya había llamado su hijo...

¡Hannah no quiere casarse contigo!



Charley cayó de rodillas, y Thankful deseó que llegara el pastor o David.

Pero ninguno de los dos podía llegar, porque David había ido a avisar al pastor y luego había resuelto largarse al bosque, a ocultar allí su dolor y su amargura, decidido a no volver a casa con tal de no tropezar con Charley, por quien sólo podía sentir piedad y temor. Thankful, pues, debía soportar sola esa escena, ese encuentro. Y miraba a Charley allí, de rodillas, llorando. Quiso acariciarle el pelo, pero el joven se alzó, de pronto, como una fiera, los...



...ojos enloquecidos, casi frenético. Trataba de dominar su voz, pero su voz se quebraba, como rompiéndose... ¡Quiero ver a Hannah!... Ella tendrá que decírmelo... No soy un perro para ser arrojado así...



¡Quiero verla!...



Se detuvo, como si comprendiera que algo superior a las fuerzas de aquella mujer que estaba ante él la tenía petrificada, inmóvil, y de pronto, salió a la carrera por la puerta de la cocina, dio la vuelta a la casa y llegó hasta la ventana de la alcoba de Hannah, que ahora estaba cerrada, hostil. Golpeó con los puños en ella y gritó, como un animal herido, con...

...gritos que se oyeron desde lejos, desde casi todas las casas vecinas:



¡Hannah!... ¡Hannah mía!... ¡Háblame!... ¡Dime por qué, por qué!

Pero la ventana siguió cerrada, y los puños de Charley golpearon en vano. Al fin el mozo apoyó el rostro contra esas tablas y lloró como un niño. Dentro, no respondía el menor ruido. Charley empezó a hablar, en otro tono, suplicando, pidiendo de Hannah una sola palabra, una mirada, la razón de ese vuelco súbito de su alma, de su corazón, ese corazón que había creído suyo. Pero todo fue en vano...



...y al fin Charley alzó los brazos y gritó, los puños crispados:

¡Maldita seas, Hannah, corazón de piedra!... ¡Maldita seas!...



Y, echando a correr como un loco, se alejó hacia los campos, de donde no se le vio regresar jamás. Por supuesto, todo esto produjo un gran escándalo en Wingfield. Nadie supo jamás qué decía aquella misteriosa carta, ni Hannah dijo nunca a nadie que la hubiera recibido siquiera. Todos tuvieron que resignarse, aun sus padres, al misterio de esa ruptura repentina. El caso es que en el pueblo debieron contentarse con decir que Hannah había "dado calabazas" a Charley el mismo día de su boda...



...y que este había desaparecido como por ensalmo del pueblo. La tienda la compró un recién llegado de Granville Center, nada comunicativo, por cierto, y al cabo de poco tiempo Charley desapareció de la conversación diaria, como sucede con el que muere y se entierra en el extranjero. Los Blair, por su parte, mantuvieron estoicamente silenciosos, no dando señales de vida. Los domingos ambos viejos ocupaban desde hora temprana su lugar en la capilla, y, aunque...



...nadie buscaba con la mirada a Hannah, poco antes de que la campana tañera su último toque melancólico, y precisamente en el instante de cruzar el fanático pastor Day la capilla, su esbelta figura, erguida y serena como siempre, llegaba a ocupar su lugar. El pastor Day posaba un instante en ella su mirada, parecía reconcentrarse, y daba comienzo a su sermón. Este pastor era el mismo que debía de haber casado a Hannah, el...



...que había sido siempre el consejero de los Blair, desde que el viejo pastor Campbell murió y le dejó el sitio. Delgado, reseco, de mirada dura, empezaba sus letanías con las palabras de costumbre...

Las llamas del infierno aguardan al pecador. Haznos fuertes, Señor, contra las tentaciones del falso perdón, arma de Satanás...



Y parecía como si esas palabras fueran directamente al corazón de Hannah, que sin duda encontraba en ellas un sostén y un estímulo para endurecer su espíritu, transparente ahora como antes en sus miradas frías e implacables. Su rostro, por lo demás, estaba más pálido, pero curiosamente más bello.



A medida que pasó el tiempo, aumentó su beatería, pero no se marchitó su belleza. En el hogar, era siempre la misma. Fría, silenciosa, cumplía sus quehaceres domésticos día tras día, y...



...los años fueron pasando. Pasaron, y ella creía sentirse vivir en una especie de nube de polvo que se convertía en ceniza bajo sus pies. Trocóse su vida de tortura en un dolor creciente al principio, después en amargura sin fin, en estoicismo, en desprecio de sí misma, y finalmente en una especie de indiferencia. No hubo más pretendientes en casa de Hannah, pues una especie de instinto los mantenía alejados. Sin embargo, un día llegó a Wingfield un hombre ya maduro, de...



...unos cuarenta años, rico solterón del cercano pueblo de Newfield llamado Josias Maxwell, a quien le habían "recomendado" —pues deseaba casarse— a Hannah Blair. El señor Maxwell era un hombre afable, de bondadoso aspecto. Había vivido tan ocupado en los negocios, que no había tenido tiempo de pensar en las mujeres. Era propietario de una curtiduría, una fundición y de una floreciente granja. Por el contrario, los campos de Wingfield producían cada día menos.



Hannah tenía ya treinta años cumplidos. De modo que David Blair escuchó atentamente el pedido del señor Maxwell, hecho casi como una transacción comercial. Y cuando éste le solicitó su parecer...

Por mi parte, no tengo nada que objetar. Consultaré a mi hija.



Hannah, a su vez, escuchó también atentamente a su padre. Ella había perdido toda sensibilidad y era una mujer de cabeza sólida. Aceptó, y fué presentada a señor Maxwell. Este insinuó:

Opino que el noviazgo debe ser corto. ¿Le parece a usted bien las bodas para este verano?



Me parece bien. Las bodas pueden realizarse este verano.

Maxwell, que había planeado su matrimonio con la misma lucidez con que solía planear sus negocios, había elegido cuidadosamente entre todas las mujeres casaderas de los alrededores, averiguado informes, y, luego de ver de lejos a Hannah, se había decidido por ella, siguiendo las recomendaciones de un viejo amigo. Pero cuando tuvo ante los ojos la belleza fría y autoritaria de Hannah, sintió que se conmovía su corazón.



Porque Hannah era aún muy bella. Cuando en el pueblo se supo su próxima boda, se comentó este hecho. La vieja Moll, que siempre hacía sus observaciones en la feria, se rió.



Hannah es como el cedro de la plaza. Cayó un rayo en él, y nadie diría, bajo su hermoso aspecto, que está hueco por dentro...



Las bodas se celebraron con gran pompa, y por la casa que el matrimonio estrenó en el pueblo vecino de Newfield, pudo colegirse la cuantía de la fortuna que pasaba a manos de Hannah. Era una mansión magnífica...

...en la que no faltaban ni los muebles a la moda ni los sirvientes. Hannah pudo comprobar muy pronto, con cierto disgusto, que su marido iba enamorándose perdidamente de ella. Pero lo mantuvo a raya, y pronto, como muchos idólatras, Maxwell se resignó a adorar, sin pretender ser adorado. La fría impassibilidad de Hannah no se alteró con el nacimiento de una niña, que fue bautizada con el nombre de Dorothy. Pasaron los años, y...



...Dorothy creció, severamente educada por su madre, pero mimada a escondidas por su padre. Murió el viejo Blair, y después el pastor Day. Pronto le llegó la vez a la pobre Thankful, que cerró los ojos tan asombrada de su muerte, como sin duda lo estuvo siempre de su misma vida. Para este tiempo, Dorothy era ya una linda jovencita, que, a pesar de Hannah, había leído libros modernos...



...y estudiado en el colegio muchas cosas que sólo inspiraban desdén a su madre. Un día, Maxwell anunció a Hannah que un joven le había hablado. En suma, Dorothy tenía novio. Dorothy poseía un carácter dominante como el de su madre, pero alegre y generoso como el de su padre. Estaba a mil leguas de distancia de las furibundas cóleras del pastor Day, y de las tremendas intolerancias de su abuelo, el viejo David.

El futuro yerno, un joven llamado Henderson, tembló cuando debió ser presentado a su futura suegra. Dorothy lo llevó ante ella, decididamente, de la mano. Hannah lo miró...



Hijo mío, Dorothy y su padre acceden. No seré yo quien me oponga.

El joven Henderson, un buen muchacho, se arrodilló casi ante Hannah —la había temido horriblemente— y lleno de gratitud quiso besar su mano. Pero Hannah levantó la suya...



Está bien. Basta ya. Podéis retiraros.

Henderson adoraba a Dorothy, y la nueva pareja fue feliz. Pero a pedido de Maxwell habitaron en la casa paterna. Henderson solía comentar con su mujer el carácter de su suegra. No dudo de que es una mujer superior —decía— Pero, ¡Dios mío! ¿Para ser superior es preciso convertirse en una barra de hielo? Dorothy defendía, sonriendo, a su madre, y como los dos tenían mucho en qué pensar, la cosa quedaba en ese límite. Por otra parte, Hannah...



...jamás interfirió en la vida del joven matrimonio. Pasaba las mañanas tejiendo y las tardes leyendo. A veces, iba a un concierto, y los domingos y todas las mañanas, a misa. Así pasó el tiempo, sin que nada lograra alterar la rígida serenidad de Hannah. Ni siquiera el nacimiento de su primer nieto, ni su viudez. Todo lo hizo metódicamente, dentro de esa rutina que había sido siempre su vida. Tenía ya sesenta años...



...cuando un día, Dorothy, mientras mecía la cuna de su niño, vio a su madre, que leía el periódico, dejar caer la mano bruscamente, de modo que el diario se deslizó al suelo...



¡Dios!... ¡Dios Santo!...

Jamás había visto Dorothy tal expresión en el semblante de su madre. Corrió hacia ella, y sintió que le aferraba una mano con fuerza...

¿Qué tienes, madre? ¿Qué te ocurre?...

Nada. No llares a nadie. No...



Debió interrumpirse. De pronto, ocurrió algo inaudito, Hannah abrió los brazos, estrechó a su hija contra su pecho y rompió a llorar. Tan insólito era esto, que Dorothy, asustada, gritó, casi:

¡Madre, madre!...



—¡No llares a nadie! —repitió Hannah, entre sollozos. Y volviendo hacia su hija un rostro dulcificado extrañamente por una expresión que jamás se había visto en ella...

¡Dorothy!... ¡Mi corazón!... Mi corazón de piedra... se deshace.



—¡Se deshace, Dorothy, desdichada de mí! —repitió Hannah. Y mirando a su hija, tomando su cara entre las manos...



Tú has sido distinta. Tú has defendido lo que amabas. Yo... Quiero contarte, niña, hija mía. Mi vida...

Y Dorothy oyó la historia del único, profundo amor de la vida de Hannah. Cómo había recibido una carta, en cuya letra reconoció a una persona que no podía mentirle —Dorothy sospechó luego que había sido del pastor Day, y hasta pensó si éste no habría estado enamorado de su madre—, y en la cual se le decía que Charley había sido un pecador; y que ella, al reconocer la letra del remitente, no dudó de que esto era cierto.



No dudó de que las faltas que Charley había cometido en Boston, según esa carta, eran reales. Y no podía contaminarse en una unión con ese pecador. Todos sus principios, su intolerancia religiosa, se lo impedían. Rompió el compromiso. Y cuando oía implorar a Charley en su ventana, de rodillas en el suelo, abrazada al hierro de su cama, se mordía los labios, para no ceder, para no perdonar, para no correr hacia el que amaba...

—¡Yo sabía que si lo veía lo perdonaría, Dorothy, y no quería hacerlo! ¡Maté mi vida, mi corazón, y el de ese hombre que me amaba!...



Si hubiese sido más humilde, si hubiese sido capaz de piedad y perdón, lo habría guiado por el buen camino, lo habría salvado!...

Dorothy, muy seria, comprendiendo por primera vez hasta el fondo el misterio que siempre había sido para ella el alma de su madre, meditaba. El rostro de Hannah, bello aún en su incipiente ancianidad, se bañaba en lágrimas. —¿Qué fue lo que te hizo ahora pensar esto, mamá? —preguntó dulcemente. —La muerte de Charley Mayhew —contestó, con la mirada perdida.



La muerte de Charley Mayhew —repitió, con su misma voz ausente. Leyendo ese periódico, tropecé con la noticia... Fue hallado muerto...



...en el camino de Goshen, en un granero. Pobre, harapiento, convertido en una piltrafa, un vagabundo.

Hannah volvió los ojos hacia su hija. Esos ojos no eran ya de acero. Hermosos aún, pero velados por las lágrimas.



Por mí. ¿Comprendes, Dorothy? ¿Comprendes mi crimen? ¿Por mí!



Dorothy se estremeció. Comprendía cuán profundo debió de ser el amor de su madre, y su dolor, su horrible sacrificio a unos principios despiadados, propios sólo del más intransigente puritanismo protestante de aquella Nueva Inglaterra. Quiso decir algo, pero no se le ocurrió nada. Su madre había sido una mártir y victimaria. ¿Qué censurarsele? Al fin la abrazó su madre en brazos, como si hubiera sido una niña, y la besó.

—Madre mía, no te tortures. Perdónate a ti misma. Ahora comprendes. y puedes hacerlo. —Sí, comprendo. Pero tarde. Demasiado tarde...



FIN

Lea, en el próximo

Intervalo

ALBUM

HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz

UNA VIEJA LLUVIA VERDE, por Osvaldo Moro

LA MUCHACHA DE ENFRENTÉ, por Sinclair Lewis

LAS NOCHES DE CASABLANCA, por H. Decoin

LA TROCHA DE LOS YERMOS, por Eduardo Ariel

SOLO PARA HOMBRES, por Roy Vickers

ELLOS Y LOS OTROS, por L. Balboa Anzuaga

PANCHITA NELSON, por Héctor P. Blomberg

PAULINA, por Alejandro Dumas

SAFO, por Alfonso Daudet

Intervalo
ALBUM

AÑO XV — Nro. 95



Editor responsable

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - TEL. 45 - 1145 Y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta Interior y Exterior: B. Bertrán,
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hnos., Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 807.943

de la Propiedad Intelectual

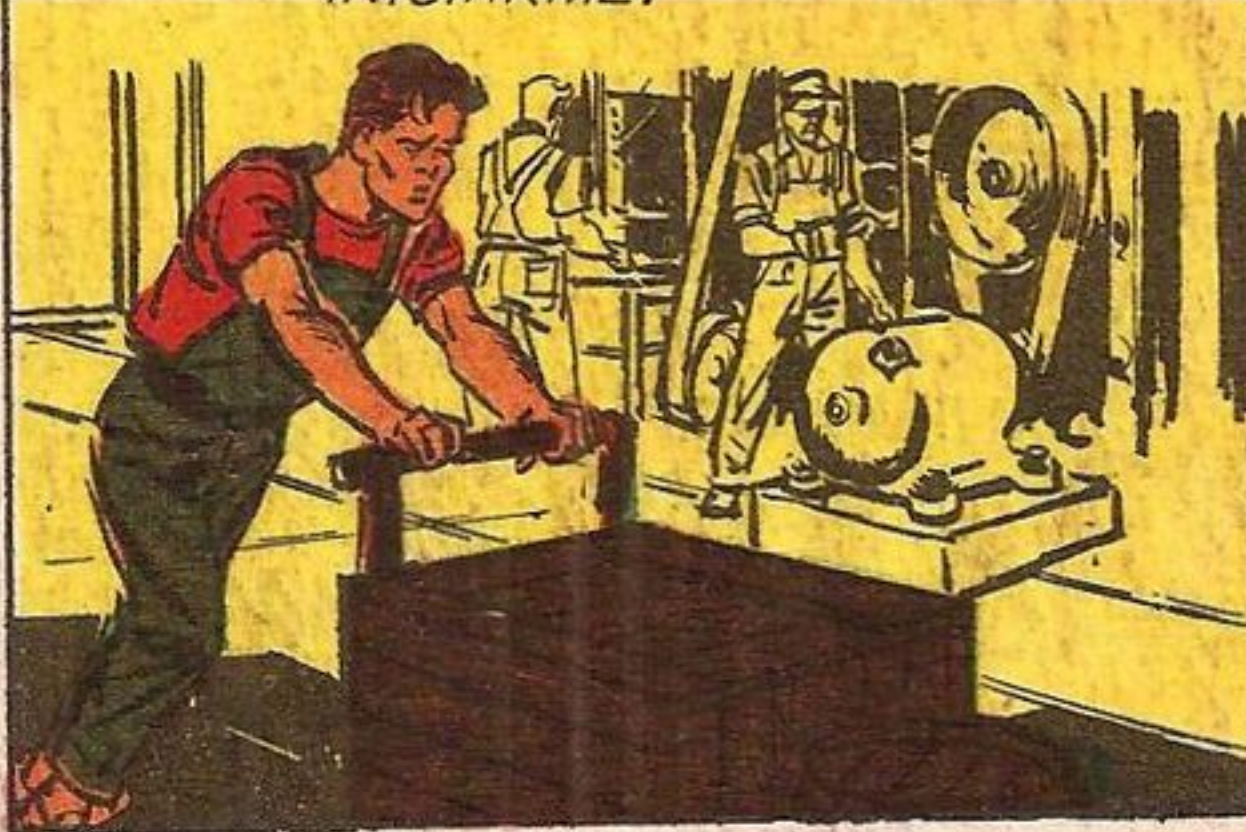
Correo
Argentino
Central B

Franqueo a pagar
Concesión Nº 372

Tarifa Reducida
Concesión Nº 2761

COMO NACIO UN DIBU- JANTE

A LA EDAD DE 17 AÑOS TRABAJABA EN UNA FÁBRICA PARA AYUDAR A MI FAMILIA. MI VOCACION ERA EL DIBUJO, PERO NO SABÍA COMO INICIARME.



SÚBITAMENTE UN DIA VI UN AVISO QUE CAMBIO MI VIDA. 12 FAMOSOS ARTISTAS ENSEÑABAN A DIBUJAR. ENVIÉ EL CUPÓN PIDIENDO FOLLETOS



TODAVÍA RECUERDO LA ALEGRÍA QUE ME PRODUJO RECIBIR LOS FOLLETOS EN COLORES DEL FAMOSO CURSO. ME INSCRIBÍ ESE MISMO DÍA.



FUE REALMENTE MUY BUENA LA ENSEÑANZA QUE RECIBÍ DE DIBUJANTES TAN PRESTIGIOSOS. EL MÉTODO ES MAGNÍFICO. ESTUDIÉ CON CARINO. "SENTÍA" QUE ESTABA...



APRENDIENDO; Y NO ME EQUIVOQUÉ. RECIBIR EL DIPLOMA FUE UNO DE LOS MOMENTOS MÁS EMOCIONANTES DE MI VIDA. LUEGO INGRESÉ A UNA EDITORIAL.



TODO PASÓ MUY RÁPIDO. AHORA DIBUJO Y CREO HISTORIETAS IMPORTANTES. HE CONSEGUIDO GRAN FAMA Y OBTENGO GRANDES SUELDOS.



ME SIENTO MUY FELIZ ES UNA HERMOSA PROFESIÓN Y ME DA MUCHAS SATISFACCIONES.



V3

¡JOVEN! HAGA USTED TAMBIÉN COMO YO. DÉ EL PRIMER PASO Y ENVIÉ ESTE CUPÓN HOY MISMO A LA ESCUELA PANAMERICANA DE ARTE. GRATIS RECIBIRÁ FOLLETOS EN COLORES DEL CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS. ¡Y VEA QUE ARTISTAS!...

PROFESORADO

Alberto BRECCIA	Daniel HAUPT
Narciso BAYON	Joao MOTTINI
Angel BORISOFF	Hugo PRATT
Carlos FREIXAS	Pablo A. PEREYRA
Luis A. DOMINGUEZ	Carlos ROUME
C. GARAYCOCHA	Enrique VIEYTES



ESCUELA PANAMERICANA de ARTE

SAN JOSE 715 - Bs. AIRES - ARGENTINA - ESTUDIO D 4

Ruego se sirvan enviarme GRATIS folletos en colores del curso de los FAMOSOS ARTISTAS.

Nombre: _____
Calle y N°: _____
Localidad: _____
Provincia: _____
Ocupación: _____ Edad: _____

ATENCION CLASES PERSONALES: ABIERTA LA INSCRIPCION